

**MANUSCRITOS
AUTOBIOGRÁFICOS**

INTRODUCCIÓN A LOS MANUSCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS

Los avatares de la *Historia de un alma* –o *Manuscritos autobiográficos*– de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz son hoy día bien conocidos, merced a la edición *facsimil* del P. Francisco de Santa María –acompañada por tres volúmenes de introducciones, notas textuales y críticas, tablas y concordancias (carmelo de Lisieux, 1956)– y a la edición popular que surgió de ella al año siguiente. Aquí nos limitaremos a publicar los documentos básicos, ya que en las notas podrán encontrarse muchos detalles complementarios.

1.- Los antecedentes

Dos de estos tres textos de inapreciable valor (e indirectamente, de rebote, también el tercero) se los debemos a la hermana mayor de Teresa, María del Sagrado Corazón. Ella misma lo contó en el Proceso Ordinario, respondiendo a la pregunta: «¿Qué sabe usted sobre el origen de este manuscrito (la *Historia de un alma*) y de su estado de integridad?».

«Una noche de invierno, después de Maitines, estábamos calentándonos sor Genoveva, nuestra madre priora Inés de Jesús y yo, reunidas con sor Teresa. Sor Teresa nos contó dos o tres anécdotas de su niñez. Entonces yo le dije a nuestra Madre priora, Inés de Jesús: “¿Cómo es posible que le permitas componer pequeñas poesías para complacer a unas y a otras, y que no escriba para nosotras algo de sus recuerdos de la infancia? Ya lo verás, es un ángel que no se quedará mucho tiempo en la

tierra, y entonces habremos perdido todos esos detalles tan interesantes para nosotras". En un primer momento, nuestra Madre priora vaciló, pero luego, ante nuestra insistencia, dijo a la Sierva de Dios que le gustaría que para el día de su santo le entregara el relato de su infancia (*Manuscrito A*).

»(...) Más tarde, la madre Inés de Jesús, viendo que sor Teresa estaba muy enferma, persuadió a la R. M. María de Gonzaga, que entonces era priora, a que mandase a Teresa escribir la historia de su vida religiosa, que constituye la segunda parte del manuscrito (*Manuscrito C*). Por último, yo misma le pedí, durante sus últimos ejercicios (1896), que me pusiera por escrito lo que yo llamaba su doctrinita. Así lo hizo, y cuando se imprimió la "Historia de su vida", se añadieron estas páginas, como una tercera parte (*Manuscrito B*)» (PO, p. 237).

La madre Inés precisa: «A comienzos del año 1895, dos años y medio antes de la muerte de sor Teresa», y confirma el relato de María del Sagrado Corazón (aunque sin mencionar la presencia de sor Genoveva). Indica también que Teresa «se reía, como si se estuvieran burlando de ella», y continúa:

«La Sierva de Dios puso manos a la obra por obediencia, pues yo era entonces su Madre priora. Escribió únicamente durante sus ratos libres, y me entregó el cuaderno el 20 de enero de 1896, para mi santo. Yo estaba en la oración de la tarde. Al pasar para dirigirse a su sitio, sor Teresa del Niño Jesús se arrodilló y me entregó aquel tesoro. Yo le contesté con una simple señal de cabeza y dejé el manuscrito en mi asiento, sin abrirlo. No tuve tiempo para leerlo hasta después de las elecciones de este mismo año, en la primavera. Y observé la virtud de la Sierva de Dios, pues, una vez cumplido su acto de obediencia, no volvió a preocuparse del asunto, ni me preguntó nunca si había leído su cuaderno o qué pensaba de él. Un día le dije que no había tenido tiempo de leer nada, y no mostró el menor disgusto.

»Sus relatos me parecieron incompletos. Sor Teresa del Niño Jesús había insistido sobre todo en su infancia y en su primera juventud, como yo le había pedido; su vida religiosa quedaba apenas esbozada (...).

»Pensé que era una verdadera lástima que no hubiera escrito con la misma amplitud lo referente a su vida en el Carmelo, pero en aquellas fechas yo había ya dejado de ser priora y la madre María de Gonzaga había vuelto a ocupar este cargo. Me imaginaba que ella no iba a prestar a este escrito el mismo interés que yo, y no me atreví a decirle nada. Pero, finalmente, cuando vi que sor Teresa del Niño Jesús se había puesto muy enferma, quise intentar lo imposible. La noche del 2 de junio de 1897, cuatro meses antes de la muerte de sor Teresa, hacia medianoche, fui a ver a nuestra madre priora. "Madre, le dije, no puedo irme a dormir sin antes confiarle un secreto. Siendo yo priora, sor Teresa escribió para mí, por complacerme y por obediencia, algunos recuerdos de su infancia. Los he vuelto a leer el otro día. Son bonitos, pero no creo que usted pueda sacar de ahí gran cosa que le sirva para escribir su circular después de su muerte, pues no hay en ellos casi nada sobre su vida religiosa. Si usted se lo mandase, podría escribir algo más serio, y no me cabe la menor duda de que lo que usted obtenga va a ser incomparablemente mejor que lo que tengo yo". Dios bendijo mi gestión, y a la mañana siguiente nuestra Madre ordenó a sor Teresa del Niño Jesús que continuase su relato» (PO, pp. 146-147; cf. PA, p. 201).

Su hermana Celina (sor Genoveva de Santa Teresa), que iba conociendo los cuadernillos del Ms A a medida que se escribían, ofrece detalles interesantes acerca de la forma de trabajar de Teresa: «No tenía ningún plan prefijado cuando comenzó el manuscrito. Lo escribió únicamente por obediencia, esforzándose no obstante por narrar algunos hechos concernientes a cada uno de los miembros de su familia, con el fin de dar gusto a todos con este relato de los recuerdos de su juventud. Su manuscrito era, en efecto, un "recuerdo de familia", destina-

do exclusivamente a sus hermanas. Esto explica la espontaneidad familiar con que fue escrito, así como ciertos detalles infantiles ante los que su pluma habría retrocedido si hubiera previsto que este escrito iba a salir del círculo de sus hermanas. Escribía a ratos perdidos, durante los escasos momentos que le dejaban libres la Regla y sus ocupaciones con las novicias. No hizo borrador alguno, escribía a vuela pluma, y sin embargo el manuscrito no contiene tachaduras» (PO, p. 274).

La descripción de Celina pone bien de manifiesto que los Manuscritos se asemejan más al género epistolar que al de las notas íntimas, para no hablar de los «tratados espirituales». Es ésta una clave de lectura muy importante, porque no sólo explica el hechizo y la espontaneidad del estilo de Teresa, sino también la irradiación contagiosa de una personalidad como la suya, transparente al amor y a la gracia de Dios (cf. JEAN GUITTON sobre el lenguaje de Teresa, UC, pp. 114s, nota 26).

En la Introducción general a los *Manuscrits autobiographiques* («Nouvelle Édition du Centenaire») puede verse una descripción detallada de los manuscritos de Teresa, según el P. Francisco de Santa María.

2.- Teresa y la publicación de su «obra»

Teresa escribió los Manuscritos A y C por obediencia a sus prioras, y el Manuscrito B a petición de su hermana María del Sagrado Corazón. Ella, personalmente, no pensaba en dejar un rastro escrito de sus recuerdos ni de sus pensamientos. Sin embargo, sus cartas y sus poesías eran para ella a la vez un medio de expresión y una forma de difundir su amor a Cristo. También supo desde el principio que, en cierto modo, el Manuscrito C estaba destinado a la publicación, puesto que la razón que la madre Inés había dado a la madre María de Gonzaga para que le «mandase» escribirlo era la redacción de su «Circular necrológica»...

Teresa tomó muy en serio esa idea de la publicación (cf. *Poésies*, II, pp. 25ss), y en las Últimas Conversaciones hace múltiples referencias a la misma, en parte probablemente para sostener la moral de sus hermanas (cf. CA 27.5.1).

A medida que corre el tiempo, se va interesando más y más por esta obra póstuma (cf. CA 25.6.2; 10.7.2; 11.7.3; 20.7.3; 29.7.7; 1.8.2; y NV 1.8.2 en UC II, p. 243; CA 25.9.2). «En su lecho de muerte, concedía una gran importancia a esta publicación y veía en ella un medio de apostolado. Un día me dijo con gran aplomo: *“Después de mi muerte, habrá que publicar el manuscrito sin demora. Si lo retrasas, y si cometes la imprudencia de hablarlo con alguien, excepto con nuestra Madre, el demonio te tenderá mil trampas para impedir esta publicación, que sin embargo es muy importante. Pero si haces todo lo que está en tus manos para que nadie la entorpezca, entonces no tengas miedo a los obstáculos que puedas encontrar. En mi misión, como en la de Juana de Arco, la voluntad de Dios se cumplirá, a pesar de las envidias de los hombres. –Entonces, ¿crees que con ese manuscrito harás bien a las almas? –Sí, es un medio del que Dios se servirá para escucharme. Hará bien a toda clase de almas, excepto a las que vayan por caminos extraordinarios”*» (Madre Inés, PA, p. 202, recogiendo varios dichos de Teresa: cf. PO, pp. 147, 176, 201-202; CA 27.7.6; 9.8.2).

Es innegable que Teresa dejó a la madre Inés como su «editora». Ésta declaró bajo juramento que su hermana le había dicho: *«Madre, todo lo que te parezca conveniente suprimir o añadir en el cuaderno de mi vida, yo misma lo suprimo o lo añado. Recuerda esto más tarde, y no tengas el menor escrúpulo a este respecto»*. (PO, p. 147; cf. PA, pp. 201-202; CV y NV, en UC II, pp. 174-175); y en otra ocasión, a propósito del Ms C: *«No he escrito lo que quería –me dijo tristemente–, habría necesitado una mayor soledad. Sin embargo, mi pensamiento está ahí, no tienes más que ordenarlo»* (PA, p. 173). El P. Francisco de Santa María comenta con razón: «Suprimir, añadir, ordenar: las

tres operaciones que la autora de los manuscritos preveía y aprobaba, y que su editora realizó después generosamente. Podrá discutirse, ciertamente, sobre el número y la conveniencia de esas modificaciones. Pero el problema de su derecho a hacerlo es incuestionable: la firma en blanco estaba puesta» (Mss I, donde podrán encontrarse las referencias a los Procesos sobre esta cuestión).

3.- La «Historia de un alma»

En el Proceso Ordinario la madre Inés declaró: «Fui yo quien tuvo la iniciativa de proponer esta publicación (la *Historia de un alma*) después de su muerte. Al releer los manuscritos que tenía en mis manos, tuve la impresión de poseer un tesoro que podría hacer mucho bien a las almas».

A la pregunta: «¿Concuerdan perfectamente el libro impreso con el autógrafo de la Sierva de Dios, de manera que se pueda leer el uno por el otro con seguridad?», la madre Inés respondió (el 17/8/1910): «Hay algunos cambios, pero de poca importancia y que no alteran el sentido general y sustancial del relato. Estos cambios son: 1° La supresión de algunos pasajes muy cortos, que relatan detalles íntimos de la vida familiar durante su niñez; 2° la supresión de una o dos páginas, cuyo contenido me parecía poco interesante para lectores ajenos al Carmelo; 3° y finalmente, como la historia manuscrita se componía de tres partes –una dirigida a mí (su hermana Paulina), otra a su hermana María, y la última cronológicamente a sor María de Gonzaga, que entonces era priora–, esta última, que dirigió la publicación del manuscrito, exigió algunos retoques de detalle en las partes dirigidas a sus hermanas, a fin de que, en razón de una mayor unidad, toda la obra pareciese dirigida a ella» (p. 149).

Tras esta deposición, el tribunal decidió con gran acierto «fijar un ejemplar auténtico del Autógrafo, según las normas del derecho en esta materia, e incluirlo en los documentos del Proceso» (PO, p. 150), cosa que se hizo el 29 de agosto de 1911 (PO, pp. 599-720).

En cuanto al comportamiento de la madre María de Gonzaga, que alguien ha considerado como un indicio de celos enfermizos, quizás convenga ser más prudentes que la madre Inés, quien en su nota del 22 de noviembre de 1907 habla de «subterfugio» (en la primera página del Manuscrito A; cf. *infra*). En el PO, en 1910, se conforma con invocar la preocupación por dar «una mayor unidad» a la *Historia de un alma* (*supra*). Sin duda, hay que situarse en el contexto de la época para poder apreciar esa curiosa iniciativa.

En 1898, la madre María de Gonzaga era priora, y su autoridad seguía siendo sólida en la comunidad. ¿No era una decisión prudente ante las hermanas (por parte de ambas Madres, de común acuerdo) hacer que la madre María de Gonzaga asumiese la responsabilidad, no sólo de la *publicación*, sino también de la *obligación* impuesta por *obediencia* a Teresa de escribir sus «recuerdos» (ya fuese en 1895, o en 1896 como se corrigió en el Manuscrito A, o en 1897 para el Manuscrito C).

Pues una orden así no se había dado nunca hasta entonces a nadie más. Si la comunidad hubiese sabido que se trataba de una «historia de familia», de una «orden» de la madre Inés a su hermana menor, para complacer a sus parientes..., ¿no habría perdido el Manuscrito A parte de su prestigio, de su valor espiritual, a los ojos de las hermanas que daban tanta importancia al «clan Martin»? Se puede, pues, pensar que, si la «orden» venía de la madre María de Gonzaga, que conocía a Teresa desde que ésta tenía nueve años, la *Historia de un alma* cobraba ya de entrada un valor «religioso» totalmente distinto. En ese caso, en 1907 o en 1910, cuando la gloria de Teresa rebasaba ya ampliamente los muros del monasterio (y con la madre María de Gonzaga muerta en 1904), ya no era necesario tomar tantas precauciones ante la comunidad, mientras que la necesidad de ofrecer una explicación a los jueces eclesiásticos era algo muy real. Sin embargo, la interpretación de que fuera un «subterfugio» resulta hipotética.

4.- El trabajo de la madre Inés

Gracias a la publicación de *La première Histoire d'une âme* de 1898 en la «Nouvelle Édition du Centenaire», será posible emitir un juicio, por comparación, acerca de esos «algunos cambios de poca importancia», realizados en aquel entonces... El P. Francisco de Santa María ha hecho a la perfección un «proceso» al trabajo de la madre Inés, presentando alternativamente la acusación y la defensa:

«Ciertamente, no hubiera sido posible publicar textualmente los cuadernos de Teresa. (...) En una época en la que se daba tanta importancia a la perfecta corrección del estilo y al respeto escrupuloso de los convencionalismos literarios, ¿cómo se iban a imprimir los borradores de una joven religiosa desconocida, sin cubrirse de ridículo y sin traicionarla a ella misma? Tanto el contenido del relato como la forma exigían ciertos retoques. (...)

»Pero hay que reconocer que, en el campo de las correcciones, la editora de la *Historia de un alma* se mostró altamente generosa. (...) La madre Inés de Jesús corrigió estas páginas como corregía en los Buissonnets las composiciones titubeantes de la niña Teresa. (...) Su propia psicología y su espíritu impulsivo la inclinaban a poner un sello personal en los escritos que le habían encomendado y a retocarlos de una manera casi espontánea. Por otra parte, para ella lo esencial era llegar a las almas, hacerles bien, luchando contra los últimos resabios de jansenismo que aún quedaban flotando en ciertos círculos religiosos. Teresa –así lo creía– era, en sus manos, un magnífico instrumento para llevar a cabo esa labor. A fin de cuentas –pensaba–, el tenor literal de sus escritos no importaba tanto. Y hasta convenía alejar de ellos todo lo que pudiese provocar en el lector alejamiento o rechazo.

»De hecho, la madre Inés de Jesús *reescribió* la autobiografía de Teresa. (...) Sin duda, el contenido del relato sigue siendo prácticamente el mismo, y el fondo de la doctrina también, pero la forma es distinta en la medida en que el temperamento de la madre Inés no es el

de Teresa. (...) Ciertamente, estas modificaciones no han impedido a las almas acercarse verdaderamente a Teresa y dejarse penetrar por su doctrina. Pero en el plano estrictamente científico, es inútil tratar de conciliar las exigencias de la crítica moderna con la manera en que fue retocado el texto original. (...) En una sinopsis en la que los dos textos aparecen en paralelo, y en la que se señalan las divergencias entre ellos, desde las de menor entidad hasta las más importantes, observamos más de 7.000 variantes» (Mss I, p. 78).

Entre las opciones más discutibles de la madre Inés, hay que señalar la alteración de la cronología y, por tanto, el cambio de perspectiva que supone el utilizar la carta a sor María del Sagrado Corazón (Ms B) como conclusión de toda la *Historia de un alma*, presentada como «autobiografía», cuando el Ms C, escrito poco antes de su muerte, refleja el último rostro de Teresa. Esta anomalía se mantendrá hasta 1955, incluso después del restablecimiento, en 1914, de los verdaderos destinatarios de cada manuscrito. Sólo la edición del P. Francisco de Santa María pondrá fin a la misma.

5.- Las modificaciones en la «Historia de un alma»

Una vez que la madre Inés terminó —y rápidamente— la revisión, salió la primera edición de la *Histoire d'une âme* en la tipografía San Pablo, de Bar-le-Duc, el 30 de septiembre de 1898, o sea, un año exactamente después de la muerte de Teresa. Sor María del Sagrado Corazón le había dicho a ésta poco antes: «Me va a costar mucho consolar a la madre Inés, que va a sufrir mucho con (tu) muerte», y Teresa le había contestado: «No te preocupes, la madre Inés no tendrá tiempo para pensar en su dolor, pues estará tan ocupada conmigo hasta el fin de su vida, que ni siquiera podrá dar abasto a todo» (PO, p. 255; cf. PA, p. 245; UC, p. 572). Una vez más fue un buen profeta: este libro, del que se tiraron con cierta timidez 2000 ejemplares, se va a propagar con creciente rapidez,

dando origen a milagros, «lluvias de rosas» y de cartas (cincuenta diarias en 1911, quinientas en 1915), petición de oraciones, de estampas, de recuerdos, de libros (varias reediciones de la *Histoire d'une âme* en concreto, y las traducciones a partir de 1901), y finalmente al Proceso de beatificación. Y todo ello recayó en gran medida sobre los hombros de la madre Inés.

Precisamente la proximidad de los Procesos va a plantear el problema de fondo. Pese a los esfuerzos que harán los testigos por minimizar las diferencias entre los manuscritos originales y el texto de la *Historia de un alma*, aquéllas son demasiado importantes para pasar desapercibidas. En la edición de 1907, sólo se dice al lector que el manuscrito original ha sido dividido en capítulos. Luego, en la de 1914, se restablece la distinción de los tres manuscritos (PA, p. 202), después que María del Sagrado Corazón devolvió «a su estado primitivo el manuscrito original», del que «se envió a Roma una copia auténtica» (*ibid.*). Con todo, Mons. Lemonnier, obispo de Bayeux y Lisieux, afirma en su carta introductoria: «Esta modificación no cambia casi nada en el texto impreso hasta ahora...». Dirá más en la Advertencia al lector, del 6 de marzo de 1924 (cf. MS/NEC, Introducción general, y el comentario que hace a esta Advertencia el P. Francisco de Santa María en Mss I, pp. 86-87).

6.- Las correcciones de los Manuscritos

A pesar de estas declaraciones oficiales de índole tranquilizadora, a la madre Inés y a sus hermanas no les faltaron preocupaciones en relación con los manuscritos de Teresa. El libro apenas sufrió otras modificaciones que las que acabamos de indicar: cualquier otro cambio sustancial hubiera sido peligroso para su reputación de autenticidad. Pero hubo que adaptar los manuscritos de Teresa a las diversas peripecias y coyunturas de su gloria póstuma... Y en primer lugar, a las consecuencias de la exigencia de la madre María de Gonzaga (cf. *supra*). He

aquí lo que la madre Inés escribía a este respecto, el 22 de noviembre de 1907, en el propio cuaderno de Teresa, en la *primera página* del Manuscrito A:

«El manuscrito de sor Teresa del Niño Jesús consta de dos partes, es decir, de dos cuadernos distintos. El primero de ellos fue escrito a petición de su hermana Paulina, sor Inés de Jesús, elegida priora en 1893. El segundo cuaderno fue escrito a petición de la Reverenda Madre María de Gonzaga, elegida priora en 1896. Esta Reverenda Madre sólo daba su asentimiento para la publicación del manuscrito con el título de *Historia de un alma* a condición de que pareciese que todo había sido dedicado a ella. Algún tiempo después de la publicación de la obra, una religiosa de la comunidad pidió a la madre María de Gonzaga que le enseñase el manuscrito original. Ella, no queriendo por nada del mundo que, ni en ese momento ni más tarde, se supiese que la primera parte no había sido dirigida a ella, decidió (siguiendo un consejo que le dieron) que se quemase el Manuscrito. Para salvarlo de la destrucción, la madre Inés de Jesús propuso borrar su nombre y cambiarlo por el de la madre María de Gonzaga. Al mismo tiempo suprimió, con ayuda de un raspador, ciertos pasajes dirigidos exclusivamente a ella y que no podían acomodarse a la madre María de Gonzaga. Esto es lo que explica las numerosas tachaduras de este cuaderno y las incongruencias que inevitablemente se derivan de este subterfugio.

»En el momento en que van a encargarse de introducir la Causa de la Sierva de Dios Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, autora de este manuscrito, la madre Inés de Jesús ha creído una obligación de conciencia dar a conocer la verdad por la presente acta y firmarla con su nombre, tomando por testigos a las tres religiosas, dignas de fe, que forman su consejo.

Sor Inés de Jesús, Priora
Sor María de los Ángeles, Subpriora
Sor Magdalena de Jesús, Procuradora
Sor Teresa de San Agustín, Consejera».

Al dorso de esta primera página del Ms A figura otra advertencia de la madre Inés, del 28 de mayo de 1910: «En abril de 1910, sor María del Sagrado Corazón (María), hermana mayor de la Sierva de Dios, restableció, en base a datos seguros, los pasajes de este manuscrito que habían sido borrados».

Así pues, una nueva fuente de tachaduras: la reconstrucción del texto original (en concreto, las «correcciones de atribución») por obra de María, que no tenía mayor idea de las exigencias de la crítica... Olvida ciertas correcciones y aprovecha la ocasión para introducir también algunas modificaciones de detalle. Y la propia madre Inés, tan perfeccionista, en sus lecturas y relecturas de los manuscritos de su hermana a lo largo de los años, hará nuevos retoques de estilo, de ortografía, de puntuación, que a veces afectan al sentido (cf. Mss I, pp. 91-94)...

7.- Hacia una edición crítica

La edición, en 1948, de las Cartas de Teresa –en una versión tan rigurosa y completa como podían permitirlo la tenacidad del abate Combes y la resistencia, tan conmovedora como obstinada, de sor Genoveva (cf. CG, pp. 39-51)– abre el camino para una versión auténtica de la *Historia de un alma*, sobre todo tras las «semi-confesiones» de Mons. Lemonnier en 1924. Los argumentos del abate Combes en su hermosa carta del 11/9/1947 (cf. *infra*, Introducción a las cartas) a sor Genoveva no caerán en saco roto.

Además, por esas mismas fechas, el P. María Eugenio del Niño Jesús, Definidor General de la Orden del Carmen, escribía a la madre Inés: «La Iglesia ha hablado. La santidad y la misión doctrinal de santa Teresa del Niño Jesús están universalmente reconocidas. De ello se sigue que ella pertenece ya a la Iglesia y a la historia. Para refutar y evitar las interpretaciones erróneas o incompletas, y para ir profundizando progresivamente en la doctrina y en el alma de la Santita, no nos basta con los documentos

y los textos que tan generosamente se nos han ofrecido; sólo los originales pueden permitirnos descubrir la dinámica del pensamiento, el ritmo –en cierto sentido– de su vida y toda la luz de unas fórmulas normalmente tan precisas y tan firmes» (Carta del 3/9/1947; Mss I, pp. 87-88).

La madre Inés, con ochenta y seis años de edad, no tenía ya fuerzas para afrontar esa publicación, que afectaba en parte a la obra de su vida y amenazaba con perturbar intensamente a los fervientes entusiastas de la *Historia de un alma*. Pero no se opuso, y el 2 de noviembre de 1950 le dijo a sor Genoveva: «Te encargo que, después de mi muerte, lo hagas tú en mi nombre» (Mss I, p. 88). El Carmelo de Lisieux se había embarcado así de manera irreversible en la edición crítica e íntegra de la obra de Teresa.

8.- Un texto cuasi-definitivo

Cuando en 1950 el abate Combes dejó de ocuparse de los manuscritos de Teresa, fue nombrado director de la obra el P. Francisco de Santa María (Francisco Liffort de Buffévent, 1910-1961), carmelita descalzo. Con la edición en facsímil que él realizó en 1956, gracias al trabajo magistral de la Imprenta Draeger, de Montrouge, se dio un paso considerable, casi definitivo, en la edición de los manuscritos de Teresa, gracias a la publicación conjunta de las notas históricas del P. Francisco y, sobre todo, de los dictámenes periciales, línea por línea, de Raymond Trillat y Félix Michaud de todas las adiciones, supresiones y tachaduras de los *Manuscritos autobiográficos* (nuevo nombre que se dio a la obra de Teresa, para señalar una ruptura con el texto anterior). Progreso y ruptura concretadas para el gran público en la edición impresa de esos mismos *Manuscritos* en 1957 (cf. las justificaciones del P. Francisco en esa obra, pp. IX-XV)¹.

¹ A partir de 1972, las Éditions du Cerf y Desclée de Brouwer han retomado la edición del Carmelo de Lisieux de 1957, bajo un do-

Esta última publicación es la que ha servido de base para la edición crítica publicada en 1992 en la «Nouvelle Édition du Centenaire» y para el texto del presente volumen, con las modificaciones exigidas por nuevos enfoques críticos (inevitables después de treinta y cinco años de estudios sobre un texto tan duramente castigado); hay que señalar también que hemos vuelto a la literalidad tipográfica², que el P. Francisco de Santa María había estimado conveniente interpretar libremente para traducir la espontaneidad del pensamiento y de la escritura de Teresa (*ibid.*, p. XII). Para mayores precisiones, véanse las Notas sobre la fijación del texto y las Notas de crítica textual de los *Manuscritos autobiográficos* (MS/NEC).

ble título: *Histoire d'une âme* y *Manuscrits autobiographiques*, para no desorientar a los lectores no especialistas que continúan pidiendo en las librerías la *Histoire d'une âme* en edición popular.

² En nuestra traducción hemos obrado con gran libertad, tanto en la puntuación como en la división de párrafos, en orden a facilitar la lectura a los lectores de lengua castellana. N. del T.

**MANUSCRITO DEDICADO
A LA
REVERENDA MADRE INÉS DE JESÚS
Manuscrito «A»**

*El claustro guarda, en permanente gusto,
el suavísimo aroma de las flores
-rosales de belleza a lo divino-
que cultivó Teresa
como un ángel bajado de los cielos.
Pero ni claustro o valla
podrán nunca menguar la refulgencia
de su interior silencio en llama viva.*

EMETERIO GARCÍA SETIÉN

[CAPÍTULO I

ALENÇON
(1873 - 1877)

El cántico de las Misericordias del Señor – Rodeada de amor – Viaje a Le Mans – Mi carácter – Yo lo escojo todo]

[2rº] J.M.J.T.¹

Jesús +

Enero de 1895

Historia primaveral de una Florecita blanca²,
escrita por ella misma
y dedicada a la Reverenda Madre Inés de Jesús.

A ti, Madre querida, a ti que eres doblemente mi madre, vengo a confiarte la historia de mi alma... El día que me pediste que lo hiciera, me pareció que eso disiparía

¹ Iniciales de Jesús, María, José, Teresa (de Jesús). Encabezamiento que se usa en el Carmelo y que encontraremos en Teresa en casi todas partes.

² «*La historia de la florecita que cortó Jesús*» (3vº) discurrirá a lo largo de todo el Ms A, hasta el escudo de armas (85vº). La «*florecita blanca*» es la saxífraga que el señor Martin dio a Teresa cuando ésta le habló de su vocación (50vº). Cf. Ms A 17rº, 31vº, 81vº; Ms B 4rº/vº; PN 34; 51; etc.

mi corazón al ocuparlo de sí mismo; pero después Jesús me hizo comprender que, obedeciendo con sencillez, le agradaría. Además, no voy a hacer más que una cosa: comenzar a cantar lo que repetiré eternamente: «¡¡¡Las misericordias del Señor!!!»³...

Antes de coger la pluma, me he arrodillado ante la estatua de María⁴ (la que tantas pruebas nos ha dado de las predilecciones maternas de la Reina del cielo por nuestra familia), y le he pedido que guíe mi mano para que no escriba ni una sola línea que no sea de su agrado. Luego, abriendo el santo Evangelio, mis ojos se posaron en estas palabras: «Subió Jesús a una montaña y llamó a
 Mc 3,13 Sí a los que *él quiso*, y se fueron con él» (San Marcos, cap. III, v. 13). He ahí todo el misterio de mi vocación, de mi vida entera, y, sobre todo, el misterio de los privilegios de Jesús a mi alma... Él no llama a los que son dignos de él, sino a los que *quiere*⁵, o, como dice san Pablo: «Dios tiene piedad de quien quiere y trata con misericordia a quien quiere tratar con misericordia. No es, pues, cosa del que quiere o del que corre, sino de Dios que trata con misericordia» (Cta. a los Romanos, cap. IX, v. 15 y 16).
 Rm 9,15-16

Durante mucho tiempo me he preguntado por qué tenía Dios preferencias, por qué no recibían todas las almas el mismo grado de gracias. Me extrañaba verle prodigar favores extraordinarios a los santos que le habían [2vº] ofendido, como san Pablo o san Agustín, a los que forzaba, por así decirlo, a recibir sus gracias; y cuando

³ El gran tema de los Ms A. La palabra *misericordia*, que volvemos a encontrar en esta misma página en la cita de san Pablo, se repite veintinueve veces en los Manuscritos autobiográficos, y encabeza la más importante de las oraciones de Teresa, el *Acto de ofrenda al Amor misericordioso* (Or 6).

⁴ La «Virgen de la Sonrisa», que en la actualidad remata la urna de la Santa. Juega un papel fundamental en la vida de Teresa, curándola, en la niñez, de su enfermedad nerviosa (29vº/31rº) y acompañándola en su agonía en la enfermería.

⁵ Teresa insiste en la idea, tan entrañable para ella, del *querer* de Dios, que aparece catorce veces en los Manuscritos. La *gratuidad* del amor de Dios está en el centro de su mensaje. Cf. Ms C 2rº.

leía la vida de los santos a los que Nuestro Señor quiso acariciar desde la cuna hasta el sepulcro, sin dejar en su camino ningún obstáculo que les impidiera elevarse hacia él y previniendo a esas almas con tales favores que no pudiesen empañar el brillo inmaculado de su vestidura bautismal, me preguntaba por qué los pobres salvajes, por ejemplo, morían en tan gran número sin haber oído ni tan siquiera pronunciar el nombre de Dios...

Jesús se ha dignado instruirme acerca de este misterio. Puso ante mis ojos el libro de la naturaleza y comprendí que todas las flores que él ha creado son hermosas, y que el esplendor de la rosa y la blancura de la azucena no le quitan a la humilde violeta su perfume ni a la margarita su encantadora sencillez... Comprendí que si todas las florecitas quisieran ser rosas, la naturaleza perdería su gala primaveral y los campos ya no se verían esmaltados de florecillas...

Eso mismo sucede en el mundo de las almas, que es el jardín de Jesús. Él ha querido crear grandes santos, que pueden compararse a las azucenas y a las rosas; pero ha creado también otros más pequeños, y éstos han de conformarse con ser margaritas o violetas destinadas a recrear los ojos de Dios cuando los baja a sus pies. La perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que él quiere que seamos...

Comprendí también que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime. Y es que, como lo propio el amor es abajarse⁶, si todas las almas se parecieran a las de los santos doctores que han iluminado a la Iglesia [3r^o] con la luz de su doctrina, parecería que Dios no tendría que abajarse demasiado al venir a sus corazones. Pero él ha creado al niño, que no sabe nada y que sólo deja oír débiles gemidos; y ha creado al

⁶ Éste es, para Teresa, uno de los «gestos», una de las imágenes esenciales del amor, de la gracia divina, que aparece veinticuatro veces en sus Escritos (cf. sobre todo Ms B 3v^o al final).

pobre salvaje, que sólo tiene para guiarse la ley natural. Y hasta sus corazones quiere abajarse. Estas son sus flores de los campos, cuya sencillez le fascina...

Abajándose de tal modo, Dios muestra su infinita grandeza. Así como el sol ilumina al mismo tiempo a los cedros y a cada florecilla, como si sólo ella existiese en la tierra, del mismo modo Nuestro Señor se ocupa tan personalmente de cada alma, como si no hubiera otras como ella. Y así como en la naturaleza todas las estaciones están ordenadas de tal modo que en el día señalado se abra hasta la más humilde margarita, de la misma manera todo está ordenado al bien de cada alma.

Seguramente, Madre querida, te estés preguntando extrañada adónde quiero ir a parar, pues hasta ahora nada he dicho todavía que se parezca a la historia de mi vida. Pero me has pedido que escribiera sin traba alguna lo que me viniera al *pensamiento*. Así que lo que voy a escribir no es mi vida propiamente dicha, sino mis *pensamientos* acerca de las gracias que Dios se ha dignado concederme.

Me encuentro en un momento de mi existencia en el que puedo echar una mirada hacia el pasado; mi alma ha madurado en el crisol de las pruebas exteriores e interiores. Ahora, como la flor fortalecida por la tormenta, levanto la cabeza y veo que en mí se hacen realidad las palabras del salmo XXII: «El Señor es mi pastor, nada me faltará: en verdes y fértiles praderas me hace recostar; me conduce con suavidad a lo largo de las aguas. Guía mi alma sin cansarla... Y aunque baje hasta el valle de [3vº] las sombras de la muerte, ningún mal temeré, ¡porque tú, Señor, vas conmigo...!». Conmigo el Señor ha sido siempre compasivo y lleno de ternura..., lento para castigar ¡y rico en misericordia...! (Salmo CII, v. 8). Por eso, Madre, vengo feliz a cantar a tu lado las misericordias del Señor... Para *ti sola* voy a escribir la historia de la *florecita* que cortó Jesús. Por eso, hablaré con confianza total, sin preocuparme ni del estilo ni de las numerosas digresiones que pueda hacer. Un corazón de madre comprende siempre

Sal 22,1-4

Sal 102,8

Sal 88,2

a su hijo, aun cuando éste no sepa más que balbucir. Por eso, estoy segura de que voy a ser comprendida y hasta adivinada por ti, que modelaste mi corazón y que se lo ofreciste a Jesús...

Me parece que si una florecilla pudiese hablar, diría simplemente lo que Dios ha hecho por ella, sin tratar de ocultar sus dones. No diría, so pretexto de falsa humildad, que es fea y sin perfume, que el sol le ha robado su esplendor y que las tormentas han tronchado su tallo, cuando descubre en sí misma todo lo contrario.

La flor que va a contar su historia se alegra de poder pregonar las delicadezas totalmente gratuitas de Jesús. Reconoce que en ella no había nada capaz de atraer sus miradas divinas, y [que] sólo su misericordia ha obrado todo lo que hay de bueno en ella...

Él la hizo nacer en una tierra santa e impregnada toda ella como de un *perfume virginal*. Él hizo que la precedieran ocho azucenas deslumbrantes de blancura. Él, en su amor, quiso preservar a su florecita del aliento envenenado del mundo; y apenas empezaba a entreabrirse su corola, este divino Salvador la trasplantó a la montaña del Carmelo, donde las dos azucenas que la habían rodeado y acunado dulcemente en la primavera de su vida esparcían ya [4r^o] su suave perfume...

Siete años han pasado desde que la florecilla echó raíces⁷ en el jardín del Esposo de las vírgenes, y ahora tres azucenas mecen junto a ella sus corolas perfumadas; un poco más lejos, se abre otra azucena bajo la mirada de Jesús. Y los dos tallos benditos que produjeron esas flores están ya reunidos por toda la eternidad en la patria celestial... Allí se han encontrado con las cuatro azucenas que la tierra no vio cómo se abrían... ¡Ojalá Jesús tenga a bien no dejar por mucho tiempo en tierra extraña a las flores que aún quedan en el destierro! ¡Ojalá que pronto el ramo de azucenas se vea completo en el cielo!⁸.

⁷ Cf. 50v^o.

⁸ Familia de Teresa: en ese momento, «tres azucenas» en el Carmelo; «otra azucena» (Leonia) en la Visitación; «los dos tallos

Sal 88,2

Acabo, Madre, de resumir en pocas palabras lo que Dios ha hecho por mí. Ahora voy a entrar en los detalles de mi vida de niña. Sé que donde cualquier otro no vería más que un relato aburrido, tu *corazón de madre* encontrará verdaderas delicias... Además, los recuerdos que voy a evocar son también tuyos, pues a tu lado fue transcurriendo mi niñez y tengo la dicha de tener unos padres incomparables que nos rodearon de los mismos cuidados y del mismo cariño. ¡Que ellos bendigan a la más pequeña de sus hijas y le ayuden a cantar las divinas misericordias...!

En la historia de mi alma, hasta mi entrada en el Carmelo, distingo tres períodos bien definidos⁹. El primero, a pesar de su corta duración, no es el menos fecundo en recuerdos. Se extiende desde el despertar de mi razón hasta la partida de nuestra madre querida para la patria del cielo.

[4v^o] Dios me concedió la gracia de despertar mi inteligencia muy temprano y de grabar tan profundamente en mi memoria los recuerdos de mi infancia, que me parece que las cosas que voy a contar ocurrieron ayer. Seguramente que Jesús, en su amor, quiso hacerme conocer a la madre incomparable que me había dado y que su mano divina tenía prisa por coronar en el cielo...

Durante toda mi vida, Dios ha querido rodearme de *amor*. Mis primeros recuerdos están impregnados de sonrisas y de las más tiernas caricias... Pero si él puso a mi lado mucho *amor*, también lo puso en mi corazoncito, creándolo cariñoso y sensible. Y así, quería mucho a papá y a mamá, y les demostraba de mil maneras mi cariño,

benditos» (sus padres), que se han encontrado ya con «*las cuatro azucenas*», los hermanos y hermanas muertos en temprana edad.

⁹ Tierna infancia en Alençon (hasta la muerte de su madre); infancia en Los Buissonnets (hasta la «gracia de Navidad» de 1886); y luego, desde 1886 hasta la fecha de redacción del Ms A (1895). Las delimitaciones de estos períodos no están bien determinadas, ya que en 13r^o y 45v^o Teresa habla de tres períodos «*de su vida*».

pues era muy efusiva. Sólo que los medios que empleaba, a veces eran raros, como lo demuestra este pasaje de una carta de mamá:

«La niña es un diablillo como no hay dos; viene a acariciarme deseándome la muerte: “¡Cómo me gustaría que te murieras, mamaíta...!” La riñen, y me dice: “¡Pero si es para que vayas al cielo! ¿No dices que hay que morir para ir allá?”. Y cuando está con estos arrebatos de amor, desea también la muerte a su padre»¹⁰.

[5rº] Y mira lo que el 25 de junio de 1874, cuando yo tenía apenas 18 meses, decía mamá de mí:

«Papá acaba de instalar un columpio. Celina está loca de contenta, ¡pero hay que ver columpiarse a la pequeña! Es de risa; se sostiene como una jovencita, no hay peligro de que suelte la cuerda, y cuando va demasiado despacio se pone a gritar. La sujetamos por delante con otra cuerda, pero a pesar de todo yo no me siento tranquila cuando la veo colgada allá arriba.

»El otro día me ocurrió una curiosa aventura con la pequeña. Tengo costumbre de ir a la Misa de las 5 ½ de la mañana. Los primeros días, no me atrevía a dejarla sola; pero al ver que nunca se despertaba, me decidí a hacerlo. La acuesto en mi cama y arrimo la cuna de manera que sea imposible que se caiga. Un día me olvidé de poner la cuna. Llego, y la pequeña ya no estaba en la cama. En ese mismo momento escuché un grito; miro y la veo sentada en una silla que había frente a la cabecera de mi cama, con la cabecita apoyada en el respaldo y durmiendo un mal sueño, pues estaba incómoda. No logro ex-

¹⁰ Carta de la señora de Martin a su hija Paulina (5/12/1875). En este lugar, Teresa añade una hoja (5rº/vº), para transcribir varios pasajes de cartas de la señora de Martin que le había facilitado la madre Inés.

plicarme cómo pudo caer sentada en aquella silla, pues estaba acostada. Di gracias a Dios de que no le hubiera pasado nada; fue realmente providencial, pues debería haber caído rodando al suelo. El ángel de la guarda ha velado por ella, y las almas del purgatorio, a las que todos los días rezo una oración por la pequeña, la protegieron. Así me explico yo lo sucedido..., tú explícatelo como quieras...».

Al final de la carta mamá añadía:

«Ahora la niña ha venido a pasarme la manita por la cara y a darme un beso. Esta criatura no quiere dejarme ni un instante y no se aparta de mi lado. Le gusta mucho salir al jardín, [5vº], pero si yo no estoy allí no quiere quedarse y se echa a llorar hasta que me la traen...»¹¹.

(Y éste es un pasaje de otra carta:)

«Teresita me preguntaba el otro día si iría al cielo. Yo le dije que sí, si se portaba bien, y me contestó: "Ya, y si no soy buena, iré al infierno... Pero sé muy bien lo que haré: me echaré a volar contigo, que estarás en el cielo, ¿y cómo se las arreglará Dios para cogerme...? Tú me apretarás muy fuertemente entre tus brazos". Y leí en sus ojos que estaba firmemente convencida de que Dios no podría hacerle nada mientras estuviese en brazos de su madre¹²...

«María quiere mucho a su hermanita, y dice que es muy buena. No es extraño, pues la pobre niña tiene mucho miedo a darle cualquier disgusto. Ayer quise darle una rosa, pues sé que le gustan mucho, pero se puso a suplicarme que no la cortase, porque María se lo había prohibido. Estaba excitadísima. No obstante, le di dos y no se atrevía a apa-

¹¹ De la señora de Martin a María y a Paulina, 25/6/1874.

¹² De la señora de Martin a Paulina, 29/10/1876.

recer por casa. Era inútil decirle que las rosas eran mías: "Que no, decía ella, que son de María..."».

«Es un niña que se emociona con gran facilidad. En cuanto hace algún pequeño desaguisado, tiene que saberlo todo el mundo. Ayer rasgó sin querer una esquinita del empapelado y se puso que daba lástima, había que decírselo enseguida a su padre. Cuando éste llegó, cuatro horas más tarde, ya nadie pensaba en lo sucedido, pero ella fue corriendo a decirle a María: "Dile enseguida a papá que he rasgado el papel". Y estaba allí como un criminal que espera su condena; pero tiene su teoría de que, si se acusa, la perdonarán más fácilmente»¹³.

[4vº sigue] Quería mucho a mi *madrina*¹⁴. Parecía que no, pero me fijaba mucho en todo lo que se hacía y se decía a mi alrededor, y me parece que juzgaba ya las cosas como ahora. Escuchaba muy atentamente lo que María enseñaba a Celina, para actuar yo como ella. [6rº] Después que salió de la Visitación, para obtener el favor de ser admitida en su cuarto durante las clases que le daba a Celina, me portaba muy bien y hacía todo lo que me mandaba. Por eso, me colmaban de regalos, que, pese a su escaso valor, me hacían mucha ilusión.

Estaba muy orgullosa de mis dos hermanas mayores, pero mi *ideal* de niña era Paulina... Cuando estaba empezando a hablar y mamá me preguntaba: «¿En qué piensas?», la respuesta era invariable: «¡En Paulina...!». En otra ocasión pasaba mi dedito por el cristal de la ventana y decía: «Estoy escribiendo: ¡Paulina...!».

Oía decir con frecuencia que seguramente Paulina sería *religiosa*, y yo entonces, sin saber muy bien lo que era eso, pensaba: Yo también *seré religiosa*. Es éste uno de mis primeros recuerdos, y desde entonces ¡ya nunca

¹³ *Ídem*, 21/5/1876.

¹⁴ Su hermana María. Había salido del internado (la Visitación de Le Mans) el 2/8/1875.

cambié de intención...! Jesús te escogió a ti, Madre querida, para desposarme con él; tú no estabas entonces a mi lado, pero ya se había creado un lazo entre nuestras almas... Tú eras mi *ideal*, yo quería parecerme a ti, y tu ejemplo fue lo que me arrastró, desde los dos años de edad, hacia el Esposo de las vírgenes. ¡Cuántos hermosos pensamientos quisiera confiarte! Pero tengo que continuar con la historia de la florecilla, con su historia completa y general, pues si quisiera hablar detalladamente de sus relaciones con «Paulina», ¡tendría que dejar de lado todo lo demás...!

Mi querida Leonia ocupaba también un lugar importante en mi corazón. Me quería mucho. Por las tardes, cuando toda la familia salía a dar un paseo, era ella quien me cuidaba... Aún me parece estar escuchando las lindas tonadas que cantaba para dormirme... Buscaba la forma de darme gusto en todo; por eso, me habría dolido mucho darle algún disgusto. [6vº] Me acuerdo muy bien de su primera comunión¹⁵, sobre todo del momento en que me cogió en brazos para hacerme entrar con ella en la casa parroquial. ¡Me parecía tan hermoso ser llevada por una hermana mayor toda vestida de blanco como yo...! Por la noche, me acostaron temprano, pues yo era muy pequeña para quedarme al solemne banquete; pero aún estoy viendo a papá venir, a los postres, para traerle a su reinécita unos trozos de tarta...

Al día siguiente, o pocos días después, fuimos con mamá a casa de la compañerita de Leonia¹⁶. Creo que fue ese día cuando nuestra mamaíta nos llevó detrás de una pared para hacernos beber un poco de vino después de la comida (que nos había servido la pobre señora de Dagorau), pues no quería herir la sensibilidad de la buena

¹⁵ El 23/5/1875; Teresa tenía, pues, dos años y medio.

¹⁶ Armandina Dagorau, compañera de primera comunión, a la que la señora de Martin había «vestido, siguiendo una emotiva costumbre de las familias acomodadas de Alençon. Esta niña no se separó de Leonia ni un solo instante de este hermoso día; y por la noche, en la cena de gala la pusieron en el puesto de honor» (HA).

mujer pero tampoco quería que nos faltase nada... ¡Qué tierno es el corazón de una madre, y cómo expresa su ternura en mil detalles previsoires en los que nadie pensaría...!

Ahora me falta hablar de mi querida Celina, la compañerita de mi infancia, pero son tantos los recuerdos, que no sé cuáles elegir. Voy a extraer algunos pasajes de las cartas que mamá te escribía a la Visitación, pero no voy a copiarlo todo, pues sería demasiado largo...

El 10 de julio de 1873¹⁷ (año de mi nacimiento), te decía:

«La nodriza¹⁸ trajo el jueves a Teresita. Se pasó todo el tiempo riendo. La que más le gustó fue la pequeña Celina. Se reía con ella a carcajadas. Se diría que ya tiene ganas de jugar, no tardará en hacerlo. Se sostiene sobre las piernecitas, más tiesa que una estaca. Creo que pronto empezará a andar y que tendrá buen carácter. Parece muy inteligente y tiene pinta de predestinada...».

[7rº] Pero cuando mostré mi cariño a mi querida Celinita, fue sobre todo después de dejar a mi nodriza. Nos entendíamos muy bien; sólo que yo era mucho más vivarachita y mucho menos ingenua que ella. Aunque yo era tres años y medio más joven, me parecía que fuésemos de la misma edad. Este pasaje de una carta de mamá te hará ver lo buena que era Celina y lo mala que era yo:

«Mi Celinita está decididamente inclinada a la virtud. Es ésta una inclinación profunda de su ser. Tiene un alma candorosa y siente horror al pecado. En cuanto al huroncillo, no sabemos lo que saldrá de él. ¡Es tan pequeño y tan atolondrado! Tiene una inteligencia superior a la de Celina, pero es mucho

¹⁷ En realidad, el 1/7/1873.

¹⁸ Rosa Taillé, que vivía en Semallé, a dos horas de camino de Alençon. Teresa estuvo confiada a sus cuidados desde el 15 o el 16 de marzo de 1873 hasta el 2 de abril de 1874.

menos dulce, y, sobre todo, de una terquedad casi indomable. Cuando dice "no", no hay nada que la haga ceder; aunque la metiésemos un día entero en el cuarto de los trastos, dormiría allí antes que decir "sí"...

»Sin embargo, tiene un corazón de oro, es muy cariñosa y sincera. Es curioso verla correr tras de mí para acusarse: –Mamá, he empujado a Celina una vez, la he pegado una vez, pero no lo volveré a hacer. (Y así, en todo lo que hace). El jueves por la tarde, fuimos a dar un paseo hacia la estación, y se empeñó en entrar en la sala de espera para ir a buscar a Paulina. Corría delante con una alegría que daba gloria verla. Pero cuando vio que teníamos que volvernos sin subir al tren para ir a buscar a Paulina, se pasó todo el camino llorando»¹⁹.

Esta última parte de la carta me recuerda la dicha que sentía al verte volver de la Visitación. Tú, Madre, me cogías en brazos y María cogía a Celina. Entonces yo te hacía mil caricias y me echaba [7vº] hacia atrás para admirar tu larga trenza... Luego me dabas una tableta de chocolate que habías guardado durante tres meses. ¡Imagínate qué reliquia era eso para mí...!

Me acuerdo también del viaje que hice a Le Mans²⁰. Era la primera vez que iba en tren. ¡Qué alegría verme viajando sola con mamá...! Sin embargo, ya no sé por qué, me eché a llorar, y nuestra pobre mamáita sólo pudo presentar a mi tía de Le Mans a un feo *bichito* todo enrojecido por las lágrimas que había derramado en el camino... No guardo ningún recuerdo de la visita en el locutorio, a no ser del momento en que mi tía me pasó un ratoncito blanco y una cestita de cartulina llena de bombones, sobre los que *campeaban* dos preciosos anillos de azú-

¹⁹ De la señora de Martin a Paulina, 14/5/1876.

²⁰ El 29/3/1875, visita a la hermana de la señora de Martin, sor María Dositea, en la Visitación.

car, justamente del tamaño de mi dedo. Inmediatamente exclamé: «¡Qué bien! ¡Ya tengo un anillo para Celina!». Pero, ¡ay dolor!, cojo la cesta por el asa, doy la otra mano a mamá y nos vamos. A los pocos pasos, miro la cesta y veo casi todos los bombones desparramados por la calle, como si fueran los guijarros de Pulgarcito... Miro más de cerca y veo que uno de los preciosos anillos había corrido la suerte fatal de los bombones... ¡Ya no tenía nada para darle a Celina...! Entonces estalla mi dolor, pido volver sobre mis pasos, pero mamá no parece hacerme caso. ¡Aquello era demasiado! A mis *lágrimas* siguieron mis *gritos*... No podía comprender que mamá no compartiese mi dolor, y eso aumentaba aún más mi sufrimiento...

Vuelvo ahora a las cartas en las que mamá te habla de Celina y de mí. Es el mejor medio que puedo emplear para darte a conocer bien mi carácter. He aquí un pasaje en el que mis defectos brillan con intenso esplendor:

[8r^o] «Celina está entretenida con la pequeña jugando a los cubos, y riñen de vez en cuando. Celina cede para poner una perla en su corona. Yo me veo obligada a reprender a esta pobre niña, que coge unas rabietaas terribles; cuando las cosas no salen a su gusto, se revuelca por el suelo como una desesperada pensando que todo está perdido. Hay momentos en que es más fuerte que ella, y se le corta la respiración. Es una niña muy nerviosa. De todas maneras, es un encanto, y muy inteligente, y se acuerda de todo»²¹.

¡Ya ves, Madre, qué lejos estaba yo de ser una niña sin defectos! Ni siquiera se podía decir de mí «que fuese buena mientras dormía», pues de noche era todavía más inquieta que de día. Mandaba a paseo todas las mantas, y luego (dormida y todo) me daba golpes contra los largueros de mi camita; el dolor me despertaba, y entonces

²¹ De la señora de Martin a Paulina, 5/12/1875. Sobre la memoria de Teresa, cf. Ms A 4v^o, 13v^o; CA 5.8.7.

decía: «¡Mamá, me *he golpeado*...!». Nuestra pobre ma-maíta tenía que levantarse y comprobaba que, en efecto, tenía chichones en la frente y me había *golpeado*. Me tapaba bien y volvía a acostarse; pero al cabo de un momento yo volvía a *golpearme*. De suerte que se vieron obligados a *atarme* en la cama. Todas las noches, Celinita venía a anudar las incontables cuerdas destinadas a evitar que el diablillo se *golpease* y despertara a su mamá. Esta medida dio buen resultado, y desde entonces ya fui *bue-na* mientras *dormía*...

Tenía también otro defecto (estando despierta), del que mamá no habla en sus cartas, que era un gran amor propio. Voy a darte sólo dos ejemplos para no alargar demasiado mi narración. Un día, me dijo mamá: «Teresita, si besas el suelo, te doy cinco céntimos». Cinco céntimos eran para mí toda una fortuna, y para ganarlos no tenía que rebajar demasiado mi *grandeza*, pues mi *pequeña* estatura no me separaba muchos palmos de suelo. Sin embargo, mi orgullo se rebeló a [8v^o] la sola idea de *besar el suelo*, y poniéndome muy tiesa le dije a mamá: –¡No, mamaíta, prefiero quedarme sin los cinco céntimos...! En otra ocasión teníamos que ir a Grogny, a visitar a la señora de Monnier. Mamá le dijo a María que me pusiese mi precioso vestido azul celeste, adornado de encajes, pero que no me dejara los brazos al aire, para que el sol no me los tostase. Yo me dejé vestir, con la indiferencia propia de las niñas de mi edad; pero interiormente pensaba que habría estado mucho más bonita con los bracitos al aire.

Con una forma de ser como la mía, si hubiese sido educada por unos padres sin virtud, o incluso si hubiese sido mimada por Luisa²² como Celina, habría salido muy mala, y tal vez me habría perdido... Pero Jesús velaba por su pequeña prometida y quiso que todo redundase en su bien; incluso sus defectos, que, corregidos a tiempo, le sirvieron para crecer en la perfección...

²² Luisa Marais, criada de la familia Martin en Alençon.

Como tenía *amor propio* y también *amor al bien*, en cuanto empecé a pensar seriamente (y lo hice desde muy pequeña), bastaba que me dijeran que algo no estaba *bien* para que se me quitasen las ganas de hacérmelo repetir dos veces... Veo con agrado en las cartas de mamá que, a medida que iba creciendo, le daba más alegrías. Como no tenía más que buenos ejemplos a mi alrededor, quería naturalmente seguirlos. Esto es lo que escribía mamá en 1876:

«Hasta Teresa quiere ponerse a veces a hacer prácticas²³... Es una niña encantadora, más lista que el hambre²⁴, muy vivaracha, pero de corazón sensible. Celina y ella se quieren mucho. Se bastan solas para entretenerse. Todos los días, en cuanto acababan de cenar, Celina va a buscar su gallito y atrapa al primer golpe la gallina de Teresa. Yo no consigo hacerlo, pero ella es tan hábil que la coge a la primera. Después se van las dos con sus animalitos a sentarse al amor de la [9r^o] lumbre, y así se entretienen un buen rato. (La gallina y el gallo me los había regalado Rosita, y yo le di el gallo a Celina).

»El otro día Celina durmió conmigo y Teresa se acostó en el segundo piso en la cama de Celina. Había pedido a Luisa que la bajase abajo para vestirla, y cuando Luisa subió a buscarla encontró la cama vacía. Teresa había oído a Celina y había bajado con ella. Luisa le dijo: –¿O sea, que no quieres bajar a vestirte? –No, Luisa, no, nosotras somos como las dos gallinitas, que no pueden separarse. Y al decir esto, se abrazaban y se estrechaban la una contra la otra...

²³ «Sacrificios». Ver más detalles en HA.

²⁴ [La mamá escribe: «fine comme l'ombre» (fina como la sombra)], en vez de «fine comme l'ambre» [fina como un coral, lista como el hambre]. [Nota ligeramente modificada por el traductor].

»Luego, por la tarde, Luisa, Celina y Leonia se fueron al Círculo Católico²⁵ y dejaron en casa a la pobre Teresa, que entendía perfectamente que ella era demasiado pequeña para ir, y decía: «¡Si por lo menos quisieran acostarme en la cama de Celina...! Pero no, no quisieron... Ella no dijo nada y se quedó sola con su lamparita. Al cuarto de hora estaba ya profundamente dormida...»²⁶.

Otro día, mamá escribía también:

«Celina y Teresa son inseparables, no es fácil ver a dos niñas que se quieran tanto. Cuando María viene a buscar a Celina para la clase, la pobre Teresa se queda hecha un mar de lágrimas. ¡Ay, qué va a ser de ella si se va su amiguita...! María se compadece y se la lleva también, y la pobre criatura se pasa dos o tres horas sentada en una silla. Le dan unas cuentas para que las ensarte o algún trapo para que cosa; no se atreve a rebullir y lanza con frecuencia profundos suspiros. Cuando se le desenhebra la aguja, intenta volver a enhebrarla, y es curioso verla cuando no lo consigue y sin atreverse a molestar a María. Pronto se ven dos gruesas lágrimas correr por sus mejillas... María [9vº] la consuela inmediatamente y le vuelve a enhebrar la aguja, y el pobre angelito sonrío a través de sus lágrimas...»²⁷.

Recuerdo, en efecto, que no podía estar sin Celina, y que prefería levantarme de la mesa sin terminar el postre a no irme tras ella. En cuanto se levantaba, me volvía en mi silla alta, pidiendo que me bajasen, y nos íbamos las dos juntas a jugar.

²⁵ Círculos artísticos y recreativos creados por iniciativa de Alberto de Mun; el de Alençon databa de 1875.

²⁶ De la señora de Martin a Paulina, 8/11/1876.

²⁷ *Ídem*, 4/3/1877.

A veces nos íbamos con la hija del gobernador²⁸, lo cual me gustaba mucho a causa del parque y de los preciosos juguetes que nos enseñaba; pero más que nada iba allí por complacer a Celina, ya que prefería quedarme en nuestro jardincito *raspando las tapias*, pues quitábamos todas las brillantes lentejuelas que había en ellas y luego íbamos a vendérselas a *papá* que nos las compraba muy serio.

Los domingos, como yo era muy pequeña para ir a las funciones religiosas, mamá se quedaba a cuidarme. Yo me portaba muy bien y andaba únicamente de puntillas mientras duraba la misa. Pero en cuanto veía abrirse la puerta, se producía una explosión de alegría sin igual: me precipitaba al encuentro de mi *preciosa* hermanita, que venía *adornada como una capilla*²⁹..., y le decía: «¡Celinita, dame enseguida pan bendito!». A veces no lo traía, porque había llegado demasiado tarde... ¿Qué hacer entonces? Yo no podía pasarme sin él, era «*mi misa*»... Pronto encontré la solución: «¿No tienes pan bendito? ¡Pues hazlo!» Dicho y hecho: Celina coge una silla, abre la alacena, coge el pan, corta una rebanada, y reza muy *seria* un *Ave María* sobre él. Luego me lo ofrece, y yo, después de hacer con él la señal de la cruz, lo como con *gran devoción*, encontrándole exactamente el mismo gusto [10rº] que el del *pan bendito*...

Con frecuencia hacíamos juntas *conferencias espirituales*. He aquí un ejemplo que entresaco de las cartas de mamá:

«Nuestras dos queridas chiquitas, Celina y Teresa, son ángeles de bendición, tienen una naturaleza verdaderamente angelical. Teresa constituye la alegría y la felicidad de María, y su gloria. Es increíble lo orgullosa que está de ella. La verdad es que tiene salidas de lo más sorprendentes para su edad y

²⁸ El gobierno civil se encontraba en la calle San Blas, enfrente de la casa de la familia Martín.

²⁹ Expresión del señor Martín.

le da cien vueltas a Celina, que tiene el doble de años. El otro día decía Celina: "¿Cómo es posible que Dios pueda estar en una hostia tan pequeña?". Y la pequeña contestó: "Pues no es tan extraño, porque Dios es todopoderoso". "¿Y qué quiere decir todopoderoso?". "¡Pues que hace todo lo que quiere"!...»³⁰.

Un día, Leonia, creyéndose ya demasiado mayor para jugar a las muñecas, vino a nuestro encuentro con una cesta llena de vestiditos y de preciosos retazos para hacer más. Encima de todo estaba acostada su muñeca. «Tomad, hermanitas –nos dijo–, escoged, os doy todo esto para vosotras». Celina alargó la mano y cogió un pequeño mazo de cintas que le gustaba. Tras pensarlo un momento, yo alargué a mi vez la mano, diciendo: «¡Yo lo escojo todo!»³¹, y cogí la cesta sin más ceremonias. A los testigos de la escena la cosa les pareció muy justa, y ni a la misma Celina se le ocurrió quejarse (aunque la verdad es que juguetes no le faltaban, pues su padrino³² la colmaba de regalos, y Luisa encontraba la forma de agenciarle todo lo que deseaba).

Este insignificante episodio de mi infancia es el resumen de toda mi vida. Más tarde, cuando se ofreció ante mis ojos el horizonte de la perfección, comprendí que para ser *santa* había que sufrir mucho, buscar siempre

³⁰ De la señora de Martin a Paulina, 10/5/1877.

³¹ Una de las expresiones esenciales en el vocabulario teresiano (noventa y cinco veces la usa en los escritos). Aquí Teresa da inmediatamente toda la fuerza de una parábola («*el resumen de toda mi vida*») a este gesto infantil, en una interpretación psicológica sumamente acertada, aunque paradójica: para ella, más que de quedarse con todo, se trata de no escoger entre unos sufrimientos y otros, y de renunciar a hacer su voluntad; pone desde el primer momento el acento en el papel del sufrimiento, otro hilo conductor en los Manuscritos (cf. Ms A 73r^o, 81r^o, etc.). El P. Piat minimiza mucho el alcance de esta «codicia» de que se podría acusar a Teresa en razón de la insignificancia del regalo de Leonia, «unos trapitos».

³² Vidal Romet, amigo del señor Martin.

lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la perfección había muchos grados, y que cada alma [10v^o] era libre de responder a las invitaciones del Señor y de hacer poco o mucho por él, en una palabra, de escoger entre los sacrificios que él nos pide. Y entonces, como en los días de mi niñez, exclamé: «Dios mío, yo lo escojo todo. No quiero ser santa a medias, no me asusta sufrir por ti, sólo temo una cosa: conservar mi *voluntad*. Tómala, ¡pues “yo escojo todo” lo que tú quieres...!».

Pero tengo que cortar. No tengo que hablarte todavía de mi juventud, sino de aquel diablillo de cuatro años.

Recuerdo un sueño que debí tener por esta edad y que se me grabó profundamente en la imaginación. Una noche soñé que salía a dar un paseo, yo sola, por el jardín. Al llegar al pie de los escalones que había que subir para llegar a él, me paré, sobrecogida de espanto. Delante de mí, al lado del cenador, había un bidón de cal y sobre ese bidón estaban bailando dos *horribles diablillos*³³ con sorprendente agilidad a pesar de las planchas que llevaban en los pies. De repente, fijaron en mí sus ojos encendidos y luego, en ese mismo momento, como si estuvieran todavía más asustados que yo, saltaron del bidón al suelo y fueron a esconderse en la ropería, que estaba allí enfrente. Al ver que eran tan poco valientes, quise saber lo que iban a hacer y me acerqué a la ventana. Allí estaban los pobres diablillos, corriendo por encima de las mesas y sin saber qué hacer para huir de mi mirada; de vez en cuando se acercaban a la ventana mirando nerviosos si yo seguía allí, y, al ver que sí, volvían a echar a correr como desesperados.

Seguramente este sueño no tiene nada de extraordinario. Sin embargo, creo que Dios ha permitido que lo recuerde para hacerme ver que un alma en estado de gracia

³³ Este sueño de niña refleja bien la continua reacción de Teresa frente al demonio (cf. RP 7, 2r^o/v^o; MS B 5v^o; Cta 92; 200; y CA, *passim*).

no tiene nada que temer de los demonios, que son unos cobardes, capaces de huir ante la mirada de un niño...

[11r^o] Éste es otro pasaje que encuentro en las cartas de mamá. Nuestra pobre mamaíta presentía ya el final de su destierro³⁴:

«Las dos pequeñas no me preocupan. Están muy bien las dos, son naturalezas privilegiadas; sin duda alguna, serán buenas. María y tú podréis educarlas perfectamente. Celina no comete nunca la menor falta voluntaria. También la pequeña será buena; no diría una mentira ni por todo el oro del mundo. Tiene una agudeza como no la he visto en ninguna de vosotras»³⁵.

«El otro día estaba en la tienda con Celina y con Luisa. Hablaba de sus prácticas y discutía animadamente con Celina. La señora le preguntó a Luisa: ¿Qué es lo que quiere decir? Cuando juega en el jardín, no se oye hablar más que de prácticas. La señora de Gaucherin se asoma a la ventana para tratar de entender qué significa esa discusión sobre las prácticas...

»Esta criatura constituye nuestra felicidad. Será buena, se le ve ya el germen: no habla más que de Dios, y por nada del mundo dejaría de rezar sus oraciones. Me gustaría que la vieras contar cuentos, no he visto nunca cosa más graciosa. Encuentra ella solita la expresión y el tono apropiados, sobre todo cuando dice: "Niño de rubios cabellos, ¿dónde crees que está Dios?". Y cuando llega a aquello de "Allá arriba, en lo alto del cielo azul", dirige la mirada hacia lo alto con una expresión angelical. No nos cansamos de hacérselo repetir, ¡resulta tan

³⁴ La enfermedad, de índole cancerosa, que había notado ya en 1865, se declaró en octubre de 1876. Cf. la narración detallada del DR. CADÉOT, en *Zélie Martin*, pp. 173-194.

³⁵ De la señora de Martin a Paulina, 22/3/1877.

hermoso! Hay algo tan celestial en su mirada, que uno se queda extasiado...»³⁶.

¡Qué feliz era yo, Madre, a esa edad! Empezaba ya a disfrutar de la vida, la virtud tenía sus encantos para mí y creo que me hallaba en las mismas disposiciones en que me encuentro ahora, con un gran [11vº] dominio ya sobre mis actos.

¡Ay, qué rápidos pasaron los años soleados de mi niñez! Pero ¡qué huella tan dulce dejaron en mi alma! Recuerdo ilusionada los días en que papá nos llevaba al *Pabellón*³⁷. Hasta los más pequeños detalles se me grabaron en el corazón...

Recuerdo, sobre todo, los paseos del domingo, en los que siempre nos acompañaba mamá... Aún siento en mi interior las profundas y *poéticas* impresiones que nacían en mi alma a la vista de los campos de trigo esmaltados de *acianos* y de flores silvestres. Me gustaban ya los *amplios horizontes*... El espacio y los gigantescos abetos, cuyas ramas tocaban el suelo, dejaban en mi corazón una impresión parecida a la que siento todavía hoy a la vista de la naturaleza...

Con frecuencia, durante esos largos paseos, nos encontrábamos con algún pobre, y Teresita era siempre la encargada de llevarles la limosna, cosa que le encantaba. Pero a menudo también, pareciéndole a papá que el camino era demasiado largo para su reinécita, la llevaba a casa antes que a las demás, muy a su pesar; y entonces, para consolarla, Celina llenaba de margaritas su linda cestita y, a la vuelta, se la daba. Pero, ¡ay!, la pobre abuelita³⁸ pensaba que su nieta tenía demasiadas y cogía una buena parte de ellas para su Virgen... Esto no le gustaba a Teresita, pero se guardaba muy bien de decir nada, pues

³⁶ *Ídem*, 4/3/1877.

³⁷ Pequeña propiedad que el señor Martin había adquirido antes de casarse (actualmente, calle del Pabellón de santa Teresa).

³⁸ La madre del señor Martin.

había adquirido la buena costumbre de no quejarse nunca; incluso cuando le quitaban lo que era suyo o cuando la acusaban injustamente, prefería callarse y no excusarse, lo cual no era mérito suyo sino virtud natural... ¡Qué lastima que esta buena disposición se haya desvanecido...!

[12rº] Sí, verdaderamente todo me sonreía en la tierra. Encontraba flores a cada paso, y mi carácter alegre contribuía también a hacerme agradable la vida.

Pero un nuevo período iba a empezar para mi alma. Tenía que pasar por el crisol de la prueba y sufrir desde mi infancia, para poder ofrecerme mucho antes a Jesús. Igual que las flores de la primavera comienzan a germinar bajo la nieve y se abren a los primeros rayos del sol, así también la florecita cuyos recuerdos estoy escribiendo tuvo que pasar también por el invierno de la tribulación...

[CAPÍTULO II

EN LOS BUISSONNETS

(1877-1881)

Muerte de mamá – Lisieux – Delicadezas de papá – Primera confesión – Fiestas y domingos en familia – Visión profética – Trouville]

Todos los detalles de la enfermedad de nuestra madre querida siguen todavía presentes en mi corazón. Me acuerdo, sobre todo, de las últimas semanas que pasó en la tierra.

Celina y yo vivíamos como pobres desterradas. Todas las mañanas, venía a buscarnos la señora de Leriche³⁹ y pasábamos el día en su casa. Un día, no habíamos tenido tiempo de rezar nuestras oraciones antes de salir, y por el camino Celina me dijo muy bajito: –«¿Tenemos que decirle que no hemos rezado...?». –«Sí», le contesté, y entonces ella se lo dijo muy tímidamente a la señora de Leriche, que nos respondió: –«Bien, hijitas, ahora las rezaréis». Y dejándonos a las dos en una habitación muy grande, se fue... Entonces Celina me miró y dijimos: «¡Ay, no es como con mamá...! Ella nos hacía rezar siempre...».

³⁹ Esposa de un sobrino del señor Martin, a quien éste le había cedido la joyería en 1870.

Cuando jugábamos con las niñas, nos perseguía de continuo el recuerdo de nuestra madre querida. Una vez que a Celina le dieron un albaricoque, se inclinó hacia mí y me dijo muy bajito: «No lo comeremos, se lo daré a mamá». Pero, ¡ay!, nuestra pobre mamaíta estaba ya demasiado enferma para comer las frutas de la tierra. Ya sólo podía *saciarse* en el cielo con la gloria de Dios y *beber* con Jesús el *vino misterioso* del que él habló en la última cena cuando dijo que lo compartiría con nosotros en el reino de su Padre.

Mt 26-29

También la impresionante ceremonia de la unción de los enfermos se quedó grabada en mi alma. Aún veo el lugar donde yo estaba, al lado de Celina. Estábamos las cinco colocadas por [12vº] orden de edad, y nuestro pobre papaíto estaba también allí sollozando...

El día de la muerte de mamá⁴⁰, o al día siguiente, me cogió en brazos, diciéndome: «Ven a besar por última vez a tu pobre mamaíta». Y yo, sin decir nada, acerqué mis labios a la frente de mi madre querida...

No recuerdo haber llorado mucho. No le hablaba a nadie de los profundos sentimientos que me embargaban... Miraba y escuchaba en silencio... Nadie tenía tiempo para ocuparse de mí, así que vi muchas cosas que hubieran querido ocultarme. En un determinado momento, me encontré frente a la tapa del ataúd... Me quedé largo rato mirándolo. Nunca había visto ninguno. Sin embargo, comprendía... Yo era tan pequeña, que, a pesar de la baja estatura de mamá, tuve que *levantar* la cabeza para verlo por arriba, y me pareció muy *grande*... y muy *triste*...

Quince años más tarde⁴¹, me encontré delante de otro ataúd, el de la madre Genoveva⁴². Era del mismo tamaño que el de mamá, ¡y me creí de nuevo en los días de mi

⁴⁰ El 28 de agosto de 1877; tenía cuarenta y cinco años.

⁴¹ En realidad, catorce años.

⁴² La madre Genoveva de Santa Teresa, una de las fundadoras del carmelo de Lisieux; cf. *infra*, Ms A 69vº y 78rº/79rº.

infancia...! Todos los recuerdos se agolparon en mi mente. Era la misma Teresita la que miraba; pero ahora había *crecido* y el ataúd le parecía *pequeño*: ya no necesitaba *levantar* la cabeza para verlo, tan sólo la *levantaba* para contemplar el *cielo*, que le parecía muy *alegre*, porque todas sus pruebas se habían terminado y el invierno de su alma había pasado para siempre... Ct 2,10-11

El día en que la Iglesia bendijo los restos mortales de nuestra mamá del cielo, Dios quiso darme otra madre en la tierra, y quiso que yo la eligiese libremente. Estábamos juntas las cinco, mirándonos entristecidas. También Luisa estaba allí, y al vernos a Celina y a mí, dijo: «¡Pobrecitas, ya no tenéis madre!». Entonces Celina se echó en brazos de María, diciendo: «¡Bueno, tú serás mi mamá!». Yo estaba acostumbrada a [13rº] imitarla; sin embargo, me volví hacia ti, Madre, y como si el futuro hubiera rasgado ya su velo, me eché en tus brazos, exclamando: «¡Pues mi mamá será Paulina!»⁴³

Como ya dije antes, a partir de esta época de mi vida entré en el segundo período de mi existencia, el más doloroso de los tres, sobre todo tras la entrada en el Carmelo de la que yo había escogido como mi segunda «mamá». Este período se extiende desde la edad de 4 años años y medio hasta la de mis catorce años⁴⁴, época en la que recuperé mi carácter *de niña*, a la vez que entraba en lo serio de la vida.

Tengo que decirte, Madre, que a partir de la muerte de mamá, mi temperamento feliz cambió por completo. Yo, tan vivaracha y efusiva, me hice tímida y apagada y extremadamente sensible. Bastaba una mirada para hacer que me deshiciera en lágrimas, sólo estaba contenta cuando nadie se ocupaba de mí, no podía soportar la

⁴³ Celina cuenta que Teresa le «dijo más tarde que había obrado así para que Paulina no sufriese y no se sintiera abandonada» (PA, p. 287s, y el añadido de HA).

⁴⁴ La gracia de Navidad de 1886; pronto cumplirá 14 años (cf. Ms A 45rº/vº).

compañía de personas extrañas y sólo en la intimidad de la familia recobraba mi alegría. Sin embargo, seguía estando rodeada de la más delicada *ternura*. El corazón tan *tierno* de papá había añadido al amor que ya tenía un amor verdaderamente maternal⁴⁵... Y tú, Madre, y María ¿no erais para mí las madres más *tiernas* y más desinteresadas...? No, si Dios no hubiese prodigado a su florecilla⁴⁶ sus rayos bienhechores, nunca hubiera podido aclimatarse a la tierra, pues era todavía demasiado débil para soportar las lluvias y las tormentas, y necesitaba calor, el suave rocío y las brisas de primavera. Nunca le faltaron [13vº] todas esas ayudas, Jesús hizo que las encontrase incluso bajo la nieve del sufrimiento.

.....

No sentí la menor pena al dejar Alençon; a los niños les gustan los cambios, y vine contenta a Lisieux⁴⁷. Me acuerdo del viaje y de la llegada al anochecer a la casa de mi tía. Aún sigo viendo a Juana y a María esperándonos a la puerta... Me sentía muy feliz de tener unas primitas tan buenas. Las quería mucho, lo mismo que a mi tía y, sobre todo, a mi tío; sólo que él me daba miedo y no me hallaba tan a gusto en su casa como en los Buissonnets⁴⁸, donde mi vida sí que fue verdaderamente feliz...

⁴⁵ Cf. una expresión análoga aplicada a Jesús (PN 36,2, *Sólo Jesús*).

⁴⁶ Vuelta al tema del sol y de la flor (cf. *supra*, 3rº, 3vº, 12rº).

⁴⁷ El 15/11/1877. El señor Martin había decidido vivir en Lisieux para acercar a sus hijas a su familia materna: el señor Guérin y su esposa, y sus dos hijas, Juana y María. Isidoro Guérin tenía una farmacia en la plaza de San Pedro. Él en persona fue a buscar a sus sobrinas.

⁴⁸ La HA precisa: «Al día siguiente nos llevaron a nuestra nueva casa, quiero decir a los Buissonnets, un barrio solitario situado muy cerca del precioso paseo llamado "Jardín de la Estrella". La casa me pareció encantadora: un mirador, desde donde la vista se extendía a lo lejos, un jardín inglés delante de la fachada, una huerta grande detrás de la casa. Todo aquello era una hermosa novedad para mi joven imaginación. Y en efecto, esta risueña morada se convirtió en escenario de muchas y gratas alegrías y de inolvidables escenas fa-

Por la mañana, tú te acercabas a mí, preguntándome si había ofrecido ya mi corazón a Dios; luego me vestías, hablándome de él, y a continuación rezaba mis oraciones a tu lado.

Después venía la clase de lectura. La primera palabra que logré leer sola fue ésta: «cielos». Mi querida madrina se encargaba de las clases de escritura, y tú, Madre, de todas las demás. No tenía gran facilidad para aprender, pero tenía mucha memoria. El catecismo, y sobre todo la Historia Sagrada, eran mis asignaturas preferidas, las estudiaba con placer; en cambio la gramática me hizo derramar lágrimas con frecuencia⁴⁹... ¡Acuérdate del masculino y el femenino!

En cuanto terminaba la clase, subía al mirador⁵⁰ para llevarle a papá mi condecoración y mis notas. ¡Qué feliz me sentía cuando podía decirle: «¡Tengo un 5 sin excepción, Paulina lo dijo la primera...!»». Pues cuando te preguntaba yo si tenía 5 sin excepción y tú me contestabas que sí, era para mí como obtener un punto menos. También me dabas vales, y cuando había reunido un cierto número de ellos conseguía una recompensa y un día de asueto. Recuerdo que esos días [14rº] se me hacían mucho más largos que los otros, cosa que a ti te agradaba pues era señal de que no me gustaba estar sin hacer nada.

Todas la tardes me iba a dar un paseíto con papá. Hacíamos juntos una visita al Santísimo Sacramento, visitando cada día una nueva iglesia. Fue así como entré por vez primera en la capilla del carmelo. Papá me enseñó la

miliares». El barrio se llamaba de los «Bissonnets», y las hermanas Martin cambiaron ese nombre, para su nueva vivienda, por el de los «Buissonnets», que muy probablemente era la denominación primitiva del barrio.

⁴⁹ Se puede añadir la ortografía (cf. 37vº), aunque más tarde Teresa dio clases de ortografía a Leonia con una gran delicadeza (cf. PO, p. 346). Sobre la ortografía, la puntuación, las mayúsculas, los subrayados y la grafía de Teresa, cf. CG, pp. 62-67.

⁵⁰ Segundo piso, tipo buhardilla, en la fachada de los Buissonnets.

reja del coro, diciéndome que allí detrás había monjas. ¡Estaba muy lejos de imaginarme que nueve años más tarde me encontraría yo entre ellas...!

Terminado el paseo (durante el cual papá me compraba siempre un regalito de cinco o diez céntimos), volvía a casa. Hacía entonces los deberes, y después me pasaba todo el resto del tiempo brincando en el jardín en torno a papá, pues *no sabía* jugar a las muñecas. Una cosa que me encantaba era preparar tisanas con semillas y cortezas de árbol que encontraba por el suelo; luego se las llevaba a papá en una linda tacita; nuestro pobre papaíto interrumpía su trabajo y, sonriendo, hacía como que bebía, y antes de devolverme la taza me preguntaba (como a hurtadillas) si había que tirar el contenido; algunas veces yo le decía que sí, pero la mayoría de ellas volvía a llevarme mi preciosa tisana para que me sirviese para más veces...

Me gustaba cultivar mis florecitas en el jardín que papá me había regalado. Me entretenía levantando altarcitos en un hueco que había en medio de la tapia; cuando terminaba, corría a buscar a papá y arrastrándole detrás de mí le decía que cerrase bien los ojos y que no los abriera hasta que yo se lo mandase. Él hacía todo lo que yo quería y se dejaba conducir ante mi jardincito. Entonces yo gritaba: «¡Papá, abre los ojos!». Él los abría [14v^o] y, por complacerme, se quedaba extasiado, admirando lo que a mí me parecía toda una obra de arte...

Si quisiera contar otras mil anécdotas de esta índole que se agolpan en mi memoria, nunca terminaría... ¿Cómo voy a poder referir todas las delicadezas que «papá» prodigaba a su reinecita? Hay cosas que siente el corazón y que ni la palabra ni siquiera el pensamiento pueden expresar...

Para mí eran hermosos los días en que mi rey querido me llevaba con él a pescar. ¡Me gustaban tanto el campo, las flores y los pájaros! A veces intentaba pescar con mi cañita. Pero prefería ir a sentarme yo *sola* en la hierba florida. Entonces mis pensamientos eran muy profundos,

y sin saber lo que era meditar, mi alma se abismaba en una verdadera oración... Escuchaba los ruidos lejanos... El murmullo del viento y hasta la música difusa de los soldados, cuyo sonido llegaba hasta mí, me llenaban de dulce melancolía el corazón... La tierra me parecía un lugar de destierro y soñaba con el cielo⁵¹...

La tarde pasaba rápidamente, y pronto había que volver a los Buissonnets. Pero antes de partir, tomaba la merienda que había llevado en mi cestita. La hermosa rebanada de pan con mermelada que tú me habías preparado había cambiado de aspecto: en lugar de su vivo color, ya no veía más que un pálido color rosado, todo rancio y revenido... Entonces la tierra me parecía aún más triste, y comprendía que sólo en el cielo la alegría sería sin nubes...

Hablando de nubes, me acuerdo que un día el hermoso cielo azul de la campaña se encapotó y que pronto se puso a rugir la tormenta. Los relámpagos rasgaban las nubes oscuras y vi caer un rayo a corta distancia. Lejos de asustarme, estaba encantada: ¡me parecía que Dios [15r^o] estaba tan cerca de mí...! Papá no estaba en absoluto tan contento como su reinecita; no porque le diese miedo la tormenta, sino porque la hierba y las grandes margaritas (que levantaban más que yo) centelleaban de piedras preciosas y teníamos que atravesar varios prados antes de encontrar un camino; así que mi querido papaíto, para que los diamantes⁵² no mojasen a su hijita, la cogió a pesar de su equipo de pesca y se la llevó a hombros.

Durante los paseos que daba con papá, le gustaba mandarme a llevar la limosna a los pobres⁵³ con que nos

⁵¹ El cielo, en su doble acepción, ocupa un lugar muy importante en el pensamiento y en la imaginería de Teresa (aparece por lo menos 681 veces en sus escritos). Cf. Ms A 35v^o, 44r^o, 80v^o; Ms B 2v^o; Ms C 1r^o; 9r^o; PN 22,1; etc.

⁵² Para Teresa, las gotas de lluvia o las lágrimas (cf. *infra*, 54r^o/v^o, 63v^o, 78v^o).

⁵³ Cuenta sor María del Sagrado Corazón: «En esos momentos había en su rostro una expresión enternecida y respetuosa. Se tenía

encontrábamos. Un día, vimos a uno que se arrastraba penosamente con unas muletas. Me acerqué a él para darle una moneda; pero no sintiéndose tan pobre como para recibir una limosna, me miró sonriendo tristemente y rehusó tomar lo que le ofrecía. No puedo decir lo que ocurrió en mi corazón. Yo había querido consolarle, aliviarle, y en vez de eso pensé que le había hecho sufrir. El pobre enfermo, sin duda, adivinó mi pensamiento, pues lo vi volverse y sonreírme. Papá acababa de comprarme un pastel y me entraron muchas ganas de dárselo, pero no me atreví. Sin embargo, quería darle algo que no me pudiera rechazar, pues sentía por él un afecto muy grande. Entonces recordé haber oído decir que el día de la primera comunión se alcanzaba todo lo que se pedía. Aquel pensamiento me consoló, y aunque todavía no tenía más que seis años, me dije para mí: «El día de mi primera comunión rezaré por *mi pobre*». Cinco años más tarde cumplí mi promesa, y espero que Dios habrá escuchado la oración que él mismo me había inspirado que le dirigiera por uno de sus miembros dolientes...

[15v^o] Amaba mucho a Dios y le ofrecía con mucha frecuencia mi corazón, sirviéndome de la breve fórmula que mamá me había enseñado⁵⁴. Sin embargo, un día, o mejor una tarde del precioso mes de mayo, cometí una falta que vale la pena contar. Esta falta me ofreció un buen motivo para humillarme y creo que he tenido de ella perfecta contrición.

Como era demasiado pequeña para ir al mes de María, me quedaba en casa con Victoria⁵⁵ y hacía con ella mis

la impresión de que veía a Nuestro Señor en sus miembros sufrientes. Cuando tenía diez años, pidió ir a cuidar a una pobre mujer que se estaba muriendo y no tenía quien la atendiera, etc.» (PO, p. 247).

⁵⁴ Teresa repetía con frecuencia este ofrecimiento a lo largo del día: «Dios mío, te ofrezco mi corazón: tómallo si quieres, para que no pueda poseerlo ninguna criatura, sino sólo tú, Jesús mío» (citado por S. Piat, *Historia de una familia*, Burgos, Monte Carmelo, 1950, p. 208).

⁵⁵ Victoria Pasquer, sirvienta de la familia Martin.

devociones ante *mi altarcito de María*, que yo arreglaba a mi manera. Era todo tan pequeño, candeleros y flores, que dos *cerillas*, que hacían de velas, bastaban para alumbrarlo. En alguna que otra ocasión, Victoria me daba la sorpresa de regalarme dos cabitos de vela, pero raras veces. Una tarde, estaba todo preparado para ponernos a rezar, y le dije: «Victoria, ¿quieres comenzar el Acordaos? Voy a encender». Ella hizo ademán de empezar, pero no dijo nada y me miró riéndose. Yo, que veía que mis *preciosas cerillas* se consumían rápidamente, le supliqué que dijese la oración. Ella continuó callada. Entonces, levantándome, le dije a gritos que era mala y, saliendo de mi dulzura habitual, me puse a patalear con todas mis fuerzas... A la pobre Victoria se le quitaron las ganas de reír, me miró asombrada y me enseñó los cabos de vela que me había traído... Después de haber derramado lágrimas de rabia, lloré lágrimas de sincero arrepentimiento, con el firme propósito de no volver a hacerlo nunca...

En otra ocasión me ocurrió una nueva aventura con Victoria, pero de ésta no me arrepentí lo más mínimo, pues conservé perfectamente la calma. Yo quería un tintero, que estaba sobre la chimenea de la cocina. Como era muy pequeña para cogerlo, le pedí muy *amablemente* a Victoria que [16rº] me lo diese, pero ella se negó, diciéndome que me subiese a una silla. Cogí una silla sin replicar, pero pensando que ella no había sido nada amable que digamos. Y queriendo hacérselo saber, busqué en mi cabecita lo que más me ofendía. Ella, cuando estaba enfadada conmigo, solía llamarme «mocosa», lo cual me humillaba mucho. Así que, *antes de saltar* de la *silla al suelo*, me volví con *dignidad* y le dije: «¡Victoria, eres una *mocosa!*» Y me escapé corriendo, dejándola que meditase las profundas palabras que acababa de dirigirle... El resultado no se hizo esperar, pues pronto la oí gritar: «¡Señorita María..., Teresa acaba de llamarme *mocosa!*» Vino María y me hizo pedirle perdón, pero lo hice sin contrición, pues me parecía que si Victoria no había querido

estirar su *largo brazo* para hacerme un *pequeño favor*, se merecía el título de *mocosa*...

Sin embargo, Victoria me quería mucho, y yo también a ella. Un día me sacó de un *gran aprieto*, en el que yo había caído por mi culpa. Victoria estaba planchando y tenía a su lado un cubo con agua. Yo estaba mirándola, balanceándome (como de costumbre) en una silla. De repente, me falló la silla y caí, pero no al suelo, sino *¡¡¡al fondo del cubo...!!!* Con los pies tocaba la cabeza, y llenaba el cubo como un pollito llena el huevo... La pobre Victoria me miraba enormemente sorprendida, pues nunca había visto cosa igual. Yo no veía la hora de salir del cubo, pero imposible, la prisión era tan justa que no podía hacer el menor movimiento. Con cierta dificultad, Victoria me salvó del *gran aprieto*; lo que no pudo salvar fue mi vestido y todo lo demás, y tuvo que cambiarme, pues estaba hecha una sopa.

Otra vez me caí en la chimenea. Por suerte no estaba [16vº] el fuego encendido, y Victoria no tuvo más trabajo que el de levantarme y sacudirme la ceniza que me cubría de pies a cabeza. Todas estas aventuras me sucedían los miércoles, mientras tú y María estabais en el canto.

Fue también un miércoles cuando vino a visitarnos el Sr. Ducellier⁵⁶. Cuando Victoria le dijo que no había nadie en casa, más que Teresita, entró a la *cocina* para verme, y estuvo mirando mis deberes. Me sentí muy orgullosa de recibir a *mi confesor*, pues me había confesado poco antes por primera vez⁵⁷.

¡Qué dulce recuerdo aquel...! ¡Con cuánto esmero me habías preparado tú, Madre querida, diciéndome que no iba a decir mis pecados a un hombre, sino a Dios! Realmente, estaba profundamente convencida de ello, por lo que me confesé con gran espíritu de fe, y hasta te pregunté si no tendría que decirle al Sr. Ducellier que lo ama-

⁵⁶ Párroco de la catedral de San Pedro.

⁵⁷ Finales de 1879 o comienzos de 1880. Cf. *infra*, 34 vº.

ba con todo el corazón, ya que era a Dios a quien le iba a hablar en su persona...

Bien aleccionada acerca de todo lo que tenía que decir y hacer, entré al confesonario y me puse de rodillas; pero al abrir la ventanilla, el Sr. Ducellier no vio a nadie: yo era tan pequeña, que mi cabeza quedaba por debajo de la tabla donde se apoyan las manos. Entonces me dijo que me pusiera de pie. Obedeciendo en seguida, me levanté y, poniéndome exactamente frente a él para verle bien, me confesé como una *mujercita*, y recibí su bendición con *gran fervor*, pues tú me habías dicho que en esos momentos las *lágrimas* del *Niño Jesús* purificarían mi alma. Recuerdo que la primera exhortación que se me dirigió me invitó, sobre todo, a tener devoción a la Santísima Virgen, y yo me prometí a mí misma redoblar mi ternura hacia ella. Al salir del confesonario, me sentía tan contenta y ligera, que nunca había sentido tanta alegría en mi [17rº] alma. Después volví a confesarme en todas las fiestas importantes, y era una verdadera *fiesta* para mí cada vez que iba a hacerlo.

¡Las *fiestas*...! ¡Cuántos recuerdos me trae esta palabra...! ¡Cómo me gustaban las *fiestas*...! Tú, Madre querida, sabías explicarme tan bien todos los misterios que en cada una de ellas se encerraban, que eran para mí auténticos días de cielo. Me gustaban, sobre todo, las procesiones del Santísimo. ¡Qué alegría arrojar flores al paso del Señor...! Pero antes de dejarlas caer, las lanzaba lo más alto que podía, y nunca me sentía tan feliz como cuando veía que mis rosas deshojadas⁵⁸ *tocaban* la sagrada custodia...

¡Las fiestas! Si bien las grandes eran raras, cada semana traía una muy entrañable para mí: «el domingo». ¡Qué día el domingo...! Era la fiesta de Dios, la fiesta del *descanso*. Empezaba por quedarme en la cama más tiempo que los otros días; además, mamá Paulina mimaba a su

⁵⁸ Cf. Cta 7; Ms B 4rº/vº; PN 34 y 51.

hijita llevándole el chocolate a la cama, y después la vestía como a una reinecita...

La madrina venía a peinar los rizos de su *ahijada*, que no siempre era buena cuando le alisaban el pelo, pero que luego se iba muy contenta a coger la mano de su rey, que ese día la besaba con mayor ternura aún que de ordinario.

Después toda la familia iba a misa. Durante todo el camino, y también en la iglesia, la reinecita de papá le daba la mano. Su sitio estaba junto al de él, y cuando teníamos que bajar para el sermón, había que encontrar también dos sillas, una junto a otra. Esto no resultaba muy difícil, pues todo el mundo parecía encontrar tan entrañable el ver a un anciano tan *venerable*⁵⁹ con una *hija tan pequeña*, que la gente se apresuraba a cedernos el sitio. Mi tío, que ocupaba los bancos de los mayordomos⁶⁰, gozaba al vernos llegar y decía que yo era su [17v^o] rayito de sol...

A mí no me preocupaba lo más mínimo que me mirasen y escuchaba con mucha atención los sermones, aunque no entendía casi nada. El primero que *entendí*, y que me *impresionó profundamente*, fue uno sobre la pasión, predicado por el Sr. Ducellier, y después entendí ya todos los demás. Cuando el predicador hablaba de santa Teresa, papá se inclinaba y me decía muy bajito: «Escucha bien, reinecita, que están hablando de tu santa patrona». Y yo escuchaba bien, pero miraba más a papá que al predicador. ¡Me decía tantas cosas su hermoso rostro...! A veces sus ojos se llenaban de *lágrimas* que trataba en vano de contener. Tanto le gustaba a su alma abismarse en las verdades eternas, que parecía no ser ya de esta tierra... Sin embargo, su carrera estaba aún muy lejos de terminar: tenían que pasar todavía largos años antes de que el hermoso cielo se abriera ante sus ojos extasiados

⁵⁹ En 1880 el señor Martin tenía 57 años.

⁶⁰ Laicos del consejo parroquial encargados de administrar los bienes de la parroquia, en este caso de la catedral.


y de que el Señor enjugara las *lágrimas* de su servidor fiel y cumplidor...

Ap 21,4
Mt 25,21

Pero vuelvo a mi jornada del domingo. Aquella *alegre* jornada, que pasaba con tanta rapidez, tenía también su fuerte tinte de *melancolía*. Recuerdo que mi felicidad era total hasta Completas⁶¹. Durante esta Hora del Oficio, yo pensaba que el día de *descanso* se iba a terminar..., que al día siguiente había que volver a empezar la vida normal, a trabajar, a estudiar las lecciones, y mi corazón sentía el *destierro* de la tierra... y suspiraba por el descanso eterno del cielo, por el *domingo sin ocaso*⁶² de la *Patria*...

Hasta los paseos que dábamos antes de volver a los Buissonnets dejaban en mi alma un sentimiento de tristeza. En ellos la familia ya no estaba completa, pues papá, por dar gusto a mi tío, le dejaba a María o a *Paulina* la tarde de los domingos. [18rº] Sólo me sentía realmente contenta cuando me quedaba yo también. Prefería eso a que me invitasen a mí sola, pues así se fijaban menos en mí.

Mi mayor placer era escuchar todo lo que decía mi tío, pero no me gustaba que me hiciese preguntas, y sentía mucho miedo cuando me ponía sobre *una* de sus rodillas y cantaba con voz estentórea la canción de Barba Azul...

Me alegraba cuando veía que papá venía a buscar-nos. Al volver a casa, yo miraba las *estrellas*⁶³, que titilaban dulcemente, y esa visión me fascinaba... Había, sobre todo, un grupo de *perlas de oro* en las que me gustaba fijarme, pues me parecía que tenían forma de T (poco más o menos esta forma ). Se lo enseñaba a papá, diciéndole que mi nombre estaba escrito en el cielo, y luego, no queriendo ver ya nada de esta fea tierra, le pedía que me guiase él. Y entonces, sin mirar dónde ponía los pies,

Lc 10,20

⁶¹ En aquella época se rezaban inmediatamente después de Vísperas, al principio de la tarde.

⁶² Imagen de la eternidad, que le gustaba mucho a Teresa. Cf. PN 54,16; Ms A 36rº; Cta 137 al final; PN 5,14; Or 7.

⁶³ Teresa, hija del sol, se interesa poco por la luna, pero le gustan mucho las estrellas (cf. *infra*, 18vº, 48rº; PN 18, estr. 27, nota 10).

levantaba bien alta mi cabecita y no me cansaba de contemplar el cielo estrellado...

¿Y qué decir de las veladas de invierno, sobre todo de las de los domingos? ¡Cómo me gustaba sentarme con Celina, después de la *partida* de *damas*, en el regazo de papá⁶⁴...! Con su hermosa voz, cantaba tonadas que llenaban el alma de pensamientos profundos..., o bien, mediándonos dulcemente, recitaba poesías impregnadas de las verdades eternas. Luego subíamos para rezar las oraciones en común, y la reinicita se ponía solita junto a su rey, y no tenía más que mirarlo para saber cómo rezan los santos... Finalmente, íbamos todas, por orden de edad, a dar las buenas noches a papá y a recibir un beso. La *reina* iba, naturalmente, la última, y el *rey*, para besarla, la [18v^o] cogía por los *codos*, y ella exclamaba bien alto: «Buenas noches, papá, hasta mañana, que duermas bien». Y todas las noches se repetía lo mismo...

Después mi mamaíta me cogía en brazos y me llevaba a la cama de Celina, y yo entonces le decía: «Paulina, ¿he sido hoy bien buenecita...? ¿*Volarán los angelitos a mi alrededor?*». La respuesta era siempre *sí*, pues de otro modo me hubiera pasado toda la noche llorando... Después de darme un beso, al igual que mi querida madrina, *Paulina* volvía a bajar y la pobre Teresita se quedaba completamente sola en la oscuridad. Y por más que intentaba imaginarse a los *angelitos volando a su alrededor*, no tardaba en apoderarse de ella el terror; las tinieblas le daban miedo, pues desde su cama no veía las estrellas que titilaban dulcemente...

Considero una auténtica gracia el que tú, Madre querida, me hayas acostumbrado a superar mis miedos. A veces me mandabas sola, por la noche, a buscar un objeto en alguna habitación alejada. De no haber sido tan bien

⁶⁴ La HA añade: «María o Paulina leían El Año litúrgico (de Dom Guéranger), y después unas páginas de algún libro interesante e instructivo a la vez».

dirigida, me habría vuelto muy miedosa, mientras que ahora es verdaderamente difícil que me asuste por nada...

A veces me pregunto cómo pudiste educarme con tanto *amor* y delicadeza, y sin mimarme, pues la verdad es que no me dejabas pasar ni una sola imperfección. Nunca me reprendías sin motivo, pero tampoco te volvías *nunca* atrás de algo que hubieras decidido. Yo lo sabía tan bien, que no hubiera podido ni querido dar un paso si tú me lo habías prohibido. Hasta papá se veía obligado a someterse a tu voluntad. Sin el consentimiento de *Paulina*, yo no salía de paseo; y si cuando papá me pedía que fuese, yo respondía: «*Paulina* no quiere», [19r^o] entonces él iba a implorar gracia para mí. A veces *Paulina*, por complacerlo, decía que sí, pero *Teresita* leía en su cara que no lo decía de corazón y se echaba a llorar y no aceptaba ningún consuelo hasta que *Paulina* decía que sí y la *besaba* de *corazón*.

Cuando *Teresita* caía enferma, cosa que le sucedía todos los inviernos⁶⁵, es imposible decir con qué ternura maternal la cuidaban. *Paulina* la acostaba en su propia cama (merced incomparable) y le daba todo lo que le apetecía. Un día, *Paulina* sacó de debajo de la almohada una *preciosa navajita* suya y se la regaló a su hijita, dejándola sumida en un arrobamiento imposible de describir. —«¡*Paulina!*, exclamó, ¿así que me quieres tanto, que te privas por mí de tu *preciosa navajita* de la *estrella* de *nácar*...? Y si me quieres tanto, ¿sacrificarías también tu *reloj* para que no me *muriera*...». —«No sólo daría mi *reloj* para que no te *murieras*, sino que lo sacrificaría ahora mismo por verte pronto curada». Al oír esas palabras de *Paulina*, mi asombro y mi gratitud fueron tan grandes que no sé cómo expresarlos...

En verano, a veces tenía mareos, y *Paulina* me cuidaba también con ternura. Para distraerme —y éste era el mejor de los remedios—, me *paseaba* en *carretilla*

⁶⁵ «Los catarros se convertían en bronquitis, pero más tarde eso desapareció por completo» (Nota de la madre Inés).

por todo el jardín; y luego, bajándome a mí, ponía en mi lugar una preciosa matita de margaritas y la *paseaba* con mucho *cuidado* hasta mi jardín, donde ocupaba su lugar con gran solemnidad...

Paulina era quien recibía todas mis confidencias íntimas y aclaraba todas mis dudas... En cierta ocasión, yo me extrañaba de que Dios no [19v^o] diera la misma gloria en el cielo a todos los elegidos y temía que no todos fueran felices. Entonces Paulina me dijo que fuera a buscar el vaso grande de papá y que lo pusiera al lado de mi diminuto vasito, y que luego los llenara de agua. Después me preguntó cuál de los dos estaba más lleno. Yo le dije que estaba tan lleno el uno como el otro y que era imposible echar en ellos más agua de la que podían contener. Entonces mi madre querida me hizo comprender que en el cielo Dios daría a sus elegidos tanta gloria⁶⁶ como pudieran contener, y que de esa manera el último no tendría nada que envidiar al primero. Así, poniendo a mi alcance los más sublimes secretos, sabías tú, Madre, dar a mi alma el alimento que necesitaba...

¡Con qué alegría veía yo llegar cada año la entrega de premios...! Entonces como siempre, se hacía *justicia*, y yo no recibía más recompensas que las que había merecido. *Sola* y de pie en medio de la *noble asamblea*, escuchaba la sentencia, que era leída por el rey de Francia y Navarra. El corazón me latía muy fuerte al recibir los premios y la corona..., ¡era para mí como una imagen del juicio...! Inmediatamente después de la entrega, la reinécita se quitaba su vestido blanco, y se apresuraban a disfrazarla para que tomara parte en la *gran representación*...!

¡Qué alegres eran aquellas fiestas familiares...! ¡Y qué lejos estaba yo entonces, viendo a mi rey querido tan radiante, de prever las tribulaciones que iban a visitarlo...!

⁶⁶ Este problema del grado de gloria de los elegidos es algo que preocupa a Teresa; cf. RP 7, 3v^o.

Un día, sin embargo, Dios me mostró, en una *visión* verdaderamente extraordinaria⁶⁷, la imagen viva de la prueba que él quería prepararnos de antemano, pues su cáliz se estaba ya llenando⁶⁸.

Papá estaba de viaje desde hacía varios días, y aún debían pasar dos [20r^o] antes de su regreso. Serían las dos o las tres de la tarde, el sol brillaba con vivo resplandor y toda la naturaleza parecía estar de fiesta.

Yo estaba sola, asomada a la ventana de una buhardilla que daba a la huerta grande. Miraba al frente, con la mente ocupada en pensamientos risueños, cuando vi delante del lavadero, que se encontraba justamente allí enfrente, a un hombre vestido exactamente igual que papá, de la misma estatura y con la misma forma de andar; sólo que estaba *mucho más encorvado*... Tenía la cabeza cubierta⁶⁹ con una especie de delantal de color indefinido, de suerte que no le pude ver la cara. Llevaba un sombrero parecido a los de papá. Lo vi avanzar con paso regular, bordeando mi jardincito... De pronto me invadió el alma un sentimiento de pavor sobrenatural; pero instantáneamente pensé que seguramente papá estaba ya de vuelta y que se ocultaba para darme una sorpresa. Entonces le llamé a gritos, con voz trémula de emoción: «¡Papá, papá...!». Pero el misterioso personaje no pareció oírme y prosiguió su marcha regular sin siquiera volverse. Siguiéndole con

⁶⁷ Esta *visión*, que ocurrió en pleno día y sin estar soñando, tuvo lugar en verano, mientras el señor Martin estaba en Alençon en viaje de negocios. El año es impreciso: más bien 1880 (cf. 20r^o, 20v^o) que 1879 (21r^o). Teresa misma confiesa que no se acuerda del año: «a la edad de 6 a 7 años» (20v^o).

⁶⁸ Frase recientemente restablecida (cf. MS/NEC). Una idea muy teresiana: Dios pre-vé, prepara en un eterno presente. Encontramos una expresión bastante paralela, sobre la prueba del señor Martin, *infra*, en 73r^o. Tal vez en Teresa esté siempre, tras la prueba de su padre, la imagen de la agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos.

⁶⁹ Sor María del Sagrado Corazón confirma el aspecto profético de este detalle, cuando indica que al principio de su terrible enfermedad «se veía con mucha frecuencia (al Sr. Martin) cubrirse la cabeza» (PA, pp. 244-245).

la mirada, le vi dirigirse hacia el bosquecillo que cortaba en dos la avenida principal. Esperaba verlo reaparecer al otro lado de los grandes árboles, ¡pero la visión profética se había desvanecido...!

Todo esto no duró más que un instante, pero se grabó tan profundamente en mi corazón, que aún hoy, 15 años después..., tengo tan presente su recuerdo como si la visión estuviese todavía delante de mis ojos...

María estaba contigo, Madre, en una habitación que tenía comunicación con aquella en la que yo me encontraba. Al oírme llamar a papá, tuvo una sensación de pavor y pensó, según me dijo después, que debía estar ocurriendo algo extraordinario. Disimulando su emoción corrió junto a mí, preguntándome qué me pasaba para estar llamando a papá que estaba en Alençon. [20v^o] Entonces le conté lo que acababa de ver. Para tranquilizarme, María me dijo que seguramente habría sido Victoria, que, para meterme miedo, se había cubierto la cabeza con el delantal. Pero al preguntarle, Victoria aseguró que ella no se había movido de la cocina. Además, yo estaba bien segura de haber visto a un hombre y de que ese hombre tenía todas las trazas de papá. Entonces fuimos las tres al otro lado del macizo de árboles, pero al no encontrar la menor huella de que alguien hubiese pasado por allí, tú me dijiste que no pensara más en ello...

Pero no pensar más en ello no estaba en mi poder. Muchas veces mi imaginación me representó la escena misteriosa que había visto... Muchas veces intenté levantar el velo que me ocultaba su significado, pues en el fondo del corazón abrigaba la íntima convicción de que esta visión tenía un *sentido* que algún día se me iba a desvelar...

Ese día se hizo esperar largo tiempo, pero 14 años más tarde Dios mismo rasgó ese velo misterioso. Estando en licencia con sor María del Sagrado Corazón, hablábamos como siempre de cosas de la otra vida y de nuestros recuerdos de la infancia cuando yo le recordé

la visión que había tenido a la edad de 6 a 7 años; de pronto, al contar los detalles de aquella extraña escena, comprendimos las dos a la vez lo que significaba... Era a papá a quien yo había visto, caminando encorvado por la edad... Era él, sí, llevando en su rostro venerable y en su cabeza encanecida el signo de su prueba *gloriosa*⁷⁰...

Así como la Faz adorable de Jesús estuvo velada durante su Pasión, así tenía que estar también velada la faz de su fiel servidor en los días de sus sufrimientos, para poder resplandecer en la Patria celestial al lado de su Señor, el Verbo eterno... Y desde el seno de esa gloria inefable, nuestro padre querido, que reinaba ya en el cielo, nos ha alcanzado la gracia de comprender la visión [21rº] que su reinecita había tenido a una edad en la que no era de temer que sufriera una ilusión. Desde el seno de la gloria, nos ha alcanzado el dulce consuelo de comprender que, 10 años antes de nuestra gran tribulación, ya Dios nos la mostró, como un padre hace vislumbrar a sus hijos el porvenir glorioso que les tiene preparado y se complace en considerar por adelantado las riquezas inapreciables que constituirán su herencia...

Lc 22,64

Mt 25,21

Jn 1,1

¿Pero por qué Dios me concedió precisamente a mí esa inspiración? ¿Por qué mostró a una niña tan pequeña algo que ella no podía comprender, algo que, de haberlo comprendido, la hubiera hecho morir de dolor? ¿Por qué...? Es éste, sin duda, uno de esos misterios que comprenderemos en el cielo ¡y que será para nosotras causa de eterna admiración...!

¡Qué bueno es el Señor...! ¡Cómo acompasa sus pruebas a las fuerzas que nos da! Como acabo de decir, yo nunca hubiera podido soportar ni tan siquiera la idea de los amargos sufrimientos que me reservaba el porvenir... Era incapaz hasta de pensar, sin estremecerme, que papá *pudiese morir*...

⁷⁰ La parálisis cerebral, que obscurecerá las facultades del señor Martin al final de su vida y que lo obligará a ingresar en un sanatorio psiquiátrico. Cf. *infra*, 71vº al 75vº.

Una vez, estaba subido a lo alto de una escalera, y como yo quedaba justamente debajo, me gritó: «Apártate, chiquitina, que si caigo te voy a aplastar». Al oír eso, sentí una rebelión interior, y, en vez de apartarme, me pegué a la escalera, pensando: «Por lo menos, si papá se cae, no tendré el dolor de verle morir, ¡pues yo moriré con él!».

Me es imposible decir cómo quería a papá. Todo en él me producía admiración. Cuando me explicaba sus ideas (como si yo fuese una mujercita), yo le decía ingenuamente que segurísimo que si decía [21v^o] todo eso a los hombres importantes del gobierno, se lo llevarían para hacerlo rey, y entonces Francia sería feliz como no lo había sido nunca... Pero en el fondo me alegraba (y me lo reprochaba a mí misma como si fuese un pensamiento egoísta) de que no hubiese nadie más que yo que *conociese bien* a papá, pues sabía que si llegara a ser rey de Francia y de Navarra, sería desdichado, porque ésta es la suerte de todos los monarcas; y, sobre todo, ¡ya no sería mi rey para mí sola...!

Tenía yo seis o 7 años cuando papá nos llevó a Trouville⁷¹. Nunca olvidaré la impresión que me produjo el mar. No podía dejar de mirarlo. Su majestuosidad, el rugido de las olas, todo le hablaba a mi alma de la grandeza y del poder de Dios.

Recuerdo que, durante el paseo que dimos por la playa, un señor y una señora me miraban correr feliz alrededor de papá y, acercándose, le preguntaron si *era suya*, y dijeron que era una niña muy guapa. Papá les respondió que sí, pero me di cuenta de que les hizo señas de que no me dirigiesen elogios...

Era la primera vez que yo oía decir que era guapa, y me gustó mucho, pues no creía serlo. Tú ponías gran cuidado, Madre querida, en alejar de mi lado todo lo que

⁷¹ El 8/8/1878; Teresa tenía, pues, cinco años y ocho meses. Fue una breve visita a la familia Guérin.

podiese empañar mi inocencia, y sobre todo en no dejarme escuchar ninguna palabra por la que pudiese deslizarse la vanidad en mi corazón. Y como yo sólo hacía caso a tus palabras y a las de María, y vosotras nunca me habíais dirigido un solo piropo, no di mayor importancia a las palabras y a las miradas de admiración de aquella señora.

[22rº] Al atardecer, a esa hora en la que el sol parece bañarse en la inmensidad de las olas, dejando ante sí un *surco luminoso*, iba a sentarme, a solas con *Paulina*, en una roca... Y allí recordé el cuento conmovedor de «El surco de oro»⁷²...

Estuve contemplando durante mucho tiempo aquel surco luminoso, imagen de la gracia que ilumina el camino que debe recorrer la barquilla de grácil vela blanca... Allí, al lado de *Paulina*, hice el propósito de no alejar nunca mi alma de la mirada de Jesús, para que pueda navegar en paz hacia la patria del cielo...

Mi vida discurría serena y feliz. El cariño de que vivía rodeada en los *Buissonnets* me hacía, por decirlo así, crecer. Pero ya era, sin duda, lo suficientemente grande para empezar a luchar, para empezar a conocer el mundo y las miserias de que está lleno...

⁷² De un libro de lecturas. *La Tirelire aux histoires* [La hucha de los cuentos] de LUISA S.W. BELLOC (bajo el título de «El sendero de oro»). Se trata del sueño simbólico de una niña que va navegando sobre el surco de oro del sol poniente, imagen de la gracia (texto y comentario en VT, nº 61, pp. 74-80). Pero este episodio hay que situarlo, sin duda alguna, en otro año, en 1879 o 1881.

[CAPÍTULO III

AÑOS DOLOROSOS

(1881 - 1883)

*Alumna en la Abadía – Días de vacación –
Primera comunión de Celina – Paulina en el Carmelo –
Extraña enfermedad – La sonrisa de la Virgen]*

Tenía yo ocho años y medio cuando Leonia salió del internado y yo ocupé su lugar en la Abadía⁷³.

He oído decir muchas veces que el tiempo pasado en el internado es el mejor y el más feliz de la vida. Para mí no lo fue. Los cinco años que pasé en él fueron los más tristes de mi vida. Si no hubiera tenido a mi lado a mi querida Celina, no habría podido estar allí ni un mes sin caer enferma... La pobre florecita había sido acostumbrada a hundir sus frágiles raíces en una *tierra selecta*, hecha expresamente para ella. Por eso se le hizo muy duro verse entre flores de toda especie, de raíces a menudo muy poco delicadas, y estar obligada a encontrar en una *tierra común* el jugo que necesitaba para vivir⁷⁴.

⁷³ Internado de las benedictinas, situado al lado de la Abadía de Notre-Dame-du-Pré [Nuestra Señora del Prado], en Lisieux. Allí se encontrará Teresa con sus primas Guérin y con su hermana Celina, medio pensionista como ella.

⁷⁴ Una antigua condiscípula de Teresa indica que, efectivamente, había una gran diferencia entre «la exquisita delicadeza» de su ambiente familiar y la «educación más bien vulgar» de muchas de sus compañeras (PO, p. 555).

Tú me habías enseñado tan bien, Madre querida, que cuando llegué al internado era la más adelantada de las niñas de mi edad. Me pusieron en [22vº] una clase en la que todas las alumnas eran mayores que yo.

Una de ellas, de 13 o 14 años de edad, era poco inteligente, pero sabía imponerse a las alumnas, e incluso a las profesoras. Al verme tan joven, casi siempre la primera de la clase⁷⁵ y querida por todas las religiosas, se ve que sintió envidia –muy comprensible en una pensionista– y me hizo pagar de mil maneras mis pequeños éxitos...

Dado mi natural tímido y sensible, no sabía defenderme, y me conformaba con llorar en silencio, sin quejarme *ni siquiera a ti* de lo que estaba sufriendo. Pero no tenía la suficiente virtud para sobreponerme a esas miserias de la vida y mi pobre corazoncito sufría mucho...

Gracias a Dios, todas las tardes volvía al hogar paterno, y allí se me esponjaba el corazón⁷⁶. Saltaba al regazo de mi rey, diciéndole las notas que me habían dado, y sus besos me hacían olvidar todas las penas...

¡Con qué alegría anuncié el resultado de mi 1ª composición (una composición de *Historia Sagrada*)! Sólo me faltaba *un punto* para llegar al máximo, por no haber sabido el nombre del padre de Moisés⁷⁷. Era, por lo tanto, la primera y traía una hermosa condecoración de plata. Como premio, papá me regaló una *preciosa monedita* de veinte céntimos que eché en un bote destinado a recibir casi todos los jueves una nueva moneda, siempre del mis-

⁷⁵ Teresa añadió modestamente entre líneas «casi». Según su profesora, Teresa andaba «un poco floja en cálculo y ortografía», era muy aplicada en todas las materias, y siempre la primera en formación religiosa. «Desde el punto de vista de la inteligencia, estaba realmente bien dotada, aunque tenía en su clase émulas que la igualaban» (PA, pp. 390-391).

⁷⁶ «Era muy alegre y abierta en la familia y con nosotras. Se ve que entonces se resarcía de la tensión que debía de imponerle el ambiente del internado» (Testimonio en el PO, p. 266, de la antigua sirvienta de los Guérin).

⁷⁷ Amrán (Éx 6,20).

mo *tamaño*... (De este bote sacaba yo dinero en determinadas fiestas solemnes, cuando quería dar de mi bolsillo una limosna para la colecta de la Propagación de la Fe u otras obras parecidas.) *Paulina*, encantada con el triunfo de su pequeña alumna, le regaló un [23r^o] precioso aro, para animarla a seguir siendo tan estudiosa.

Buena necesidad tenía la pobre niña de estas alegrías de la familia. Sin ellas, la vida del internado habría sido demasiado dura para ella.

Los jueves por la tarde nos daban asueto. Pero no era como los *asuetos* de *Paulina*, y no los pasaba con papá en el mirador... Tenía que jugar, pero no con mi *Celina*, cosa que me gustaba cuando estábamos *las dos solas*, sino con mis primitas y con las pequeñas Maudelonde⁷⁸. Era para mí un verdadero martirio; como no sabía jugar como las demás niñas⁷⁹, no era una compañera agradable. Sin embargo, hacía todo lo posible por imitar a las otras, sin conseguirlo, y me aburría enormemente, sobre todo cuando había que pasarse toda la tarde *bailando cuadrillas*. Lo único que me gustaba era ir al *jardín* de *la estrella*⁸⁰. Allí era la primera en todo: como cogía flores en cantidad y sabía encontrar las más bonitas, despertaba la envidia de mis compañeras...

Otra cosa que también me gustaba era cuando por casualidad me quedaba sola con María. Como ésta no tenía a Celina Maudelonde que la arrastrase a *juegos corrientes*, me dejaba elegir a mí, y yo elegía un juego totalmente nuevo. María y Teresa se convertían en *ermitañas*, que no tenían más que una pobre cabaña, un pequeño campo de trigo y unas pocas legumbres que cultivar. Su vida transcurría en continua contemplación; o sea, una de

⁷⁸ Primas carnales de las hermanas Guérin.

⁷⁹ A Teresa no le gustaba jugar a los juegos de sociedad de las niñas de su edad (cf. PA, p. 391, e *infra*, 37r^o).

⁸⁰ Parque en forma de estrella, en el camino de Pont-l'Évêque [Puente del Obispo], no lejos de los Buissonnets, que más tarde fue parcelado.

las *ermitañas* reemplazaba a la otra en la oración cuando había que ocuparse de la vida activa. Todo se hacía con tal armonía, con tal silencio y con un estilo tan religioso, que resultaba perfecto. Cuando tía venía a buscarnos para ir a dar un paseo, nuestro juego seguía también en la calle. Las dos ermitañas rezaban [23vº] juntas el rosario, sirviéndose de los dedos para no exhibir su devoción ante un público indiscreto. Pero un día, el ermitaño más joven se olvidó: le habían dado un pastel para la merienda, y antes de comerlo, hizo una gran señal de la cruz, lo que hizo reír a todos los profanos del siglo...

María y yo nos entendíamos a la perfección. Hasta tal punto teníamos los mismos gustos, que una vez nuestra *unión de voluntades* se pasó de la raya. Al volver una tarde de la Abadía, yo le dije a María: «Guíame, voy a cerrar los ojos». «Yo también quiero cerrarlos», me respondió. Dicho y hecho. Cada una hizo *su propia voluntad* sin *discutir*... Íbamos por la acera, por lo que no teníamos por qué temer a los coches. Tras un placentero paseo de varios minutos, y de saborear las delicias de caminar a ciegas, las dos pequeñas atolondradas cayeron *juntas* sobre unas cajas colocadas a la puerta de una tienda, o, mejor dicho, *las tiraron* al suelo. El tendero salió, todo furioso, a recoger su mercancía. Las dos ciegas voluntarias se levantaron ellas solas y escaparon *a todo correr*, con los ojos *bien* abiertos y escuchando los justos reproches de Juana, que estaba tan enfadada como el tendero...

En consecuencia, como castigo, decidió separarnos, y desde aquel día María y Celina fueron juntas, mientras que yo iba con Juana. Eso puso fin a nuestra excesiva *unión de voluntades* y no les vino mal a las mayores, que nunca estaban de acuerdo y se pasaban todo el camino discutiendo. De esa manera, la paz fue completa.

Aún no he dicho nada de mi íntima relación con Celina. [24rº] Si fuera a contarlo todo, no acabaría nunca...

En Lisieux se cambiaron los papeles: Celina se convirtió en un travieso diablillo y Teresa ya no era más que una

niñita muy buena, pero excesivamente *llorona*... Lo cual no era óbice para que Celina y Teresa se quisiesen cada día más. A veces había entre ellas pequeñas discusiones, pero no era nada serio, y en el fondo estaban siempre de acuerdo.

Puedo decir que *nunca* mi querida hermanita me dio el menor *disgusto*⁸¹, sino que fue para mí como un rayo de sol, que me alegraba y me consolaba en todo momento... ¿Quién podrá decir con qué intrepidez me defendía en la Abadía cuando alguien me acusaba...? Se preocupaba tanto por mi salud, que a veces me cansaba. De lo que no me cansaba era de *verla jugar*. Ponía en fila a toda la tropa de nuestras muñecas y les daba clase como una maestra consumada; sólo que ponía cuidado en que sus hijas se portasen siempre bien, mientras que a las mías las ponía a menudo en la puerta por su mala conducta...

Me contaba todas las cosas nuevas que aprendía en clase, lo cual me divertía mucho, y la tenía por un pozo de ciencia.

Me había dado el título de «hijita de Celina», y así, cuando se enfadaba conmigo, su mejor muestra de que estaba enojada era decirme: «¡Ya no eres mi hijita, se acabó, me *acordaré toda la vida*...!». Entonces no me quedaba más que echarme a llorar como una Magdalena, suplicándole que me volviese a tener por hijita. No tardaba en darme un abrazo y en prometerme que ya no se volvería a *acordar de nada*... Y para consolarme, cogía una de sus muñecas y le [24v^o] decía: «Cariño, dale un abrazo a tu tía». Una vez, la muñeca se dio tanta prisa por abrazarme tiernamente, que me metió sus dos bracitos por *la nariz*... Celina, que no lo había hecho adrede, me miraba estupefacta, con la muñeca colgándome de la nariz. La tía no tardó mucho en rechazar los abrazos demasiado tiernos

⁸¹ No olvidemos que, en 1895, sor Genoveva (Celina) fue la primera lectora de los cuadernos del Ms A, a medida que Teresa los iba escribiendo.

de su *sobrino*, y se echó a reír con todas las ganas ante tan singular aventura.

Lo más divertido era vernos comprar los aguinaldos. Íbamos juntas a la tienda y allí nos escondíamos cuidadosamente la una de la otra. Con sólo 50 céntimos teníamos que comprar, por lo menos, 5 o 6 objetos diferentes, y la cuestión era quién compraría las cosas *más bonitas*. Encantadas con nuestras compras, esperábamos con impaciencia el primer día del año para poder ofrecernos una a otra nuestros *magníficos regalos*. La primera que se despertaba se apresuraba a felicitarle a la otra el año nuevo. Luego nos entregábamos los *aguinaldos* y las dos nos quedábamos extasiadas ante los *tesoros* que nos regalábamos con 50 céntimos...

Esos regalitos nos causaban casi tanto placer como los *ricos aguinaldos* de mi tío.

Por lo demás, eso no era más que el principio de nuestras alegrías. Aquel día nos vestíamos a toda prisa y estábamos al acecho para saltar al cuello de papá en cuanto salía de su habitación. Toda la casa se llenaba de gritos de alegría y nuestro pobre papaíto se mostraba feliz de vernos tan contentas...

Los aguinaldos que María y Paulina daban a sus hijitas no eran de gran valor, pero les producían también *una gran alegría*... Y es que a esa edad aún no estábamos *hastadas*; nuestra alma, en toda su lozanía, se abría como una flor, feliz de recibir el rocío de la mañana... Un mismo soplo mecía nuestras corolas⁸², y lo que hacía gozar o sufrir a [25r^o] una hacía gozar o sufrir a la vez a la otra.

Sí, nuestras alegrías eran comunes. Lo experimenté muy bien el día de la primera comunión de mi querida Celina⁸³. Yo no iba aún a la Abadía, pues sólo tenía siete

⁸² Sobre esta unión tan íntima de las dos hermanas, cf. Cta 134; Ms A 62r^o; Or 9.

⁸³ El jueves 13/5/1880. Teresa vuelve atrás en el relato (desde el 22r^o venía hablando de la Abadía, donde entró en octubre de 1881).

años; pero conservo en mi corazón el dulcísimo recuerdo de la preparación que tú, Madre querida, le hiciste hacer a Celina. Todas las tardes la sentabas en tu regazo y le hablabas del acto tan importante que iba a realizar. Yo escuchaba, ávida de prepararme también, pero muy frecuentemente me decías que me fuera porque era todavía demasiado pequeña. Entonces me ponía muy triste y pensaba que cuatro años no eran demasiados para prepararse a recibir a Dios...

Una tarde, te oí decir que a partir de la primera comunión había que empezar una nueva vida. En ese mismo momento decidí no esperar a ese día, sino comenzarla al mismo tiempo que Celina...

Nunca supe tan bien cuánto la quería como durante su retiro de tres días. Era la primera vez en mi vida que estaba lejos de ella y que no me acostaba en su cama... El primer día me olvidé de que no iba a volver, y guardé un manojito de cerezas, que papá me había comprado, para comerlo con ella; cuando vi que no llegaba, sentí mucha pena. Papá me consoló diciéndome que al día siguiente me llevaría a la Abadía para ver a mi Celina y que podría darle otro manojito de cerezas...

El día de la 1ª comunión de Celina me dejó una impresión parecida a la de la mía. Al despertarme por la mañana, yo sola en aquella cama tan grande, me sentí *inundada de alegría*. «¡Es hoy...! Ha llegado el gran día...». No me cansaba de [25vº] repetir estas palabras. Me parecía que era yo la que iba a hacer la 1ª comunión. Creo que ese día recibí grandes gracias, y lo considero como uno de los más *hermosos* de mi vida...

He vuelto un poco atrás para evocar este delicioso y dulce recuerdo. Ahora voy a hablar de la dolorosa prueba que vino a destrozar el corazón de Teresita cuando Jesús le arrebató a su querida *mamá*, a su *Paulina* ¡a la que tan tiernamente quería...!

Un día, yo le había dicho a Paulina que me gustaría ser solitaria, irme con ella a un desierto lejano. Ella me

había contestado que mi deseo era también el suyo y que *esperaría* a que yo fuese mayor para irnos. La verdad es que aquello no lo dijo en serio, pero Teresita sí lo había tomado en serio. Por eso, ¡cuál no sería su dolor al oír un día hablar a su querida Paulina con María de su próxima entrada en el Carmelo...!

Yo no sabía lo que era el Carmelo, pero comprendí que Paulina iba a dejarme para entrar en un convento, comprendí que no me *esperaría* y que iba a perder a mi segunda *madre*... ¿Cómo podré expresar la angustia de mi corazón...? En un instante comprendí lo que era la vida. Hasta entonces no me había parecido tan triste, pero entonces se me apareció en todo su realismo: vi que no era más que un puro sufrimiento y una continua separación⁸⁴. Lloré lágrimas muy amargas, pues aún no comprendía la *alegría* del sacrificio. Era *débil*, tan *débil*, que considero una gracia muy grande el haber podido soportar una prueba como aquella, que parecía muy superior a mis fuerzas... Si me hubiese ido enterando poco poco de la partida de mi Paulina querida, tal vez no hubiera sufrido tanto; pero [26r°] al saberlo de repente, fue como si se me hubiera clavado una espada en el corazón.

Lc 2,35

Siempre recordaré, Madre querida, con qué ternura me consolaste... Luego me explicaste la vida del Carmelo, que me pareció muy hermosa. Evocando en mi interior todo lo que me habías dicho, comprendí que el Carmelo era el *desierto* adonde Dios quería que yo fuese también a esconderme... Lo comprendí con tal intensidad, que no había la menor duda en mi corazón. No era un sueño de niña que se deja entusiasmar fácilmente, sino la *certeza* de una llamada de Dios: quería ir al Carmelo, no por *Paulina*, sino *sólo* por *Jesús*... Pensé *muchas* cosas que las

⁸⁴ La separación es una de las obsesiones de Teresa, de la que nunca llegará a liberarse por completo (cf. Ms A 9r°, 41r°, 43v°, 62r°, 68v°; Cta 21; 134; 167, entre otras). Sin embargo, puede verse en Ms C 9r°/v° el heroísmo con que habría aceptado el exilio de sus hermanas a Indochina.

palabras no pueden traducir, pero que dejaron una gran paz en mi alma.

Al día siguiente, confié mi secreto a Paulina, quien, viendo mis deseos como voluntad del cielo, me dijo que pronto iría con ella a ver a la madre priora del carmelo y que tendríamos que decirle lo que Dios me hacía sentir...

Se escogió un domingo para esta solemne visita, y mi apuro fue grande cuando supe que debería acompañarme María G.⁸⁵, por ser yo aún demasiado pequeña para ver a las carmelitas⁸⁶. Sin embargo, yo tenía que encontrar la forma de quedarme a solas con la priora, y he aquí lo que se me ocurrió. Le dije a María que, ya que teníamos el privilegio de ver a la madre priora⁸⁷, debíamos ser muy amables y educadas con ella, y que por eso debíamos confiarle nuestros *secretos*; así que tendría que salir cada una un momento, y dejar a la otra a solas con la Madre. María creyó lo que le decía, y, a pesar de su repugnancia a confiar *secretos que no tenía*, nos quedamos a solas, una después de otra, con la madre María de Gonzaga.

[26v°] Después de escuchar mi *gran confianza*, la Madre creyó en mi vocación, pero me dijo que no recibían postulantes de 9 años, y que tendría que esperar hasta los 16... Yo me resigné, a pesar de mis vivos deseos de entrar cuanto antes y de hacer la 1ª comunión el día de la toma de hábito de Paulina...

Ese día me echaron piropos por segunda vez. Sor Teresa de San Agustín, que había venido a verme, no se cansaba de llamarme guapa. Yo no pensaba venir al Carmelo para recibir alabanzas; así que, después de la visita, no cesaba de repetirle a Dios que yo quería ser carmelita *sólo por él*.

⁸⁵ María Guérin, futura sor María de la Eucaristía.

⁸⁶ En aquella época sólo los familiares cercanos y las jóvenes podían «ver a las carmelitas».

⁸⁷ La madre María de Gonzaga.

Durante las pocas semanas que mi querida Paulina permaneció todavía en el mundo, procuré aprovecharme bien de ella. Todos los días, Celina y yo le comprábamos un pastel y bombones, pensando que ya pronto no volvería a comerlos. Estábamos continuamente a su lado, sin dejarle ni un minuto de descanso.

Por fin, llegó el 2 de octubre⁸⁸, día de lágrimas y de bendiciones, en que Jesús cortó la primera de sus flores, que iba a ser la *madre* de las que irían a reunirse con ella pocos años después.

Aún estoy viendo el lugar donde recibí el último beso de *Paulina*. Luego, mi tía nos llevó a todas a Misa, mientras papá subía a la montaña del Carmelo para ofrecer su *primer sacrificio*...

Toda la familia lloraba, de modo que, al vernos entrar en la iglesia, la gente nos miraba extrañada. Pero a mí me daba igual, y no por eso dejé de llorar. Creo que, si todo se hubiera derrumbado a mi alrededor, no me habría dado cuenta. Miraba al hermoso cielo azul, y me asombraba de que el sol pudiese seguir brillando con [27rº] tanto resplandor mientras mi alma estaba inundada de tristeza...

¿Te parece quizás, Madre querida, que exagero la pena que sentí...? Comprendo muy bien que no debiera haber sido tan grande, pues tenía la esperanza de volver a encontrarte en el Carmelo, pero mi alma estaba aún LEJOS de estar *madura* y tenía que pasar por muchos criosoles antes de alcanzar la meta que tanto deseaba...

El 2 de octubre era el día fijado para volver a la Abadía, y no tuve más remedio que ir, a pesar de mi tristeza...

Por la tarde, vino tía a buscarnos para ir al Carmelo, y vi a mi *Paulina querida* detrás de las *rejas*... ¡Ay, cuánto he sufrido en ese *locutorio* del Carmelo...!

⁸⁸ El 2 de octubre de 1882.

Como estoy escribiendo la historia de mi alma, debo decírselo todo a mi Madre querida, y confieso que los sufrimientos que precedieron a su entrada no fueron nada en comparación con los que vinieron después...

Todos los jueves, íbamos en *familia* al Carmelo. Y yo, que estaba acostumbrada a hablar con *Paulina* de corazón a corazón, apenas si conseguía dos o tres minutos al final de la visita, que, por supuesto, me pasaba llorando, y luego me iba con el corazón desgarrado... No comprendía que si tú dirigías preferentemente la palabra a Juana y María, en vez de hablar con tus hijitas, era por delicadeza hacia mi tía... No lo comprendía, y pensaba en lo más hondo del corazón: «¡¡¡He perdido a Paulina!!!».

Es asombroso ver cómo se desarrolló mi espíritu en medio del sufrimiento. Se desarrolló de tal manera, que no tardé en caer enferma.

La enfermedad que me aquejó provenía, ciertamente, del demonio. Furioso por tu entrada en el Carmelo, quiso vengarse en mí del daño que nuestra familia iba a causarle en el futuro. Pero él no sabía que la [27vº] dulce Reina del cielo velaba por su frágil florecilla, que ella le *sonreía* desde lo alto de su trono y que se aprestaba a calmar la tempestad en el mismo momento en que su flor iba a quebrarse sin remedio...

Hacia finales de año, me sobrevino un continuo dolor de cabeza, pero que casi no me hacía sufrir. Podía seguir estudiando, y nadie se preocupó por mí. Esto duró hasta la fiesta de Pascua de 1883⁸⁹.

Papá había ido a París con María y Leonia, y mi tía nos llevó a su casa a Celina y a mí. Una tarde, mi tío me llevó con él y se puso a hablarme de mamá y de recuerdos pasados con tal bondad, que me emocionó profundamente y me hizo llorar. Entonces me dijo que era demasiado sensible y que necesitaba mucho distraerme, y que mi tía y él habían decidido hacérselo pasar bien durante las

⁸⁹ El 25 de marzo; Teresa tenía diez años.

vacaciones de Pascua. Esa tarde teníamos que ir al Círculo Católico; pero viendo que estaba demasiado cansada, mi tía me hizo acostar. Al desnudarme, me entró un extraño temblor. Creyendo que tenía frío, mi tía me envolvió entre mantas y botellas calientes, pero nada pudo reducir mi agitación, que duró casi toda la noche. Al volver mi tío del Círculo Católico con mis primas y Celina, se quedó muy sorprendido al encontrarme en aquel estado, que juzgó muy grave, pero no quiso decirlo por no asustar a mi tía. Al día siguiente, fue a ver al doctor Notta⁹⁰, quien juzgó, como mi tío, que tenía una enfermedad muy grave, que nunca había padecido una niña tan joven como yo.

Todos estaban consternados. Mi tía tuvo que dejarme en su casa y me cuidó con una solicitud verdaderamente *maternal*.

Cuando papá volvió de París con mis hermanas mayores, Amada⁹¹ los recibió con una cara tan triste, que María [28r^o] creyó que me había muerto... Pero esta enfermedad no era de muerte, sino, como la de Lázaro, para que Dios fuera glorificado... Jn 11,4

Y así lo fue, en efecto, por la admirable resignación de mi pobre *papaíto*, que creyó que «su hijita se iba a volver loca o que se iba a morir».

¡Lo fue también por la de *María*...! ¡Ay, cuánto sufrió por causa mía...! ¡Y qué agradecida le estoy por los cuidados que tan desinteresadamente me prodigó...! Su corazón le dictaba lo que yo necesitaba, y, verdaderamente, un corazón de *madre* es mucho más *sabio* que el de un médico y sabe *adivinar* lo que conviene para la enfermedad de su hijo...

La pobre María tuvo que venir a instalarse en casa de mi tío, pues era imposible trasladarme por entonces a los Buissonnets.

⁹⁰ Este médico, al que la señora de Martin consultó durante su enfermedad, atendió al señor Martin desde 1887 hasta 1889; al parecer, no entendió nada de la enfermedad de Teresa.

⁹¹ Amada Roger, cocinera de la familia Guérin.

Entretanto, se acercaba la toma de hábito de Paulina. Delante de mí evitaban hablar de ello, pues sabían la pena que sentía por no poder ir; pero yo hablaba de ello con frecuencia, diciendo que para entonces ya estaría lo bastante bien para ir a ver a mi Paulina querida.

Y en efecto, Dios no quiso negarme ese consuelo, o, mejor, quiso consolar a su querida *prometida*, que tanto había sufrido con la enfermedad de su hijita... He observado que Jesús no quiere probar a sus hijas en el día de sus esponsales⁹², esta fiesta debe ser una fiesta sin nubes, un anticipo de las alegrías del paraíso. ¿No lo ha demostrado ya 5 veces⁹³...?

Pude, pues, *abrazar* a mi Madre querida, *sentarme* en su regazo y colmarla de caricias... Pude contemplarla tan radiante con su blanco vestido de novia... ¡Sí, fue un *hermoso día*, en medio de mi oscura prueba! Pero aquel día pasó veloz... Pronto hube de subir al coche que me llevó muy lejos de Paulina..., muy lejos de mi caramelo querido.

Al llegar a los Buissonnets, me hicieron acostar a mi pesar, pues aseguraba [28v^o] que estaba totalmente curada y que ya no necesitaba más cuidados. ¡Pero, ay, sólo estaba todavía en los comienzos de mi prueba...! Al día siguiente, volví a estar igual que antes, y la enfermedad se agravó tanto, que, según los cálculos humanos, no tenía remedio...

No sé cómo describir una enfermedad tan extraña. Hoy estoy convencida de que fue obra del demonio⁹⁴, pero durante mucho tiempo después de mi curación creí

⁹² Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, CE, canc. 14 y 15,2.

⁹³ Las tomas de hábito de las cinco hermanas Martin (incluida Leonia).

⁹⁴ Ésta era la opinión de los Guérin, como lo declaró Juana de La Néele en el PO (pp. 240-241). Según el Dr. Gayral, se trataba de una neurosis tras seis meses de angustia: «Al vivir con la impresión de que su segunda mamá la había abandonado, cayó en una conducta de regresión a la infancia para hacerse mimar como un bebé» (revista *Carmel*, 1959/2, pp. 81-96).

que me había puesto enferma adrede, y eso fue para mi alma un verdadero *martirio*.

Se lo dije a María, que me tranquilizó lo mejor que pudo con su *bondad* habitual. Lo dije en la confesión, y también allí mi confesor intentó tranquilizarme, diciéndome que no era posible que hubiese simulado estar enferma hasta el punto que yo lo había estado. Dios, que, sin duda, quería purificarme, y sobre todo *humillarme*⁹⁵, me dejó en este *martirio íntimo* hasta mi entrada en el Carmelo, donde el *Padre* de nuestras almas⁹⁶ barrió como con la mano todas mis dudas, y desde entonces estoy totalmente tranquila.

No es extraño que temiese haber fingido estar enferma sin estarlo de verdad, pues decía y hacía cosas que no pensaba. Parecía estar casi siempre en delirio, diciendo palabras que no tenían sentido, y sin embargo estoy *segura* de que no *perdí* ni un *solo instante el uso de la razón*... Con frecuencia parecía estar desmayada, sin hacer el menor movimiento; en esos momentos, me habría dejado hacer todo lo que hubieran querido, incluso matarme; sin embargo, oía todo lo que se decía a mi alrededor, y todavía me acuerdo de todo. En una ocasión me aconteció estar mucho tiempo sin poder abrir los ojos, y abrirlos un instante al encontrarme sola...

Pienso que el demonio había recibido un poder *exterior* sobre mí, pero [29r^o] que no podía acercarse a mi alma ni a mi espíritu, a no ser para inspirarme *grandísimos terrores*⁹⁷ a ciertas cosas, por ejemplo a las medicinas sencillísimas que intentaban en vano hacerme tomar.

⁹⁵ Para Teresa, la humillación aceptada por Dios es siempre una señal de amor (cf. especialmente Ms C 27r^o).

⁹⁶ El P. Almiro Pichon, jesuita. Cf. *infra*, nota 311 y el «Breve diccionario de nombres propios» (Apéndice V, p. 1305).

⁹⁷ *Exterior* y *terrores*, subrayados, indican una cita; y en efecto, podemos encontrarla en un pasaje de SAN JUAN DE LA CRUZ: CE, canciones 20 y 21, 10.15.

Pero si Dios permitía al demonio acercarse a mí, me enviaba también ángeles visibles...

María estaba de continuo al lado de mi cama, cuidándose y consolándose con la ternura de una madre. Nunca demostró el más ligero enfado, y eso que yo le daba mucho trabajo, pues no soportaba que se alejase de mí. Sin embargo, tenía necesariamente que ir a comer con papá, pero yo no cesaba de llamarla durante todo el tiempo que no estaba. Victoria, que me cuidaba, a veces no tenía más remedio que ir a buscar a mi querida «mamá», como yo la llamaba... Si María quería salir, tenía que ser para ir a Misa o para ver a *Paulina*: sólo entonces yo no decía nada...

Mis tíos eran también muy buenos conmigo. Mi querida tiita venía *todos los días* a verme y me traía mil golosinas.

También fueron a visitarme otras personas amigas de la familia; pero yo pedía a María que les dijese que no quería recibir visitas. No me gustaba «ver a la gente sentada alrededor de mi cama como *ristras de cebollas* y mirándose como a un bicho raro». La única visita⁹⁸ que me gustaba era la de mis tíos.

No sé decir cuánto creció mi cariño hacia ellos a partir de esta enfermedad. Comprendí como nunca que ellos no eran para nosotros unos parientes cualquiera. ¡Qué razón tenía nuestro pobre papaíto cuando nos repetía tantas veces estas palabras que acabo de escribir! Más tarde él mismo supo por experiencia que no se había equivocado, y seguro que ahora protege y bendice a quienes le prodigaron tan generosos cuidados... Yo aún estoy desterrada, y no sabiendo cómo demostrarles mi gratitud, sólo tengo una manera de aligerar mi corazón: ¡rezar por estos familiares queridos que fueron y que siguen siendo tan buenos conmigo!

⁹⁸ Las líneas que siguen (hasta «*tan buenos conmigo*») fueron añadidas tardíamente por Teresa al manuscrito.

También Leonia era muy buena conmigo, y hacía todo lo posible por distraerme. Yo, a veces, la hacía sufrir, pues se daba perfecta cuenta de que María era insustituible a mi lado...

¿Y mi Celina querida? ¿Qué no hizo por su Teresa...? Los domingos, en vez de salir de paseo, venía a encerrarse horas enteras con una pobre niña que parecía idiota. Verdaderamente, [29v^o] se necesitaba mucho amor para no huir de mí... ¡Ay, hermanitas queridas, cuánto os hice sufrir...! Nadie os hizo *sufrir* tanto como yo, y nadie recibió nunca tanto *amor* como el que vosotras me prodigasteis... Gracias a Dios, tendré el cielo para desquitarme. Mi Esposo es muy rico, y yo meteré la mano en sus tesoros de *amor* para poder devolveros centuplicado todo lo que sufristeis por causa mía...

Mi mayor consuelo mientras estuve enferma era recibir carta de *Paulina*... La leía y la releía hasta sabérmela de memoria... Una vez, Madre querida, me mandaste un reloj de arena y una de mis muñecas vestida de carmelita. Es imposible decir la alegría que sentí... A mi tío no le gustó. Decía que, en vez de hacerme pensar en el Carmelo, habría que alejarlo de mi mente. Yo, por el contrario, sentía que lo que me hacía vivir era la esperanza de ser un día carmelita...

Me encantaba trabajar para *Paulina*. Le hacía pequeños trabajos en cartulina, y mi mayor ocupación consistía en hacer coronas de margaritas y de miosotas para la Santísima Virgen. Estábamos en el hermoso mes de mayo. Toda la naturaleza se vestía de flores y respiraba alegría. Sólo la «florecita» languidecía y parecía marchita para siempre...

Sin embargo, tenía un sol cerca de ella. Ese sol era la estatua *milagrosa* de la Santísima Virgen, que le había hablado por dos veces a mamá⁹⁹, y la florecita volvía muchas, muchas veces su corola hacia aquel astro bendito...

⁹⁹ Una sola vez, después de la muerte de la pequeña Elena, según una nota de la madre Inés.

Un día vi que papá entraba en la habitación de María, donde yo estaba acostada, y, dándole varias monedas de oro con expresión muy triste, le dijo que escribiera a París y encargase unas misas a Nuestra Señora de las Victorias¹⁰⁰ para que le curase a su pobre hijita. ¡Cómo me emocionó ver la fe y el amor de mi querido rey! [30rº] Hubiera querido poder decirle que estaba curada, pero ya le había dado demasiadas alegrías falsas. No eran mis deseos los que podían hacer un *milagro*, pues se necesitaba un milagro para curarme...

Se necesitaba un *milagro*, y Nuestra Señora de las Victorias lo hizo.

Un domingo¹⁰¹ (durante el novenario de misas), María salió al jardín, dejándome con Leonia, que estaba leyendo al lado de la ventana.

Al cabo de unos minutos, me puse a llamar muy bajito: «Mamá... mamá». Leonia, acostumbrada como estaba a oírme llamar siempre así, no me hizo caso. Aquello duró un largo rato. Entonces llamé más fuerte, y, por fin, volvió María. La vi perfectamente entrar, pero no podía decir que la reconociera, y seguí llamando, cada vez más fuerte: «Mamá...». *Sufría mucho* con aquella lucha forzada e inexplicable, y María sufría quizás todavía más que yo. Tras esforzarse inútilmente por hacerme ver que estaba allí a mi lado, se puso de rodillas junto a mi cama con Leonia y Celina. Luego, volviéndose hacia la Santísima Virgen e invocándola con el fervor de una *madre* que pide la vida de su hija, *María* alcanzó lo que deseaba¹⁰²...

También la pobre Teresita, al no encontrar ninguna ayuda en la tierra, se había vuelto hacia su Madre del cie-

¹⁰⁰ Advocación y santuario parisinos a los que la familia Martín tenía una gran devoción; cf. *infra*, 30vº, 56vº/57rº; Ms C 8rº; PO, p. 366; PN 35.

¹⁰¹ El día de Pentecostés, 13/5/1883; Teresa llevaba cuarenta y nueve días enferma.

¹⁰² Una descripción más detallada en HA, y también la hecha por María en el PO, p. 241; en el PA, p. 228.

lo y le pedía con toda su alma que tuviese por fin piedad de ella...

De repente, la Santísima Virgen me pareció *hermosa*, tan *hermosa*, que yo nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba una bondad y una ternura inefables. Pero lo que me caló hasta el fondo del alma fue la «encantadora sonrisa de la Santísima Virgen».

En aquel momento, todas mis penas se disiparon. Dos gruesas lágrimas brotaron de mis párpados y se deslizaron silenciosamente por mis mejillas, pero eran lágrimas de alegría sin mezcla de ninguna clase... ¡La Santísima Virgen, pensé, me ha sonreído! ¡Qué feliz soy...! Sí, [30v^o] pero no se lo diré nunca a nadie, porque entonces *desaparecería mi felicidad*.

Bajé los ojos sin esfuerzo y vi a María que me miraba con amor. Se la veía emocionada, y parecía sospechar la merced que la Santísima Virgen me había concedido... Precisamente a ella, a sus súplicas conmovedoras, debía yo la gracia de la *sonrisa* de la Reina de los cielos. Al ver mi mirada fija en la Santísima Virgen, pensó: «¡Teresa está curada!». Sí, la florecita iba a renacer a la vida. El rayo luminoso que la había reanimado ya nunca detendría sus favores. No actuó de golpe, sino que lentamente, suavemente fue levantando a su flor y la fortaleció¹⁰³ de tal suerte, que cinco años más tarde abría sus pétalos en la fértil montaña del Carmelo.

Como he dicho, María había adivinado que la Santísima Virgen me había concedido alguna gracia secreta. Así que, cuando me quedé a solas con ella, al preguntarme qué había visto, no pude resistirme a sus preguntas tan tiernas y apremiantes; y sorprendida de ver descubierto mi secreto sin que yo lo hubiera revelado, se lo confíe enteramente a mi querida María...

¹⁰³ Esta grave enfermedad nerviosa no dejó secuelas, excepto dos pequeñas alarmas, referidas por Leonia (PO, p. 344).

Pero, ¡ay!, como lo había presentido, mi dicha iba a desaparecer y a convertirse en amargura¹⁰⁴... Durante cuatro años, el recuerdo de aquella gracia inefable que había recibido fue para mí un verdadero *sufrimiento del alma*. Sólo volvería a encontrar mi dicha a los pies de Nuestra Señora de las Victorias, y entonces se me dio en *toda su plenitud*... Volveré a hablar más adelante de esta segunda gracia de la Santísima Virgen. Ahora quiero contarte, Madre querida, cómo mi dicha se convirtió en tristeza.

María, después de escuchar el ingenuo y sincero relato de «mi gracia», me pidió permiso para contarle en el Carmelo. Yo no podía decirle que no...

En mi primera visita a ese Carmelo querido me sentí inundada de gozo al ver a mi *Paulina* vestida con el hábito de la Santísima Virgen. [31r^o] Fue un momento muy dulce para las dos... Teníamos tantas cosas que decirnos, que a mí no me salía absolutamente nada, me ahogaba de emoción...

La madre María de Gonzaga también estaba allí y me daba mil muestras de cariño. Vi también a otras hermanas, y delante de ellas me preguntaron por la gracia que había recibido, y [María] me preguntó si la Santísima Virgen llevaba al Niño Jesús, y si había mucha luz, etc.

Todas estas preguntas me turbaron y me hicieron sufrir. Yo no podía decir más que una cosa: «La Santísima Virgen me había parecido *muy hermosa*..., y la había visto *sonreírme*». Lo *único* que me había impresionado era su rostro.

Por eso, al ver que las Carmelitas se imaginaban otra cosa muy distinta (mis sufrimientos del alma respecto a mi enfermedad ya habían comenzado), me imaginé que *había mentado*...

¹⁰⁴ Esta palabra aparece usada treinta y dos veces en los Manuscritos y en las Cartas, y evoca veladamente *la amargura del cáliz de Cristo* (Cta 100 y 213). Cf., por ejemplo, Ms A 36v^o; Ms B 4r^o; Cta 81; etc.

Seguramente, si hubiera guardado mi secreto, habría conservado también mi felicidad. Pero la Santísima Virgen permitió ese tormento para bien de mi alma. Sin él, tal vez hubiera tenido algún pensamiento de vanidad, mientras que, al tocarme en suerte la *humillación*¹⁰⁵, no podía mirarme a mí misma sin un sentimiento de *profundo horror*...

¡Sólo en el cielo podré decir cuánto sufrí...!

¹⁰⁵ Esta expresión, especialmente fuerte, indica que aquí la *humillación* es vivida sin contrapartidas, tal vez con mayor intensidad que en otros períodos de la vida de Teresa.

[CAPÍTULO IV

PRIMERA COMUNIÓN – EN EL COLEGIO (1883-1886)

*Estampas y lecturas – Primera comunión –
Confirmación – Enfermedad de los escrúpulos – Señora
de Papinau – Hija de María – Nuevas separaciones]*

Al hablar de las visitas a las carmelitas, me viene a la memoria la primera, que tuvo lugar poco después de la entrada de *Paulina*. Me olvidé de hablar de ella más arriba, pero hay un detalle que no quiero omitir.

La mañana del día en que debía ir al locutorio, reflexionando sola en la cama (pues allí era donde hacía yo mis meditaciones más profundas y donde, a diferencia de la esposa del Cantar de los Cantares, encontraba yo siempre a mi Amado), me preguntaba cómo me llamaría en el Carmelo. Sabía que había ya en él una sor Teresa de Jesús; sin embargo, no podían quitarme mi bonito nombre de Teresa. De pronto, pensé [31vº] en el Niño Jesús, a quien tanto quería, y me dije: «¡Cómo me gustaría llamarme Teresa del Niño Jesús!».

En el locutorio *no dije nada* del sueño que había tenido completamente despierta. Pero al preguntar la madre *María de Gonzaga* a las hermanas qué nombre¹⁰⁶ me pondrían, se le ocurrió darme el nombre que yo había

¹⁰⁶ En el Carmelo de Lisieux Teresa es la primera que toma el apellido «*del Niño Jesús*».

soñado... Me alegré enormemente, y aquella feliz coincidencia de pensamientos me pareció una delicadeza de mi Amado, el Niño Jesús.

Me he olvidado también de algunos pequeños detalles de mi niñez de antes de tu entrada en el Carmelo. No te he hablado de mi amor a las estampas y a la lectura... Y, sin embargo, Madre querida, a las preciosas estampas¹⁰⁷ que tú me enseñabas como premio debo una de las más dulces alegrías y de las más fuertes impresiones que me han incitado a la práctica de la virtud... Me pasaba las horas muertas mirándolas. Por ejemplo, la «florecita del divino Prisionero»¹⁰⁸ era tan sugestiva, que me quedaba ensimismada mirándola¹⁰⁹. Al ver que el nombre de *Paulina* estaba escrito al pie de la florecita, me hubiera gustado que el de Teresa estuviera también allí, y me ofrecía a Jesús para ser su *florecita*...

Si no sabía jugar, me gustaba mucho la lectura¹¹⁰, y me hubiera pasado la vida leyendo. Afortunadamente tenía para guiarme unos *ángeles* de la tierra que me elegían unos libros que, a la vez que me distraían, alimentaban mi corazón y mi espíritu. Además, sólo podía pasarme leyendo un determinado tiempo, lo cual era para mí motivo de grandes sacrificios, pues con frecuencia interrumpía la lectura a la mitad del pasaje más interesante...

Esta afición a la lectura me duró hasta que entré en el Carmelo. Me sería imposible decir el número de libros

¹⁰⁷ Véase el álbum *Teresa y Lisieux*, de H.N. LOOSE y P. DESCOUVE-MONT (DLTH), 336 pp.

¹⁰⁸ Una estampa que le regaló Celina el 8/5/1884; texto en CG, pp. 1165s.

¹⁰⁹ Es decir, «profundamente recogida». Teresa usa una expresión [= sumergida, sumida] al uso en el Carmelo de Lisieux; cf. Cta 54r^o.

¹¹⁰ Esta afición a la lectura la conservará siempre, pero se concentrará casi exclusivamente en la Sagrada Escritura, san Juan de la Cruz, la Imitación de Cristo (que se sabrá casi de memoria) y algunos autores espirituales, como Arminjon; cf. Ms A 83v^o; Ms B 1v^o; Ms C 25r^o.

que pasaron por mis manos; pero Dios no permitió nunca que leyera ni uno sólo que pudiera hacerme daño. Es cierto que, al leer ciertos relatos caballerescos, no siempre percibía en un primer momento la *realidad* de la *vida*; pero pronto Dios me hacía [32rº] sentir que la verdadera gloria es la que durará eternamente y que para alcanzarla no es necesario hacer obras deslumbrantes, sino esconderse y practicar la virtud de manera que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha...

Mt 6,3

Así, al leer los relatos de las hazañas patrióticas de las heroínas francesas, y en especial las de la *venerable* JUANA DE ARCO¹¹¹, me venían grandes deseos de imitarlas. Me parecía sentir en mi interior el mismo ardor que las había animado a ellas y la misma inspiración celestial.

Por entonces recibí una gracia que siempre he considerado como una de las más grandes de mi vida, ya que en esa edad no recibía las *luces* de que ahora me veo inundada¹¹². Pensé que había nacido para la *gloria*, y, buscando la forma de alcanzarla, Dios me inspiró los sentimientos que acabo de escribir. Me hizo también comprender que mi *gloria* no brillaría ante los ojos mortales, sino que consistiría en ¡¡¡llegar a ser una gran santa...!!!

Este deseo podría parecer temerario, si se tiene en cuenta lo débil e imperfecta que yo era, y que aún soy después de siete años vividos en religión. No obstante, sigo teniendo la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, pues no me apoyo en mis méritos –que no tengo *ninguno*–, sino que espero en Aquel que es la Virtud y la Santidad mismas. Sólo él, conformándose con

¹¹¹ Juana de Arco no fue *Venerable* hasta algo después (27/1/1894).

¹¹² 1895 es el año más luminoso en la vida de Teresa, que nunca hace gala de modestia para las *luces* que recibe; cf. Ms A 44vº, 74rº, 83rº/vº; con una sola excepción en Ms C 19vº, ¿contrapunto a la «noche» de la fe?

mis débiles esfuerzos, me elevará hasta él¹¹³ y, cubriéndome con sus méritos infinitos, me hará santa.

Yo no pensaba entonces que para llegar a la santidad había que sufrir mucho. Dios no tardó en enseñármelo, enviándome las pruebas que he contado antes...

Ahora he de reanudar mi relato en el punto en que lo había dejado.

Tres meses después de mi curación, papá nos llevó de viaje a Alençon¹¹⁴. Era la primera vez que volvía allí, y fue muy grande mi alegría al volver a ver los parajes en los que había transcurrido ni niñez, [32v^o] y sobre todo al poder rezar sobre la tumba de mamá¹¹⁵ y pedirle que me protegiera siempre...

Dios me concedió la gracia de no conocer el mundo, a no ser justo para despreciarlo y alejarme de él. Podría decir que durante mi estancia en Alençon fue cuando hice mi *presentación en sociedad*. Todo era alegría y felicidad en torno a mí. Me veía festejada, mimada, admirada. En una palabra, durante quince días mi vida sólo se vio sembrada de flores... Y confieso que aquella vida tenía sus encantos para mí. La Sabiduría tiene mucha razón cuando dice: «El hechizo de las bagatelas del mundo seduce hasta a las mentes sin malicia». A los diez años, el corazón se deja deslumbrar fácilmente. Por eso considero como una gracia muy grande el no haberme quedado en Alençon. Los amigos que teníamos allí eran demasiado mundanos y compaginaban demasiado las alegrías de la tierra con el servicio de Dios. No pensaban lo bastante en la *muerte*¹¹⁶,

Sb 4,12

¹¹³ Una primera intuición del ascensor (Ms C 2v^o/3r^o), aun cuando Teresa aún espera *volar* hacia Dios (PN 22).

¹¹⁴ En agosto de 1883.

¹¹⁵ El cuerpo de la señora de Martin será trasladado a Lisieux tras la muerte de su esposo.

¹¹⁶ Sin duda, Teresa se fustiga aquí a sí misma: en Alençon se sintió halagada y feliz de que la admiraran... Ahora es la carmelita de 1895 la que juzga, con cierta severidad, a aquella adolescente de diez años.

y sin embargo la *muerte* ha venido ya a visitar a un gran número de personas a las que yo conocí, ¡¡¡jóvenes, ricos y felices!!! Me gusta volver con el pensamiento a los lugares *encantadores* donde vivieron y preguntarme dónde están, qué les queda hoy de los castillos y los parques donde las vi disfrutar de las comodidades de la vida... Y veo que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol..., y que el *único bien* es amar a Dios con todo el corazón y ser *pobres* de espíritu aquí en la tierra...

Qo 2,11

Mt 5,3

Tal vez Jesús quiso mostrarme el mundo antes de la *primera visita* que iba a hacerme, para que eligiera más libremente el camino que iba a prometerle seguir.

Los días de mi primera comunión han quedado grabados en mi corazón como un recuerdo sin nubes. Creo que no podía estar mejor preparada de lo que lo estuve, y además mis sufrimientos del alma desaparecieron durante casi un año. Jesús quería hacerme saborear la alegría más plena posible en este valle de lágrimas...

Sal 83,7

[33rº] ¿Te acuerdas, Madre querida, del precioso librito que hiciste para mí¹¹⁷ tres meses antes de mi primera comunión...? Aquel librito me ayudó a preparar metódica y rápidamente mi corazón; pues aunque ya lo venía preparando desde hacía mucho tiempo¹¹⁸, era necesario darle un nuevo impulso, llenarlo de *flores nuevas* para que Jesús pudiese descansar a gusto en él...

Todos los días hacía un gran número de prácticas, que formaban otras tantas *flores*. Decía también un número todavía mayor de jaculatorias, que tú me habías escrito

¹¹⁷ Era un método que proponía para cada día una serie de sacrificios y de breves oraciones, simbolizados en flores y perfumes (cf. VT, nº 76, pp. 310ss y DLTH, p. 55).

¹¹⁸ Cf. *supra*, 25rº. Como el mínimo de edad estaba fijado en los diez años cumplidos antes del 1 de enero, Teresa lamentaba haber nacido el 2 de enero, y pensaba en distintas posibilidades de eludir la norma (cf. VT, nº 123, p. 154, y PO, p. 241).

para cada día en el librito, y esos actos de amor formaban los *capullos* de las flores¹¹⁹...

Todas las semanas me escribías una linda cartita¹²⁰, que me llenaba el alma de pensamientos profundos y me ayudaba a practicar la virtud. Aquella carta era un consuelo para tu pobre hijita, que hacía un *sacrificio tan grande* al aceptar que no fueses tú quien la *preparara* cada tarde en tu regazo, como lo habías hecho con su querida Celina....

En mi caso, María reemplazó a Paulina. Me sentaba en su regazo y allí escuchaba *con avidez* lo que me decía. Creo que todo su corazón, tan *grande* y tan *generoso*, pasaba hasta mí. Como los grandes guerreros enseñan a sus hijos el oficio de las armas, así me hablaba ella de las *luchas* de la vida y de la palma que se entregará a los vencedores... María me hablaba también de las riquezas inmortales que es tan fácil atesorar cada día, y de la desgracia que sería pasar junto a ellas sin querer tomarse la molestia de extender la mano para cogerlas. Luego me enseñaba la forma de ser *santa* por la fidelidad en las cosas más pequeñas. Me dio la hojita «El renunciamento»¹²¹, que yo meditaba con auténtico placer...

¡Y qué elocuente que era mi querida madrina! Hubiera querido no ser yo la única que escuchase sus profundas enseñanzas. Me sentía tan *conmovida*, que, en mi ingenuidad, pensaba que hasta los más grandes pecadores¹²² se habrían conmovido como yo, y que, abandonando sus riquezas percederas¹²³, sólo querrían ganar ya [33vº] las del cielo...

Hasta entonces, nadie me había enseñado todavía la forma de hacer oración, a pesar de que tenía muchas ga-

¹¹⁹ En realidad, para Teresa, los *perfumes*. Cf. *Prières*, p. 72.

¹²⁰ LC 24 a 31, en CG.

¹²¹ Cf. CG, pp. 1166ss.

¹²² Forma de pensar muy análoga en Ms C 5vº.

¹²³ Cf. *Imitación*, I,1, § 4, y *Récréations*, p. 371 (5vº,2).

nas. Pero María pensaba que era ya bastante piadosa, y sólo me dejaba rezar mis oraciones.

Un día, una de mis profesoras de la Abadía me preguntó qué hacía los días de asueto cuando estaba sola. Yo le contesté que me iba detrás de la cama, a un espacio vacío que había allí y que podía cerrar fácilmente con la cortina, y que allí «pensaba». –¿Y en qué piensas?, me dijo. –Pienso, en Dios, en la vida..., en la ETERNIDAD, bueno, *pienso*¹²⁴... La buena monja se rio mucho de mí. Más tarde, le gustaba recordarme aquel tiempo en que yo pensaba, y me preguntaba si todavía seguía pensando... Ahora comprendo que, sin saberlo, hacía oración y que ya Dios me instruía en lo secreto¹²⁵.

Los tres meses de preparación pasaron rápidamente, y pronto tuve que entrar en ejercicios¹²⁶, y para ello hacerme pensionista interna y dormir en la Abadía.

Me resulta imposible expresar el dulce recuerdo que me dejaron estos ejercicios. Verdaderamente, si en el internado sufrí mucho, la dicha inefable de aquellos pocos días pasados a la espera de Jesús me compensó abundantemente... No creo que se puedan saborear estas alegrías en otra parte que en las comunidades religiosas.

Al ser pequeño el número de niñas, era fácil ocuparse de cada una en particular, y realmente en esa ocasión nuestras profesoras nos prodigaron unos cuidados maternos. De mí se ocupaban aún más que de las otras. Todas las noches, la primera profesora venía con su linternita a darme un beso en la cama y me demostraba un gran cariño. Una noche, ganada por su bondad, le dije que iba

¹²⁴ Cf. PO, pp. 548, 554s. Y un recuerdo más antiguo de Celina: «Soñaba con la vida eremítica, y a veces se aislaba (...) detrás de las cortinas de su cama, para hablar con Dios. Tenía entonces siete u ocho años» (PO, p. 223).

¹²⁵ Cf. *infra*, 49r°. Sobre los secretos revelados a los más pequeños: Cta 127; 190; 247; Ms A 71r°; Ms B 5v°; Ms C 4r°; RP 6,8v°, 11r°; Est 2 (cf. BT, pp. 212-213).

¹²⁶ Del 4 al 8/5/1884.

a confiarle un secreto; y sacando misteriosamente mi *precioso librito* de debajo de la almohada, se lo enseñé con los ojos resplandecientes de alegría...

Por la mañana, me resultaba muy divertido ver a todas las alumnas levantarse apenas nos despertaban [34rº], y hacer lo que todas. Pero yo no estaba acostumbrada a arreglarme sola, y *María* no estaba allí para *rizarme* el pelo. Así que tenía que ir tímidamente a presentar mi peine a la profesora encargada del cuarto de tocador; ella se reía al ver a una jovencita de once años que no sabía arreglarse por sí sola; pero me peinaba, aunque no con la *delicadeza* de *María*; sin embargo, no me atrevía a *chillar*, como hacía todos los días bajo la *delicada* mano de mi *madrina*...

Durante estos ejercicios pude comprobar que era una niña mimada y rodeada de cariño como pocas en el mundo, sobre todo entre las niñas huérfanas de madre... Todos los días, *María* y *Leonia* venían a verme con papá, que me colmaba de caricias. Así que no sufrí por estar lejos de la familia y no hubo nada que oscureciese el hermoso cielo de mis ejercicios.

Escuchaba con mucha atención las pláticas que nos daba el Sr. abate Domin¹²⁷, y hasta escribía un resumen de las mismas. En cuanto a mis propios *pensamientos*, no quise escribir ninguno, diciéndome que me acordaría bien de ellos, como así fue...

Para mí era una delicia ir con las religiosas a todos los oficios. Llamaba la atención entre mis compañeras por un *gran crucifijo* que me había regalado *Leonia* y que llevaba puesto en el cinturón como los misioneros. Aquel crucifijo les daba envidia a las monjas, que pensaban que, al llevarlo, quería imitar a mi *hermana la carmelita*...

¹²⁷ Capellán de las benedictinas y confesor de Teresa en la Abadía. Las notas que ésta tomó durante estos ejercicios pueden verse publicadas en los «Escritos diversos» de este volumen (I, 1). Esas primeras pláticas están sin duda en el origen de su «terrible enfermedad de escrúpulos» (cf. *infra*, 39rº).

¡Y sí, hacia ella volaban mis pensamientos! Yo sabía que *mi Paulina* estaba de ejercicios como yo¹²⁸, no para que Jesús se entregase a ella, sino para entregarse ella a Jesús¹²⁹, y aquella soledad, pasada en la espera, me resultaba por eso doblemente grata...

Recuerdo que una mañana me habían hecho ir a la enfermería porque tosía mucho (desde mi enfermedad, las profesoras se preocupaban mucho de mí: por un ligero dolor de cabeza, o si me veían más pálida que de [34v^o] costumbre, me mandaban ya a tomar el aire o a descansar en la enfermería). Vi entrar a mi *Celina querida*; había conseguido permiso para venir a verme, a pesar de estar en ejercicios, para regalarme una estampa que me gustó mucho; era «La florecita del Divino Prisionero». ¡Cómo me gustó recibir este recuerdo de manos de *Celina*...! ¡Cuántos pensamientos de amor no me ha inspirado...!

La víspera del gran día recibí por segunda vez la absolución¹³⁰. La confesión general me dejó una gran paz en el alma, y Dios no permitió que viniera a turbarla ni la más ligera nube.

Por la tarde pedí perdón a *toda la familia*, que fue a verme, pero sólo pude hablar con mis lágrimas, pues estaba demasiado emocionada... Paulina no estaba allí, pero sabía que estaba muy cerca de mí con el corazón. Me había mandado con María un *preciosa estampa*, que no me cansaba de admirar y de hacer admirar a todo el mundo...

¹²⁸ Para su profesión, que estaba prevista para el mismo día (8 de mayo).

¹²⁹ Hermoso paralelismo entre la eucaristía y la profesión; pero ya en su primera comunión, Teresa «*se entregará para siempre*» (35r^o).

¹³⁰ No era costumbre dar la absolución a los niños cada vez que se confesaban. Según el abate Domin, Teresa le preguntó: «¿Cree usted que Jesús está contento de mí?» (PA, p. 395; cf. Ms A 64r^o, 80r^o/v^o; Ms B 2v^o).

Había escrito al P. Pichon para encomendarme a sus oraciones, y diciéndole también que pronto sería carmelita y que entonces él sería mi director espiritual. (Y así ocurrió efectivamente cuatro años más tarde, pues en el Carmelo le abrí mi alma...). María me entregó una carta suya¹³¹. ¡Realmente, era enormemente feliz...! Todas las alegrías me llegaban juntas. Lo que más me gustó de su carta fue esta frase: «¡Mañana subiré al altar sagrado por ti y por tu Paulina!». El 8 de mayo Paulina y Teresa quedaron mucho más unidas, pues Jesús parecía fundirlas en una, inundándolas de sus gracias...

Finalmente llegó el más hermoso de los días. ¡Qué inefables recuerdos han dejado en mi alma hasta los *más pequeños detalles* de esta jornada de cielo...! El gozoso despertar de la aurora, los besos *respetuosos* y tiernos de las profesoras y de las [35r^o] compañeras mayores... La gran sala repleta de *copos de nieve*, con los que las niñas se veían vestir una tras otra. Y sobre todo, la entrada en la capilla y el canto *matinal* de la preciosa canción: «¡Oh altar sagrado, que rodean los ángeles!».

Pero no quiero entrar en detalles. Hay cosas que en cuanto se las expone al aire pierden su perfume, y hay *sentimientos del alma* que no pueden traducirse al lenguaje de la tierra sin que pierdan su sentido íntimo y celestial. Son como aquella «piedra blanca que se dará al vencedor, en la que hay escrito un nombre que *sólo conoce* el que la recibe». Ap 2,17

¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús¹³² a mi alma...! Fue un beso de *amor*. Me *sentía amada*, y decía a mi vez: «Te amo y me entrego a ti para siempre».

No hubo preguntas, ni luchas, ni sacrificios. Desde hacía mucho tiempo, Jesús y la pobre Teresita se habían *mirado* y se habían comprendido... Aquel día no fue ya

¹³¹ Cf. LC 32; CG, p. 172.

¹³² Cf. Ms A 48r^o; Cta 182; PN 18,51; 20,6; 24,9; 26,6; RP 1,10v^o; 3,23r^o bis; Or 3 y 16.

una *mirada*, sino una *fusión*. Ya no eran *dos*: Teresa había desaparecido como la gota de agua que se pierde en medio del océano¹³³. Sólo quedaba Jesús, él era el dueño, el rey. ¿No le había pedido Teresa que le quitara su *libertad*¹³⁴, pues su *libertad* le daba miedo? ¿Se sentía tan débil, tan frágil, que quería unirse para siempre a la Fuerza divina¹³⁵...!

Su alegría era demasiado grande y demasiado profunda para poder contenerla. Pronto la inundaron lágrimas deliciosas, con gran asombro de sus compañeras, que más tarde comentaban entre ellas: «—¿Por qué lloraba? ¿Habría algo que la preocupaba...? —No, sería porque no tenía a su madre a su lado, o a su hermana la carmelita a la que tanto quiere». No comprendían que cuando toda la alegría del cielo baja a un corazón, este corazón *desterrado*¹³⁶ no puede soportarlo sin deshacerse en lágrimas...

No, el día de mi primera comunión, no me entristecía la ausencia de mamá: ¿no estaba el cielo [35vº] dentro de mi alma, y no hacía ya mucho tiempo que mamá ocupaba en él un lugar? Entonces, al recibir la visita de Jesús, recibía también la de mi madre querida, que me bendecía y se alegraba de mi felicidad...

Y no lloraba la ausencia de Paulina. Qué duda cabe que me habría encantado verla a mi lado, pero hacía mucho tiempo que había aceptado ese sacrificio. Aquel día, sólo la alegría llenaba mi corazón; y me unía a mi Paulina, que se estaba entregando de manera irrevocable a Quien tan amorosamente se entregaba a mí...

¹³³ Actitud oblativa de Teresa, que será total al final de su vida (cf. PN 51).

¹³⁴ La fusión de Teresa con Jesús es la ofrenda de su libertad (cf. Ms C 10vº; Cta 36; 103; Or 6, 35-36).

¹³⁵ Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, CE 28,8.

¹³⁶ Para Teresa, la vida en la tierra es un *destierro* del cielo (cf. Ms A 14vº, 17vº, 41rº, etc.), como lo fue también para Jesús (PN 13,9 y PN 12,2).

Por la tarde, fui yo la encargada de pronunciar el acto de consagración a la Santísima Virgen. Era muy justo que yo, que había sido privada tan joven de mi madre de la tierra, *hablase* en nombre de mis compañeras a mi Madre del cielo. Puse toda mi alma al *hablarle* y al consagrarme a ella, como una niña que se arroja en los brazos de su Madre y le pide que vele por ella. Y creo que la Santísima Virgen debió de mirar a su florecita y *sonreírle*. ¿No la había curado ella con su *sonrisa visible*...? ¿No había ella depositado en el cáliz de su florecita a su Jesús, la Flor de los campos y el Lirio de los valles...?

Ct 2,1

Al atardecer de aquel hermoso día, volví a encontrarme con mi familia de la tierra. Ya por la mañana, después de Misa, había abrazado a *papá* y a todos mis queridos parientes. Pero ahora fue la verdadera reunión. Papá, tomando de la mano a su reinecita, se dirigió al *carmelo*... Allí vi a mi *Paulina*, convertida en esposa de Jesús. La vi con su velo, blanco como el mío, y con su corona de rosas... ¡Fue una alegría sin amarguras! ¡Esperaba reunirme pronto con ella, y esperar juntas el *cielo*¹³⁷!

No fui insensible a la fiesta de familia que tuvo lugar en aquel atardecer de mi primera comunión. El precioso reloj que me regaló mi rey me gustó muchísimo. Pero mi alegría era serena, y nada vino a turbar mi paz interior.

María me acostó con ella la noche que siguió a aquel hermoso día, pues a los días más radiantes les siguen las tinieblas, y sólo el día de la primera, de la única, [36r°] de la eterna comunión del cielo será un día sin ocaso...

El día siguiente a mi primera comunión fue también un día hermoso, pero estuvo teñido de melancolía. Ni el precioso vestido que María me había comprado, ni todos los regalos que había recibido me llenaban el corazón. Sólo Jesús podía saciarme. Ansiaba el momento de poder recibirle por segunda vez.

¹³⁷ Cf. PN 21,3; PN 22,11; 24,32.

Aproximadamente un mes después de mi primera comunión¹³⁸, fui a confesarme para la Ascensión, y me atreví a pedir permiso para comulgar. Contra toda esperanza, el Sr. Abate me lo concedió, y tuve la dicha de arrodillarme a la Sagrada Mesa entre papá y María. ¡Qué dulce recuerdo he conservado de esta segunda visita de Jesús! De nuevo corrieron mis lágrimas con inefable dulzura. Me repetía a mí misma sin cesar estas palabras de san Pablo: «Ya no vivo yo, ¡es Jesús quien vive en mí...!».

Gá 2,20

A partir de esta comunión, mi deseo de recibir al Señor se fue haciendo cada vez mayor. Obtuve permiso para comulgar en todas las fiestas más importantes¹³⁹. La víspera de estos días dichosos, María me ponía al atardecer en su regazo y me preparaba como lo había hecho para mi primera comunión. Recuerdo que una vez me habló del sufrimiento, diciéndome que probablemente yo no iría por ese camino, sino que Dios me llevaría siempre como a una niña...

Al día siguiente, después de comulgar, me volvieron a la memoria las palabras de María. Y sentí nacer en mi corazón un *gran deseo de sufrir*¹⁴⁰, y, al mismo tiempo, la íntima convicción de que Jesús me tenía reservado un gran número de cruces. Y me sentí inundada de tan *grandes consuelos*, que los considero como una de las *mayores gracias* de mi vida.

El sufrimiento se convirtió en mi sueño dorado. Tenía un hechizo que me fascinaba, aun sin acabar de conocerlo. Hasta entonces, había sufrido sin *amar* el sufrimiento; a partir de ese día, sentí por él [36vº] verdadero amor.

¹³⁸ En realidad, quince días: para la Ascensión, que cayó el 22 de mayo.

¹³⁹ Veintidós comuniones desde el 8/5/1884 hasta el 8/9/1885 (cf. sus «Cuadernos de niña», en ED).

¹⁴⁰ La reacción de Teresa es asombrosa: «desea el sufrimiento» y pide que se le «*cambien en amargura todos los consuelos de la tierra*» (36vº). En una palabra, «*a partir de ese día*» «*lo elige todo*» (cf. Ms A 10º, 30vº; CA 25.7.1; y UC, p. 413).

Sentía también el deseo de no amar más que a Dios y de no hallar alegría fuera de él. Con frecuencia, durante las comuniones, repetía estas palabras de la Imitación: «¡Oh, Jesús, *dulzura* inefable, cámbiame en *amargura* todos los consuelos de la tierra¹⁴¹...!». Esta oración brotaba de mis labios sin esfuerzo y sin la menor dificultad. Me parecía repetirla, no por propia voluntad, sino como una niña que repite las palabras que le inspira una persona amiga...

Más adelante te diré, Madre querida, cómo tuvo a bien Jesús hacer realidad mi deseo y cómo sólo él fue siempre mi *dulzura* inefable. Si te hablase de ello ahora, tendría que anticipar el relato de mis años de juventud, y aún me quedan por contar muchos detalles de mi vida de niña.

Poco después de mi primera comunión entré de nuevo en ejercicios espirituales para la confirmación¹⁴². Me preparé con gran esmero para recibir la visita del Espíritu Santo. No entendía cómo no se cuidaba mucho la recepción de este sacramento de *Amor*. Normalmente, para la confirmación sólo se hacía un día de retiro. Pero como Monseñor no pudo venir para el día fijado, tuve el consuelo de pasar dos días de soledad. Para distraernos, la profesora nos llevó al Monte Casino¹⁴³, donde cogí a manos llenas *margaritas gigantes* para la fiesta del Corpus.

Hch 1,14

¡Qué gozo sentía en el alma! Al igual que los apóstoles, esperaba feliz la visita del Espíritu Santo... Me alegraba al pensar que pronto sería una cristiana perfecta, y, sobre todo, que iba a llevar eternamente marcada en la frente la cruz misteriosa que traza el obispo al administrar este sacramento...

Hch 2,1-4

¹⁴¹ *Imitación*, III, 26, 3.

¹⁴² El sábado, 14/6/1884, dirigidos por Mons. Hugonin. Celina da fe del extraordinario entusiasmo de Teresa (PO, p. 219).

¹⁴³ Una pequeña colina en la parte posterior de la huerta de las benedictinas; el Corpus era al día siguiente de la confirmación.

IR 19,11-13

Por fin, llegó el momento feliz. No sentí ningún viento impetuoso al descender el Espíritu Santo, sino más bien aquella *brisa tenue*¹⁴⁴ cuyo susurro escuchó Elías en el monte Horeb...

Aquel día recibí la fortaleza para *sufrir*, ya que pronto iba a comenzar el martirio de mi alma...

[37rº] Mi Leonia querida fue la madrina, y estaba tan emocionada, que no pudo evitar pasarse llorando toda la ceremonia. Recibió conmigo la sagrada comunión, pues aquel hermoso día tuve la dicha de volver a unirme a Jesús.

Pasadas estas fiestas deliciosas e inolvidables, mi vida volvió a la *normalidad*; es decir, tuve que reanudar la vida de pensionista, que tan penosa me resultaba.

Aquellos días de mi primera comunión, me gustaba convivir con las niñas de mi edad, todas ellas llenas de buena voluntad y que habían hecho, como yo, el propósito de tomar en serio la práctica de la virtud. Pero ahora tenía que volver a ponerme en contacto con alumnas muy diferentes, disipadas, que no querían guardar el reglamento, y eso me hacía muy desdichada.

Yo era de carácter alegre, pero no sabía jugar a los juegos propios de mi edad¹⁴⁵. Muchas veces, en el recreo, me apoyaba en un árbol y desde allí contemplaba el *panorama* ¡sumida en profundas reflexiones!

Había inventado un juego que me gustaba mucho. Consistía en enterrar a los pobres pajaritos que encontrábamos muertos bajo los árboles. Muchas alumnas se animaron a ayudarme, de forma que nuestro cementerio quedó muy bonito, todo plantado de árboles y flores proporcionados al tamaño de nuestros pajaritos.

También me gustaba contar historietas que yo misma inventaba a medida que me iban viniendo a la imaginación. Entonces mis compañeras me rodeaban presurosas,

¹⁴⁴ Cf. *infra*, 76vº.

¹⁴⁵ Según Celina, «Teresita no podía correr, pues se ahogaba con facilidad».

y a veces algunas de las mayores se unían al grupo de las oyentes. Una misma historia duraba varios días, pues me gustaba hacerla cada vez más interesante a medida que iba viendo las impresiones que producía y que se reflejaban en los rostros de mis compañeras. Pero la profesora no tardó en prohibirme que siguiera con mi oficio de *orador*, pues quería vernos jugar y *correr*, en lugar de *discurrir*...

Retenía con facilidad el sentido de lo que estudiaba, pero me costaba trabajo aprender de memoria. Por eso, el año que precedió a mi primera comunión, pedía [37v^o] permiso casi todos los días para estudiar el catecismo durante el recreo. Mi esfuerzos se vieron coronados por el éxito, y fui siempre la primera. Si, por casualidad, perdía ese puesto por una *sola palabra que hubiera olvidado*, mi dolor se exteriorizaba en lágrimas amargas que el Sr. abate Domin no sabía cómo calmar... Estaba muy contento de mí (excepto cuando lloraba) y me llamaba su *doctorcito*, debido a mi nombre de Teresa.

Una vez, la alumna que venía después de mí no supo hacer a su compañera la pregunta del catecismo¹⁴⁶. El Sr. Abate dio en vano la vuelta a toda la fila de alumnas, hasta llegar a mí, y entonces dijo que iba a ver si merecía el primer puesto. Yo, en mi *profunda humildad*¹⁴⁷, no deseaba otra cosa, y, levantándome, muy segura de mí misma, contesté a lo que se me preguntaba sin cometer ni un solo error, con gran asombro de toda la clase...

Mi interés por el catecismo continuó, después de mi primera comunión, hasta que salí del internado.

Me iba muy bien en los estudios y era casi siempre la primera. Mis mayores éxitos eran en historia y en redacción. Todas mis profesoras me tenían por una alumna muy inteligente. Pero no sucedía lo mismo en casa de mi tío,

¹⁴⁶ Las preguntas y respuestas había que aprenderlas de memoria, y se las hacían unas a otras.

¹⁴⁷ El subrayado (*cursivas*) indica una ironía de Teresa hacia sí misma.

donde pasaba por ser una pequeña ignorante, buena y dulce, sí, y sensata, pero poco capaz y torpe...

No me extraña esa opinión que mis tíos tenían de mí, y que sin duda aún siguen teniendo, pues apenas hablaba, ya que era muy tímida, y cuando escribía, mi letra de gato y mi ortografía, que no es más que normalita, no eran para *entusiasmar* a nadie...

Verdad es que las pequeñas labores de costura, de bordado y otras por el estilo se me daban bien y a gusto de mis profesoras. Pero la manera *torpe* y desmañada de *sujetar* la *labor* justificaba la opinión poco favorable que tenían de mí.

Todo esto lo considero como una gracia, pues Dios, que quería mi corazón [38rº] sólo para él, escuchaba ya mi súplica, «cambiándome en amargura los consuelos de la tierra»¹⁴⁸. Y, por cierto, que tenía una gran necesidad de ello, pues no era precisamente insensible a los elogios¹⁴⁹. Con bastante frecuencia alababan delante de mí la inteligencia de las demás, pero nunca la mía, por lo que llegué a la conclusión de que no era inteligente, y me resigné a no serlo...

Mi corazón sensible y cariñoso se hubiera entregado fácilmente si hubiera encontrado un corazón capaz de comprenderlo¹⁵⁰...

Intenté trabar amistad con algunas niñas de mi edad, sobre todo con dos de ellas. Yo las quería, y también ellas me querían a mí en la medida en que *podían*. Pero, ¡¡¡ay, qué *raquítico* y *voluble* es el corazón de las criaturas...!!! Pronto comprobé que mi amor no era correspondido. Una de mis amigas tuvo que volver con su familia, y regresó pocos meses después. Durante su ausencia, yo la *había*

¹⁴⁸ De nuevo *Imitación*, III, 26, 3.

¹⁴⁹ El pecado contra el que Teresa se pone en guardia; cf. Ms A 26vº, 32vº, 40rº, 56rº; Ms C 2rº; CA 14.7.6.

¹⁵⁰ Exactamente el mismo tono y casi las mismas palabras que en los primeros versos de PN 36.

recordado y había guardado cuidadosamente una pequeña sortija que me había regalado. Al ver de nuevo a mi compañera, me alegré mucho, pero, ¡ay!, sólo logré de ella una mirada indiferente... Mi amor no era comprendido. Lo sentí mucho, aunque no *mendigué* un cariño que me negaban. Pero Dios me ha dado un corazón tan fiel, que cuando ama limpiamente, ama para siempre; por eso, seguí rezando por mi compañera y aún la sigo queriendo...

Al ver que Celina se había *encariñado* de una de nuestras profesoras, yo quise imitarla; pero como no *sabía* ganarme la simpatía de las criaturas, no pude conseguirlo.

¡Feliz ignorancia, que me ha librado de tantos males...!
 ¡Cómo le agradezco a Jesús que no me haya hecho encontrar más que «amargura en las amistades de la tierra»!
 Con un corazón como el mío, me habría dejado atrapar y cortar las alas, y entonces ¿cómo hubiera podido «volar y hallar reposo»? ¿Cómo va a poder unirse íntimamente a Dios un corazón entregado al afecto de las criaturas¹⁵¹...? Pienso que es imposible. Aunque no he llegado a beber de la copa emponzoñada [38v^o] del amor demasiado ardiente de las criaturas, sé que no puedo equivocarme. ¡He visto a tantas almas volar como pobres mariposas y quemarse las alas, seducidas por esta *luz engañosa*, y luego volver a la verdadera, a la dulce luz del *amor*, que les daba nuevas alas, más brillantes y más ligeras, para poder volar hacia Jesús, ese Fuego divino¹⁵² «que arde sin consumir»!

Sal 54,7

Éx 3,2

¡Sí, lo sé! Jesús sabía que yo era demasiado débil para exponerme a la tentación. Tal vez me hubiera dejado quemar toda entera por esa *luz engañosa*, si la hubiera visto

¹⁵¹ Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ: «Y por tanto, el alma que en él [en el ser de las criaturas] pone su afición (...) en ninguna manera podrá unirse (...) con el infinito ser de Dios» (S 1,4,4).

¹⁵² Aquí el *Fuego* no es el *Espíritu*, sino Jesús: para Teresa, es en él donde arde el Fuego; y en su Corazón es donde, el 9 de junio de este mismo año 1895 en que escribe, irá a buscar al *Amor misericordioso* (Or 6). Para ella, fuera de Jesús no hay Espíritu.

brillar ante mis ojos... Pero no fue así. Yo sólo he encontrado amargura donde otras almas más fuertes encuentran alegría y se desasen de ella por fidelidad.

No tengo, pues, ningún mérito por no haberme entregado al amor de las criaturas, ¡ya que sólo la misericordia de Dios me preservó de hacerlo...! Reconozco que, sin él, habría podido caer tan bajo como santa María Magdalena, y las profundas palabras de Nuestro Señor a Simón resuenan con gran dulzura en mi alma... Lo sé muy bien: «Al que poco se le perdona, poco ama»¹⁵³. Pero sé también que a mí Jesús me ha *perdonado más* que a *santa María Magdalena*, pues me ha perdonado *por adelantado*, impidiéndome caer.

¡Cómo me gustaría saber explicar lo que pienso...! Voy a poner un ejemplo que aclarará un poco mi pensamiento.

Supongamos que el hijo de un doctor muy competente¹⁵⁴ encuentra en su camino una piedra que le hace caer, y que en la caída se rompe un miembro. Su padre acude enseguida, lo levanta con amor y cura sus heridas, valiéndose para ello de todos los recursos de su ciencia; y pronto su hijo, completamente curado, le demuestra su gratitud. ¡Qué duda cabe de que a ese hijo le sobran motivos para amar a su padre!

Pero voy a hacer otra suposición. El padre, sabiendo que en el camino de su hijo hay una piedra, se apresura a ir antes que él y la retira (sin que nadie lo vea). Ciertamente que el hijo, [39r°] objeto de la ternura previsora de su padre, si DESCONOCE la desgracia de que su padre lo ha librado, no le manifestará su gratitud y le *amará menos* que si lo hubiese curado... Pero si llega a saber el peligro del que acaba de librarse, ¿no lo *amará todavía más*?

¹⁵³ La palabra *ama*, escrita en grandes caracteres, parece querer salirse de la página.

¹⁵⁴ La parábola de Teresa toma algunos datos de la del Buen Samaritano y de la del Hijo Pródigo, pero quizás también de las *Confesiones* de san Agustín (Libro II, 7).

Pues bien, yo soy esa hija, objeto del amor previsor de un *Padre* que no ha enviado a su Verbo a rescatar a los *justos* sino a los *pecadores*. Él quiere que yo le *ame* porque me ha *perdonado*, no mucho, sino *todo*. No ha esperado a que yo le *ame mucho*, como santa María Magdalena, sino que ha querido que YO SEPA cómo me ha amado él a mí, con un amor de inefable prevención, para que ahora yo le ame a él ¡con *locura*¹⁵⁵...!

Mt 9,13

Lc 7,47

He oído decir que aún no se ha encontrado un alma pura que haya amado más que un alma arrepentida¹⁵⁶. ¡Cómo me gustaría desmentir esas palabras...!

Veo que me he alejado mucho del tema, así que me apresuro a volver a él.

El año que siguió a mi primera comunión transcurrió, casi todo él, sin pruebas interiores para mi alma. Pero durante el retiro para la segunda comunión¹⁵⁷ me vi asaltada por la terrible enfermedad de los escrúpulos... Hay que pasar por ese martirio para saber lo que es. Imposible decir lo que sufrí durante un año y *medio*... Todos mis pensamientos y mis acciones, aun los más sencillos, se me convertían en motivo de turbación. Sólo encontraba la paz contándoselo a María¹⁵⁸, lo cual me costaba mucho, pues me creía obligada a decirle hasta los pensamientos

¹⁵⁵ Ésa es la característica del amor de Teresa a Jesús; cf. Ms A 52v^o, 82v^o, 83v^o; Ms B 3r^o, 4r^o/v^o, 5v^o; PN 17,13; 24,26; y siete veces en las Cartas. – La letra y los subrayados de todo este párrafo muestran a las claras que Teresa escribe bajo una fuerte emoción, arrastrada por el tema que trata, en el que está legando algo fundamental para ella.

¹⁵⁶ Es en parte el debate de *Jesús en Betania* (del 29/7/1895) en RP 4, 27,3-4 y 29,1-2; cf. Cta 130.

¹⁵⁷ 17-20/5/1885.

¹⁵⁸ Cuenta María: Los escrúpulos «se redoblaban, sobre todo, la víspera de sus confesiones. Venía a contarme todos sus supuestos pecados. Yo trataba de curarla diciéndole que tomaba sobre mí sus pecados, que ni siquiera eran imperfecciones, y no le permitía acusarse más que de dos o tres que yo misma le indicaba (cf. 41v^o). (...) Pronto volvió a inundar su alma la paz» (PO, pp. 241-242). Ese martirio duró por lo menos año y medio...

extravagantes que tenía acerca de ella misma. En cuanto soltaba mi carga, disfrutaba de un instante de paz; pero esa paz pasaba como un relámpago, y enseguida volvía a comenzar mi martirio.

¡Cuánta paciencia tuvo que tener mi querida María para escucharme [39vº] sin dar nunca muestras de fastidio...!

Apenas volvía de la Abadía, ya se ponía a rizarme el pelo para el día siguiente (pues, para dar gusto a papá, la reinecita llevaba todos los días el pelo rizado, con gran admiración de sus compañeras, y especialmente de las profesoras, que no veían a niñas tan bien atendidas por sus padres). Durante la sesión, yo no paraba de llorar, contando todos mis escrúpulos.

Al final del año, Celina terminó sus estudios y regresó a casa. Y la pobre Teresa, que tuvo que volver sola al colegio, no tardó en caer enferma. El único atractivo que la retenía en el internado era vivir con su inseparable Celina; sin ella, «su hijita» ya no podía seguir allí más tiempo...

Salí, pues, de la Abadía a la edad de 13 años, y continué mi educación recibiendo varias clases a la semana en casa de la «Sra. de Papinau»¹⁵⁹. Era una persona muy buena, y *muy culta*, pero con ciertos aires de solterona. Vivía con su madre, y era una maravilla ver las buenas migas que hacían las tres (pues la *gata* era también de la familia, y yo tenía que soportar que ronronease sobre mis cuadernos, e incluso admirar su linda figura).

Tenía la ventaja de vivir en la intimidad de la familia. Como los Buissonnets quedaban demasiado lejos para las piernas ya un poco viejas de mi profesora, había pedido que fuera yo a su casa para las clases.

Cuando llegaba, normalmente no encontraba más que a la anciana señora de Cochain, que me miraba «con sus grandes ojos claros» y luego llamaba con voz serena

¹⁵⁹ Una señora de 51 años. El ritmo de las clases parece haber sido flexible y espaciado.

y juiciosa: «¡Señora de Papinau..., la se...ñorita Te...resa está aquí...!». Su hija le contestaba inmediatamente, con voz infantil: «Ya voy, mamá». Y luego empezaba la clase.

Estas clases tenían también la ventaja (además de lo que en ellas aprendía) de hacerme conocer el mundo... ¡Quién lo hubiera creído...! En aquella sala, amueblada a la antigua, yo asistía con frecuencia, rodeada de libros y de cuadernos, [40r^o] a visitas de toda índole: sacerdotes, señoras, señoritas, etc. La señora de Cochain llevaba la batuta de la conversación todo lo que podía, para que su hija pudiera darme la clase; pero esos días no aprendía apenas nada: con la nariz encima del libro, escuchaba todo lo que decían, e incluso lo que más me valiera no haber escuchado, ¡pues la vanidad se desliza tan fácilmente en el corazón¹⁶⁰...! Una señora decía que yo tenía un pelo precioso...; otra, al marcharse, creyendo que yo no la oía, preguntaba quién era aquella chica tan bonita. Y esas palabras, tanto más halagadoras cuanto que no se decían delante de mí, dejaban en mi alma una sensación de placer que me demostraba a las claras lo llena de amor propio que yo estaba.

¡Qué lástima me dan las almas que se pierden...! Es tan fácil extraviarse por los senderos floridos del mundo... Ciertamente, para un alma un tanto elevada, la dulzura que él ofrece va mezclada de amargura, y el *inmenso* vacío de los *deseos*¹⁶¹ nunca podrán llenarlo las alabanzas de un instante... Pero si mi corazón no hubiese sido *orientado hacia Dios desde su primer despertar*, si el mundo me hubiese sonreído desde mi entrada en la vida, ¿qué habría sido de mí...?

¹⁶⁰ Cf. *supra*, notas 116 y 149. Teresa no pierde ninguna ocasión de fustigar y de perseguir al «amor propio» (41r^o), al suyo en especial (Cf. Ms A 8r^o, 40r^o, 73v^o, 74v^o, 75r^o), hasta llegar a la dura filípica de Lucifer en *El triunfo de la humildad* (RP 7,3v^o). Cf. también Ms C 28r^o.

¹⁶¹ Una expresión análoga en Cta 93 (a propósito de las tentaciones de María Guérin): «*Las criaturas son demasiado pequeñas para llenar el inmenso vacío que Jesús ha abierto en ti*».

Sal 88,2 ¡Madre querida, con cuánta gratitud canto las miseri-
cordias del Señor...! ¿No me «retiró él del mundo, según
Sb 4,11 las palabras de la Sabiduría, antes que la malicia pervirtie-
ra mi conciencia y que sus engañosas apariencias seduje-
ran mi alma...»?

También la Santísima Virgen velaba por su florecita, y no queriendo que se marchitase al contacto con las cosas de la tierra, se la llevó a *su montaña*¹⁶² antes de que se abriese su corola... Mientras esperaba ese momento feliz, Teresita iba creciendo en amor a su Madre del cielo, y para demostrarle ese amor hizo *algo* que le *costó mucho* y que voy a contar en pocas palabras a pesar de su *extensión*...

[40vº] Casi inmediatamente después de mi entrada en la Abadía, ingresé en la Congregación de los Santos Ángeles. Me gustaban mucho los ejercicios de devoción que en ella se prescribían, pues sentía una especial inclinación a invocar a los bienaventurados espíritus celestiales, y en particular al que Dios me dio para que fuera el compañero de mi destierro¹⁶³.

Poco después de mi primera comunión, la banda de aspirante a las Hijas de María sustituyó a la de los Santos Ángeles, pero me fui de la Abadía sin haber sido recibida en esa congregación de la Santísima Virgen. Como salí antes de terminar los estudios, no se me permitía entrar en ella como antigua alumna. Confieso que ese privilegio no me atraía demasiado; pero pensando que todas mis hermanas habían sido «hijas de María», temía ser menos hija que ellas de mi Madre del cielo, y fui muy humildemente (a pesar de lo mucho que costaba) a pedir permiso para ingresar en la congregación de la Santísima Virgen, en la Abadía. La primera profesora no quiso rechazarme,

¹⁶² «*La Santísima Virgen... su florecita...su montaña*»: cf. el escudo de armas en ff. 85vº/86rº.

¹⁶³ El ángel de la guarda juega un papel de excepción en el paisaje teresiano; cf. PN 46; 3,41-48; RP 1,5rº/vº, 6vº; RP 2,2vº; RP 8,5vº; Cta 140; 161.

pero me puso como condición que tenía que venir al colegio dos días a la semana, por la tarde, para demostrar que era digna de ser admitida.

Este permiso, lejos de agradarme, me costó enormemente. Yo no tenía, como las demás antiguas alumnas, una *profesora amiga* con quien poder ir a pasar unas cuantas horas. Así es que me conformaba con ir a saludar a la profesora, y luego trabajaba en silencio hasta que terminaba la clase de labores. Nadie se fijaba en mí. Así que subía a la tribuna de la capilla y me estaba allí delante del Santísimo hasta que papá venía a buscarme.

Este era mi único consuelo. ¿No era, acaso, Jesús mi *único amigo*¹⁶⁴...? No sabía hablar más que con él. Las conversaciones con las criaturas, incluso las conversaciones piadosas, me cansaban el alma... Sentía que vale más hablar con Dios que [41rº] hablar de Dios, ¡pues se mezcla tanto amor propio en las conversaciones espirituales...!

¡Sólo por la Santísima Virgen iba a la Abadía...!

A veces me sentía *so*la, muy sola. Como en los días de mi vida de interna, cuando me paseaba triste y enferma por el enorme patio, repetía estas palabras, que hacían renacer siempre la paz y la fuerza en mi corazón: «La vida es tu navío, no tu morada...»¹⁶⁵. De pequeñita, estas palabras me levantaban la moral. Y todavía hoy, a pesar de los años, que hacen que desaparezcan tantos sentimientos de piedad infantil, la imagen del navío sigue cautivando mi alma y la ayuda a soportar el destierro... ¿No dice también la Sabiduría que la vida es «como nave que surca las aguas agitadas sin dejar rastro alguno de su travesía...»?

Sb 5,10

Cuando pienso en estas cosas, mi alma se abisma en el infinito y me parece estar tocando ya las riberas eter-

¹⁶⁴ Esa misma expresión en PN 15,9 y en Cta 141,1rº. Cf. Ms B 2vº; PN 45,3; RP 8,6rº,6vº: «*mi único amor*»; Cta 98rº; 109rº: «*el único Amado*»; Cta 261vº: «*el único Tesoro*».

¹⁶⁵ Teresa cita, con un error, un verso de *Reflexion*, poema de Lamartine que al señor Martín le gustaba recitar: «El tiempo es tu navío, no tu morada» (cf. también CG, p. 273).

nas... Me parece estar ya recibiendo el abrazo de Jesús... Creo ver a mi Madre del cielo salirme al encuentro con papá..., con mamá... y con los cuatro angelitos... Creo estar gozando, por fin, para siempre de la verdadera, de la eterna vida de familia...

Pero antes de ver a la familia reunida en el *hogar paterno* del cielo, tenía que pasar aún por muchas separaciones.

El mismo año en que fui recibida como hija de la Santísima Virgen, ésta me arrebató a mi querida María¹⁶⁶, el único sostén de mi alma... María era quien me guiaba, quien me consolaba, quien me ayudaba a practicar la virtud, ella era mi único oráculo. Es cierto que Paulina seguía estando muy dentro de mi corazón, pero Paulina estaba lejos, muy lejos de mí... Me había costado un verdadero martirio acostumbrarme a vivir sin ella, a ver interpuestos entre ella y yo unos muros infran-[41v^o]queables, pero al fin había acabado por aceptar la triste realidad: había perdido a Paulina, casi como si se hubiera muerto. Ella seguía queriéndome, sí, y rezaba por mí; pero a mis ojos, *mi Paulina* querida se había convertido en una santa que ya no sabía de las cosas de la tierra, y las miserias de su pobre Teresa, si las conociera, tenían forzosamente que extrañarle e impedirle seguir amándola igual... Además, aunque hubiera querido confiarle mis secretos, como en los Buissonnets, no hubiera podido hacerlo, pues las visitas en el locutorio eran sólo para María. Celina y yo no teníamos permiso para entrar más que al *final*, y justo el tiempo para que se nos oprimiese el corazón...

Por eso, no tenía en realidad más que a María, que me era, por así decirlo, indispensable. Sólo a ella le contaba mis escrúpulos; y era tan obediente que mi confesor nunca llegó a conocer mi fea enfermedad: yo sólo le decía el número de pecados que María me había permitido confesar, ni uno más. Así que podría haber pasado por el

¹⁶⁶ El 15/10/1886.

alma menos escrupulosa del mundo, a pesar de serlo en sumo grado...

María sabía, pues, todo lo que pasaba en mi alma y conocía también mis deseos del Carmelo; y yo la quería tanto, que no podía vivir sin ella. Todos los años, mi tía nos invitaba a ir, turnándonos, a su casa de Trouville. A mí me gustaba mucho ir, pero con María; cuando no la tenía a mi lado, me aburría mucho.

Una vez, sin embargo, me lo pasé bien en Trouville¹⁶⁷. Fue el año del viaje de papá a Constantinopla. Para distraernos un poco (pues estábamos muy tristes porque papá estaba tan lejos), María nos mandó a Celina y a mí a pasar 15 días a la orilla del mar. Yo me divertí mucho, porque tenía conmigo a Celina. Mi tía nos daba todos los gustos posibles: paseos en burro, pesca de agujas, etc.

Yo era todavía muy niña [42r^o], a pesar de mis 12 años y medio. Me acuerdo de la alegría que sentí cuando me puse las preciosas cintas azules que mi tía me regaló para el pelo; y también me acuerdo que me confesé en Trouville incluso de esa complacencia infantil, que me parecía pecado...

Una noche, viví una experiencia que me dejó una profunda impresión. María (Guérin), que casi siempre estaba enferma, *lloriqueaba* con frecuencia, y entonces mi tía la mimaba y le prodigaba los nombres más tiernos, sin que por eso mi querida primita dejase de decir *lloriqueando* que le dolía la cabeza. Yo, que tenía también casi todos los días dolor de cabeza, y no me quejaba, quise una noche imitar a María y me puse a *lloriquear* echada en un sillón, en un rincón de la sala. Enseguida Juana y mi tía vinieron solícitas a mi lado, preguntándome qué tenía. Yo les contesté, como María: «Me duele la cabeza». Pero al parecer eso de quejarme no se me daba bien, pues no pude convencerlas de que fuese el dolor de cabeza lo

¹⁶⁷ Finales de septiembre de 1885, durante el viaje del señor Martin a Constantinopla (cf. DR. CADÉOT, *Louis Martin*, pp. 78ss).

que me hacía llorar. En lugar de mimarme, me hablaron como a una persona mayor y Juana me reprochó el que no tuviera confianza con mi tía, pues pensaba que lo que yo tenía era un problema de conciencia... En fin, que lo único que hice fue perder el tiempo y salí muy decidida a no volver a imitar nunca a los demás, y comprendí la fábula de «El asno y el perrito»¹⁶⁸. Yo era como el asno, que, viendo las caricias que le hacían al perrito, fue a poner su pesada pata sobre la mesa para recibir también él su ración de besos. Pero, ¡ay!, si no recibí palos, como el pobre animal, recibí realmente el pago que me merecía, y la lección me curó para toda la vida del deseo de atraer sobre mí la atención de los demás. ¡El único intento que hice para ello me costó demasiado caro...!

Al año siguiente, que fue el de la partida de mi querida madrina, mi tía me volvió a invitar, pero en esta ocasión a mí sola, y me encontré tan fuera de lugar, que al [42v^o] cabo de dos o tres días caí enferma y tuvieron que llevarme de vuelta a Lisieux¹⁶⁹. La enfermedad, que temían que fuese grave, no era más que nostalgia de los Buissonnets, y apenas puse los pies en ellos me volvió la salud...

Bien, pues a esa niña iba Dios a arrebatarle el único apoyo que la ataba a la vida...

En cuanto supe la decisión de María, tomé la resolución de no volver a apegarme a nada en la tierra¹⁷⁰...

Después de salir del internado, me había instalado en el antiguo cuarto de pintura de *Paulina* y lo había arreglado a mi gusto. Era una auténtica leonera, una mezcla de piedad y curiosidades, un jardín y una pajarera...

Así, por ejemplo, en el fondo destacaba sobre la pared una *gran cruz* de madera negra, sin Cristo, y unos dibujos que me gustaban. En otra pared, una cesta ador-

¹⁶⁸ Fábula de La Fontaine (libro IV, 5).

¹⁶⁹ En julio de 1886.

¹⁷⁰ Una decisión heroica, muy a tono con el carácter de Teresa (cf. Cta 78v^o).

nada con muselina y con cintas de color rosa con hierbas finas y flores. Finalmente, en la última pared, campeaba solo el retrato de *Paulina* a los 10 años. Bajo este retrato tenía una mesa sobre la que estaba colocada una *gran jaula* en la que había encerrados un *gran* número de pájaros cuyo gorjeo melodioso aturdió a las visitas, pero no a su amita, que los quería mucho...

Tenía también el «mueblecito blanco», repleto de mis libros de texto, cuadernos, etc.; y sobre este mueble estaba colocada una estatua de la Santísima Virgen con flores siempre llenos de flores naturales y unos candeleros; y, todo alrededor había una gran cantidad de imagencitas de santos y santas, cestitas de conchas, cajas de cartulina, etc. Por último, delante de la ventana, estaba *colgado* mi jardín, en el que cuidaba macetas de flores (las más raras que lograba encontrar). Tenía también, en el interior de «mi museo», una jardinera, en la que ponía mi planta favorita...

Frente a la [43rº] ventana, estaba colocada la mesa, cubierta con un tapete verde, y sobre el tapete, en el medio, tenía puesto un *reloj de arena*, una imagencita de san José, un portarrelojes, cestas de flores, un tintero, etc.... Algunas sillas *cojas* y la preciosa cuna de muñecas de *Paulina* completaban mi ajuar.

Realmente, esta pobre buhardilla era un mundo para mí, y, como el Sr. de Maistre, también yo podría componer un libro titulado «Paseo alrededor de mi cuarto». En esta habitación me gustaba estar a solas horas enteras, estudiando y meditando ante el hermoso panorama que se abría ante mis ojos...

Al conocer la partida de María, mi *cuarto* perdió para mí todo su encanto. No quería separarme ni un solo instante de la hermana querida que pronto iba a levantar el vuelo... ¡Cuántos actos de paciencia le hice practicar! Cada vez que pasaba ante la puerta de su habitación, llamaba hasta que me abría y la besaba con toda el alma;

quería hacer provisión de besos para todo el tiempo que iba a verme privada de ellos.

Un mes antes de su entrada en el Carmelo, papá nos llevó a Alençon¹⁷¹, pero este viaje estuvo muy lejos de parecerse al primero: en él todo fue para mí tristeza y amargura. Imposible decir cuántas lágrimas lloré sobre la tumba de mamá porque me había olvidado de llevar un ramo de acianos que había cogido para ella.

Verdaderamente, sufría por *todo*. Todo lo contrario que ahora, pues Dios me concede la gracia de no abatirme por nada pasajero. Cuando me acuerdo del pasado, mi alma desborda de gratitud al ver los favores que he recibido del cielo. Se ha operado en mí tal cambio, que estoy desconocida... Verdad es que deseaba alcanzar la gracia «de tener un dominio absoluto sobre mis acciones, de ser su dueña y no su esclava»¹⁷². [43v^o] Estas palabras de la Imitación me llegaban muy a lo hondo, pero, por así decirlo, tenía que comprar con mis deseos esta gracia inestimable. No era todavía más que una niña que no parecía tener otra voluntad que la de los demás, lo cual hacía decir a la gente de Alençon que era débil de carácter...

Fue durante este viaje cuando Leonia entró a prueba en las clarisas¹⁷³. A mí me dolió su *extraña* entrada, pues la quería mucho y no pude darle un abrazo antes de que se fuera.

Nunca olvidaré la bondad y el apuro de nuestro pobre papaíto cuando vino a comunicarnos que Leonia vestía ya el hábito de clarisa... A él, igual que a nosotras, le parecía una cosa muy rara, pero no quería decir nada al ver lo disgustada que estaba María. Nos llevó al convento y allí sentí una *congoja* como nunca la había sentido a la vista de un monasterio. Me produjo el efecto contrario al del

¹⁷¹ En realidad, unos días antes de la partida de María.

¹⁷² *Imitación*, III, 38,1.

¹⁷³ Leonia entró por una cabezonada en las clarisas de Alençon, amigas de su madre, el 7/10/1886, y salió el 1 de diciembre.

carmelo, donde todo me dilataba el alma... Tampoco me entusiasmó más la vista de las religiosas, y no sentí la menor tentación de quedarme con ellas.

No obstante, la pobre Leonia estaba muy guapa con su nuevo hábito. Nos dijo que miráramos bien *sus ojos*, pues ya no volveríamos a verlos (las clarisas no se dejan ver más que con los ojos bajos). Pero Dios se conformó con dos meses de sacrificio, y Leonia volvió a enseñarnos *sus ojos azules*, muy a menudo bañados en lágrimas...

Al dejar Alençon, yo pensé que Leonia se quedaría con las clarisas, por lo que me alejé de la *triste* calle de la *Media Luna* con el corazón muy apenado. Ya no quedábamos más que tres, y pronto nuestra querida María nos iba también a dejar...

¡El 15 de octubre fue el día de la separación! De la alegre y numerosa familia de los Buissonnets ya sólo quedaban las dos últimas hijas... Las palomas habían huido del nido paterno, y las que aún quedaban hubiesen querido volar tras ellas, pero sus alas [44rº] eran aún demasiado débiles para que pudieran levantar el vuelo...

Dios, que quería llamar hacia sí a la más pequeña y más débil de todas, se apresuró a hacerle crecer las alas. Él, que se complace en mostrar su bondad y su poder sirviéndose de los instrumentos menos dignos, quiso llamarme a mí antes que a Celina, que sin duda merecía más que yo este favor. Pero Jesús sabía lo débil que yo era, y por eso me escondió a mí primero en las cavernas de la roca¹⁷⁴. 1Co 1,26-29
Gt 2,14

Cuando María entró en el Carmelo, yo era todavía muy escrupulosa. Como ya no podía confiarme a ella, me volví hacia el cielo. Me dirigí a los cuatro angelitos¹⁷⁵ que me habían precedido allá arriba, pues pensé que aquellas

¹⁷⁴ Una imagen, inspirada en el Cantar de los Cantares, que le gustaba mucho a Teresa, y cuya más bella expresión se encuentra en PN 3,53 (cf. RP 2,5vº).

¹⁷⁵ Sus hermanitos y hermanitas muertos en temprana edad.

almas inocentes, que nunca habían conocido ni las turbaciones ni los miedos, deberían tener compasión de su pobre hermanita que estaba sufriendo en la tierra.

Les hablé con la sencillez de un niño, haciéndoles notar que, al ser la última de la familia, siempre había sido la más querida y la más colmada de ternuras por mis hermanas, y que si ellos hubieran permanecido en la tierra me habrían dado también sin duda algunas pruebas de cariño... Su partida para el cielo no me parecía una razón para que me olvidasen; al contrario, ya que se hallaban en situación de disponer de los tesoros divinos, debían tomar de ellos la paz para mí y mostrarme así que también en el cielo se sabe amar¹⁷⁶...

La respuesta no se hizo esperar. Pronto la paz vino a inundar mi alma con sus olas deliciosas, y comprendí que si era amada en la tierra, también lo era en el cielo...

A partir de aquel momento, fue creciendo mi devoción hacia mis hermanitos y hermanitas, y me gusta conversar a menudo con ellos y hablarles de las tristezas del destierro... y de mi deseo de ir pronto¹⁷⁷ a reunirme con ellos en la Patria...

¹⁷⁶ La fe y la esperanza de Teresa, en las que se apoya su deseo de «pasar (su) cielo haciendo el bien en la tierra» (CA 17.7). Cf. Ms B 2v°.

¹⁷⁷ Una palabra favorita de Teresa (218 veces en los escritos). Este *pronto* de la impaciencia por ir al cielo se encuentra en todas las épocas en las cartas y en las poesías: Cta 71; 72; 82; 85; 94; 95; 101; PN 22,13; Ms A 4r°, 50v°, 73v°, 77r°; Ms B 2r°; Ms C 4v°; etc.

[CAPÍTULO V

DESPUÉS DE LA GRACIA DE NAVIDAD
(1886-1887)

*La sangre de Jesús – Pranzini, mi primer hijo –
La Imitación y Arminjon – Deseos de entrar en el Carmelo
– Confidencia a mi padre – Mi tío cambia de opinión –
Oposición del superior – Visita a Bayeux]*

Si el cielo me colmaba de gracias, no era porque yo las mereciese, pues era aún muy imperfecta. Es cierto que tenía un gran deseo de practicar [44vº] la virtud, pero lo hacía de una manera muy peregrina. He aquí un ejemplo.

Como era la más pequeña, no estaba acostumbrada a arreglármelas yo sola. Celina arreglaba la habitación donde dormíamos las dos juntas, y yo no hacía ni la menor labor de la casa. Después de la entrada de María en el Carmelo, a veces, por agradar a Dios, intentaba hacer la cama, o bien, cuando Celina no estaba, le metía por la noche sus macetas de flores. Como he dicho, hacía esas cosas *únicamente por Dios*, y por tanto no tenía por qué esperar el *agradecimiento* de las criaturas. Pero sucedía todo lo contrario: si Celina tenía la desgracia de no parecer feliz y sorprendida por mis pequeños servicios, yo no estaba contenta y se lo hacía saber con mis lágrimas...

Debido a mi extremada sensibilidad, era verdaderamente insoportable. Si, por ejemplo, sucedía que hacía sufrir involuntariamente un poquito a un ser querido, en

vez de sobreponerme y no *llorar, lloraba* como una Magdalena, lo cual aumentaba mi falta en lugar de atenuarla, y cuando empezaba a consolarme de lo sucedido, *lloraba por haber llorado*. Todos los razonamientos eran inútiles, y no lograba corregirme de tan feo defecto.

No sé cómo podía ilusionarme con la dulce idea de entrar en el Carmelo estando todavía en *los pañales de la infancia*¹⁷⁸...

Era necesario que Dios hiciera un pequeño milagro para hacerme *crecer* en un momento, y ese milagro lo hizo el día inolvidable de Navidad¹⁷⁹. En esa *noche* luminosa que esclarece las delicias de la Santísima Trinidad¹⁸⁰, Jesús, el dulce *Niñito* recién nacido, cambió la noche de mi alma en torrentes de luz... En esta *noche*, en la que él se hizo *débil* y doliente por mi amor, me hizo a mí *fuerte* y valiente; me revistió de sus armas¹⁸¹, y desde aquella noche bendita ya no conocí la derrota en ningún combate, sino que, al contrario, fui de victoria en victoria¹⁸² y comencé, por así decirlo, «una carrera de gigante»¹⁸³.

Sal 138,12
Ef 6,11
Sal 18,6

[45rº] Se secó la fuente de mis lágrimas, y en adelante ya no volvió a abrirse sino muy raras veces y con gran dificultad, lo cual justificó estas palabras que un día me habían dicho: «Lloras tanto en la niñez, que más tarde no tendrás ya lágrimas que derramar...».

¹⁷⁸ Expresión de SAN JUAN DE LA CRUZ en N 1,12, nº 1.

¹⁷⁹ En la noche del viernes 24 al sábado 25 de diciembre de 1886, el día de la «conversión» de Paul Claudel, y la «primera navidad cristiana» de Carlos de Foucauld.

¹⁸⁰ En la Cta 201, 2rº, Teresa es más explícita, aunque recoge literalmente algunas palabras del Ms A.

¹⁸¹ Cf. PN 18,19 y PN 48,1.

¹⁸² Cf. CA 8.8.3, donde Teresa evoca «el acto de valor que realicé tiempo atrás en Navidad».

¹⁸³ Imagen del sol que ya utilizó Teresa, pero aplicándola a Cristo, en Cta 141,2rº.

Fue el 25 de diciembre de 1886 cuando recibí la gracia de salir de la niñez; en una palabra, la gracia de mi total conversión.

Volvíamos de la Misa de Gallo, en la que yo había tenido la dicha de recibir al Dios *fuerte y poderoso*.

Sal 23,8

Cuando llegábamos a los Buissonnets, me encantaba ir a la chimenea a buscar mis zapatos. Esta antigua costumbre nos había proporcionado tantas alegrías durante la infancia, que Celina quería seguir tratándome como a una niña, por ser yo la pequeña de la familia... Papá gozaba al ver mi alborozo y al escuchar mis gritos de júbilo a medida que iba sacando las sorpresas de mis *zapatos encantados*, y la alegría de mi querido rey aumentaba mucho mi felicidad.

Pero Jesús, que quería hacerme ver que tenía que liberarme de los defectos de la niñez, me quitó también sus inocentes alegrías: permitió que papá, que venía cansado de la Misa del Gallo, sintiese fastidio a la vista de mis zapatos en la chimenea y dijese estas palabras que me traspasaron el corazón: «¡Bueno, menos mal que éste es el último año...!».

Yo estaba subiendo las escaleras, para ir a quitarme el sombrero. Celina, que conocía mi sensibilidad y veía brillar las lágrimas en mis ojos, sintió también muchas ganas de llorar, pues me quería mucho y se hacía cargo de mi pena. «¡No bajas, Teresa! –me dijo–, sufrirías demasiado al mirar así de golpe dentro de los zapatos».

Pero Teresa ya no era la misma, ¡Jesús le había cambiado el corazón! Reprimiendo las lágrimas, bajé rápidamente la escalera, y conteniendo los latidos del corazón, cogí los zapatos y, poniéndolos delante de papá, fui sacando *alegremente* todos los regalos, con el aire feliz de una reina. Papá reía, recobrado ya su buen humor, y Celina creía estar *soñando*¹⁸⁴... Felizmente, era una hermosa realidad: ¡Teresita había vuelto a encontrar la fortaleza de

¹⁸⁴ Cf. los testimonios de Celina (PO, p. 269; PA, p. 258).

ánimo que había perdido a los 4 años y medio, y la conservaría ya para siempre...!

[45v^o] Aquella noche de luz comenzó el tercer período de mi vida¹⁸⁵, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo...

Lc 5,4-10 La obra que yo no había podido realizar en 10 años Jesús la realizó en un instante, conformándose con mi buena voluntad, que nunca me había faltado. Yo podía decirle, igual que los apóstoles: «Señor, he estado toda la noche pescando sin coger nada». Jesús, más misericordioso todavía conmigo que con los apóstoles, cogió él mismo la red, la echó y la sacó repleta de peces... Hizo de mí un pescador de almas, y sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores, deseo que no había sentido antes con tanta intensidad... Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la caridad, la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto¹⁸⁶ a los demás, ¡y desde entonces fui feliz...!

Un domingo¹⁸⁷, mirando una estampa de Nuestro Señor en la cruz, me quedé impresionada por la sangre que caía de sus divinas manos. Sentí un gran dolor al pensar que aquella sangre caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla, y tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la cruz para recibir el rocío divino¹⁸⁸ que goteaba de ella, comprendiendo que luego tendría que derramarlo sobre las almas...

Jn 19,28 También resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesús en la cruz: «¡Tengo sed!»¹⁸⁹. Estas palabras

¹⁸⁵ Cf. *supra*, nota 9.

¹⁸⁶ Uno de los grandes temas teresianos; cf. Ms C 3v^o, n. 26.

¹⁸⁷ En julio de 1887, según las *Novissima Verba*. Estampa de Cristo en la cruz, de Müller (cf. DLTH, p. 77; UC, p. 436; VT, n^o 77).

¹⁸⁸ La palabra *rocío* aparece cincuenta veces en la pluma de Teresa, que, sin duda alguna, establece una asociación de ideas entre el rocío, la rosa (su flor) y la sangre, sin olvidarnos de las lágrimas (cf. Ms A 71r^o).

¹⁸⁹ La sed de Jesús y su sangre derramada despiertan en Teresa la «sed de almas», el deseo de «purificar sus manchas» (46v^o) que le

encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la *sed* de *almas*... No eran todavía las almas de los sacerdotes¹⁹⁰ las que me atraían, sino las de los *grandes pecadores*; *ardía* en deseos de arrancarles del fuego eterno... Y para avivar mi celo, Dios me mostró que mis deseos eran de su agrado.

Oí hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte por unos crímenes horribles¹⁹¹. Todo hacía pensar que moriría impenitente. Yo quise evitar a toda costa que cayese en el infierno¹⁹², y para conseguirlo empleé todos los medios imaginables.

Sabiendo que por mí misma no podía nada, ofrecí [46r^o] a Dios todos los méritos infinitos¹⁹³ de Nuestro Señor y los tesoros de la santa Iglesia; y por último, le pedí a Celina que encargase una Misa por mis intenciones, no atreviéndome a encargarla yo misma por miedo a verme obligada a confesar que era por Pranzini, el gran criminal.

Tampoco quería decírselo a Celina, pero me hizo tan tiernas y tan apremiantes preguntas, que le confié mi secreto. Lejos de burlarse de mí, me pidió que la dejara ayudarme a convertir a *mi pecador*. Yo acepté, agradecida,

inspirarán las acciones audaces y los pensamientos inflamados que relatará en las páginas que siguen (cf. *infra*, 46v^o).

¹⁹⁰ Cf. *infra*, 56r^o, 69v^o.

¹⁹¹ Enrique Pranzini, de treinta y un años de edad, había degollado a dos mujeres y a una niña para robar, el 17/3/1887, en París. Su proceso concluyó el 13/7/1887 con la condena a muerte y fue guillotinado el 31/8. – Obsérvese que Teresa, en el Ms A, no sigue siempre la cronología; su iniciativa en favor de Pranzini tiene lugar dos meses después de pedir permiso a su padre para entrar en el Carmelo (50r^o/v^o).

¹⁹² Teresa habla muy raras veces del infierno, excepto en RP 7. Cf. Ms A 5v^o, 45v^o (aquí), 52r^o; Cta 43Av^o; 43B, 2v^o; 245v^o; PN 48,4; RP 1,6v^o; RP 7; CA 14.7.2.

¹⁹³ Gesto extraordinario el de esta adolescente de catorce años, al ofrecer «los méritos infinitos de Nuestro Señor» (cf. Cta 129v^o; Or 6,16). A Teresa le gusta subrayar el carácter *infinito* de los méritos de Jesús. Cf. también Or 7, 10, 13; Ms A 32r^o.

pues hubiese querido que todas las criaturas se unieran a mí para implorar gracia para el culpable.

En el fondo de mi corazón yo tenía la *seguridad* de que nuestros deseos serían escuchados. Pero para animarme a seguir rezando por los pecadores, le dije a Dios que estaba completamente segura de que perdonaría al pobre infeliz de Pranzini, y que lo creería aunque no se *confesase* ni diese *muestra alguna de arrepentimiento*, tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús; pero que, simplemente para mi consuelo, le pedía tan sólo «una señal» de arrepentimiento...

¡Mi oración fue escuchada al pie de la letra! A pesar de que papá nos había prohibido leer periódicos, no creí desobedecerle leyendo los pasajes que hablaban de Pranzini. Al día siguiente de su ejecución, cayó en mis manos el periódico «La Croix»¹⁹⁴. Lo abrí apresuradamente, ¿y qué fue lo que vi...? Las lágrimas traicionaron mi emoción y tuve que esconderme... Pranzini no se había confesado, había subido al cadalso, y se disponía a meter la cabeza en el lúgubre agujero, cuando de repente, tocado por una súbita inspiración, se volvió, cogió el *crucifijo*¹⁹⁵ que le presentaba el sacerdote ¡y besó por tres veces sus *llagas sagradas*...! Después su alma se fue a recibir la sentencia *misericordiosa*¹⁹⁶ de Aquel que dijo que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que hace penitencia que
Lc 15,7 por los 99 justos que no necesitan hacerla...

Había obtenido «la señal» que había pedido, y esa señal era la fiel reproducción de las [46vº] gracias que Jesús me había concedido para inclinarme a rezar por los pecadores. ¿No había entrado la sed de almas en mi corazón

¹⁹⁴ Desde abril de 1886, se puede encontrar *La Croix* todas las mañanas en Lisieux.

¹⁹⁵ Pranzini, con las manos atadas, sólo pidió besar el crucifijo. Cf. los textos de *La Croix* y los relatos del capellán de la cárcel, en MS/NEC; PO, pp. 387s; VT, nº 48, pp. 275s.

¹⁹⁶ Teresa no olvidó a Pranzini, y más tarde, en el Carmelo, cuando tenía algunos ahorros, mandaba decir una misa por su *hijo* (PO, p. 283 y CR, p. 98).

precisamente ante las *llagas de Jesús*, al ver gotear su *sangre* divina? Yo quería darles a beber esa *sangre inmaculada* que los purificaría de sus manchas, ¡¡y los labios de «mi *primer hijo*» fueron a posarse precisamente sobre esas llagas sagradas...!!! ¡Qué respuesta de inefable dulzura...!

A partir de esta gracia sin igual, mi deseo de salvar almas fue creciendo de día en día. Me parecía oír a Jesús decirme como a la Samaritana: «¡Dame de beber!». Jn 4,6-15

Era un verdadero intercambio de amor: yo daba a las almas la *sangre* de Jesús, y a Jesús le ofrecía esas mismas almas refrescadas por su *rocío divino*. Así me parecía que aplacaba su sed. Y cuanto más le deba de *beber*, más crecía la sed de mi pobre alma, y esta sed ardiente que él me daba era la bebida más deliciosa de su amor...

En poco tiempo Dios me hizo salir del estrecho círculo en el que yo daba vueltas y vueltas sin acertar a salir. Cuando miro el camino que me hizo recorrer, es grande mi gratitud.

Pero he de reconocer que, si el paso más importante estaba dado, todavía eran muchas las cosas que tenía que dejar.

Mi espíritu, liberado ya de los escrúpulos y de su excesiva sensibilidad, se desarrolló¹⁹⁷. Yo siempre había amado lo grande, lo bello, pero en esta época me entraron unos deseos enormes de *saber*. No me conformaba con las clases y con los deberes que me ponía mi profesora, y me dediqué a hacer por mi cuenta estudios extras

¹⁹⁷ Teresa describe con gran sutileza el despliegue de su espíritu, acelerado por el caso Pranzini que la hizo madurar de golpe, y al mismo tiempo la conciencia que tenía de todo lo que aún tenía que *dejar*. Con una gran sensatez, no lamenta el tiempo que dedicó a estudiar *historia* y *ciencias*, a pesar de los consejos de la *Imitación* (III, 43: «Contra la vana ciencia del siglo»), pues, por mortificación, dedicaba al estudio un número limitado de horas (47r^o). Doble e importante movimiento de crecimiento y de abandono, en una jovencita de catorce años.

de *historia* y de *ciencias*. Las otras materias me dejaban indiferente, pero estos dos ramos despertaban todo mi interés. Y así, en pocos meses adquirí más conocimientos que durante mis años de estudio.

Qo 2,11 Pero eso no era más que vanidad y aflicción de espíritu... Me venía con frecuencia a la memoria el capítulo de la Imitación en que se habla de las *ciencias*. Pero, no obstante, yo encontraba la forma de seguir, diciéndome a mí misma que, estando en edad de estudiar, ningún mal había [47rº] en hacerlo.

No creo haber ofendido a Dios (aunque reconozco que perdí inútilmente el tiempo), pues sólo le dedicaba un determinado número de horas, que no quería rebasar, a fin de mortificar mi deseo exacerbado de saber...

Ez 16,8-13 Estaba en la edad más peligrosa para las chicas. Pero Dios hizo conmigo lo que cuenta Ezequiel¹⁹⁸ en sus profecías: «Al pasar junto a mí, Jesús vio que me había llegado ya la edad del *amor*. Hizo alianza conmigo, y fui *suya*... Extendió su manto sobre mí, me lavó con perfumes preciosos, me vistió de bordados y me adornó con collares y con joyas sin precio... Me alimentó con flor de harina, miel y aceite *en abundancia*... Me hice cada vez más hermosa a sus ojos y me convirtió en reina poderosa...».

Sí, Jesús hizo todo eso conmigo. Podría repetir una por una esas palabras que acabo de escribir y demostrar que todas ellas se han realizado en mi favor; pero las gracias que he referido más arriba son ya prueba suficiente de ello. Sólo voy a hablar del alimento que me dio «*en abundancia*».

Desde hacía mucho tiempo yo me venía alimentando con «la flor de harina» contenida en la Imitación. Éste era el único libro que me ayudaba, pues no había descubier-

¹⁹⁸ Teresa toma la cita de Ezequiel de san Juan de la Cruz (CE 23, 6; cf. PN 26). Nótese cómo Teresa, a pesar de su pudor, nunca vacila en afirmar la fuerza del sentimiento amoroso, sea humano sea divino.

to todavía los tesoros escondidos en el Evangelio¹⁹⁹. Me Is 45,3
sabía de memoria casi todos los capítulos de mi querida Imitación²⁰⁰, y ese librito no me abandonaba nunca; en verano lo llevaba en el bolsillo, y en invierno en el manguito, era ya una costumbre. En casa de mi tía se divertían mucho a costa de eso, y abriéndolo al azar, me hacían recitar el capítulo que tenían ante los ojos.

A mis 14 años, con mis deseos de saber, Dios pensó que era necesario añadir a «la flor de harina miel y aceite en abundancia». Esa miel y ese aceite me los hizo encontrar en las charlas del Sr. abate Arminjon sobre el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura²⁰¹. Este libro se lo habían prestado a papá mis queridas carmelitas; por eso, contra mi [47v^o] costumbre (pues yo no leía los libros de papá), le pedí que me dejase leerlo.

Esa lectura fue también una de las mayores gracias de mi vida. La hice a la ventana de mi cuarto de estudio, y la impresión que me produjo es demasiado íntima y demasiado dulce para poder contarla...

Todas las grandes verdades de la religión y los misterios de la eternidad sumergían mi alma en una felicidad que no era de esta tierra... Vislumbraba ya lo que Dios 1Co 2,9
tiene reservado para los que le aman (pero no con los ojos del cuerpo, sino con los del corazón). Y viendo que las recompensas eternas no guardaban la menor proporción 2Co 4,17
con los livianos sacrificios de la vida, quería *amar, amar apasionadamente* a Jesús y darle mil muestras de amor mientras aún pudiese...

¹⁹⁹ Cf. *infra*, 83r^o/v^o.

²⁰⁰ «Se sabía palabra por palabra la Imitación de Cristo» (sor Geneveva, PO, p. 269).

²⁰¹ Charlas del abate CARLOS ARMINJON, predicadas en la catedral de Chambéry en 1881 y editadas bajo el título que indica Teresa; una de sus lecturas espirituales más importantes a partir de 1887 (cf. VT, n^o 79, pp. 219s y n^o 110, pp. 105ss y 114s). Las copias que hizo Teresa de diversos pasajes pueden verse en este volumen («Escritos Diversos», I,4).

Copié varios pasajes sobre el amor perfecto y sobre la acogida que Dios dará a sus elegidos cuando *él mismo* sea su grande y eterna recompensa²⁰². Y repetía sin cesar las palabras de amor que habían abrasado mi corazón...

Gn 15,1

Celina se había convertido en la confidente íntima de mis pensamientos. Desde la noche de Navidad ya podíamos comprendernos: la diferencia de edad ya no existía, pues yo había crecido en estatura²⁰³, y sobre todo en gracia.

Anteriormente a esta época, yo me quejaba con frecuencia de no conocer los secretos de Celina; ella me decía que yo era demasiado pequeña, y que tendría que crecer la altura de un taburete para que pudiese tener confianza en mí... A mí me gustaba subirme a aquel precioso taburete cuando estaba junto a ella, y le decía que me hablase íntimamente; pero esa treta era inútil, ¡la distancia nos seguía separando...!

Jesús, que quería hacernos progresar juntas, formó en nuestros corazones unos lazos más fuertes que los de la sangre. Nos hizo *hermanas de alma*. Se hicieron realidad en nosotras las palabras del Cántico Espiritual de san Juan de la Cruz²⁰⁴ (cuando la esposa dice al Esposo):

«A zaga de tu huella,
las jóvenes discurren al camino,
al toque de [48r°] centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino».

Sí, seguíamos muy ligeras^{204*} las huellas de Jesús. Las centellas de amor que él sembraba a manos llenas en nuestras almas y el vino fuerte y delicioso que nos daba

²⁰² Versículo del Génesis que le gustaba mucho a Teresa, y antes al señor Martín (cf. *infra*, Cta 182, nota 15).

²⁰³ Medía 1'62 m., y era la más alta de las hermanas Martín (cf. CR, p. 43).

²⁰⁴ CE, canc. 25, texto citado también en la Cta 137,1r°.

^{204*} La traducción por la que Teresa cita a San Juan de la Cruz decía: «... les jeunes filles parcourent légèrement le chemin...». Teresa retoma ese «légèrement»: ligeras. N. del T.

a beber hacían desaparecer de nuestra vista las cosas pasajeras, y de nuestros labios brotaban emisiones de amor que él nos inspiraba.

¡Qué dulces eran las conversaciones que teníamos todas las noches en el mirador²⁰⁵! Con la mirada hundida en la lejanía, contemplábamos la blanca luna que se elevaba lentamente por detrás de los altos árboles... y los reflejos plateados que derramaba sobre la naturaleza dormida, las brillantes estrellas que titilaban en el azul profundo..., el soplo ligero de la brisa nocturna que hacía flotar las nubes de nieve. Y todo elevaba nuestras almas hacia el cielo, hacia ese hermoso *cielo* del que no contemplábamos todavía más que «el límpido reverso»²⁰⁶...

No sé si me equivoco, pero creo que la expansión de nuestras almas se parecía a la de santa Mónica y su hijo²⁰⁷, cuando en el puerto de Ostia caían los dos sumidos en éxtasis a la vista de las maravillas del Creador...

Me parece que recibíamos gracias de un orden tan elevado como las concedidas a los grandes santos. Como dice la Imitación, a veces Dios se comunica en medio de un fuerte resplandor, a veces «tenuemente velado, bajo sombras y figuras»²⁰⁸. De esta manera se dignaba manifestarse a nuestras almas, ¡pero qué *fino* y *transparente* era el velo que ocultaba a Jesús de nuestras miradas²⁰⁹...! No había lugar para la duda, ya no eran necesarias la fe ni la esperanza²¹⁰: el *amor* nos hacía encontrar en la tierra al que buscábamos. «Al encontrarlo solo, nos besó, para que en adelante nadie pudiera despreciarnos».

Ct 8,1

²⁰⁵ Sobre estas conversaciones espirituales en el mirador, cf. el relato de Celina en el PO, p. 269; y también CR, p. 18; Ms A 73v°.

²⁰⁶ Alusión a una poesía de ALFREDO BESSE DE LARZES, *El reverso del cielo*, que Teresa copió cuando iba al colegio.

²⁰⁷ Comparación audaz, que tiene su origen en *Fabiola*, la novela del cardenal WISEMAN (cf. VT, n° 71, pp. 230-240).

²⁰⁸ *Imitación*, III,43, 4.

²⁰⁹ Comparar con Ms C 7v°.

²¹⁰ Eco, sin duda, de 1 Co 13.

Mt 13,12; 25,29 Gracias tan grandes no podían quedar sin frutos, y éstos fueron abundantes. La práctica de la virtud se nos hizo dulce y natural. Al principio, mi rostro delataba muchas veces el combate, pero poco a poco esa impresión fue desapareciendo y la renuncia se me hizo fácil, incluso desde el primer momento. Ya lo dijo Jesús: «Al [48v^o] que tiene se le dará, y tendrá de sobra». Por una gracia acogida con fidelidad, me otorgaba cantidad más de ellas...

Gn 1,26-27 ICo 3,16 Se entregaba a mí en la sagrada comunión con mucha más frecuencia de la que yo me hubiera atrevido a esperar. Yo tenía como norma de conducta comulgar todas las veces que el confesor me lo permitiera, sin fallar una sola, pero dejándole a él determinar cuántas, sin pedirse-lo nunca yo. En esa época no tenía la *audacia* que ahora tengo; de haberla tenido, hubiera actuado de distinta manera, pues estoy convencida de que un alma debe decir a su confesor el deseo que siente de recibir a su Dios. Él no baja del cielo *un día y otro día* para quedarse en un copón dorado²¹¹, sino para encontrar otro cielo que le es infinitamente más querido que el primero: el cielo de nuestra alma, creada a su imagen ¡y templo vivo de la adorable Trinidad...!

Jesús, que veía mis deseos y la rectitud de mi corazón, permitió que mi confesor me dijese que durante el mes de mayo comulgase 4 veces por semana; y cuando pasó ese hermoso mes, añadió una quinta más cada vez que cayese alguna fiesta. Al salir del confesonario, brotaron de mi ojos lágrimas muy dulces. Me parecía como si Jesús mismo quisiera entregarse a mí, pues echaba muy poco tiempo para confesarme y nunca decía ni una palabra acerca de mis sentimientos interiores.

El camino por el que iba era tan recto y luminoso, que no necesitaba más guía que a Jesús... Comparaba a los

²¹¹ Teresa insiste en su deseo de comulgar frecuentemente (cf. 36^o), si fuese posible incluso a diario, gracia que alcanzará para sus hermanas después de su muerte (cf. PO, p. 249; PA, pp. 156 y 232; y la importante nota a Or 6,31-34 en *Prières*, pp. 95s).

directores a espejos fieles que reflejaban a Jesús en las almas, y decía que en mi caso Dios no se servía de intermediarios, sino que actuaba directamente él...

Cuando un jardinero rodea de cuidados a una fruta que quiere que madure antes de tiempo, nunca es para dejarla colgada en el árbol, sino para presentarla en una mesa ricamente servida. Con parecida intención [49r^o] prodigaba Jesús sus gracias a su florecita... Él, que en los días de su vida mortal exclamó en un transporte de alegría: «Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a los más pequeños», quería hacer resplandecer en mí su misericordia. Porque yo era débil y pequeña, se abajaba hasta mí y me instruía en secreto en las cosas de su amor. Si los sabios que se han pasado la vida estudiando hubiesen venido a preguntarme²¹², seguro que se hubieran quedado asombrados al ver a una niña de catorce años comprender los secretos de la perfección, unos secretos que toda su ciencia no puede descubrirles a ellos porque para poseerlos es necesario ser pobres de espíritu... Lc 10,21

Como dice san Juan de la Cruz en su canto:

«Sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.
Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía»²¹³.

Ese lugar era el Carmelo. Pero antes de «sentarme a la sombra de Aquel a quien deseaba», tenía que pasar por muchas pruebas. Pero la llamada divina era tan apremiante, que si hubiera tenido que *pasar* por entre *llamas*²¹⁴, lo habría hecho por ser fiel a Jesús... Ct 2,3

²¹² ¿Reminiscencia de Lc 2,46-47?

²¹³ SAN JUAN DE LA CRUZ, N canc. 3 y 4; cf. CT, en VT, n° 78, p. 152.

²¹⁴ Cf. ARMINJON, cap. «Del Purgatorio». Para Teresa, *llama* quiere sintetizar la fe y el amor (usa esa expresión veinticuatro veces en las Poesías y trece en las Recreaciones; cf. Ms C 36r^o).

Sólo encontré un alma que me animase en mi vocación: la de mi Madre querida... Mi corazón encontró en el suyo un eco fiel; y sin ella, yo no habría llegado en modo alguno a la ribera bendita que la había acogido a ella 5 años antes en su suelo impregnado del rocío celestial...

Sí, hacía 5 años que yo estaba separada de ti, Madre querida, y creía que te había perdido. Pero en el momento de la prueba fue tu mano la que me indicó el camino que debía seguir... Necesitaba ese consuelo, pues las visitas al locutorio del Carmelo me resultaban cada vez más penosas; no podía hablar de mis deseos de entrar, sin verme rechazada. María pensaba que era demasiado joven y hacía todo lo posible por impedirme entrar; y tú misma, Madre, para probarme, tratabas a veces de moderar mi entusiasmo. [49v^o] En fin, que si no hubiese tenido verdadera vocación, me hubiera vuelto atrás desde el primer momento, pues en cuanto empecé a responder a la llamada de Jesús me encontré con obstáculos.

No quise hablarle a Celina de mis deseos de entrar tan joven en el Carmelo, y eso me hacía sufrir aún más, pues me resultaba muy difícil ocultarle nada... Pero este sufrimiento no duró mucho, pues pronto mi hermanita querida se enteró de mi determinación²¹⁵, y, lejos de intentar disuadirme, aceptó con un valor admirable el sacrificio que Dios le pedía; para entender cuán grande era ese sacrificio, habría que saber hasta qué punto estábamos unidas...

Una misma alma, por así decirlo, nos hacía vivir. Desde hacía algunos meses, disfrutábamos juntas de la vida más dulce que unas jóvenes puedan soñar. Todo alrededor de nosotras respondía a nuestros gustos. Nos daban la mayor libertad. En una palabra, yo solía decir que nuestra vida era en la tierra el *ideal de la felicidad*²¹⁶...

²¹⁵ Celina añade interesantes explicaciones a los motivos de Teresa, en concreto sobre su precoz vocación misionera (cf. PO, pp. 269s y PA, p. 263).

²¹⁶ Cf. 48r^o, 82r^o.

Pero apenas si habíamos tenido tiempo de saborear este *ideal* de la *felicidad*, cuando tuvimos que renunciar libremente a él, y mi querida Celina no se rebeló ni por un instante.

Sin embargo, Jesús no la llamaba a ella la primera, por lo que podría haberse quejado...: al tener la misma vocación que yo, le tocaba a ella partir antes... Pero así como, en tiempos de los mártires, los que quedaban en la cárcel daban gozosos el beso de paz a sus hermanos que partían primero para combatir en la arena, y se consolaban pensando que tal vez a ellos se les reservaba para combates todavía mayores, igualmente *Celina* dejó alejarse a su *Teresa* y se quedó sola para el glorioso y sangriento combate al que Jesús la tenía destinada como *privilegiada* de su *amor*...

Celina, pues, se convirtió en confidente de mis luchas y de mis sufrimientos, y tomó en ellos tanta parte como si se hubiera tratado de su propia vocación. De parte de ella no tenía yo que temer ninguna oposición.

Lo que no sabía era qué medio emplear para decirselo a papá... ¿Cómo hablarle de separarse de su reina, a él que acababa de sacrificar a sus tres hijas mayores²¹⁷...? ¿Cuántas luchas interiores no tuve que sufrir antes [50rº] de sentirme con ánimos para hablar...! Sin embargo, tenía que decidirme. Yo iba cumplir catorce años y medio, y sólo seis meses nos separaban de la hermosa *noche de Navidad*²¹⁸, en que había decidido ingresar a la misma hora en que el año anterior había recibido «mi gracia».

²¹⁷ María, Paulina y Leonia, que acababa de comunicar su deseo de entrar en la Visitación de Caen, cosa que hará el 16/7/1887; Teresa habló con su padre el 29 de mayo (Pentecostés).

²¹⁸ Navidad, porque ese día era el aniversario de su *conversión*. Teresa, tan sensible al simbolismo de las fechas, manifiesta en esta determinación una cierta terquedad, quizás aquella su «*voluntad siempre dispuesta a salirse con la suya*» (68vº), aunque le parezca que la decisión proviene del «*Niño Jesús*» (Cta 38C). — «*La niña tímida*»: cf. Ms B 3vº, último párrafo.

Para hacer mi gran confianza escogí el día de Pentecostés. Todo el día estuve suplicando a los santos apóstoles que intercedieran por mí y que me inspiraran las palabras que tenía de decir... ¿No eran ellos, en efecto, quienes tenían que ayudar a aquella niña tímida que Dios tenía destinada a ser apóstol de apóstoles²¹⁹ por medio de la oración y el sacrificio...?

Hasta por la tarde, al volver de Vísperas, no encontré la ocasión de hablar a mi papaíto querido. Había ido a sentarse al borde del aljibe, y desde allí, con las manos juntas, contemplaba las maravillas de la naturaleza. El sol, cuyos rayos habían perdido ya su ardor, doraba las copas de los altos árboles, en los que los pajarillos cantaban alegres su oración de la tarde.

El hermoso rostro de papá tenía una expresión celestial. Sentí que la paz inundaba su corazón. Sin decir una sola palabra, fui a sentarme a su lado, con los ojos bañados ya en lágrimas. Me miró con ternura, y cogiendo mi cabeza la apoyó en su corazón, diciéndome: «¿Qué te pasa, reinecita...? Cuéntamelo...». Luego, levantándose, como para disimular su propia emoción, echó a andar lentamente, manteniendo mi cabeza apoyada en su corazón.

Le confié entre lágrimas mi deseo de entrar en el Carmelo, y entonces sus lágrimas se mezclaron con las mías; pero no dijo ni una palabra para hacerme desistir de mi vocación, conformándose simplemente con hacerme notar que yo era todavía muy joven para tomar una decisión tan grave.

Pero yo defendí tan bien mi causa, que papá, con su modo de ser sencillo y recto, quedó pronto convencido²²⁰ de que mi deseo era el de Dios; y con su fe profunda, me dijo que Dios le hacía un gran honor al pedirle así a sus hijas.

²¹⁹ Cf. *infra*, 56r°.

²²⁰ El señor Martin ya se esperaba la partida de la última de sus hijas (PO, p. 515; LD 596, en CG, p. 227), pero el golpe fue sin duda muy duro para un hombre que, el 1 de mayo, había tenido un primer ataque de parálisis con hemiplejía parcial.

Seguimos paseando un largo rato. Mi corazón, confortado por la bondad con que mi incomparable padre había acogido mis confidencias, [50v^o] se volcó dulcemente en el suyo. Papá parecía gozar de esa alegría serena que da el sacrificio consumado. Me habló como un santo²²¹, y quería acordarme de sus palabras para transcribirlas aquí, pero sólo conservo de ellas un recuerdo demasiado perfumado²²² para poderlo expresar.

De lo que sí me acuerdo perfectamente es de la acción simbólica que mi querido rey realizó sin saberlo. Acercándose a un muro poco elevado, me mostró unas *florechillas blancas*, parecidas a azucenas en miniatura²²³; y tomando una de aquellas flores, me la dio, explicándome con cuánto esmero Dios la había hecho nacer y la había conservado hasta aquel día. Al oírle hablar, me parecía estar escuchando mi propia historia, tanta semejanza había entre lo que Jesús había hecho con aquella *florechita* y con *Teresita*²²⁴...

Recibí aquella florecilla como una reliquia, y observé que, al querer cogerla, papá había arrancado todas sus raíces sin troncharlas, como si estuviera destinada a seguir viviendo en otra tierra más fértil que el blando musgo en el que habían transcurrido sus primeras alboradas... Era exactamente lo mismo que papá acababa de hacer conmigo momentos antes al permitirme subir a la montaña del Carmelo y abandonar el dulce valle testigo de mis primeros pasos por la vida.

Puse mi florecita blanca en mi Imitación, en el capítulo titulado: «Del amor a Jesús sobre todas las cosas»²²⁵, y to-

²²¹ Cf. la *Plegaria de la hija de un santo* (PN 8).

²²² Adjetivo que le gustaba mucho a Teresa (Cta 49r^o; 172,1r^o), y que con frecuencia va asociado a las azucenas (PN 3,97; 24,30; RP 4,1v^o, 2r^o; RP 5,1v^o).

²²³ Saxífragas.

²²⁴ Simbolismo muy común en la familia Martin; cf. LC 48, en CG, p. 225; VT, n^o 58, pp. 152 y 154.

²²⁵ *Imitación*, II, 7. Había pegado esta flor en una estampa de Nuestra Señora de las Victorias, en la que escribirá al dorso sus últimas palabras (Or 21).

Sal 115,16
davía sigue allí. Sólo que el tallo se ha roto muy cerca de la raíz, como si Dios quisiera decirme con eso que pronto romperé los lazos de su florecita y que no la dejaré marchitarse en la tierra.

Una vez obtenido el consentimiento de papá, pensé que podría volar ya sin temor alguno hacia el Carmelo. Pero muy dolorosos contratiempos debían aún someter a prueba mi vocación.

Cuando comuniqué a mi tío la decisión que había tomado, lo hice temblando²²⁶. Él me prodigó todas las muestras posibles de ternura, pero no me dio permiso para irme; al contrario, me prohibió [51rº] hablarle de mi vocación antes de cumplir los 17 años. Era contrario a toda prudencia humana, decía, dejar entrar en el Carmelo a una niña de 15 años. Siendo la vida de carmelita a los ojos del mundo una vida propia de filósofos, sería hacer un grave daño a la religión permitir que la abrazase una niña sin experiencia... Todo el mundo hablaría, etc. ... etc. ... Hasta llegó a decir que para decidirle a dejarme partir haría falta un *milagro*.

Vi claro que todos los razonamientos serían inútiles, así que me fui con el corazón sumido en la más profunda amargura.

Mi único consuelo era la oración. Suplicaba a Jesús que hiciese el *milagro* que exigía mi tío, ya que sólo a ese precio podría yo responder a su llamada.

Pasó bastante tiempo²²⁷ hasta que me atreví a volver a hablarle a mi tío; me costaba horrores ir a su casa. Él, por su parte, no parecía pensar ya en mi vocación; pero supe más tarde que mi enorme tristeza lo inclinó mucho en mi favor.

²²⁶ El 8/10/1887 (cf. Cta 27), por tanto cuatro meses después de haber hablado con su padre. Se necesitaba la autorización del señor Guérin, tutor de sus sobrinas.

²²⁷ En realidad, quince días.

Antes de hacer brillar en mi alma un rayo de esperanza, Dios quiso enviarme un martirio sumamente doloroso, que duró *tres días*²²⁸. Nunca como durante aquella prueba comprendí de bien el dolor de la Santísima Virgen y de san José mientras buscaban al divino Niño Jesús... Me encontraba en un triste desierto, o, mejor, mi alma parecía un frágil esquiife, abandonado sin piloto a merced de las olas tempestuosas...

Lc 2,41-50

Mc 4,37-39

Lo sé, Jesús estaba allí, dormido en mi barquilla; pero la noche era tan negra, que me era imposible verle. Ni una luz que me iluminase. Ni siquiera un relámpago que viniese a surcar las sombrías nubes... Es cierto que es muy triste el resplandor de los relámpagos; pero, al menos, si la tormenta hubiese estallado abiertamente, habría podido ver por un momento a Jesús... Pero era la *noche*, la noche profunda del alma... Y como Jesús en el huerto de la agonía, me sentía *sola*, sin encontrar consuelo alguno ni en la tierra ni en el cielo. ¡¡¡Como si Dios me hubiese abandonado...!!!

Lc 22,39-46

La naturaleza parecía participar también de mi amarga tristeza: durante esos tres días, el sol no hizo brillar ni uno solo de [51v°] sus rayos y la lluvia cayó a torrentes. (He observado que en todas las ocasiones importantes de mi vida la naturaleza ha sido como una imagen de mi alma²²⁹. En los días de lágrimas el cielo lloraba conmigo; en los días de alegría el sol enviaba con profusión sus alegres rayos y ni una sola nube oscurecía el cielo azul...).

Por fin, al cuarto día, que resultó ser un *sábado*²³⁰, día dedicado a la dulce Reina del cielo, fui a ver a mi tío. ¡Cuál

²²⁸ Dura tuvo que ser esa prueba para que Teresa multiplique de ese modo las imágenes: *noche* negra, sin tan siquiera un *relámpago*, como si fuera un presentimiento de la prueba de la fe de los últimos años (cf. PN 54,15).

²²⁹ Teoría meteorológica de Teresa, fraguada en 26v°, pero que se confirma aquí e *infra*, al igual que en 52r°, 53v°, 64r°.

²³⁰ El sábado 22/10/1887. Pero Teresa fue al locutorio del carmelo el viernes por la mañana, y por la noche sor Inés escribió al señor Guérin (cf. CG, pp. 251-253). Cronología rectificada respecto a Mss II, p. 34.

no fue mi sorpresa al ver que me miraba y que me hacía entrar en su despacho sin que yo le hubiese manifestado deseos de hacerlo...! Empezó dirigiéndome tiernos reproches por dar la impresión de tenerle miedo, y luego me dijo que no hacía falta pedir un *milagro*: que él sólo había pedido a Dios que le diera «una simple inclinación del corazón», y que había sido escuchado...

Ya no sentí la tentación de pedir un *milagro*, pues para mí el *milagro ya estaba concedido*²³¹: mi tío no era el mismo. Sin hacer la menor alusión a la «prudencia humana», me dijo que yo era una florecita que Dios quería cortar, y que él no seguiría oponiéndose más a ello...

Esta respuesta definitiva²³² era realmente digna de él. Por tercera vez, este cristiano viejo permitía que una de las hijas adoptivas de su corazón fuera a sepultarse lejos del mundo.

También mi tía fue admirable por su ternura y su prudencia. No recuerdo que, durante mi prueba, me haya dicho una sola palabra que pudiera aumentarla. Yo veía que le daba mucha pena su pobre Teresita. Por eso, cuando obtuve el consentimiento de mi querido tío, también ella me dio el suyo, aunque no sin hacerme ver de mil maneras que mi partida la iba a apenar... ¡Ay, qué lejos estaban nuestros queridos parientes de sospechar [52r^o] entonces que tendrían que renovar otras dos veces ese mismo sacrificio...! Pero Dios, al tender la *mano* para seguir pidiendo, no la presentó *vacía*: sus amigos más queridos pudieron beber en ella, y con abundancia, la fuerza y el valor que tanto necesitaban...

Pero mi corazón me ha llevado muy lejos del tema; vuelvo a él casi a disgusto.

²³¹ Siguiendo a Teresa, se pensó que el cambio del señor Guérin fue milagroso, mientras se creyó que la carta de sor Inés había llegado después de la visita de Teresa a su tío.

²³² Pasaje añadido más tarde, en la parte inferior de los folios 51v^o y 52r^o (hasta «*Madre*»).

Después de la respuesta de mi tío, ya comprenderás, Madre, [51v° sigue] con qué alegría emprendí el camino de regreso a los Buissonnets bajo «un *hermoso cielo* en el que las nubes se habían disipado por completo»...

También en mi alma había cesado la noche. Jesús, despertándose, me había devuelto la alegría, el ruido de las olas se había calmado. En lugar del viento de la prueba, henchía mi vela una brisa ligera, y yo creía que pronto llegaría a la *ribera* bendita que ya divisaba muy cerca de mí. Y esa ribera estaba, en efecto, muy cerca de mi barquilla; pero aún debía levantarse *más* de una *tormenta*, que, ocultando a su vista el faro luminoso, le haría temer que se había alejado para siempre de la playa tan ardientemente deseada... Mc 4,39

Pocos días después²³³ de haber conseguido el consentimiento de mi tío, fui a verte, Madre querida, y te hablé de mi alegría porque todas mis pruebas habían pasado ya. Pero ¡cuáles no fueron mi sorpresa y mi disgusto al oírte decirme que [52r°] el Superior²³⁴ no permitía que entrara antes de los 21 años...!

Nadie había pensado en esta oposición, la más invencible de todas. Sin embargo, sin desanimarme, yo misma fui con papá y con Celina a ver a nuestro Padre, para intentar conmovérle haciéndole ver que tenía verdadera vocación de carmelita.

Nos recibió con gran frialdad. Y por más que mi *incomparable* papáito unió sus instancias a las mías, nada pudo hacerle cambiar de parecer. Me dijo que no había ningún peligro en esperar, que yo podía llevar vida de carmelita en mi casa, que nada se perdería porque no me diera disciplina, etc. ... etc. ... Por último, añadió que él no era más que el *delegado* de *Monseñor*, y que si éste que-

²³³ En realidad, al día siguiente, domingo (cf. Cta 28).

²³⁴ El párroco de la parroquia de Santiago, Juan Bautista Delacroëtte, superior eclesiástico del carmelo, al que las carmelitas llamaban «nuestro Padre», según la costumbre. Sobre su actitud y las razones de su larga resistencia, cf. CG, pp. 315, 318, 322, 328, 649.

ría permitirme entrar en el Carmelo, él no tendría nada que decir...

Salí de la rectoral hecha un mar de *lágrimas*; gracias a Dios, estaba escondida bajo el paraguas, pues la *lluvia* caía torrencialmente.

Papá no sabía cómo consolarme... Me prometió llevarme a Bayeux en cuanto le manifesté ese deseo, pues estaba decidida a *conseguir mi propósito*. Llegué incluso a decir que iría hasta el *Santo Padre*²³⁵, si Monseñor no quería permitirme entrar en el Carmelo a los 15 años...

Muchas cosas pasaron antes del viaje²³⁶ a Bayeux. Exteriormente, mi vida parecía la misma. Seguía estudiando, Celina me daba clases de dibujo²³⁷, y mi experta profesora encontraba en mí muchas cualidades para su arte.

Sobre todo, crecía en el amor de Dios. Sentía en mi corazón unos ímpetus que hasta entonces no conocía. A veces tenía verdaderos trasportes de amor. Una noche, no sabiendo cómo decirle a Jesús que le amaba y cómo deseaba que fuese amado y glorificado en todas partes, pensé con dolor que él nunca podría recibir en el infierno un solo acto de amor; y entonces le dije a Dios que, por agradarle, aceptaría gustosa verme sumergida allí, a fin de que fuese *amado* eternamente en ese lugar de blasfemias²³⁸... Yo sabía que eso no podía glorificarle, porque él sólo desea nuestra felicidad. Pero cuando se [52v°] ama,

²³⁵ El viaje a Roma no se decidió *después de* la negativa del Sr. Delatroëtte y de Mons Hugonin (el 31 de octubre), sino *antes* (cf. CG, pp. 251 y 253).

²³⁶ Pocos días en realidad. Simple libertad literaria que permite a Teresa incluir aquí cierto número de detalles sobre su vida, que no quiere dejar para después del relato de su viaje a Roma.

²³⁷ Un deseo que alimentaba desde hacía cuatro años y que al fin vio convertido en realidad (cf. PO, pp. 250 y 295; VT, n° 123, p. 155). De estas clases dan fe una docena de estudios de cabezas y un boceto de la iglesia de OUILLY-le-Vicomte.

²³⁸ Un ejemplo de esos «*transportes de amor*» y de esas «*mil locuras*» que caracterizan la pasión de Teresa por Jesús, en esa oblatividad total que desembocará en *Una rosa deshojada* (PN 51).

una siente necesidad de decir mil locuras. Si hablaba de esa manera, no era porque el cielo no despertara mis deseos, sino porque en aquel entonces mi único cielo²³⁹ era el amor, y sentía, como san Pablo, que nada podría apartarme del objeto divino que me había hechizado...

Rm 8,35-39

Antes de abandonar el mundo, Dios me concedió la alegría de contemplar de cerca las *almas* de los *niños*²⁴⁰. Al ser la más pequeña de la familia, nunca había tenido esta suerte. He aquí las tristes circunstancias que me la depararon.

Una pobre mujer, pariente de nuestra sirvienta, murió en la flor de la edad, dejando 3 niños muy pequeños. Durante su enfermedad, trajimos a nuestra casa a las dos niñas pequeñas, la mayor de la cuales no tenía todavía 6 años. Yo me encargaba de cuidarlas durante todo el día, y era para mí un enorme placer ver con qué candor creían todo lo que les decía. El santo bautismo tiene que dejar en las almas un germen muy profundo de las virtudes teológicas, para que aparezcan ya desde la infancia y baste la esperanza de los bienes futuros para hacerles aceptar los sacrificios.

Cuando quería ver a mis dos niñas haciendo buenas migas entre ellas, en vez de prometer juguetes o bombones a la que cediese primero ante su hermana, les hablaba de las recompensas eternas que el Niño Jesús daría en el cielo a los niñitos buenos. La mayor, cuya razón empezaba ya a despertarse, me miraba con ojos radiantes de alegría, me hacía mil preguntas encantadoras sobre el Niño Jesús y su hermoso cielo, y me prometía entusiasmada ceder siempre ante su hermana. Y me decía que jamás en la vida olvidaría lo que le había dicho la «gran señorita», como ella me llamaba...

²³⁹ Título de PN 32. Cf. CA 13.7.17; UC, pp. 648 y 704 nota 1.

²⁴⁰ En el horizonte de esta escena se perfila ya la Teresa maestra de novicias, al igual que un poco más abajo en las parábolas del jardinero y de los pardillos.

Viendo de cerca a estas almas inocentes, comprendí la desgracia que supone el no formarlas bien desde su mismo despertar, cuando se asemejan a la cera blanda sobre la que se puede dejar grabada la huella de las virtudes, pero también la huella del mal... Comprendí lo que dijo Jesús en el Evangelio: «Mejor sería ser arrojado al mar que escandalizar a uno solo de estos pequeños».

Mt 18,6

[53rº] ¡Cuántas almas llegarían a la santidad si fuesen bien dirigidas...!

Sé que Dios no tiene necesidad de nadie para realizar su obra. Pero así como permite a un hábil jardinero cultivar plantas raras y delicadas y le da los conocimientos necesarios para ello, reservándose para sí la misión de fecundarlas, de la misma manera quiere Jesús ser ayudado en su divino cultivo de las almas.

¿Qué ocurriría si un jardinero desmañado no injertase bien los árboles? ¿Si no conociese bien la naturaleza de cada uno de ellos y quisiese hacer brotar rosas de un melocotonero²⁴¹...? Haría morir al árbol, que, sin embargo, era bueno y capaz de producir frutos.

De la misma manera hay que saber descubrir desde la infancia lo que Dios pide a las almas y secundar la acción de su gracia, sin acelerarla ni frenarla nunca.

Como los pajaritos aprenden a *cantar* escuchando a sus padres, así los niños aprenden la ciencia de las virtudes, el *canto* sublime del amor de Dios, de las almas encargadas de formarles para la vida.

Recuerdo que entre mis pájaros tenía un canario que cantaba de maravilla. Tenía también un pardillo al que le prodigaba mis cuidados *maternales* porque lo había adoptado antes que pudiese gozar la dicha de la libertad. Este pobre prisionerito no tenía padres que le enseñasen a cantar, pero como de la mañana a la noche oía a su compañero el canario lanzar sus alegres trinos, quiso imitarlo... Empresa difícil para un pardillo, por lo que a

²⁴¹ Flores y frutas preferidos de Teresa.

su dulce voz le costó mucho acordarse a la voz vibrante de su profesor de música. Era fantástico ver los esfuerzos del pobrecito, pero al fin se vieron coronados por el éxito, pues su canto, aunque conservaba una dulzura mucho mayor, era absolutamente idéntico al del canario.

[53vº] ¡Madre querida! Tú fuiste quien me enseñó a mí a cantar... Tu voz me cautivó desde la infancia, y ahora ¡¡¡me encanta oír decir que me parezco a ti!!! Sé cuánto me falta todavía para ello, pero, a pesar de mi debilidad, espero repetir eternamente el mismo cántico que tú...

Antes de mi entrada en el Carmelo, tuve también otras muchas experiencias sobre la vida y las miserias del mundo²⁴². Pero esos detalles me llevarían demasiado lejos. Voy a reanudar el relato de mi vocación.

El 31 de octubre fue el día fijado para mi viaje a Bayeux. Partí sola con papá, con el corazón henchido de esperanza, pero también muy emocionada al pensar que iba a presentarme en el obispado. Por primera vez en mi vida iba a hacer un visita sin que me acompañaran mis hermanas, ¡y esta visita era a un *obispo*²⁴³! Yo, que nunca había tenido necesidad de hablar, a no ser para contestar a las preguntas que me hacían, tenía que explicar por mí misma el motivo de mi visita y exponer las razones que me movían a solicitar la entrada en el Carmelo. En una palabra, tenía que demostrar la solidez de mi vocación.

¡Cuánto me costó hacer ese viaje! Tuvo que concederme Dios una gracia muy especial para que pudiera vencer mi gran timidez... Aunque también es muy cierto que «para el amor nada hay imposible, porque todo lo cree posible y permitido»²⁴⁴. Y realmente sólo el amor a Jesús podía hacerme vencer aquellas dificultades y las que vinieron después, pues quiso hacerme comprar mi vocación a costa de pruebas muy grandes...

²⁴² En los Procesos abundan los testimonios sobre el amor de Teresa a los pobres (por ejemplo, PO, pp. 161, 283; PA, p. 284).

²⁴³ Mons Hugonin, obispo de Bayeux desde hacía veinte años.

²⁴⁴ *Imitación*, III, 5, 4.

α 2,3 Hoy, que gozo de la soledad del Carmelo (descansando a la sombra de Aquel a quien tan ardientemente deseé), creo que he comprado mi dicha a muy bajo precio y estaría dispuesta a soportar sufrimientos mucho mayores para alcanzarla si aún no la tuviese.

Llovía a cántaros cuando llegamos a Bayeux. Papá, que no quería ver a su reinécita entrar en el obispado con su *hermoso vestido* hecho una sopa, la hizo subir a un ómnibus que nos llevó a la catedral. Allí comenzaron mis desgracias.

Monseñor y todo su presbiterio estaban asistiendo a un solemne funeral. La iglesia estaba llena de señoras vestidas de luto, y todo el mundo me miraba a mí con mi [54rº] vestido claro y mi sombrero blanco. Hubiera querido salir de la iglesia, pero no había ni que pensarlo a causa de la lluvia. Y para humillarme más todavía, Dios permitió que papá, con su sencillez patriarcal, me hiciese pasar hasta el fondo de la catedral; yo, por no disgustarlo, obedecí de buen grado y ofrecí aquella distracción a los habitantes de Bayeux, a los que deseaba no haber conocido en mi vida...

Por fin pude respirar tranquila en una capilla que había detrás del altar mayor, y allí me quedé un largo rato rezando con fervor, en espera de que la lluvia cesase y nos dejase salir.

Al salir, papá me hizo admirar la belleza del edificio, que al estar vacío parecía mucho mayor. Pero a mí sólo una idea me ocupaba el pensamiento, y no podía encontrarle gusto a nada.

Fuimos directamente a ver al Sr. Révérony²⁴⁵, que estaba informado de nuestra llegada, pues él mismo había fijado la fecha del viaje; pero no estaba. Así que tuvimos que vagar por las calles, que me parecieron *muy tristes*.

Por fin, volvimos cerca del obispado, y papá me llevó a un buen hotel en el que no hice honor al experto cocinero.

²⁴⁵ Vicario general.

Mi pobre papaíto era conmigo de una ternura casi increíble. Me decía que no me preocupase, que seguro que Monseñor me concedería lo que iba a pedirle.

Después de descansar, volvimos en busca del Sr. Révérony. Llegó al mismo tiempo que nosotros un señor, pero el Vicario General le pidió cortésmente que esperara y nos hizo entrar a nosotros los primeros en su despacho (el pobre señor tuvo tiempo de aburrirse, pues nuestra visita fue larga).

El Sr. Révérony se mostró muy amable, pero creo que le sorprendió mucho el motivo de nuestro viaje. Después de mirarme sonriente y de hacerme algunas preguntas, nos dijo: «Voy a presentarles a Monseñor, tengan la bondad de acompañarme». Y al ver brillar lágrimas en mis ojos, añadió: «¡Pero bueno!, estoy viendo diamantes... ¡No podemos enseñárselos a Monseñor...!».

Nos hizo atravesar varios aposentos muy amplios, adornados [54v^o] con retratos de obispos. Viéndome en aquellos enormes salones, me sentía como una pobre hormiguita y me preguntaba si me atrevería a hablar a Monseñor.

Él estaba paseando por una galería entre dos sacerdotes. Vi que el Sr. Révérony le decía unas palabras y volvía con él. Nosotros lo esperábamos en su despacho, donde había tres enormes sillones colocados delante de la chimenea en la que chisporroteaba un buen fuego.

Al ver entrar a Su Ilustrísima, papá se arrodilló a mi lado para recibir su bendición. Luego Monseñor hizo tomar asiento a papá en uno de los sillones, se sentó frente a él, y el Sr. Révérony quiso que yo ocupara el del medio. Rehusé cortésmente, pero él insistió, diciéndome que demostrase si era capaz de obedecer. Me senté enseguida, sin pensarlo dos veces, y tuve que pasar por la vergüenza de verle a él tomar una silla mientras yo me veía arrellanada en un sillón donde habrían cabido cómodamente cuatro como yo (y más cómodas que yo, ¡pues me hallaba muy lejos de estarlo...!).

Yo esperaba que hablaría papá, pero me dijo que explicase yo misma a Monseñor el motivo de nuestra visita. Lo hice lo más *elocuentemente* que pude. Pero Su Excelencia, acostumbrado a *la elocuencia*, no pareció conmovirse mayormente por mis razones. Una sola palabra del Superior me hubiera valido más que todas ellas, pero lamentablemente no la tenía y su oposición no abogaba precisamente en mi favor...

Monseñor me preguntó²⁴⁶ si hacía mucho tiempo que deseaba entrar en el Carmelo. —«Sí, Monseñor, muchísimo tiempo...». —«¡Vamos!, replicó riendo el Sr. Révérony, ¿no irás a decirnos que hace 15 años que lo estás deseando?». —«Desde luego, respondí yo riendo también. Pero no hay que quitar muchos años, porque deseo ser religiosa desde que tengo uso de razón, y deseé el Carmelo en cuanto lo conocí bien, porque me parecía que en esta Orden se verían satisfechas todas las aspiraciones de mi alma».

[55r°] No sé, Madre, si fueron éstas exactamente mis palabras, creo que me salió todavía peor; pero, bueno, ése es el sentido.

[54v° sigue] Monseñor, creyendo agradar a papá, intentó hacer que me quedara con él algunos años más. Por eso, no fue poca su *sorpres*a y su *edificación* al verlo ponerse de mi parte e interceder para que consiguiera permiso para echarme a volar a los 15 años.

Sin embargo, todo fue inútil. Dijo que antes de tomar una decisión, era indispensable tener una entrevista con el *Superior del carmelo*.

Nada podía yo escuchar que me causase una pena mayor, pues conocía la abierta oposición de nuestro Padre. Así que, sin tener en cuenta ya la recomendación del Sr. Révérony, hice algo más que *enseñar diamantes* a Monseñor: ¡se los *regalé*...!

Vi muy bien que estaba emocionado. Poniendo su mano en mi cuello, apoyó mi cabeza sobre su hombro y

²⁴⁶ Todo este párrafo, en la parte inferior de los ff. 54v° y 55r°.

me acarició como creo que nunca [55rº] había acariciado a nadie. Me dijo que no todo estaba perdido, que se alegraba mucho de que hiciese el viaje a Roma para afianzar mi vocación, y que, en vez de llorar, debería alegrarme. Añadió que, como a la semana siguiente tenía que ir a Lisieux, le hablaría de mí al párroco de Santiago, y que a no dudarlo recibiría su respuesta en Italia.

Comprendí que era inútil seguir insistiendo. Además, ya no tenía nada más que decir, pues había agotado todos los recursos de mi *elocuencia*.

Monseñor nos acompañó hasta el jardín. Papá le hizo *reír mucho* contándole que, para aparentar más edad, me había hecho recoger el pelo en un moño. (Esto no cayó en saco roto, pues Monseñor nunca habla de su «hijita» sin contar la historia de su pelo...).

El Sr. Révérony quiso acompañarnos hasta la puerta del jardín del obispado, y dijo a papá que nunca se había visto una cosa así: «¡Un padre tan impaciente por entregar a Dios su hija como esa hija por ofrecerse a él!».

Papá le pidió algunas explicaciones sobre la peregrinación, entre otras cómo había que ir vestidos para presentarse ante el Santo Padre. Aún lo estoy viendo darse vuelta ante el Sr. Révérony, diciéndole: «¿Estaré bien así...?».

También le había dicho a Monseñor que si él no me daba permiso para entrar en el Carmelo, yo pediría esta gracia al Sumo Pontífice.

Era muy sencillo en sus palabras y en sus modales mi querido rey, pero era tan *guapo*... Tenía una distinción tan natural, que debió de agradarle mucho a Monseñor, acostumbrado a verse rodeado de personajes que conocían todas las reglas de la etiqueta de palacio, pero no al Rey de *Francia* y de *Navarra* en *persona* con su *reinecita*²⁴⁷...

²⁴⁷ Frente a la incomprensión del mundo, Teresa enarbola los títulos que se dan familiarmente en la familia Martin.

Cuando llegué a la calle, de nuevo empezaron a correr las lágrimas, pero no tanto debido al disgusto cuanto por ver que mi papaíto querido acababa de hacer un viaje inútil... él, que se había hecho la ilusión de enviar un telegrama al Carmelo anunciando la feliz respuesta de Monseñor, se veía obligado a [55vº] volver sin respuesta de ninguna clase...

¡Qué disgusto tan grande tenía yo...! Me parecía que mi futuro estaba roto para siempre. Cuanto más me acercaba a la meta, más veía embrollarse mis asuntos.

Mi alma estaba sumida en la amargura, pero también en la paz, pues lo único que buscaba era la voluntad de Dios.

En cuanto llegamos a Lisieux, fui a buscar consuelo en el Carmelo, y lo encontré a tu lado, Madre querida. ¡No!, nunca olvidaré todo lo que tú sufriste por mi causa. Si no temiera profanarlas sirviéndome de ellas, podría decir las palabras que Jesús dirigió a los apóstoles la noche de su Pasión: «Tú has permanecido siempre conmigo en todas mis pruebas...».

También mis *queridísimas* hermanas me ofrecieron muy *dulces consuelos*...

[CAPÍTULO VI

EL VIAJE A ROMA

(1887)

*París: Nuestra Señora de las Victorias – Suiza
– Milán, Venecia, Bolonia, Loreto – El Coliseo y las ca-
tacumbas – Audiencia de León XIII – Nápoles, Asís,
regreso a Francia – Tres meses de espera]*

Tres días después del viaje a Bayeux, tenía que hacer otro mucho más largo: a la ciudad eterna²⁴⁸...

¡Qué viaje aquél...! Él solo me enseñó más que largos años de estudios, y me hizo ver la vanidad de todo lo pasajero y que todo es aflicción de espíritu bajo el sol... Qo 2,11

Sin embargo, vi cosas muy hermosas; contemplé todas las maravillas del arte y de la religión; y, sobre todo, pisé la misma tierra que los santos apóstoles y la tierra regada con la sangre de los mártires, y mi alma se ensanchó al contacto con las cosas santas...

²⁴⁸ Peregrinación (del 7 de noviembre al 2 de diciembre de 1887) organizada por la diócesis de Coutances con ocasión de las bodas de oro sacerdotales de León XIII y como «testimonio de fe» frente a las «expoliaciones anticlericales» (en Italia). La diócesis de Bayeux se había unido a ella, y el Sr. Révérony iba representando a Mons. Hugonin. Cf. Cta 30 a 37 y sus notas; la Cronología general, *infra*; CG, pp. 259-324; 590-593; y los estudios de VT, n^o 60, 81, 83, 84.

Me alegró mucho de haber estado en Roma; pero comprendo a las personas del mundo que pensaron que papá me había hecho hacer este largo viaje para hacerme cambiar de idea sobre la vida religiosa. Pues la verdad es que hubo cosas en él capaces de hacer vacilar una vocación poco firme.

Celina y yo, que nunca habíamos vivido entre gentes de la alta sociedad, nos encontramos metidas en medio de la nobleza, de la cual se componía casi exclusivamente la peregrinación²⁴⁹. Pero todos aquellos títulos y aquellos «de»^{249a}, lejos de deslumbrarnos, no nos parecían más que humo... Vistos de lejos, me habían ofuscado un poco alguna vez, pero de cerca, vi que «no todo lo que brilla es oro» y comprendí estas palabras [56rº] de la Imitación: «No vayas tras esa sombra que se llama el gran nombre, ni desees tener muchas relaciones, ni la amistad especial de ningún hombre»²⁵⁰.

Comprendí que la verdadera grandeza está en el *alma*, y no en el *nombre*, pues como dice Isaías: «El Señor dará *otro nombre* a sus elegidos», y san Juan dice también: «Al vencedor le daré una piedra blanca, en la que hay escrito un *nombre nuevo* que sólo conoce quien lo recibe». Sólo en el cielo sabremos, pues, cuáles son nuestros títulos de nobleza. Entonces cada cual recibirá de Dios la alabanza que merece. Y el que en la tierra haya querido ser el más pobre y el más olvidado, por amor a Jesús, ¡ese será el primero y el más *noble* y el más rico...!

La segunda experiencia que viví se refiere a los sacerdotes. Como nunca había vivido en su intimidad, no podía comprender el fin principal de la reforma del Carmelo. Orar por los pecadores me encantaba; ¡pero orar por las

²⁴⁹ Ciento noventa y cinco peregrinos, setenta y tres de los cuales eran eclesiásticos, y numerosos representantes de las familias nobles de Normandía.

^{249a} En Francia, el «de» antes del apellido indica ascendencia nobiliaria. N. del T.

²⁵⁰ *Imitación*, III, 24, 2.

almas de los sacerdotes, que yo creía más puras que el cristal²⁵¹, me parecía muy extraño...!

En *Italia* comprendí *mi vocación*. Y no era ir a buscar demasiado lejos un conocimiento tan provechoso...

Durante un mes viví con muchos *sacerdotes santos*, y pude ver que si su sublime dignidad los eleva por encima de los ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles... Si los *sacerdotes santos*, a los que Jesús llama en el Evangelio «sal de la tierra», muestran en su conducta que tienen una enorme necesidad de que se rece por ellos, ¿qué habrá que decir de los que son tibios? ¿No ha dicho también Jesús: «Si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?».

Mt 5,13

¡Qué hermosa es, Madre, la vocación que tiene como objeto *conservar* la *sal* destinada a las almas! Y ésta es la vocación del Carmelo, pues el único fin de nuestras oraciones y de nuestros sacrificios es ser *apóstoles* de *apóstoles*, rezando por ellos mientras ellos evangelizan a las almas con su palabra, y sobre todo con su ejemplo...

[56v°] He de detenerme, pues si continuase hablando de este tema, ¡no acabaría nunca...!

Voy a contarte mi viaje, Madre querida, con algún detalle; perdóname si te doy demasiados, pues no me pongo a pensar ante de escribir, y lo hago en tantos ratos distintos, debido al poco tiempo libre que tengo, que mi narración quizás te resulte aburrida... Me consuela pensar que en el cielo volveré a hablarte de las gracias que he recibido y que entonces podré hacerlo con palabras amenas y arrobadoras... Allí nada vendrá ya a interrumpir nuestras íntimas expansiones y con una sola mirada lo comprenderás todo... Pero, ¡ay!, como necesito todavía emplear el lenguaje de esta triste tierra, trataré de hacerlo con la sencillez de un niño que conoce el amor de su madre...

²⁵¹ Cf. Cta 94. Este pasaje está inspirado en un libro del P. DE CHÉRANCÉ sobre san Francisco de Asís.

La peregrinación salía de París el siete de noviembre, pero papá nos llevó a esta ciudad unos días antes para que la visitáramos.

Una mañana²⁵², a las tres de la madrugada, atravesé la ciudad de Lisieux, que aún dormía. Muchas emociones pasaron en esos momentos por mi alma. Sabía que iba hacia lo desconocido y que allá lejos me esperaban grandes cosas... Papá iba feliz. Cuando el tren arrancó, él se puso a cantar aquella vieja canción: «Rueda, rueda, diligencia, que ya estamos en camino».

Llegamos a París por la mañana, y comenzamos enseguida a visitarla. Nuestro pobre papaito se desvivió por complacernos, así que en poco tiempo teníamos vistas todas las maravillas de la capital²⁵³.

Yo sólo encontré una que me encantara, y esa maravilla fue: «Nuestra Señora de las Victorias». ¡Imposible decir lo que sentí a sus pies...! Las gracias que me concedió me emocionaron tan profundamente, que sólo mis lágrimas traducían mi felicidad, como el día de mi primera comunión... La Santísima Virgen me hizo sentir que había sido realmente ella quien me había sonreído y curado. Comprendí que velaba por mí y que yo era su hija; y que, entonces, yo no podía darle ya [57rº] otro nombre que el de «mamá», que me parecía aún más tierno que el de Madre...

¡Con qué fervor le pedí que me amparara siempre y que convirtiera pronto mi sueño en realidad, escondiéndome a *la sombra de su manto virginal*²⁵⁴...! Ése había sido uno de mis primeros deseos de niña... Luego, al crecer, había comprendido que sólo en el Carmelo podría encontrar de verdad el manto de la Santísima Virgen, y hacia esa fértil montaña volaban todos mis deseos...

²⁵² El viernes 4/11/1887.

²⁵³ Véase la carta de Celina a sus hermanas (CG, pp. 261-262).

²⁵⁴ El «*manto virginal*» de María, protección para su pureza antes de emprender el largo viaje, pero también (cf. *infra*) para toda su vida. Y a esa protección Teresa asocia también a san José.

Supliqué también a Nuestra Señora de las Victorias que alejase de mí todo lo que pudiese empañar mi pureza. No ignoraba que en un viaje como éste a Italia, se encontrarían muchas cosas capaces de turbarme, sobre todo porque, al no conocer el mal, temía descubrirlo, por no haber experimentado todavía que para el puro todo es puro y que las almas sencillas y rectas no ven mal en ninguna parte, pues el mal sólo existe en los corazones impuros y no en los objetos inanimados... Tr 1,15

Le pedí también a san José que velase por mí. Desde mi niñez le tenía una devoción que se confundía con mi amor a la Santísima Virgen. Todos los días le rezaba la oración: «San José, padre y protector de las vírgenes».

Con esto, emprendí sin miedo el largo viaje. Iba tan bien protegida, que me parecía imposible tener miedo.

Después de consagrarnos al Sagrado Corazón en la basílica de Montmartre²⁵⁵, salimos de París el lunes 7 de madrugada. No tardamos en ir conociendo a las demás personas de la peregrinación. Yo, que era tan tímida que ordinariamente apenas si me atrevía a hablar, me hallé completamente libre de tan molesto defecto. Con gran sorpresa mía, hablaba libremente con todas las grandes damas, con los sacerdotes, e incluso con el obispo de Coutances²⁵⁶. Como si hubiese vivido siempre en ese mundo.

Creo que [57v^o] todo el mundo nos quería, y a papá se le veía orgulloso de sus dos hijas. Pero si él estaba orgulloso de nosotras, nosotras no lo estábamos menos de él, pues en toda la peregrinación no había un caballero más apuesto ni distinguido que mi querido rey. Le gustaba verse acompañado de Celina y de mí, y muchas veces, cuando no íbamos en coche y yo me alejaba de su lado, me llamaba para que le diese el brazo como en Lisieux...

²⁵⁵ El domingo 6 de noviembre, en la cripta, porque la basílica superior aún no estaba terminada.

²⁵⁶ Mons. Germán, que presidía la peregrinación.

El Sr. abate Révérony se fijaba muy atentamente en todo lo que hacíamos. Con frecuencia le veía mirándonos de lejos. En la mesa, cuando yo no estaba enfrente de él, encontraba la manera de inclinarse para verme y para escuchar lo que decía. Quería, sin duda, conocerme para saber si yo era realmente capaz de ser carmelita. Y creo que debió quedar satisfecho del examen, pues al *final* del viaje pareció estar bien dispuesto en mi favor. Pero en Roma estuvo muy lejos de serme favorable, como diré más adelante.

Antes de llegar a la ciudad eterna, meta de nuestra peregrinación, tuvimos ocasión de contemplar muchas maravillas. Primero fue Suiza, con sus montañas cuyas cimas se pierden entre las nubes, y sus briosas cascadas despeñándose de mil diferentes maneras, y sus profundos valles plagados de helechos gigantes y de brezos rosados.

¡Cuánto bien, Madre querida, hicieron a mi alma todas aquellas maravillas de la naturaleza derramadas con tanta *profusión*²⁵⁷! ¡Cómo la hicieron elevarse hacia Quien quiso sembrar de tanta obra maestra esta tierra de desierto que no ha de durar más que un día...! No tenía ojos bastantes para mirar. De pie junto a la puerta, casi se me cortaba la respiración. Hubiera querido estar a los dos lados del vagón, pues, al volverme, contemplaba paisajes de auténtica fantasía y totalmente diferentes de los que se extendían ante mí.

Unas veces nos hallábamos en la cima de una montaña. A nuestros pies, [58rº] precipicios cuya profundidad no podía sondear nuestra mirada parecían dispuestos a engullirnos... Otras veces era un pueblecito encantador, con sus esbeltos chalés y su campanario sobre el que se cernían blandamente algunas nubes resplandecientes de blancura... Más a lo lejos, un gran lago, dorado por los úl-

²⁵⁷ En la meditación que sigue, en la que se ve ya a sí misma «*prisionera en el Carmelo*», Teresa no resta valor en absoluto a esas demostraciones de «*la grandeza de Dios*».

timos rayos del sol; sus ondas, serenas y claras, que adoptaban el color azul del cielo mezclado con las luces del atardecer, ofrecían a nuestros ojos maravillados el espectáculo más poético y encantador que se pueda imaginar... En lontananza, sobre el vasto horizonte, se divisaban las montañas cuyos contornos imprecisos hubieran escapado a nuestra vista si sus cumbres nevadas, que el sol volvía deslumbrantes, no hubiesen añadido un encanto más al hermoso lago que nos fascinaba...

Al contemplar toda esa hermosura, nacían en mi alma pensamientos muy profundos. Me parecía comprender ya la grandeza de Dios y las maravillas del cielo...

La vida religiosa se me aparecía *tal cual es*, con sus *sujeciones* y sus pequeños sacrificios realizados en la sombra. Comprendía lo fácil que es replegarse sobre uno mismo y olvidar el fin sublime de la propia vocación, y pensaba: Más tarde, en la hora de la prueba, cuando, prisionera en el Carmelo, no pueda contemplar más que una esquinita del cielo estrellado, me acordaré de lo que estoy viendo hoy, y ese pensamiento me dará valor; y al ver la grandeza y el poder de Dios —el único a quien quiero amar—, olvidaré fácilmente mis pobres y minúsculos intereses. Ahora que «mi corazón ha vislumbrado lo que Jesús tiene preparado para los que lo aman», no tendré la desgracia de apegarme a unas pajas...

1Co 2,9

Después de haber admirado el poder de Dios, pude también admirar el que él ha concedido a sus criaturas.

La primera ciudad de Italia que visitamos fue Milán. La catedral, toda de mármol blanco, y con sus estatuas suficientemente numerosas como para formar un pueblo casi innumerable, [58vº] la visitamos hasta en sus más pequeños detalles.

Celina y yo éramos intrépidas, siempre las primeras, y seguíamos directamente a Monseñor para ver todo lo referente a las reliquias de los santos y escuchar bien las explicaciones. Por ejemplo, mientras él celebraba el santo sacrificio sobre la tumba de san Carlos, nosotras estába-

mos con papá detrás del altar, con la cabeza apoyada en la urna que guarda el cuerpo del santo revestido de sus ornamentos pontificales. Y así hacíamos en todas partes... Excepto cuando se trataba de subir adonde la dignidad de un obispo no lo permitía, pues en tales casos sabíamos muy bien separarnos de Su Ilustísima...

Dejando a las tímidas señoras tapándose la cara con las manos después de subir a los primeros campaniles que coronaban la catedral, nosotras seguimos a los peregrinos más audaces y llegamos hasta lo alto del *último* campanario de mármol, y tuvimos el placer de contemplar a nuestros pies la ciudad de Milán, cuyos numerosos habitantes parecían un *pequeño hormiguero*...

Bajamos de nuestro pedestal, y comenzamos nuestros paseos en coche, que iban a durar un mes ¡y que iban a saciarme para siempre de mis ganas de *rodar* sin cansarme nunca!

El camposanto nos encantó todavía más que la catedral. Todas sus estatuas de mármol blanco, a las que el cincel del genio parece haber insuflado vida, están colocadas por el enorme campo de los muertos con una especie de negligencia que, para mi gusto, aumenta aún más su encanto... Uno casi se siente tentado de consolar a aquellos personajes idealizados que te rodean. Su expresión es tan real, y su dolor tan sereno y resignado, que uno no puede por menos de reconocer los pensamientos de inmortalidad que debían de llenar el corazón de los artistas que realizaron esas obras de arte.

Hay una niña arrojando flores sobre la tumba de sus padres. Parece como si el mármol hubiera perdido su pesadez y los delicados pétalos se deslizaran entre los dedos de la niña; el viento parece dispersarlos, y parece [59r°] también hacer flotar el velo ligero de las viudas y las cintas que adornan los cabellos de las jóvenes.

Papá estaba tan encantado como nosotras. En Suiza se había sentido cansado; pero aquí recobró su jovialidad y disfrutó del hermoso espectáculo que contemplába-

mos. Su alma de artista se reflejaba en las expresiones de fe y de admiración que aparecían en su hermoso rostro.

Un señor ya mayor (francés), que no tenía, sin duda, un alma tan poética, nos miraba con el rabillo del ojo y decía malhumorado, como con aire de lamentar el no poder compartir nuestra admiración: «¡Pero qué entusiastas son los franceses!». Creo que aquel pobre señor hubiera hecho mejor quedándose en su casa, pues no me pareció que estuviera disfrutando del viaje; se encontraba con frecuencia a nuestro lado, y de su boca no salían más que quejas: estaba descontento de los coches, de los hoteles, de las personas, de las ciudades, en suma, de todo... Papá, con su habitual grandeza de alma, trataba de animarlo, le cedía su sitio, etc.; en definitiva, se encontraba siempre a gusto en todas partes y era de un temperamento diametralmente opuesto al de su desagradable vecino... ¡Qué de personajes tan diferentes encontramos! ¡Y qué interesante el estudio del mundo cuando uno está a punto de abandonarlo...!

En Venecia la escena cambió por completo. Allí, en lugar de los ruidos de las grandes ciudades, sólo se oyen, en medio del silencio, los gritos de los gondoleros y el murmullo del agua agitada por los remos.

Venecia no carece de encantos, pero a mí me pareció una ciudad triste. El palacio de los Duces es espléndido; pero resulta también triste, con sus enormes salones en los que se hace una verdadera ostentación de oro, de maderas, de los mármoles más preciosos y de los cuadros de los más grandes maestros. Hace ya mucho tiempo que sus bóvedas sonoras han dejado de escuchar la voz de los gobernadores pronunciando sentencias de vida o de muerte en aquellas salas que atravesábamos... Han dejado de sufrir los desdichados prisioneros encerrados por los duces en los calabozos y en las [59v^o] mazmorras subterráneas...

Al visitar aquellas espantosas prisiones, me parecía estar viviendo en los tiempos de los mártires, ¡y me ha-

bría gustado poder quedarme allí para imitarlos...! Pero tuvimos que salir prontamente y pasar por el puente de los suspiros, así llamado a causa de los suspiros de alivio que daban los condenados al verse libres del horror de los sótanos, a los que preferían la muerte...

Desde Venecia nos dirigimos a Padua, donde veneramos la lengua de san Antonio. Y de allí a Bolonia, donde vimos a santa Catalina, que conserva la huella del beso del Niño Jesús.

Muchos son los detalles interesantes que podría dar sobre cada ciudad y sobre las mil peripecias singulares de nuestro viaje, pero no acabaría nunca, por lo que sólo voy a escribir los detalles más importantes.

Me alegré de dejar atrás Bolonia. Esa ciudad se me había hecho insoportable a causa de los estudiantes que la llenaban y que formaban un cerco a nuestro alrededor cuando teníamos la desgracia de salir a pie, y sobre todo a causa de la pequeña aventura que me sucedió con uno de ellos²⁵⁸. Me alegré de emprender el camino hacia Loreto.

No me extraña que la Santísima Virgen haya elegido este lugar para transportar a él su bendita casa²⁵⁹. Allí la paz, la alegría y la pobreza reinan como soberanas. Todo es sencillo y primitivo. Las mujeres han conservado su vistoso traje italiano y no han adoptado, como en otras ciudades, la *moda* de París. En una palabra, ¡Loreto me encantó!

¿Y qué puedo decir de la santa casa...? Me emocioné profundamente al encontrarme bajo el mismo techo que la Sagrada Familia, al contemplar las paredes en las que

²⁵⁸ Al bajar del tren, un estudiante se precipitó sobre ella y la cogió en brazos, diciéndole piropos. Ella se libró ágilmente de él, lanzándole una mirada furiosa (cf. VT, n° 81, p. 38).

²⁵⁹ Teresa, al igual que la mayor parte de los católicos de su tiempo, no pone ni por un instante en tela de juicio la leyenda de la casa de José y María transportada milagrosamente por los ángeles a Loreto.

Jesús posó sus ojos divinos, al pisar la tierra que san José regó con su sudor y donde María llevó en brazos a Jesús después de haberlo llevado en su seno virginal... Vi la salita donde el ángel bajó a visitar a la Santísima Virgen... Metí mi rosario en la escudillita del Niño Jesús... ¡Qué recuerdos tan maravillosos...!

[60r°] Pero nuestra mayor alegría fue recibir al *mismo Jesús* en su casa y ser su templo vivo en el mismo lugar que él honró con su presencia. 1Co 3,16

Según la costumbre de Italia, el Santísimo, en las iglesias, sólo se conserva en un altar, y solamente allí se puede recibir la sagrada comunión. Este altar estaba en la misma basílica donde se encuentra la Santa Casa, encerrada como un diamante precioso en un estuche de mármol blanco. Esto no nos gustó, pues queríamos recibir la comunión, no en el *estuche*, sino en el mismo *diamante*.

Papá, con su finura habitual, hizo como todo el mundo. Pero Celina y yo fuimos a buscar a un sacerdote que nos acompañaba por todas partes, y que precisamente se estaba preparando para celebrar la misa, por un privilegio especial, en la Santa Casa. Pidió *dos hostias pequeñas*, que puso en la patena con la hostia grande. Ya comprenderás, Madre querida, cuál sería nuestro embeleso al recibir las *dos juntas* la sagrada comunión en aquella casa bendita... Fue una alegría totalmente celestial que no se puede expresar en palabras. ¿Qué será entonces cuando recibamos la comunión en la eterna morada del Rey de los cielos...? Allí ya no veremos que se nos acaba la alegría, ni existirá ya la tristeza de la partida, y para llevarnos un recuerdo no tendremos que *rascar furtivamente* las paredes santificadas por la presencia divina, pues su casa será la nuestra por toda la eternidad...

Dios no quiere darnos su casa de la tierra; se conforma con enseñárnosla para hacernos amar la pobreza y la vida escondida. La que nos reserva es su palacio glorioso, donde ya no le veremos escondido bajo las apariencias

de un niño o de una blanca hostia, ¡¡¡sino tal cual es en el esplendor de su gloria infinita...!!!

Ahora sólo me falta ya hablar de Roma. ¡De Roma, meta de [60v^o] nuestro viaje, donde yo esperaba encontrar el consuelo, pero donde encontré la cruz...!

Cuando llegamos, era de noche, y, como estábamos dormidos, nos despertaron los empleados de la estación, que gritaban: «Roma, Roma». No era un sueño, ¡estaba en Roma²⁶⁰...!

El primer día lo pasamos extramuros, y fue quizás el más delicioso de todos, pues todos los monumentos han conservado su sello de antigüedad, mientras que en el centro de Roma, ante el fausto de los hoteles y de las tiendas, uno tiene la impresión de estar en París.

Aquel paseo por la campiña romana me ha dejado un gratisimo recuerdo. No hablaré de los lugares que visitamos, pues hay bastantes libros que los describen por extenso, sino solamente de las *principales* emociones que viví.

Una de las más dulces fue la que me hizo estremecerme a la vista del *Coliseo*. Por fin, veía aquella arena en la que tantos mártires habían derramado su sangre por Jesús, y ya me disponía a besar la tierra que ellos habían santificado. ¡Pero qué decepción la mía! El centro no es más que un montón de escombros que los peregrinos tienen que conformarse con mirar, pues una valla les impide entrar. Por otra parte, nadie sintió la tentación de intentar meterse por en medio de aquellas ruinas...

¿Pero valía la pena haber venido a Roma y quedarse sin bajar al Coliseo...? Aquello me parecía imposible. Ya no escuchaba las explicaciones del guía, sólo un pensamiento me rondaba por la cabeza: bajar a la arena...

²⁶⁰ Desde el domingo 13 de noviembre hasta el jueves 24 de noviembre; cf. Cronología.

Al ver pasar a un obrero con una escalera, estuve a punto de pedírsela. Afortunadamente no puse en práctica mi idea, pues me habría tomado por loca...

Se dice en el Evangelio que la Magdalena, perseverando junto al sepulcro y agachándose²⁶¹ *insistentemente* Jn 20,11-12 para mirar dentro, acabó por ver dos ángeles. Yo, igual que ella, aun reconociendo la imposibilidad de ver cumplidos mis deseos, [61rº] seguía agachándome hacia las ruinas, adonde quería bajar.

Por fin, no vi ángeles, pero sí *lo que buscaba*. Lancé un grito de alegría y le dije a Celina: «¡Ven corriendo, vamos a poder pasar...!».

Inmediatamente sorteamos la valla, hasta la que llegaban los escombros en aquel sitio, y comenzamos a escalar las ruinas, que se hundían bajo nuestros pies.

Papá nos miraba, completamente asombrado de nuestra audacia, y no tardó en decirnos que volviéramos. Pero las dos fugitivas ya no oían nada. Lo mismo que los guerreros sienten aumentar su valor en medio del peligro, así nuestra alegría iba en aumento en proporción al trabajo que nos costaba alcanzar el objeto de nuestros deseos.

Celina, más previsora que yo, había escuchado al guía, y acordándose de que éste acababa de señalar un pequeño adoquín en forma de cruz como el lugar en el que combatían los mártires, se puso a buscarlo. Pronto, una vez que lo encontró, arrodilladas sobre aquella tierra sagrada, nuestras almas se fundieron en una misma oración...

Al posar mis labios sobre el polvo purpurado por la sangre de los primeros cristianos, me latía fuertemente el corazón. Pedí la gracia de ser también yo mártir por Jesús²⁶², ¡y sentí en el fondo del corazón que mi oración era escuchada...!

²⁶¹ Cf. PN 23,1 y Ms B 3rº.

²⁶² «*El martirio, he ahí el sueño de mi juventud*» (Ms B 3rº; cf. Or 2).

Todo esto sucedió en muy poco tiempo, y después de coger algunas piedras²⁶³, volvimos hacia los muros en ruinas para reiniciar nuestra arriesgada empresa. Papá, al vernos tan contentas, no pudo reñirnos, y me di cuenta de que estaba orgulloso de nuestra valentía...

Dios nos protegió visiblemente, pues los peregrinos no se dieron cuenta de nuestra empresa por estar más lejos que nosotros, ocupados sin duda en mirar las magníficas arcadas, de las que el guía estaba resaltando «las pequeñas *cornisas* y los *cupidos* colocados sobre ellas»²⁶⁴. Y así, ni él ni los «señores abates» se enteraron de la alegría que embargaba nuestros corazones...

También las catacumbas²⁶⁵ me dejaron una gratísima impresión. Son tal como [61vº] me las había imaginado leyendo su descripción en la vida de los mártires²⁶⁶. Tras haber pasado en ellas parte de la tarde, tenía la impresión de haber estado allí tan sólo unos instantes, tan llena de fragancia me parecía la atmósfera que allí se respiraba...

Teníamos que llevarnos algún recuerdo de las catacumbas. Así que, dejando que se alejase un poco la procesión, *Celina* y *Teresa* se deslizaron las dos juntas hasta el fondo del antiguo sepulcro de santa Cecilia y cogieron un poco de la tierra santificada por su presencia.

Antes del viaje a Roma, yo no tenía especial devoción a esta santa. Pero al visitar su casa, convertida en iglesia²⁶⁷, y el lugar de su martirio, al saber que había sido

²⁶³ Teresa y Celina acumulan reliquias (61vº, 62rº...).

²⁶⁴ Teresa se burla del guía del Coliseo. [Ese guía italiano, hablando en francés, empleaba la palabra «cornichons» (que significa «pepino») y también «persona de cortos alcances») en vez de «corniches» (= cornisas) y la palabra «cupides» (que significa «codiciosos») en vez de «cupidons» (= cupidos). N. del T.]

²⁶⁵ Las de San Calixto, en la vía Apia.

²⁶⁶ En un cuaderno de dictados de Teresa (febrero de 1887) se encuentra un largo pasaje de los *Martyrs* de CHATEAUBRIAND.

²⁶⁷ Santa Cecilia en el Trastévere. Las expresiones entusiastas de Teresa muestran el ánimo que en el momento de hablar al Santo Padre le dio la santa del «abandono», que tuvo que enfrentarse,

proclamada reina de la armonía, no por su hermosa voz ni por su talento musical, sino en memoria del *canto virginal* que hizo oír a su Esposo celestial escondido en el fondo de su corazón, sentí por ella algo más que devoción: una auténtica *ternura* de *amiga*... Se convirtió en mi santa predilecta, en mi confidente íntima... Todo en ella me fascina, sobre todo su *abandono* y su *confianza* ilimitada, que la hicieron capaz de virginizar a unas almas²⁶⁸ que nunca habían deseado más alegrías que las de la vida presente...

Santa Cecilia se parece a la esposa del Cantar de los Cantares. Veo en ella «un coro en medio de un campo de batalla...». Su vida no fue más que un canto melodioso, incluso en medio de las mayores pruebas, y no me extraña, pues «el santo Evangelio reposaba sobre su corazón»²⁶⁹ y en su corazón reposaba el Esposo de las vírgenes... (t 7,1

También la visita a la iglesia de Santa Inés²⁷⁰ fue para mí muy dulce. Iba a visitar en su casa a una *amiga* de la *infancia*. Le hablé largamente de la que tan dignamente lleva su nombre, e hice todo lo posible por conseguir una reliquia de la angelical patrona de mi Madre querida para traérsela. [62rº] Pero no pudimos conseguir más que una piedrecita roja que se desprendió de un rico mosaico cuyo origen se remonta a los tiempos de santa Inés y que ella debió de mirar muchas veces. ¿No fue encantador que esta atenta santa nos regalase ella misma lo que buscábamos y que nos estaba prohibido tomar...? Siempre me ha parecido aquello una delicadeza y una prueba del amor con que la dulce santa Inés mira y protege a mi Madre querida...

mucho más que Teresa, a una situación desesperada. Cf. PN 3 y sus notas; el fascículo *Mes Armes. Sainte Cécile*, pp. 61-68; Cta 149; 161; y *Poésies*, II, pp. 56-58).

²⁶⁸ Cf. Cta 105,2rº.

²⁶⁹ En este párrafo Teresa se cita a sí misma: «*coros musicales en un campo de batalla*» (Cta 149,1vº; 165,2rº y más tarde PN 48); «*su Evangelio era escudo sobre tu corazón*» (PN 3,56; cf. UC, p. 493).

²⁷⁰ La basílica de Santa Inés extramuros. «*Una amiga de la infancia*»: cf. VT, nº 71, pp. 230-240.

Seis días pasamos visitando las principales maravillas de Roma, y el séptimo vi la mayor de todas: «León XIII»²⁷¹...

Deseaba y al mismo tiempo temía ese día. De él dependía mi vocación, pues la respuesta que debía recibir de Monseñor no había llegado y había sabido, *Madre*, por una carta tuya²⁷², que ya no estaba muy bien dispuesto en mi favor. Así que mi única tabla de salvación era el permiso del Santo Padre...

Pero para obtenerlo, había que pedirlo. Tenía que *atreverme a hablar «al Papa»* delante de todo el mundo, y simplemente el pensarlo me hacía temblar. Sólo Dios sabe, y mi *querida Celina*, lo que sufrí antes de la audiencia. Nunca olvidaré cómo me acompañó ella en todas mis pruebas; parecía como si mi vocación fuese la suya.

(Los sacerdotes de la peregrinación se dieron cuenta de cómo nos queríamos. Una noche, estando en una reunión tan concurrida que faltaban sillas, Celina me sentó sobre sus rodillas y nos mirábamos con tanto cariño, que un sacerdote exclamó: «¡Cómo se quieren! ¡Esas dos hermanas serán siempre inseparables!». Sí, nos queríamos; pero nuestro cariño era tan *puro* y tan fuerte, que la idea de la separación no nos inquietaba, pues sabíamos que nada en el mundo, ni siquiera el océano, podría alejarnos una de otra... Celina veía tranquila cómo mi [62v°] barquilla se iba acercando a la ribera del Carmelo y se resignaba a quedarse en el mar tempestuoso del mundo todo el tiempo que Dios quisiera, segura de que un día también ella llegaría a la ribera objeto de nuestros deseos...).

El domingo 20 de noviembre²⁷³, vestidas según la etiqueta del Vaticano (es decir, de negro, y con mantilla de encaje por tocado) y adornadas con una gran medalla de

²⁷¹ León XIII, de 77 años de edad, era papa desde 1878.

²⁷² Cf. LC 57 de sor Inés, recibida en Loreto el 12 de noviembre, en CG, p. 267.

²⁷³ Sobre la audiencia pontificia, cf. LD 642 de Celina (20/11/1887, en CG, pp. 300-302), y Cta 36.

León XIII que colgaba de una cinta azul y blanca, hicimos nuestra entrada en el Vaticano, en la capilla del Sumo Pontífice.

A las 8, nuestra emoción fue profunda al verle entrar para celebrar la santa Misa... Tras bendecir a los numerosos peregrinos congregados a su alrededor, subió las gradas del altar sagrado y nos demostró con su piedad, digna del Vicario de Jesús, que era verdaderamente «el Santo Padre». Mientras Jesús bajaba a las manos de su Pontífice, me latía con gran fuerza el corazón y mi oración se hizo muy ardiente. Sin embargo, estaba llena de confianza. El Evangelio de ese día contenía estas palabras: «No temas, pequeño rebaño, porque mi Padre ha tenido a bien daros su reino». Lc 12,32

No, no temía. Esperaba que muy pronto sería mío el reino del Carmelo. No pensaba entonces en aquellas otras palabras de Jesús: «Yo os preparo mi reino como me lo ha preparado a mí mi Padre». Es decir, os reservo cruces y tribulaciones; así seréis dignos de poseer ese reino por el que suspiráis. Si fue necesario que Cristo sufriera, para entrar así en su gloria, si vosotros queréis tener un sitio a su lado, ¡tendréis que beber el cáliz que él mismo bebió...! A mí ese cáliz me lo presentó el Santo Padre, y mis lágrimas se mezclaron con la amarga bebida que se me ofrecía. Lc 22,29

Después de la misa de acción de gracias que siguió a la de Su Santidad, comenzó la audiencia. Lc 24,26
Mt 20,21-23

León XIII estaba sentado en un gran sillón. Vestía simplemente [63rº] una sotana blanca y una muceta del mismo color, y en la cabeza no llevaba más que un pequeño solideo. A su lado estaban, de pie, varios cardenales, arzobispos y obispos, pero yo sólo los vi globalmente, pues estaba centrada en el Santo Padre.

Íbamos desfilando procesionalmente ante él. Cada peregrino, cuando le llegaba su turno, se arrodillaba, besaba el pie y la mano de León XIII, recibía su bendición y dos guardias nobles le tocaban, por ceremonia, indicán-

dole así que se levantase (al peregrino, pues me explico tan mal, que podría entenderse que era al Papa).

Antes de entrar en el salón pontificio, yo estaba completamente decidida a *hablar*; pero sentí que mi valor flaqueaba cuando vi a la derecha del Santo Padre ¡al «Señor Révérony»...! Casi en aquel mismo instante nos dijeron de su parte que *prohibía hablar* a León XIII²⁷⁴, pues la audiencia se estaba prolongando demasiado...

Yo me volví hacia mi Celina querida para conocer su opinión. «¡Habla!», me dijo²⁷⁵. Un momento después me encontraba a los pies del Santo Padre. Después de besarle la sandalia, me presentó la mano; pero en lugar de besársela, junté las mías y elevando hacia su rostro mis ojos bañados en lágrimas, exclamé: «¡Santísimo Padre, tengo que pedir os una gracia muy grande...!».

Entonces el Sumo Pontífice²⁷⁶ inclinó hacia mí su cabeza, de manera que mi rostro casi tocaba el suyo, y vi sus *ojos negros y profundos* que se fijaban en mí y parecían penetrarme hasta el fondo del alma.

«¡Santísimo Padre, le dije, en honor de vuestras bodas de oro, permitidme entrar en el Carmelo a los 15 años...!».

Sin duda, la emoción hacía temblar mi voz. Por lo que el Santo Padre, volviéndose hacia el Sr. Révérony, que me miraba asombrado y disgustado, dijo: «No comprendo bien».

Si Dios lo hubiera permitido, le habría sido fácil al Sr. Révérony alcanzarme lo que deseaba, pero Dios quería darme cruz, y no consuelo.

«Santísimo Padre (respondió el Vicario General), se trata de *una niña* que desea entrar en el Carmelo a los

²⁷⁴ Sin duda, para no cansar al papa.

²⁷⁵ Teresa no había hecho un viaje tan largo para dar marcha atrás en el último momento (cf. Cta 32), tanto más cuanto que todo el Carmelo la animaba (LC 59, en CG, p. 269).

²⁷⁶ El final del párrafo está escrito en la parte inferior de la página (63r^o).

15 años; pero los superiores están en estos momentos estudiando la cuestión».

«Bueno, hija mía, respondió el Santo Padre mirándome bondadosamente, haz lo que te digan los superiores».

Entonces, apoyando mis manos [63v^o] en sus rodillas, hice un último intento y dije con voz suplicante: «¡Pero, Santísimo Padre, si usted dijese que sí, todo el mundo estaría de acuerdo...!».

Me miró fijamente y pronunció estas palabras, recalcando cada sílaba: «Vamos... vamos... *Entrarás si Dios lo quiere...*»²⁷⁷. (Y su acento tenía un no sé qué de tan penetrante y convincente, que aún me parece estar oyéndole).

Animada por la bondad del Santo Padre, quise seguir hablando, pero los dos guardias nobles me *tocaron cortésmente*, para que me levantara; y viendo que con eso no bastaba, me cogieron por los brazos y el Sr. Révérony les ayudó a levantarme, pues seguía con las manos juntas apoyadas en las rodillas de León XIII, y tuvieron que arrancarme de sus pies a *viva fuerza*...

Mientras me *quitaban de en medio* de esa manera, el Santo Padre puso su mano en mis labios y después la levantó para bendecirme. Entonces los ojos se me llenaron de lágrimas, y el Sr. Révérony pudo contemplar al menos tantos *diamantes* como había visto en Bayeux...

Los dos guardias nobles me llevaron en volandas, por así decirlo, hasta la puerta, donde un tercero me dio una medalla de León XIII.

Celina, que iba detrás de mí, fue testigo de la escena que acababa de ocurrir. Casi tan emocionada como yo, tuvo no obstante valor para pedir al Santo Padre una bendición para el Carmelo. El Sr. Révérony, con voz disgustada, respondió: «El Carmelo ya está bendecido».

²⁷⁷ Comparar con Cta 36, escrita ese mismo día. El resto de la narración parece suave, comparado con la narración inmediata.

Y el Santo Padre contestó con ternura: «Sí, sí, ¡ya está bendecido!»²⁷⁸.

Papá se había acercado a los pies de León XIII antes que nosotras (con los caballeros²⁷⁹). El Sr. Révérony había estado encantador con él, presentándolo como el *padre* de *dos carmelitas*. El Sumo Pontífice, como muestra de especial benevolencia, posó su mano sobre la cabeza venerable de mi querido rey, como marcándole con un *sello misterioso*²⁸⁰ en nombre de Aquel de quien es el verdadero representante...

Mt 25,21 Ahora que este *padre de cuatro carmelitas* está en el cielo, ya no es la mano del Pontífice la que reposa sobre su frente, [64r°] profetizándole el martirio... Es la *mano* del Esposo de las Vírgenes, la del Rey de la gloria, la que hace resplandecer la cabeza de su fiel servidor. ¡Y ya nunca esa mano adorada dejará de apoyarse en la frente que ella misma ha glorificado...!

Mi papá querido se llevó un disgusto muy grande cuando, al salir de la audiencia, me encontró deshecha en lágrimas, e hizo todo lo posible por consolarme; pero en vano...

En el fondo del corazón yo sentía una gran paz, puesto que había hecho absolutamente todo lo que estaba en mis manos para responder a lo que Dios me pedía. Pero esa *paz* estaba en el *fondo*, mientras la amargura *inundaba* mi alma, pues Jesús callaba²⁸¹. Parecía estar ausente, nada me revelaba su presencia... Tampoco aquel día el sol

²⁷⁸ Antes de que los peregrinos pasaran ante el papa, el Sr. Révérony le había pedido que bendijese a las comunidades religiosas.

²⁷⁹ En realidad, los caballeros fueron presentados después de las señoras y de los sacerdotes.

²⁸⁰ Gesto de bendición, que aquí se interpreta como signo de elección y como señal de protección para la prueba. Cf. *infra*, 64r°, y PN 8 última estrofa.

²⁸¹ El silencio de Jesús: una de las angustias de Teresa. Cf. Ms C 9v° y Ms A 51r°. Pero reacciona valerosamente (Cta 111); toda su vida es como una preparación para la prueba de la fe (cf. *Poésies*, II, p. 92, estr. 13).

se atrevió a brillar, y el hermoso cielo de Italia, cargado de oscuros nubarrones, no cesó de llorar conmigo...

Todo había terminado. El viaje no tenía ya el menor atractivo a mis ojos, pues su objetivo había fracasado.

Sin embargo, las últimas palabras del Santo Padre deberían haberme consolado: ¿no eran, en realidad, una verdadera profecía? A pesar de todos los obstáculos, se realizó lo que *Dios quiso*. No *permitió* a las criaturas hacer lo que ellas querían, sino *lo que quería él*...

Desde hacía algún tiempo, me había ofrecido al Niño Jesús para ser su *juguete*²⁸². Le había dicho que no me utilizase como uno de esos juguetes caros que los niños se contentan con mirar sin atreverse a tocarlos, sino como una pelotita sin valor que pudiera tirar al suelo, o pegar con el pie, o *abrirla*, o dejarla en un rincón, o bien, si le apetecía, estrecharla contra su corazón. En una palabra, quería *divertir* al Niño Jesús, agradecerle, entregarme a sus *caprichos infantiles*... Y él había escuchado mi oración...

En Roma Jesús *abrió* su juguete. Quería ver lo que había dentro. Y luego, una vez que lo vio, satisfecho de su descubrimiento, dejó caer su [64vº] pelotita y se quedó dormido...

¿Y qué hizo mientras dormía dulcemente, y qué fue de la pelotita abandonada...? Jesús soñó que seguía *divirtiéndose* con su juguete, tirándolo y cogiéndolo alternativamente; y luego, que, después de haberlo echado a rodar muy lejos, lo estrechaba contra su corazón sin dejarlo alejarse ya nunca más de su manita...

Imagínate, Madre querida, lo triste que se sentiría la pelotita al verse *tirada por el suelo*... Sin embargo, no dejé de esperar contra toda esperanza.

Rm 4,18

²⁸² Tema importante en el simbolismo teresiano (unido al de la «*pelotita*»), que aparece aquí cuatro veces. Cf. Cta 34; 36; 74; 78; 79; 176; y LD 624 del 8/11/1887, CG, p. 264; LC 66; 67; CG, pp. 287+b, 1169s; *Prières*, p. 128,3.

Unos días después de la audiencia con el Santo Padre, papá fue a visitar al hermano Simeón²⁸³, y encontró allí al Sr. Révérony²⁸⁴, que se mostró muy amable. Papá le reprochó jovialmente que no me hubiese ayudado en mi *difícil empresa*, y luego le contó la historia de su *reina* al hermano Simeón. El venerable anciano escuchó su relato con gran interés, tomó incluso algunas notas y dijo emocionado: «¡Estas cosas no se ven en Italia!».

Creo que aquella entrevista causó muy buena impresión al Sr. Révérony: a partir de entonces no dejó de darme muestras de que *por fin* estaba convencido de mi vocación.

Al día siguiente de la memorable jornada, tuvimos que salir de madrugada para Nápoles y Pompeya. El Vesubio, en nuestro honor, estuvo metiendo ruido todo el día, dejando escapar entre sus *cañonazos* una espesa columna de humo. Las huellas que ha dejado en las ruinas de Pompeya son horribles y muestran el poder de Dios, que «mira a la tierra y la hace temblar, toca los montes y los reduce a humo...».

Me hubiera gustado pasearme sola por entre las ruinas y pensar en la fragilidad de las realidades humanas, pero la cantidad de viajeros quitaba a la ciudad destruida buena parte de su melancólico encanto...

En Nápoles fue todo lo contrario. La *gran cantidad* de coches de dos caballos hizo que resultara espléndido nuestro paseo al monasterio de San Martín, situado en la cima de [65r^o] una alta colina que dominaba toda la ciudad. Lamentablemente, los caballos que nos conducían se desbocaban a cada paso, y más de una vez creí llegada mi última hora. Por más que el cochero repetía continuamente la palabra mágica de los conductores ita-

²⁸³ Un hermano de las Escuelas Cristianas, personaje muy bien considerado entre la colonia francesa de Roma, a quien ya conocía el señor Martín. Él enviará a Teresa la bendición del papa, el 31/8/1890, para su profesión, y en su última enfermedad (el 12/7/1897).

²⁸⁴ Cf. la detallada carta de Celina (CG, pp. 304ss).

lianos: «Appipó, appipó...», los pobres caballos estaban empeñados en volcar el coche. Por fin, gracias a la protección de nuestros ángeles de la guarda, llegamos a nuestro magnífico hotel.

A lo largo de todo nuestro viaje nos alojamos en hoteles principescos. Yo nunca me había visto rodeada de tanto lujo. Y aquí sí que cabe decir que la riqueza no da la felicidad, pues yo me habría sentido mucho más feliz bajo un techo de paja con la esperanza del Carmelo, que entre artesonados de oro, escaleras de mármol blanco y tapices de seda, con amargura en el corazón...

Comprendí bien que la alegría no se halla en las cosas que nos rodean. Se encuentra en lo más íntimo del alma; se la puede poseer lo mismo en una prisión que en un palacio. La prueba está en que yo soy más feliz en el Carmelo, aun en medio de sufrimientos interiores y exteriores, que en el mundo, rodeada de las comodidades de la vida y *sobre todo* de la ternura del hogar paterno...

Llevaba el alma sumida en la tristeza. Sin embargo, exteriormente era la misma, pues creía que nadie conocía la petición que había hecho al Santo Padre. Pronto me convencí de lo contrario. Habiéndome quedado sola con Celina en el vagón (los demás peregrinos habían bajado a la cantina de la estación durante los escasos minutos de parada), vi que el Sr. Legoux, Vicario General de Coutances, abría la puerta y mirándome sonriente me decía: «¿Cómo está nuestra pequeña carmelita...?». Entonces comprendí que toda la peregrinación conocía mi secreto²⁸⁵. Gracias a Dios, nadie me habló sobre ello, pero, por la simpatía con que me miraban, vi que mi petición no les había producido mala [65v^o] impresión, sino todo lo contrario...

En la pequeña ciudad de Asís tuve ocasión de subir al coche del Sr. Révérony, un honor que no le fue concedido

²⁸⁵ Un corresponsal de *L'Univers* en Roma había difundido la noticia (24/11/1887).

a *ninguna dama* durante todo el viaje. Te cuento cómo conseguí ese privilegio.

Después de visitar los lugares perfumados por las virtudes de san Francisco y santa Clara, terminamos en el monasterio de Santa Inés, hermana de santa Clara.

Yo había estado contemplando a mis anchas la cabeza de la santa y cuando me retiraba, una de las últimas, me di cuenta de que había perdido el cinturón. Lo *busqué* en medio de la muchedumbre. Un sacerdote se compadeció de mí y me ayudó; pero después de habérmelo encontrado, lo vi alejarse, y yo me quedé sola *buscando*, pues aunque tenía el cinturón no me lo podía poner, pues faltaba la hebilla... Por fin, la vi brillar en un rincón. Cogérla y ajustarla al cinturón no me llevó mucho tiempo, pero todo el trabajo anterior me había llevado más. Así que me quedé de una pieza al ver que estaba sola junto a la iglesia. Todos los coches, y eran muchos, habían desaparecido, excepto el del Sr. Révérony. ¿Qué decisión tomar? ¿Echarme a correr detrás de los coches, que ya no se veían, exponiéndome a perder el tren y a llenar de inquietud a mi querido papá, o bien pedir un sitio en la calesa del Sr. Révérony²⁸⁶...?

Me decidí por esta última solución. Con la mayor amabilidad y lo menos *apurada* que pude, a pesar de mi enorme *apuro*, le expuse mi crítica situación y lo metí a él mismo en un *apuro*, pues su coche iba lleno de los más distinguidos *caballeros* de la peregrinación. Imposible encontrar una plaza libre. Pero un caballero muy galante se apresuró a bajar, me hizo ocupar su asiento, y él se puso modestamente al lado del cochero. Parecía una ardilla atrapada en un cepo, y estaba muy lejos de encontrarme a gusto, rodeada de todos aquellos personajes ilustres, y sobre todo del más *temible* de todos ellos, frente al cual iba sentada... Sin embargo, estuvo muy [66r^o] amable

²⁸⁶ Comparar con Cta 37 y la LD 652 de Celina a sus hermanas (CG, pp. 320s), en las que se manifiesta la perplejidad de las dos hermanas Martin respecto a los sentimientos del Vicario General.

conmigo, interrumpiendo de vez en cuando su conversación con los caballeros para hablarme del Carmelo.

Antes de llegar a la estación, todos aquellos *grandes personajes* sacaron sus *grandes monederos* para dar una propina al cochero (que ya estaba pagado). Yo hice lo mismo, y saqué mi *diminuto monedero*, pero el Sr. Révérony no me permitió sacar mis preciosas *moneditas* y prefirió dar él una *grande* por los dos.

En otra ocasión volví a encontrarme a su lado²⁸⁷ en el ómnibus. Estuvo más amable todavía, y me prometió hacer todo lo que pudiera para que entrase en el Carmelo...

Aunque estos breves encuentros pusieron un poco de bálsamo en mis llagas, no evitaron que el regreso fuese mucho menos placentero que la ida, pues ya no tenía la esperanza «del Santo Padre». No encontraba ayuda alguna en la tierra, que me parecía un desierto agostado y sin agua. *Sólo* en Dios tenía puesta toda mi esperanza... Acababa de conocer por experiencia que vale más recurrir a él que a sus santos...

Sal 62,2

La tristeza de mi alma no fue obstáculo para que pudiese un gran interés en los santos lugares que visitábamos.

En Florencia tuve la dicha de contemplar a santa María Magdalena de Pazzi²⁸⁸ en medio del coro de las carmelitas, que nos abrieron la reja. Como no sabíamos [que íbamos a] disfrutar de tal privilegio²⁸⁹, y muchas personas deseaban hacer tocar sus rosarios en el sepulcro de la

²⁸⁷ El 29 de noviembre en Niza; relato detallado de Celina, cf. CG, pp. 323-324.

²⁸⁸ Rectificación: en Florencia, el cuerpo de Santa María Magdalena de Pazzi se conserva en la capilla de su monasterio.

²⁸⁹ [Teresa escribe: «*Comme nous ne savions pas jouir de ce privilège, beaucoup de personnes désiraient faire toucher leurs chapelets au tombeau de la sainte...*». N. del T.] Frase oscura. Parece que Teresa quiera decir: «Como no sabíamos que íbamos a poder disfrutar de este privilegio, y como antes muchas personas querían hacer tocar sus rosarios en el sepulcro de la santa, no había nadie más que yo», etc.

santa, no había nadie más que yo que pudiese pasar la mano por entre la reja que nos separaba de él. Por eso, todos me traían sus rosarios, y yo me sentía muy orgullosa de mi oficio...

Siempre tenía que encontrar la forma de *tocarlo todo*²⁹⁰. Así, en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén (en Roma) pudimos venerar varios fragmentos de la verdadera Cruz, dos espinas y uno de los sagrados clavos, encerrado en un magnífico relicario de oro labrado, pero *sin cristal*, por lo que, al venerar la preciosa reliquia, encontré la forma de pasar mi *dedito* por una [66v°] de las aberturas del relicario y pude *tocar* el clavo bañado por la sangre de Jesús...

La verdad es que era demasiado atrevida... Por suerte, Dios, que conoce el fondo de los corazones, sabe que mi intención era pura y que por nada del mundo hubiera querido desagradarle. Me portaba con él como un *niño* que piensa que todo le está permitido y que mira como suyos los tesoros de su padre.

lc 15,31 Todavía hoy no puedo comprender por qué en Italia se excomulga tan fácilmente a las mujeres. A cada paso nos decían: «¡No entréis aquí... No entréis allá, que quedaréis excomulgadas...!». ¡Pobres mujeres! ¡Qué despreciadas son...! Sin embargo, ellas aman a Dios en número mucho mayor que los hombres, y durante la pasión de Nuestro Señor las mujeres tuvieron más valor que los apóstoles, pues desafiaron los insultos de los soldados y se atrevieron a enjugar la Faz adorable de Jesús... Seguramente por eso él permite que el desprecio sea su lote en la tierra²⁹¹, ya que lo escogió también para sí mismo... En el cielo demos-

lc 23,27

²⁹⁰ Actitud constante en Teresa, por una especie de realismo de la fe. Cf. *tocar* en Ms A 17r°, 79v°; Cta 101,2v°; 147,2r°; 247,2r°; PN 26,6; etc.

²⁹¹ Teresa pone aquí de manifiesto, de manera brillante, su feminismo (veremos otros ejemplos, cf. *Poésies*, I, p. 190). Su argumentación es fuerte, y la condición de mujer se convierte casi en una especie de privilegio para asemejarse a Jesús.

trará claramente que sus pensamientos no son los de los hombres, pues entonces las *últimas* serán las *primeras*... Is 55,8-9
Mt 20,16

Más de una vez, durante el viaje, no tuve la paciencia de esperar al cielo para ser la primera... Un día en que visitábamos un convento de Padres carmelitas, no me conformé con seguir a los peregrinos por los pasillos *exteriores* y me metí por los claustros *interiores*... De pronto vi a un anciano carmelita que desde lejos me hacía señas de que me alejase; pero yo, en vez de marcharme, me acerqué a él y, señalándole los cuadros del claustro, le di a entender por señas que eran bonitos. Él se dio cuenta sin duda, por mis cabellos que caían sobre la espalda y por mi aspecto juvenil, que era una niña, me sonrió con bondad y se alejó, al ver que no tenía delante de él a una enemiga. Si hubiese podido hablarle en italiano, le habría dicho que era una futura carmelita; pero por culpa de los constructores de la torre de Babel, no pude hacerlo. Gn 11,1-9

Después de visitar también Pisa y Génova, volvimos a Francia.

En el trayecto, [67r^o] el panorama era magnífico²⁹². A veces bordeábamos el mar, y la vía del tren pasaba tan cerca de él, que me parecía que las olas iban a llegar hasta nosotros (aquel espectáculo fue debido a una tempestad, y era de noche, lo que hacía que la escena fuese aún más impresionante). Otras veces, llanuras cubiertas de naranjos con su fruta ya madura, o de verdes olivos de escaso follaje, o de esbeltas palmeras... A la caída de la tarde, veíamos los numerosos puertecitos de mar iluminarse con multitud de luces, mientras en el cielo brillaban las primeras *estrellas*...

Y a la vista de todas aquellas cosas, que yo miraba por primera y por última vez en mi vida, ¡mi alma se llenaba de poesía²⁹³...!

²⁹² El tren va siguiendo la Riviera italiana y serpentea a lo largo de la Costa Azul desde Niza hasta Toulon.

²⁹³ Últimas excursiones: subida a Nuestra Señora de la Guardia, en Marsella (el 29 de noviembre) y a Fourvière (el 30). Misa de

Pero las veía desvanecerse sin la menor pena. Mi corazón aspiraba a otras maravillas. Había contemplado ya bastante las *bellezas* de la *tierra*, y sólo las del *cielo* eran ya el objeto de sus deseos. Y para ofrecérselas a las *almas*, ¡quería convertirme en *prisionera*²⁹⁴ ...!

Mas antes de ver abrirse ante mí las puertas de la bendita prisión por la que suspiraba, tenía aún que luchar y que sufrir. Lo presentía al volver a Francia. Sin embargo, mi confianza era tan grande, que no perdí la esperanza de que me permitieran entrar el 25 de diciembre...

Apenas llegamos a Lisieux, nuestra primera visita fue para el carmelo. ¡Qué encuentro aquél...! Teníamos tantas cosas que decirnos después de un mes de separación, un mes que me pareció aún más largo y en el que aprendí más que en muchos años...

Madre querida, ¡qué dulce fue para mí volverte a ver y abrirte mi pobre alma herida! ¡A ti, que sabías comprenderme tan bien; a ti, a quien bastaba una palabra o una mirada para adivinarlo todo!

Me entregué por completo. Había hecho todo lo que dependía de mí, todo, hasta hablarle al Santo Padre; por lo que ya no sabía qué más tenía que hacer. Tú me dijiste que escribiese a Monseñor y le recordase su promesa. Lo hice enseguida lo mejor que supe, pero en unos términos que a mi tío le parecieron demasiado [67v^o] ingenuos. El rehízo la carta. Cuando yo iba a enviarla, recibí una tuya, diciéndome que no escribiese, que esperase unos días más. Obedecí enseguida, pues estaba segura de que ésa era la mejor forma de no equivocarme.

Por fin, 10 días antes de Navidad, salió mi carta²⁹⁵. Plenamente convencida de que la respuesta no se haría es-

acción de gracias y disolución de la peregrinación en París el 2 de diciembre.

²⁹⁴ En tan sólo dos frases, Teresa resume muchas cosas, y casi toda su vida. *Prisionera* (libremente): cf. Ms A 58r^o, 81 v^o; Cta 106r^o; 201,2r^o; PN 18,32; Or 17,11; y *Prières*, p. 136.

²⁹⁵ Sobre esos tira y aflojas, cf. las tres redacciones de Cta 38, Cta 39, y CG, pp. 324-333.

perar, todas las mañanas iba a correos con papá después de misa, pensando encontrar allí el permiso para echarme a volar; pero cada mañana me traía una nueva decepción, que sin embargo no hacía vacilar mi fe...

Pedía a Jesús que rompiera mis ataduras. Y las rompió, pero de una forma totalmente diferente a como yo esperaba... Llegó la hermosa fiesta de Navidad, y Jesús no se despertó... Dejó en el suelo a su pelotita, sin echarle siquiera una mirada...

Sal 115,16

Al ir a la Misa de Gallo llevaba roto el corazón. ¡Tenía tanta confianza en que asistiría a ella tras las rejas del carmelo...!

Esta prueba fue muy dura para mi fe. Pero Aquel cuyo corazón vela mientras él duerme me hizo comprender que a los que tienen una fe como un grano de mostaza él les concede *milagros* y cambia para ellos la montañas de lugar, para afianzar esa fe tan *pequeña*; pero que con sus *íntimos*, con su *Madre*, él no hace milagros *hasta haber probado su fe*. ¿No dejó morir a Lázaro, a pesar de que Marta y María le habían mandado a decir que estaba enfermo...? Y en las bodas de Caná, cuando la Virgen pidió a Jesús que ayudara a los anfitriones, ¿no le contestó que todavía no había llegado su hora...? Pero después de la prueba, ¡qué recompensa: el agua se convierte en vino..., Lázaro resucita...!

Ct 5,2

Mt 17,19

Jn 11,1-4

Jn 2,1-11

Así actuó Jesús con su Teresita: después de haberla probado durante *mucho tiempo*, colmó todos los deseos de su corazón...

Por la tarde de aquella fiesta radiante, que yo pasé llorando, fui a visitar a las carmelitas. Me llevé una gran sorpresa cuando, al abrir la [68rº] reja, vi un precioso Niño Jesús que tenía en la mano una pelota en la que estaba escrito mi nombre. Las carmelitas, en lugar de Jesús, que era demasiado pequeño para hablar, me cantaron una canción compuesta por mi Madre querida. Cada una de sus palabras derramaba en mi alma un dulce consuelo. Jamás olvidaré aquella delicadeza del corazón maternal que siempre me colmó de los más exquisitos detalles de ternura...

Después de dar las gracias derramando dulces lágrimas, les conté la sorpresa que me había dado mi querida Celina al volver de la Misa de Gallo. En mi habitación, en medio de una preciosa jofaina, había encontrado un *barquito* que llevaba al Niño Jesús dormido con una *pelotita* a su lado. En la blanca vela Celina había escrito estas palabras: «Duermo, pero mi corazón vela», y en el barco esta sola palabra: «¡Abandono!».

¡Ay!, si Jesús seguía callado para su pequeña prometedida, si sus ojos divinos seguían cerrados, por lo menos se revelaba a ella por medio de unas almas que comprendían todas las delicadezas del amor de su corazón...

El primer día del año 1888, Jesús me hizo una vez más el regalo de su cruz. Pero esta vez la llevé yo sola, pues fue tanto más dolorosa cuanto menos la comprendía... Una *carta de Paulina*²⁹⁶ me comunicaba que la respuesta de Monseñor había llegado el 28, fiesta de los Santos *Inocentes*, pero que no me lo había hecho saber porque habían decidido que mi entrada no tuviera lugar hasta después de la *cuaresma*. Al pensar en una espera tan larga, no pude contener las lágrimas.

Esta prueba tuvo para mí un carácter muy peculiar. Veía mis *ataaduras rotas* por parte del mundo, pero ahora era el arca santa la que negaba la entrada a la pobre palomita...

Convengo en que debí parecer poco razonable al no aceptar gozosa esos tres meses de destierro. Pero creo también que esta prueba, aunque no lo pareciese, fue *muy grande* y me hizo *crecer* mucho en el abandono²⁹⁷ y en las demás virtudes.

[68vº] ¿Cómo trascurrieron estos tres meses tan ricos en gracias para mi alma...?

²⁹⁶ El manuscrito es actualmente un amasijo de correcciones y tachaduras. Todas las justificaciones sobre la restauración del texto pueden verse en las Notas de crítica textual de MS/NEC (Cerf, 1992).

²⁹⁷ El *abandono* es, en efecto, la palabra clave de este período (cf. 61vº, 67rº y aquí).

Al principio me vino a la cabeza la idea de no molestarte en llevar una vida tan ordenada como solía. Pero pronto comprendí el valor de aquel tiempo que me regalaban, y decidí entregarme más que nunca a una vida *seria y mortificada*.

Cuando digo mortificada, no es para hacer creer que hiciera penitencias, pues lamentablemente *nunca las he hecho*²⁹⁸. Lejos de parecerme a esas bellas almas que practicaron desde su niñez toda serie de mortificaciones, yo no sentía por ellas el menor atractivo. Esto se debía, sin duda, a mi flojedad, pues hubiera podido encontrar, como Celina, mil pequeños recursos para mortificarme. En vez de eso, siempre me dejé mecer entre algodones y cebar como un pajarito que no necesita hacer penitencia...

Mis mortificaciones consistían en doblegar mi voluntad, siempre dispuesta a salirse con la suya; en callarme una palabra de réplica; en prestar pequeños favores sin hacerlos valer; en no apoyar la espalda cuando estaba sentada, etc., etc...

Con la práctica de estas *naderías* me fui preparando para ser la prometida de Jesús, y no sabría decir cuán dulces recuerdos me ha dejado esta espera²⁹⁹...

Tres meses se pasan muy pronto, y por fin llegó el momento tan ardientemente deseado.

²⁹⁸ Teresa habla de las penitencias corporales, que sabemos que practicará en el Carmelo.

²⁹⁹ Es la misma dinámica que antes del viaje a Roma (53v^o): Teresa comienza hablando de una «*cruz*» dolorosa, de una «*prueba muy grande*» (68r^o), para luego hablar de «*tres meses ricos en gracias*», y de «*dulces recuerdos*» (68v^o).

[CAPÍTULO VII

PRIMEROS AÑOS EN EL CARMELO
(1888-1890)

*Confesión con el P. Pichon – Teresa y sus superiores
– La Santa Faz – Toma de hábito – Enfermedad de
papá – Pequeñas virtudes]*

El lunes 9 de abril, día en que el carmelo celebraba la fiesta de la Anunciación, trasladada a causa de la cuaresma, fue el día elegido para mi entrada.

La víspera, toda la familia se reunió en torno a la mesa, a la que yo iba a sentarme por última vez. ¡Ay, qué desgarradoras son estas reuniones íntimas...! Cuando una quisiera pasar inadvertida, te prodigan las caricias y las palabras más tiernas, haciéndote sentir el sacrificio de la separación...

Mi rey querido apenas hablaba, pero su mirada se posaba en mí con amor... Mi tía lloraba de vez en cuando, y mi tío me ofrecía mil muestras de cariño. También Juana y María me colmaban de delicadezas, sobre todo María, que, [69rº] llevándome aparte, me pidió perdón por todos los disgustos que creía haberme dado. Y finalmente, mi querida Leonia, que había vuelto de la Visitación hacía algunos meses³⁰⁰, me colmaba como nadie de besos y caricias.

³⁰⁰ El 6/1/1888, por razones de salud. Ella nos ha dejado un impresionante retrato de Teresa el día de su entrada en el Carmelo (PO, p. 348).

Sólo de Celina no he dicho nada. Pero ya puedes imaginarte, Madre querida, cómo transcurrió la última noche en que dormimos juntas...

En la mañana del gran día, tras echar una última mirada a los Buissonnets, aquel nido cálido de mi niñez que ya no volvería a ver, partí del brazo de mi querido rey para subir a la montaña del Carmelo...

Al igual que la víspera, toda la familia se reunió para escuchar la santa Misa y recibir la comunión. En cuanto Jesús bajó al corazón de mis parientes queridos, ya no escuché a mi alrededor más que sollozos. Yo fui la única que no lloró, pero sentí latir mi corazón *con tanta fuerza*, que, cuando vinieron a avisarnos para que nos dirigiésemos a la puerta claustral, me parecía imposible dar un solo paso. Me acerqué, sin embargo, pero preguntándome si no iría a morirme, a causa de los fuertes latidos de mi corazón... ¡Ah, qué momento aquél! Hay que pasar por él para saber lo que es...

Mi emoción no se tradujo al exterior. Después de abrazar a todos los miembros de mi familia querida, me puse de rodillas ante mi incomparable padre, pidiéndole su bendición. Para dármele, también él se puso de *rodillas*, y me bendijo llorando...

¡El espectáculo de aquel anciano ofreciendo su hija al Señor, cuando aún estaba en la primavera de la vida, tuvo que hacer sonreír a los ángeles...!

Pocos instantes después, se cerraron tras de mí las puertas del arca santa³⁰¹, y allí recibí los abrazos de las Gn 7,16

³⁰¹ Ni la más mínima alusión a la amonestación que el Sr. Delacroette hizo a la comunidad, en presencia del señor Martin, mientras estaba abierta la puerta principal de la clausura: «“Bien, Reverendas Madres, ¡pueden cantar un *Te Deum*! Como delegado del señor Obispo, les presento a esta niña de quince años, cuya entrada ustedes han querido. Espero que no defraude sus esperanzas; pero les recuerdo que, si no es así, sólo ustedes serán las responsables”. Toda la comunidad se quedó helada ante estas palabras» (Madre Inés, PA, p. 463).

hermanas queridas que me habían hecho de *madres* y a las que en adelante tomaría por modelo de mis actos...

Por fin, mis deseos se veían cumplidos. Mi alma sentía una PAZ³⁰² tan dulce y tan profunda, que no acierto a [69v^o] describirla. Y desde hace 7 años y medio esta paz íntima ha sido mi compañera, y no me ha abandonado ni siquiera en medio de las mayores tribulaciones.

Como a todas las postulantes, inmediatamente después de mi entrada, me llevaron al coro. Estaba en penumbra, porque estaba expuesto el Santísimo, y lo primero que atrajo mi mirada fueron los ojos de nuestra santa Madre Genoveva³⁰³, que se clavaron en mí. Estuve un momento arrodillada a sus pies, dando gracias a Dios por el don que me concedía de conocer a una santa, y luego seguí a nuestra Madre María de Gonzaga³⁰⁴ a los diferentes lugares de la comunidad. Todo me parecía fascinante. Me creía transportada a un desierto. Nuestra³⁰⁵ celdita, sobre todo, me encantaba.

Pero la alegría que sentía era una alegría serena. Ni el más ligero céfiro hacía ondular las tranquilas aguas sobre las que navegaba mi barquilla, ni una sola nube oscurecía mi cielo azul... Sí, me sentía plenamente compensada de todas mis pruebas... ¡Con qué alegría tan honda repetía estas palabras: «Estoy aquí para siempre, para siempre...»!

³⁰² Teresa es muy consciente de que esta paz (con un doble subrayado) es un don de Dios (cf. PN 24,2), dado que no la «*ha abandonado ni siquiera en medio de las mayores tribulaciones*» de las que hablará sin especificarlas, *infra*, 69v^o/70r^o (cf. PO, p. 151).

³⁰³ La madre Genoveva de Santa Teresa, que tenía entonces 82 años, era una de las fundadoras del carmelo de Lisieux. Cf. *infra*, 78r^o/79r^o.

³⁰⁴ Priora del carmelo durante las dos terceras partes de la vida religiosa de Teresa. Tuvo a ésta en gran aprecio, aunque sin tener miramientos con ella (cf. CG, pp. 580-581; PA, pp. 118, 358; PO, p. 521). A ella está dirigido el Ms C.

³⁰⁵ *Nuestra*, porque todos los objetos se atribuyen sin distinción a toda la comunidad.

Aquella felicidad no era efímera y no se desvanecería con las ilusiones de los primeros días. ¡Las *ilusiones!* Dios me concedió la gracia de *no llevar NINGUNA* al entrar en el Carmelo. Encontré la vida religiosa *tal* como me la había imaginado³⁰⁶. Ningún sacrificio me extrañó. Y sin embargo, tú sabes bien, Madre querida, que mis primeros pasos encontraron más espinas que rosas...

Sí, el sufrimiento me tendió los brazos, y yo me arrojé en ellos con amor... A los pies de Jesús-Hostia, en el interrogatorio que precedió a mi profesión³⁰⁷, declaré lo que venía a hacer en el Carmelo: «He venido para salvar almas, y, sobre todo, para orar por los sacerdotes»³⁰⁸.

Cuando se quiere alcanzar una meta, hay que poner los medios para ello. Jesús me hizo comprender que las almas quería dárme las por medio de la cruz; y mi anhelo de sufrir creció a medida que aumentaba el sufrimiento.

Durante 5 años³⁰⁹, éste fue mi camino. Pero, [70rº] al exterior, nada revelaba mi sufrimiento, tanto más doloroso³¹⁰ cuanto que sólo yo lo conocía. ¡Qué sorpresas nos llevaremos al fin del mundo cuando leamos la historia de las almas...! ¡Y cuántas personas se quedarán asombradas al conocer el camino por el que fue conducida la mía...!

Esto es tan verdad, que dos meses después de mi entrada, cuando vino el P. Pichon para la profesión de sor

³⁰⁶ Teresa es demasiado veraz como para no añadir inmediatamente: «*Y sin embargo (...), mis primeros pasos encontraron más espinas que rosas*». Cf. el testimonio de sus hermanas (PO, pp. 251, 272, 294; CA 24.7.2). Pero Teresa ya se había declarado de antemano inquebrantable (cf. Cta 43 B).

³⁰⁷ Interrogatorio canónico, del 2/9/1890.

³⁰⁸ Cf. *supra*, 45vº, 56rº. En la Cta 135 Teresa comenta audazmente la parábola de Jesús sobre los trabajadores de la mies.

³⁰⁹ Esos cinco años coincidieron con los prioratos de la madre María de Gonzaga y el noviciado de Teresa bajo la autoridad de María de los Ángeles, aun cuando ella no acuse personalmente a sus superiores.

³¹⁰ Cf. los testimonios del P. Pichon (PO, p. 381) y de numerosas hermanas.

María del Sagrado Corazón³¹¹, se quedó sorprendido al ver lo que Dios estaba obrando en mi alma, y me dijo que, la víspera, al verme hacer oración en el coro, mi fervor le pareció totalmente infantil y muy dulce mi camino.

Mi entrevista con el Padre fue para mí un consuelo muy grande, aunque velado por las lágrimas debido a la dificultad que tenía para abrir mi alma.

Hice, no obstante, una confesión general, como nunca la había hecho. Al terminar, el Padre me dijo estas palabras, las más consoladoras que jamás hayan resonado en los oídos de mi alma: «En presencia de Dios, de la Santísima Virgen y de todos los santos, declaro que nunca has cometido ni un solo pecado mortal»³¹². Y luego añadió: «Da gracias a Dios por todo lo que hace por ti, pues, si te abandonase, en vez de ser un pequeño ángel, serías un pequeño demonio».

¡No, no me costaba nada creerlo! Sabía lo débil e imperfecta que era. Pero la gratitud embargaba mi alma. Tenía tanto miedo de haber empañado la vestidura de mi bautismo, que una garantía como aquélla, salida de la boca de un director espiritual como los quería nuestra Madre santa Teresa –es decir, que uniesen la *ciencia* y la *virtud*³¹³–, me parecía como salida de la misma boca de Jesús...

³¹¹ El 23/5/1888. Por imitar a sus hermanas, Teresa había prometido al P. Pichon (ya en 1884) tomarlo como director espiritual. Pero su diálogo, por diversas razones (entre otras, la partida del Padre para el Canadá), fue muy distendido. Cf. DCL, *Le Père Pichon et la famille Martin*, VT 1967/10, 1968/1 y 4, artículos reunidos en un opúsculo.

³¹² El 28/5/1888. El P. Pichon ayudó enormemente a Teresa a borrar las últimas huellas de la enfermedad de los escrúpulos que tanto la había torturado (cf. 39r°); sin embargo, deberá volver sobre ello en octubre de 1889 (LC 117, CG, p. 502) y también en 1893 (LC 151, CG, p. 677).

³¹³ *Camino de perfección*, VI. [Así se dice en la edición francesa. La cita exacta es, más bien, C 5,2. N. del T.]

El Padre me dijo también estas palabras que se me grabaron dulcemente en el corazón: «Hija mía, que Nuestro Señor sea siempre tu superior y tu maestra de novicias».

De hecho, lo fue. Y también «mi director espiritual». No quiero decir con esto que mi alma haya estado cerrada para mis superiores. No, más bien he procurado siempre que fuese para ellas un *libro* [70v^o] *abierto*. Pero nuestra Madre, que estaba enferma con frecuencia, tenía poco tiempo para ocuparse de mí³¹⁴. Sé que me quería mucho y que hablaba de mí todo lo bien que podía. Sin embargo, Dios permitió que, *sin darse cuenta*, fuese MUY DURA. No podía cruzarme con ella sin tener que besar el suelo³¹⁵. Y lo mismo ocurría en las escasas conferencias espirituales que tenía con ella...

¡Qué gracia inestimable...! ¡Cómo actuaba Dios *visiblemente* a través de la que estaba en su lugar...! ¡Qué habría sido de mí si, como pensaba la gente del mundo, hubiese sido «el juguete» de la comunidad...? Quizás, en lugar de ver a Nuestro Señor en mis superiores, no me hubiera fijado más que en las personas; y entonces mi corazón, que había estado tan *protegido* en el mundo, se habría atado humanamente en el claustro... Gracias a Dios, no caí en esa desgracia. Cierto, que yo *quería mu-*

³¹⁴ Es difícil evaluar con precisión las relaciones personales de Teresa con la madre María de Gonzaga, debido a las verdaderas requisitorias que dirigieron contra la antigua priora en los Procesos la madre Inés y varias religiosas más (cf. sobre todo PA, pp. 142-148). Los textos de Teresa manifiestan una gran admiración, una cierta confianza, y una reserva ante los excesos de afecto (Ms C 22r^o); en definitiva, un juicio sumamente agudo, moderado por la caridad.

³¹⁵ Subrayado por tres veces. El estilo duro era propio de la época; en las circulares de otros carmelos, uno se queda también asombrado de las «pruebas del noviciado», que casi se parecen a novatadas (cf. también Ms C 23r^o).

– *Besar el suelo* era un gesto de humildad que se practicaba en varias comunidades [sobre todo, ante una corrección o una alabanza].

cho a nuestra Madre, pero con un afecto *puro* que me elevaba hacia el Esposo de mi alma...

Nuestra maestra de novicias³¹⁶ era una *verdadera santa*, el tipo acabado de las primitivas carmelitas. Yo pasaba todo el día a su lado, pues era la que me enseñaba a trabajar.

Su bondad para conmigo no tenía límites, y, sin embargo, mi alma no lograba expansionarse con ella... Me suponía un gran esfuerzo hacer con ella la conferencia espiritual³¹⁷. Como no estaba acostumbrada a hablar de mi alma, no sabía cómo expresar lo que ocurría en ella. Una Madre ya mayor³¹⁸ se dio cuenta un día de lo que me pasaba y me dijo, sonriendo, en la recreación: —«Hijita, me parece que tú no debes de tener gran cosa que decir a las superiores». —«¿Por qué dice eso, Madre...?». —«Porque tu alma es extremadamente *sencilla*³¹⁹; y cuando seas perfecta, serás más *sencilla todavía*, pues cuanto uno más se acerca a Dios, más se simplifica».

Aquella Madre tenía razón. No obstante, la dificultad que yo tenía para abrir mi alma, aun cuando proviniese de mi sencillez, era un auténtico problema para mí. Lo reconozco hoy que, sin dejar de ser sencilla, [71rº] expreso lo que pienso con una enorme facilidad.

He dicho que Jesús había sido «mi director espiritual». Cuando entré en el Carmelo, conocí al que podía haberlo sido. Pero apenas me había admitido entre el número de sus hijas, tuvo que partir para el exilio... Así

³¹⁶ Sor María de los Ángeles, maestra de novicias, ha dejado hermosos testimonios sobre Teresa (PA, pp. 347-348). En el noviciado había otras tres hermanas: María del Sagrado Corazón, María Filomena y Marta.

³¹⁷ María de los Ángeles hizo sufrir, sin saberlo, a Teresa (cf. CA 2.9.2; UC, p. 401, 13.7.18 +a; PO, p. 465).

³¹⁸ Sor Febronia.

³¹⁹ Una de las claves de la santidad de Teresa y una de sus mayores aspiraciones; cf. Ms A 2vº, 51vº, 57rº; Ms C 33vº, etc.; PO, p. 172; PA, pp. 167-168.

que sólo lo conocí para perderlo enseguida... Reducida a no recibir de él más que una carta al año, por 12 que yo le escribía³²⁰, muy pronto mi corazón se volvió hacia el Director de los directores, y él fue quien me instruyó en esa ciencia escondida a los sabios y a los prudentes que se digna revelar a los *más pequeños*...

Lc 10,21

La florecita trasplantada a la montaña del Carmelo tenía que abrirse a la sombra de la cruz; las lágrimas y la sangre de Jesús fueron su rocío, y su Faz adorable velada por el llanto fue su sol...

Hasta entonces todavía no había yo sondeado la profundidad de los tesoros escondidos en la Santa Faz³²¹. Gracias a ti, Madre querida, aprendí a conocerlos. Lo mismo que, hacía años, nos habías precedido a las demás en el Carmelo, así también fuiste tú la primera en penetrar los misterios de amor ocultos en el rostro de nuestro Esposo. Entonces tú me llamaste, y comprendí...

Ls 45,3

Comprendí en qué consistía la *verdadera gloria*³²². Aquel cuyo reino no es de este mundo me hizo ver que la verdadera sabiduría consiste en «querer ser ignorada y

Jn 18,36

³²⁰ Teresa exagera un poco: se conservan quince cartas del P. Pichon a Teresa, doce de ellas posteriores a su partida para el Canadá el 3/11/1888. El Padre destruyó todas las cartas de Teresa (la Cta 28 sólo la conocemos por el borrador), al igual que las de sus otras «dirigidas». Cf. *supra*, nota 311.

³²¹ Devoción muy venerada en el seno de la familia Martin después de las revelaciones que hizo Nuestro Señor a sor María de San Pedro, del carmelo de Tours, en el siglo XIX. Teresa profundizó la meditación sobre la misma de forma muy personal, con la ayuda de Isaías, principalmente durante la enfermedad de su padre. El día de su toma de hábito (10/1/1889), firma por primera vez: «*Sor Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz*» (Cta 80). Ella es la primera monja del carmelo de Lisieux que escoge ese apellido. Cf. Mss II, p. 49; CG, pp. 488s, 522ss; PN 20 y sus notas; *Poésies*, II, pp. 134-137; Or 12 y sus notas; *Prières*, pp. 118-125; CA 5.8.7 y 5.8.9; UC, pp. 441ss; PO, p. 158; PA, p. 152; DLTH, pp. 136-141.

³²² Respuesta a su deseo de niña (32r^o). Cf. UC/MSc 16.7; UC, pp. 154-157; Cta 103v^o.

tenida en nada», en «cifrar la propia alegría en el desprecio de sí mismo»³²³.

Is 53,3 Sí, yo quería que «mi rostro», como el de Jesús, «estuviera verdaderamente escondido, y que nadie en la tierra me reconociese». Tenía sed de sufrir y de ser olvidada...

¡Qué misericordioso es el camino por donde me ha llevado siempre Dios! *Nunca* me ha hecho desear algo sin dármelo luego. Por eso, su cáliz amargo³²⁴ me ha parecido delicioso...

Pasadas las fiestas radiantes del mes de mayo –las fiestas de la profesión y de la toma de velo [71vº] de nuestra querida María, la *mayor* de la familia, a quien la *más pequeña* tuvo la dicha de coronar el día de sus bodas–, tenía que venir a visitarnos la tribulación...

Ya el año anterior, en el mes de mayo, papá había sufrido un ataque de parálisis en las piernas³²⁵, y la cosa nos preocupó mucho. Pero la fuerte constitución de mi querido rey hizo que se recuperara pronto, y nuestros temores desaparecieron. Sin embargo, durante el viaje a Roma, notamos más de una vez que se cansaba fácilmente y que no estaba tan alegre como de costumbre...

Lo que yo observé, sobre todo, fueron los progresos que papá hacía en la perfección. A ejemplo de san Francisco de Sales, había llegado a dominar su impulsividad natural hasta tal punto, que parecía tener el temperamento más dulce del mundo... Las cosas de la tierra apenas parecían rozarle, y se sobreponía fácilmente a las contradicciones de la vida. En una palabra, Dios lo *inundaba* de *consuelos*. Durante sus visitas diarias al Santísimo, se le llenaban con frecuencia los ojos de lágrimas y su rostro reflejaba una dicha celestial...

³²³ Citas de la *Imitación*, I,2,3 y III,49,7. Cf. Ms A 47rº; PN 31,4.

³²⁴ Cf. Ms A 19vº; Ms C 8vº; Cta 87; 100; 149; 213.

³²⁵ El 1/5/1887, seis meses antes del viaje a Roma. Cf. DR. CA-DÉOT, *Louis Martin*, p. 92.

Cuando Leonia salió de la Visitación, no se disgustó ni se quejó a Dios porque no hubiera escuchado las oraciones que le había dirigido para obtener la vocación de su querida hija. Hasta fue a buscarla con cierta alegría...

Y he aquí con qué fe aceptó papá la separación de su reinecita. Se la anunció en estos términos a sus amigos de Alençon: «Queridísimos amigos: ¡Teresa, mi reinecita, entró ayer en el Carmelo...! Sólo Dios puede exigir tal sacrificio... No me tengáis lástima, pues mi corazón rebosa de alegría».

Había llegado la hora de que un servidor tan fiel recibiera el premio de sus trabajos. Y era justo que su salario se pareciera al que Dios dio al Rey del cielo, a su Hijo único... Papá acababa de hacer a Dios ofrenda de un altar³²⁶, y él fue la víctima escogida para ser inmolada en él con el Cordero sin mancha. Mt 25,21

[72rº] Tú ya conoces, Madre querida, [nuestras amargas del mes de junio –y, sobre todo, las del día 24– del año 1888³²⁷. Esos recuerdos han quedado demasiado bien grabados en el fondo de nuestros corazones para que haga falta escribirlos... ¡Cuánto sufrimos, Madre...! ¡Y aquello aún no era más que el *principio* de nuestra tribulación...!

Entretanto, había llegado la fecha de mi toma de hábito³²⁸. Fui aprobada por el capítulo conventual. Pero ¿cómo pensar en hacer una celebración? Ya se hablaba de

³²⁶ Había pagado él solo el altar mayor de la catedral (unos 10 000 francos de oro). Más tarde perderá 50 000 francos en el préstamo de Panamá. El 18/6/1889, firmará un acta de renuncia a la administración de sus bienes, a instancias de su cuñado (cf. DR. CADÉOT, *op. cit.*, pp. 122-123).

³²⁷ El 23 de junio, fuga del señor Martin, que aparecerá en El Havre el día 27. (Sobre su enfermedad de 1888, cf. CG, pp. 373+c, 375s, 383s, 394+c).

³²⁸ La duración normal del postulante era de seis meses. La priora había recibido los permisos pertinentes de los superiores eclesiásticos a finales de octubre.

darme el santo hábito sin hacerme salir de la clausura³²⁹, cuando se optó por esperar.

Contra toda esperanza, nuestro padre querido se repuso de su segundo ataque³³⁰, y Monseñor fijó la ceremonia para el 10 de enero.

La espera había sido larga, pero, también, ¡qué hermosa fue la fiesta...! No faltó nada, nada, ni siquiera la *nieve*...

No sé si te he hablado ya de mi amor a la nieve... Cuando aún era muy pequeña, me fascinaba su blancura. Uno de mis mayores deleites era pasearme bajo los copos de nieve. ¿De dónde me venía esta afición a la nieve...? Tal vez de que, siendo yo una *florecita invernal*, el primer ropaje con que mis ojos de niña vieron adornada a la naturaleza debió ser su manto blanco...

Lo cierto es que siempre había deseado que, el día de mi toma de hábito, la naturaleza estuviese vestida de blanco como yo. La víspera de ese hermoso día, yo miraba tristemente el cielo plumizo, del que de vez en cuando se desprendía una lluvia fina; pero la temperatura era tan suave, que ya no esperaba que nevase.

A la mañana siguiente, el cielo no había cambiado. Sin embargo, la fiesta resultó maravillosa, y la flor más bella, la más preciosa de todas, fue mi rey querido. Nunca había estado tan guapo y tan *digno*... Fue la admiración de todo el mundo. Aquél fue su día *triumfal*, su última fiesta aquí en la tierra. Había entregado *todas* sus hijas a Dios, pues cuando Celina le confió su vocación, él había *llorado de alegría*, y había ido con ella a dar gracias a Quien «le hacía el honor de tomar para sí a todas sus hijas».

³²⁹ La postulante salía de la clausura vestida de novia y asistía a la ceremonia exterior rodeada de su familia.

³³⁰ En Honfleur, el 31 de octubre (cf. VT, n° 94, y CG, pp. 407-408). El señor Martín se repuso gracias a los enérgicos cuidados del Dr. Notta y del señor Guérin.

[72vº] Al final de la ceremonia, Monseñor entonó el Te Deum. Un sacerdote trató de advertirle que aquel cántico sólo se cantaba en las profesiones, pero ya estaba entonado, y el himno de *acción de gracias* se cantó hasta el final. ¿No debía ser completa aquella fiesta, si en ella se resumían todas las demás...?

Después de abrazar por última vez a mi rey querido, volví a entrar en la clausura. Lo primero que vi en el claustro fue a «mi Niño Jesús color rosa»³³¹ sonriéndome en medio de flores y de luces. Inmediatamente después mi mirada se posó sobre los copos de *nieve*... ¡El patio estaba blanco, como yo!

¡Qué delicadeza la de Jesús! En atención a los deseos de su prometida, le regalaba nieve... ¡Nieve! ¿Qué mortal, por poderoso que sea, puede hacer caer nieve del cielo para hechizar a su amada...? Tal vez la gente del mundo se hizo esta pregunta; lo cierto es que la nieve de mi toma de hábito les pareció un pequeño milagro y que toda la ciudad se extrañó. Les pareció un gusto bien raro mi afición a la nieve... ¡Tanto mejor! Eso hizo resaltar aún más la *incomprensible condescendencia* del Esposo de las vírgenes..., de ese Dios que siente un cariño especial por las *azucenas blancas* como la NIEVE...

Monseñor entró en clausura después de la ceremonia, y estuvo conmigo muy paternal. Creo que estaba orgulloso de ver que lo había conseguido, y decía a todo el mundo que yo era «su hijita». Siempre que volvió después de aquella hermosa fiesta, su Ilustrísima se mostró muy bueno conmigo. Me acuerdo sobre todo de su visita³³² con ocasión del centenario de N. P. san Juan de la Cruz. Me tomó la cabeza entre sus manos y me acarició de mil maneras. ¡Nunca me había visto tan honrada! En aquel momento Dios me hizo pensar en las caricias [73rº] que un día él me prodigaría delante de los ángeles y los santos,

³³¹ Una estatua del Niño Jesús pintada de color rosa, que Teresa fue la encargada de adornar hasta su muerte (DLTH, pp. 132-133).

³³² El 24/11/1891.

de las que me daba ya en este mundo una tenue imagen. Por eso, fue muy grande el consuelo que sentí...

Mt 21,1-10 Como acabo de decir, la jornada del 10 de enero fue el triunfo de mi rey. Yo lo comparo a la entrada de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos. Su gloria de *un día*, como la de nuestro divino Maestro, fue seguida de una pasión dolorosa³³³, y esa pasión no fue sólo para él. Así como los dolores de Jesús atravesaron con una espada Lc 2,35 el corazón de su divina Madre, así también nuestros corazones sintieron los sufrimientos de aquel a quien más tiernamente amábamos en la tierra...

Recuerdo que en el mes de junio de 1888, cuando empezaron nuestras pruebas, yo decía: «Sufro mucho, pero creo que puedo soportar todavía pruebas mayores»³³⁴. No sospechaba entonces las que me estaban reservadas... No sabía que el 12 de febrero, un mes después de mi toma de hábito, nuestro padre querido bebería el *más amargo*, el *más humillante* de todos los cálices³³⁵...

¡¡¡No, ese día ya no dije que podía sufrir todavía más...!!! Las palabras no pueden expresar nuestras angustias; por eso, no intentaré describirlas. Algún día, en el cielo, nos gustará hablar de nuestras *gloriosas* tribulaciones³³⁶, ¿no nos alegramos ya ahora de haberlas sufrido...? Sí, los tres años del martirio de papá³³⁷ me parecen los más preciosos, los más fructíferos de toda nuestra vida.

³³³ La comparación con la pasión de Cristo se irá convirtiendo poco a poco en una identificación con el Siervo sufriente de Isaías, que Teresa descubre en 1890.

³³⁴ Cf. UC, p. 412, y PO, p. 411.

³³⁵ Tras una serie de alucinaciones que llegaron a tomar un aspecto inquietante para los que lo rodeaban, el señor Martin fue trasladado a una casa de salud de Caen. Cf. CG, pp. 451-488, especialmente las pp. 451 y 456s.

³³⁶ Teresa subraya *gloriosas*; cf. CA 27.5.6; 7.7.6; 23.7.5; 23.7.6.

³³⁷ Teresa sólo tiene en cuenta aquí «*los tres años*» de destierro humillante (cf. PO, pp. 167-168), en el Bon Sauveur de Caen, del señor Martin, que luego vivirá todavía dos años más en casa de los Guérin.

No los cambiaría por todos los éxtasis y revelaciones de los santos. Mi corazón rebosa de gratitud al pensar en ese tesoro inestimable que debe de despertar una santa envidia en los ángeles de la corte celestial...

Mi deseo de sufrir se vio colmado. No obstante, mi amor al sufrimiento no decreció, por lo que pronto mi alma participó también en los sufrimientos de mi [73v^o] corazón. La sequedad era mi pan de cada día. Mas aunque estaba privada de todo consuelo, era la más feliz de las criaturas³³⁸, pues veía cumplidos todos mis deseos...

¡Madre mía querida, qué hermosa ha sido nuestra gran tribulación, ya que de todos nuestros corazones no brotaron más que suspiros de amor y de gratitud...! Ya no caminábamos por las sendas de la perfección: ¡volábamos las 5! Las dos pobres desterraditas de Caen³³⁹, aunque estaban aún en el mundo, no eran ya del mundo... ¡Y qué maravillas operó el dolor en el alma de mi Celina querida...! Todas las cartas que escribió en esas fechas están impregnadas de resignación y de amor... ¿Y quién será capaz de describir las conversaciones que teníamos juntas en el locutorio...? Las rejas del carmelo, lejos de separarnos, unían todavía más estrechamente nuestras almas. Teníamos las dos los mismos pensamientos, los mismos deseos, el mismo *amor* a Jesús y a las *almas*...

Jn 17,14-16

Cuando hablaban Celina y Teresa, ni una sola palabra de las cosas de la tierra se mezclaba nunca en sus conversaciones, que eran ya totalmente del cielo. Como tiempo atrás en el *mirador*, soñaban con las realidades *eternas*. Y para poder gozar pronto de esa dicha sin fin,

Flp 3,20

³³⁸ Como en muchas otras partes, Teresa va entretejiendo aquí las impresiones más contradictorias para expresar la situación de amor heroico que llena su corazón. Sobre el «*deseo de sufrir*», cf. Ms A 36r^o, 69v^o; Ms B 5r^o; Ms C 7r^o, 10v^o, etc. Sobre la ausencia total de *consuelo*, cf. Ms A 36r^o, 79v^o; Ms B 1r^o. Los ejercicios espirituales de Teresa antes de la toma de hábito fueron especialmente dolorosos (cf. Cta 74).

³³⁹ Leonia y Celina se hallaban hospedadas cerca del Bon Sauveur (desde el 19/2 hasta el 14/5/1889).

elegían como único lote aquí en la tierra «el sufrimiento y el desprecio»³⁴⁰.

Así transcurrió el tiempo de mis esponsales..., ¡que se le hizo muy largo a la pobre Teresita!

Al terminar mi año de noviciado, nuestra Madre me dijo que ni soñara en pedir la profesión, pues con toda seguridad el Superior rechazaría mi petición. Tuve que esperar ocho meses más...

En un primer momento se me hizo muy difícil aceptar ese gran sacrificio; pero pronto se hizo la luz en mi alma. Estaba meditando, aquellos días, los «Fundamentos de la vida espiritual» del P. Surin³⁴¹. Un día, durante la oración, comprendí que mi deseo tan intenso de hacer la profesión iba mezclado con un gran amor propio. Si me había entregado a Jesús para agradecerle y consolarle, [74rº] no debía obligarle a hacer mi *voluntad* en lugar de la suya.

Comprendí también que una prometida tenía que estar engalanada para el día de sus bodas, y que yo no había hecho nada para ello... Y entonces le dije a Jesús: «Dios mío, no te pido pronunciar los santos votos, *esperaré todo el tiempo que quieras*. Lo único que deseo es que mi unión contigo no se vea diferida por mi culpa. Por eso, voy a poner todo mi empeño en prepararme un

³⁴⁰ Cita de SAN JUAN DE LA CRUZ, *Maximes et avis spirituels*, p. 216, ed. de 1895. [Así se dice en la edición francesa, y Teresa pudo muy bien leer ese dicho en esa traducción francesa de las Obras de san Juan de la Cruz. Pero no hemos podido encontrar esa frase, tal cual, en las Obras del Santo, aunque ciertamente forma parte de su vivencia y de su doctrina. Es conocida la anécdota que el propio Santo dicen que contó a su hermano Francisco como acaecida en Segovia: estando fray Juan en oración ante una imagen del Crucificado, oyó que éste le preguntaba qué quería a cambio de sus muchos servicios, y que fray Juan le contestó: «Señor, padecer y ser despreciado por vuestro amor» (cf. CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, *Vida de san Juan de la Cruz*, Madrid, BAC, 1982, pp. 354 y 361. N. del T.] Cf. MS/NEC, 48rº,6+.

³⁴¹ Una antiquísima edición (1732) de esos *Fondements de la vie spirituelle, tiré du livre de l'Imitation de Jésus-Christ*, del P. SURIN, S. J.

hermoso vestido recamado de piedras preciosas³⁴². Cuando tú creas que ya está lo bastante ricamente adornado, estoy segura de que ni todas las criaturas juntas podrán impedirte bajar hasta mí para unirme a ti para siempre, Amado mío...».

A partir de la toma de hábito, yo había recibido ya abundantes luces sobre la perfección religiosa, especialmente respecto al voto de pobreza³⁴³. Durante el postulantado, me gustaba tener cosas bonitas para mi uso y encontrar a mano todo lo que necesitaba. «Mi *Director*» soportaba aquello con paciencia, pues no es amigo de enseñárselo todo a las almas de una vez. Normalmente va dando sus luces poco a poco.

(Al principio de mi vida espiritual, hacia los 13 o los 14 años, me preguntaba qué progresos tendría que hacer más adelante, pues creía que no podría comprender ya mejor la perfección. Pero no tardé en convencerme de que cuanto más adelanta uno en este camino, más lejos se ve del final. Por eso, ahora me resigno a verme siempre imperfecta, y encuentro en ello mi alegría...).

Vuelvo a las enseñanzas que me dio «mi *Director*». Una noche, después de Completas, busqué en vano nuestra lamparita en los estantes destinados a ese fin. Era tiempo de silencio riguroso, por lo que no podía reclamarla... Supuse que alguna hermana, creyendo coger su lámpara, había cogido la nuestra, que, por cierto, me hacía mucha falta. En vez de disgustarme por verme privada de ella, me alegré mucho, pensando que la pobreza consiste en verse una privada, no sólo de las cosas bonitas, sino también [74v^o] de las indispensables. Y de esa manera, en medio de las *tinieblas exteriores*, fui iluminada interiormente...

³⁴² Alusión al texto de Ezequiel (*supra*, 47r^o). Volverá a usar esta imagen en 75r^o. Cf. Cta 120r^o; 176,1v^o; PN 26,2-3; Or 4; y *Prières*, p. 71.

³⁴³ Celina no se cansa nunca de hablar de este tema; cf. CR, pp. 146-152; y también PO, p. 170; PA, p. 360.

En esa época me entró un verdadero amor a los objetos más feos e incómodos. Y así, me alegré cuando vi que me quitaban de la celda el precioso *cantarillo* que tenía y me daban en su lugar un cántaro *tosco* y *todo desportillado*...

Hacía también grandes esfuerzos por no disculparme, lo cual me resultaba muy difícil, sobre todo con nuestra maestra de novicias, a la que no quería ocultarle nada.

He aquí mi primera victoria, que no fue grande, pero que me costó mucho. Se encontró roto un vasito colocado detrás de una ventana. Nuestra maestra, creyendo que había sido yo quien lo había tirado, me lo enseñó, diciendo que otra vez tuviera más cuidado. Sin decir nada, besé el suelo y prometí ser más cuidadosa en adelante.

Debido a mi poca virtud, estos pequeños ejercicios me costaban mucho, y tenía que pensar que en el juicio final todo saldrá a la luz, y me hacía esta reflexión: cuando uno cumple con su deber, sin excusarse nunca, nadie lo sabe; las imperfecciones, por el contrario, se dejan ver enseguida...

Me aplicaba, sobre todo, a la práctica de las virtudes pequeñas³⁴⁴, al no tener facilidad para practicar las grandes. Así, por ejemplo, me gustaba plegar las capas que dejaban olvidadas las hermanas y prestarles todos los pequeños servicios que podía.

También se me concedió el amor a la mortificación, que era tanto mayor cuanto que no me permitían hacer nada para satisfacerlo... La única mortificación que yo hacía en el mundo, y que consistía en no apoyar la espalda cuando me sentaba, me la prohibieron, debido a la propensión que tenía a encorvarme. Claro, que si me hubiesen dado permiso para hacer muchas penitencias, segura-

³⁴⁴ Cf. SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*: «Aguantar pacientemente el malhumor del prójimo..., soportar amablemente una mala cara (...) Lamentablemente sólo nos gustan las virtudes emperifolladas». Seguro que la madre Inés, tan influenciada por la Visitación, entendió la alusión.

mente ese entusiasmo no me habría durado mucho... Las únicas que me permitían hacer sin pedir permiso consistían en mortificar mi amor propio, lo cual me aprovechaba mucho más que las penitencias corporales³⁴⁵...

[75rº] El refectorio, que fue mi oficio nada más tomar el hábito, me ofreció más de una ocasión para poner mi amor propio en su lugar, es decir, debajo de los pies... Es cierto que para mí era una gran alegría, Madre querida, estar en el mismo oficio que tú y poder ver de cerca tus virtudes. Pero esa misma cercanía era para mí motivo de sufrimiento³⁴⁶. No me sentía libre, *como antaño*, para decírtelo todo. Teníamos que observar la regla, y no podía abrirte mi alma. En una palabra, ¡yo estaba ya en el *carmelo*, y no en los *Buissonnets*³⁴⁷ bajo el *techo paterno*...!

Entretanto, la Santísima Virgen me ayudaba a preparar el vestido de mi alma; y en cuanto ese vestido estuvo terminado, los obstáculos desaparecieron solos. Monseñor me envió el permiso que había solicitado, la comunidad me aprobó, y se fijó la profesión para el 8 de septiembre...

Todo lo que acabo de escribir en pocas palabras requeriría muchas páginas de detalles, pero esas páginas no se leerán nunca en la tierra. Pronto, Madre querida, te hablaré de todo ello en *nuestra casa paterna*, ¡en ese hermoso cielo hacia el que se elevan los suspiros de nuestros corazones...!

Mi traje de bodas estaba listo. Se hallaba recamado con las *antiguas* joyas que mi Prometido me había re-

³⁴⁵ Parece que Teresa minimiza mucho sus *mortificaciones* (cf. PO, pp. 168, 295, 463; CA 27.7.16; UC, pp. 424ss; CR, pp. 172-173; PS 4, 19-20; DLTH, p. 246). En el Carmelo, las monjas se daban disciplina tres veces por semana, en virtud de las Constituciones; y podían también, con un permiso personal, llevar un instrumento de penitencia otros tres días a la semana durante dos o tres horas.

³⁴⁶ Cf. UC/MS C 11.8, y PO, pp. 252s.

³⁴⁷ Teresa era muy estricta en cuanto a las relaciones familiares en el interior del *carmelo*; CR, p. 159; CA 3.8.6; UC, p. 538, 15; PO, p. 296; Ms C 8vº.

galado; pero aún no era suficiente para su generosidad. Quería regalarme un *nuevo* diamante de innumerables destellos.

Las *antiguas* joyas eran la tribulación de papá, con todas sus dolorosas circunstancias; el *nuevo* diamante fue una prueba muy pequeña en apariencia, pero que me hizo sufrir mucho.

Desde hacía algún tiempo, como nuestro pobre papáito estaba un poco mejor, lo sacaban a pasear en silla de ruedas. Incluso se habló de hacerle tomar el tren para venir a vernos. Y, naturalmente, *Celina* pensó enseguida que había que escoger para ese viaje el día de mi toma de velo. Para que no se canse, decía, no le haré [75v^o] asistir a toda la ceremonia; sólo al final iré a buscarle y le llevaré muy despacito hasta la reja para que Teresa reciba su bendición.

¡Qué fácilmente reconozco en eso el corazón de mi *Celina* querida...! ¡Qué gran verdad es que «al amor nada le parece imposible, porque para él todo es posible y permitido...!»³⁴⁸. La *prudencia humana*, por el contrario, tiembla a cada paso y no se atreve, por así decirlo, a posar el pie en el suelo.

Así, Dios, que quería probarme, se sirvió de *ella* como de un dócil instrumento³⁴⁹, y el día de mis bodas estuve realmente huérfana, al no tener ya padre en la tierra, pero pudiendo mirar con confianza al cielo y decir con toda

Mt 6,9

verdad: «Padre nuestro, que estás en el cielo».

³⁴⁸ *Imitación*, III,5,4.

³⁴⁹ El señor Guérin se opuso al proyecto de *Celina*, pareciéndole demasiado arriesgado para la salud del señor Martín (cf. Cta 120, CG, pp. 584ss). Como indicará enseguida Teresa, se ha anticipado en el relato al hablar de su «toma de velo» (24 de septiembre) antes de contar su profesión (8 de septiembre).

[CAPÍTULO VIII

DESDE LA PROFESIÓN HASTA
LA OFRENDA AL AMOR
(1890-1895)

*Toma de velo – Madre Genoveva de Santa Teresa
– Epidemia de la gripe – Ejercicios con el P. Alejo
– Priorato de la madre Inés – Muerte de papá –
Entrada de Celina – Fin del Manuscrito A]*

Antes de hablarte de esta prueba, Madre querida, debería haberte hablado de los ejercicios espirituales que precedieron a mi profesión³⁵⁰. Esos ejercicios, no sólo no me proporcionaron ningún consuelo, sino que en ellos la aridez más absoluta y casi casi el abandono fueron mis compañeros. Jesús dormía, como siempre, en mi barquilla.

Mc 4,37-39

¡Qué pena!, tengo la impresión de que las almas pocas veces le dejan dormir tranquilamente dentro de ellas. Jesús está ya tan cansado de correr él siempre con los gastos y de tomar la iniciativa, que se apresura a aprovecharse del descanso que yo le ofrezco. Seguramente no se despertará hasta mis grandes ejercicios de la eternidad; pero esto, en lugar de afligirme, me produce una enorme alegría...

³⁵⁰ Ejercicios espirituales de diez días, de los que podemos encontrar testimonios directos en Cta 110 a 116. «La aridez más absoluta y casi casi el abandono» son una vez más el lote de Teresa (cf. 73vº, 76rº). «Me encuentro en un túnel muy oscuro» (Cta 112).

Verdaderamente, estoy lejos de ser santa, y nada lo prueba mejor que eso. En vez de alegrarme de mi sequedad, debería atribuirle a mi escaso fervor y fidelidad. Debería entristecerme por dormirme (después de 7 años) en la oración y durante la acción de *gracias*³⁵¹. Pues bien, no me entristezco... Pienso que los *niños* agradan tanto a sus padres mientras duermen como cuando están despiertos; pienso que los médicos, para hacer las operaciones, [76r^o] duermen a los enfermos. En una palabra, pienso que «el Señor conoce nuestra fragilidad y se acuerda de que no somos más que polvo».

Sal 102,14

Mis ejercicios para la profesión fueron, pues, como todos los que vinieron después, unos ejercicios de gran aridez. Sin embargo, Dios me mostró claramente, sin que yo me diera cuenta, la forma de agradarle y de practicar las más sublimes virtudes.

He observado muchas veces que Jesús no quiere darme *provisiones*. Me alimenta en cada momento con un alimento totalmente nuevo³⁵², que encuentro en mí sin saber cómo está allí... Simplemente creo que Jesús mismo, escondido en el fondo de mi pobre corazón, es quien me concede la gracia de actuar en mí y quien me hace descubrir lo que él quiere que haga en cada momento.

Unos días antes de mi profesión tuve la dicha de recibir la bendición del Sumo Pontífice. La había solicitado, a través del hermano Simeón, para *papá* y para mí, y fue para mí una gran alegría el poder devolverle a mi querido papá la gracia que él me había proporcionado llevándome a Roma.

Por fin, llegó el *hermoso día* de mis bodas³⁵³. Fue un día sin nubes. Pero la *víspera*, se levantó en mi alma la mayor tormenta que había visto en mi vida... Hasta enton-

³⁵¹ El sueño de Jesús es un precioso tema en Teresa (PN 13,14; 7,9; 24,32; Ms B 5r^o).

³⁵² ¿No es precisamente ésta la idea de Dios al dejar caer, cada día, el maná en el desierto (Éx 16,4)?

³⁵³ El lunes 8 de septiembre de 1890.

ces, ni una sola duda sobre la vocación me había venido al pensamiento. Pero tenía que pasar por esa prueba. Por la noche, al hacer el Viacrucis después de Maitines³⁵⁴, mi vocación me pareció ser un *sueño*, una quimera... La vida del Carmelo me parecía muy hermosa, pero el demonio me insuflaba la *convicción* de que no estaba hecha para mí, de que engañaría a los superiores si me aventuraba por un camino al que no estaba llamada...

Mis tinieblas eran tan grandes, que no veía ni en [76v^o] tendía más que una cosa: ¡que no tenía *vocación*...!

¿Cómo describir la angustia de mi alma...? Me parecía (cosa absurda, que demuestra a las claras que esa tentación venía del demonio) que si comunicaba mis temores a la maestra de novicias, ésta no me dejaría pronunciar los santos votos. Sin embargo, prefería cumplir la voluntad de Dios, volviendo al mundo, a quedarme en el Carmelo haciendo la mía.

Hice, pues, salir a la maestra de novicias³⁵⁵, y, *llena de confusión*, le expuse el estado de mi alma...

Gracias a Dios, ella vio más claro que yo y me tranquilizó por completo. Por lo demás, el acto de humildad que había hecho acababa de poner en fuga al demonio, que quizás pensaba que no me iba a atrever a confesar aquella tentación. En cuanto acabé de hablar, desaparecieron todas las dudas.

Sin embargo, para completar mi acto de humildad, quise confiarle también mi extraña tentación a nuestra Madre, que se contentó con echarse a reír.

³⁵⁴ En la víspera de la profesión, la novicia se quedaba en oración en el coro hasta medianoche.

³⁵⁵ Cf. María de los Ángeles, PO, p. 411. Sobre las tentaciones a que somete el demonio a las almas «*que salen de los ejercicios*», Teresa puso en guardia a María de la Trinidad (PO, p. 460; VT, n^o 75, pp. 216s).

Is 66,12 En la mañana del 8 de septiembre, me sentí *inundada*³⁵⁶ por un río de paz. Y en medio de esa paz, «que supera todo sentimiento»³⁵⁷, emití los santos votos...

Flp 4,7 Mi unión con Jesús no se consumó entre rayos y relámpagos –es decir, entre gracias extraordinarias–, sino en medio de un *ligero céfiro* parecido al que oyó en la montaña nuestro Padre san Elías...

IR 19,11-13 ¡Cuántas gracias pedí aquel día³⁵⁸...! Me sentía verdaderamente reina, así que me aproveché de mi título para liberar a los cautivos y alcanzar favores del Rey para sus súbditos ingratos. En una palabra, quería liberar a todas las almas del purgatorio³⁵⁹ y convertir a los pecadores...

Pedí mucho por mi *Madre*, por mis hermanas queridas..., por toda la familia, pero sobre todo por mi papaíto, tan probado y tan santo³⁶⁰...

Mt 6,10 Me ofrecí a Jesús para que hiciese en mí con toda perfección su voluntad, sin que las criaturas fuesen nunca obstáculo para ello...

[77rº] Pasó por fin ese hermoso día, como pasan los más tristes, pues hasta los días más radiantes tienen un mañana. Y deposité sin tristeza mi corona a los pies de la Santísima Virgen. Estaba segura de que el tiempo no me quitaría mi felicidad...

¡Qué fiesta tan hermosa la de la Natividad de *María* para convertirme en esposa de Jesús! Era la *Virgencita* recién nacida quien presentaba su *florecita* al *Niño* Jesús... Todo fue pequeño ese día, excepto las gracias y la paz que recibí y excepto la alegría *serena* que sentí por la

³⁵⁶ Término éste que corresponde a la desmesura de los deseos, de los sentimientos y del amor de Teresa (cf. 25rº, 27rº, 32rº, 34vº, 35rº, 84rº, etc; y SAN JUAN DE LA CRUZ, CE, cancns. 14 y 15,9).

³⁵⁷ Alusión a san SAN JUAN DE LA CRUZ, CE, cancns. 20 y 21.

³⁵⁸ Cf. Or 2; Cta 201,1rº; DLTH, p. 169.

³⁵⁹ Celina traduce, en un estilo más gráfico: «El día de su profesión, pidió a Dios que vaciase las cárceles del purgatorio» (PA, p. 287; cf. *Prières*, p. 64,22).

³⁶⁰ Cf. CA 23.7.6, y PA (Leonia), p. 377.

noche al ver titilar las estrellas en el firmamento mientras pensaba que *pronto* ese hermoso cielo se abriría ante mis ojos extasiados y podría unirme a mi Esposo en medio de una alegría eterna...

El 24 tuvo lugar la ceremonia de mi toma de *velo*³⁶¹. Fue un día totalmente *velado* por las lágrimas... Papá no estaba allí para bendecir a su reina... El Padre estaba en Canadá... Monseñor, que iba a venir y a cenar en casa de mi tío, estaba enfermo, y tampoco vino. En una palabra, todo fue tristeza y amargura... Sin embargo, en el fondo del cáliz había *paz*, siempre *paz*³⁶²...

Aquel día Jesús permitió que no pudiese contener las lágrimas, y mis lágrimas no fueron comprendidas³⁶³... De hecho, ya había soportado pruebas mucho mayores sin llorar, pero entonces me ayudaba una gracia muy poderosa; en cambio, el día 24 Jesús me abandonó a mis propias fuerzas, y demostré lo escasas que eran éstas.

Ocho días después de mi toma de velo tuvo lugar la boda de Juana³⁶⁴. Me sería imposible decirte, Madre querida, cuánto me enseñó su ejemplo acerca de las delicadezas que una esposa debe prodigar a su esposo. Escuchaba ávidamente todo lo que podía aprender al respecto, pues yo no quería hacer menos por mi amado Jesús³⁶⁵ que lo que Juana hacía por Francis, una criatura ciertamente muy perfecta, ¡pero a fin de cuentas una *criatura*...!

³⁶¹ La profesión (8 de septiembre), ceremonia íntima dentro de la clausura, se completó (el 24) con la toma del velo negro, ceremonia pública. – «*El Padre*»: Pichon, en el Canadá.

³⁶² Cf. 64r°, 69v°.

³⁶³ Cf. CG, pp. 584, ¡asombroso!; 586+d; LC 142, en CG, p. 587.

³⁶⁴ Matrimonio de Juana Guérin con el Dr. Francis La Néele, el 1/10/1890.

³⁶⁵ Sin embargo, Teresa, metida en el «*túnel*» (Cta 115), no le reprocha a Jesús que él no haga tanto por ella como los «*novios de la tierra*»...

[77vº] Hasta me divertí componiendo una tarjeta de invitación³⁶⁶ para compararla con la suya. Estaba concebida en los siguientes términos:

TARJETA DE INVITACIÓN A LAS BODAS
DE SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS DE LA SANTA FAZ

El Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, Soberano Dominador del mundo, y la Gloriosísima Virgen María, Reina de la Corte celestial, tienen a bien participaros el Enlace matrimonial de su Augusto Hijo Jesús, Rey de reyes y Señor de señores, con la señorita Teresa Martin, ahora Señora y Princesa de los reinos aportados en dote por su Divino Esposo, a saber: la Infancia de Jesús y su Pasión, siendo sus títulos de nobleza: del Niño Jesús y de la Santa Faz.

El señor Luis Martin, Propietario y Señor de los Señoríos del Sufrimiento y de la Humillación, y la señora de Martin, Princesa y Dama de Honor de la Corte Celestial, tienen a bien participaros el enlace matrimonial de su hija Teresa, con Jesús, el Verbo de Dios, segunda Persona de la Adorable Trinidad, que, por obra del Espíritu Santo, se hizo Hombre e Hijo de la Virgen María, la Reina de los cielos.

No habiendo podido invitaros a la bendición nupcial que les fue otorgada en la montaña del Carmelo el 8 de septiembre de 1890 (a la que sólo fue admitida la Corte Celestial), se os suplica que asistáis a la Tornaboda, que tendrá lugar Mañana, Día de la Eternidad, día en que Jesús, el Hijo de Dios, vendrá sobre las Nubes del Cielo en el esplendor de su Majestad, para juzgar a vivos y muertos.

Mt. 25,31-40

³⁶⁶ Cf. CG, pp. 581ss.

Dado que la hora es incierta, os invitamos a estar preparados y velar. Mt 24,42-44

[78rº] Ahora, Madre querida, ¿qué me queda por decirte?

Ah, creía haber terminado, pero aún no te he dicho nada sobre la suerte que tuve de haber conocido a nuestra santa madre Genoveva³⁶⁷... Es ésta una gracia inestimable. Pues Dios, que ya me había dado tantas, quiso que viviese con una *santa*, no de éstas inimitables, sino una santa que se santificó por medio de virtudes ocultas y ordinarias...

Más de una vez he recibido de ella grandes consuelos, y especialmente un domingo. Al ir, como solía, a hacerle una breve visita, encontré a otras dos hermanas con la madre Genoveva. La miré sonriendo, y me disponía a salir, pues no nos está permitido estar tres con una enferma, pero ella, mirándome con aire inspirado, me dijo: «Espera, hija mía, sólo quiero decirte unas palabritas. Siempre que vienes a verme, me pides que te dé un ramillete espiritual. Bueno, pues hoy voy a darte éste: Sirve a Dios con paz y con alegría. Recuerda, hija mía, que nuestro Dios es el Dios de la paz».

1Co 14,33

Le di sencillamente las gracias y salí emocionada hasta las lágrimas y convencida de que Dios le había revelado el estado de mi alma: aquel día me encontraba sumamente probada, casi triste, en una noche³⁶⁸ tal, que no sabía ya si Dios me amaba. ¡Imagínate, Madre querida, la alegría y el consuelo que sentí...!

Al domingo siguiente, quise saber qué revelación había tenido la madre Genoveva. Me aseguró que no había tenido *ninguna*, y entonces mi admiración subió de punto

³⁶⁷ Cf. 69vº y DLTH, pp. 184s.

³⁶⁸ En Teresa, junto a *noches benditas* (Cta 201, 2rº) y luminosas (Ms A 44vº, 45vº), hay también a menudo noches trágicas: *la noche del alma* (44vº, 51rº), *la noche negra* (51rº), la «*noche de esta vida*» (Ms B 1vº; Cta 96,2vº; 141,1vº y 2rº; 147,2rº; 156rº), hasta la «*noche más profunda todavía, la noche de la nada*» (Ms C 6vº).

al comprobar en qué grado eminente Jesús vivía en ella y la hacía hablar y actuar.

Sí, esa *santidad* me parece la más *auténtica*, la más *santa*, y es la que yo deseo para mí, pues en ella no cabe la menor ilusión³⁶⁹...

[78vº] El día de mi profesión recibí otra gran alegría al saber de labios de la madre Genoveva que también ella había pasado por la misma prueba que yo³⁷⁰ antes de pronunciar sus votos...

¿Te acuerdas, Madre querida, del consuelo que encontramos a su lado en los momentos de nuestros *grandes* sufrimientos?

En una palabra, el recuerdo que la madre Genoveva dejó en mi corazón es un recuerdo impregnado de fragancia...

El día de su partida para el cielo³⁷¹ me sentí especialmente emocionada. Era la primera vez que asistía a una muerte, y el espectáculo fue realmente encantador... Yo estaba situada justamente a los pies de la cama de la santa moribunda³⁷² y veía perfectamente sus más ligeros movimientos.

Durante las dos horas que pasé allí, me parecía que mi alma debería sentirse henchida de fervor; por el contrario, se apoderó de mí una especie de insensibilidad. Pero en el *momento mismo* en que nuestra santa madre Genoveva nacía para el cielo, mis disposiciones interiores dieron un vuelco: en un abrir y cerrar de ojos me sentí henchida de una alegría y de un fervor inexplicables. Era como si la madre Genoveva me hubiese dado una parte

³⁶⁹ Teresa huye de la ilusión como de la peste, lo que hará su prueba de la fe mucho más dura y angustiosa (cf. Ms A 69vº; Ms C 35rº; y Cta 226).

³⁷⁰ Sin duda, el sentimiento de no tener realmente vocación. Cf. MS/NEC 78vº, 2+.

³⁷¹ El sábado 5/12/1891.

³⁷² Cf. Ms A 12vº.

de la felicidad de que ella ya gozaba, pues estoy plenamente convencida de que fue derecha al cielo...

Cuando aún vivía, le dije una vez:

–«Usted, Madre, no irá al purgatorio»³⁷³.

–«Así lo espero», me contestó con dulzura.

Y seguro que Dios no defraudó una esperanza tan llena de humildad. Prueba de ello son todos los favores que de ella hemos recibido...

Todas las hermanas se apresuraron a pedir alguna reliquia, y tú ya sabes, Madre querida, la que yo tengo la dicha de poseer... Durante la agonía de la madre Genoveva, vi que una *lágrima* brillaba en uno de sus párpados como un diamante. Esa *lágrima*, la *última* de todas las que derramó, no llegó a desprenderse, y vi que seguía *brillando* en el coro sin que nadie pensara en recogerla. Entonces, tomando un pañito fino, me tomé la libertad de acercarme por la noche, sin que nadie me viera, y recoger como *reliquia* la *última lágrima* de una santa... Desde entonces la he llevado siempre en la [79r^o] bolsita³⁷⁴ donde guardo encerrados mis votos.

No doy importancia a mis sueños³⁷⁵. Además, rara vez tengo sueños simbólicos, e incluso me pregunto cómo es posible que, pasándome todo el día pensando en Dios, no ocupe él un mayor lugar en mis sueños...

³⁷³ Deseo y obsesión constante de Teresa, a contracorriente de la literatura carmelitana de su tiempo; cf. *Prières*, p. 102,63; Or 2; Ms A 76v^o, 84v^o; PN 23,8. Ver también *infra*, PN 17, n. 8; VT, n^o 99, pp. 185ss.

³⁷⁴ Cf. DLTH, p. 169. Teresa daría esa reliquia a Celina para su profesión.

³⁷⁵ Sin embargo, el sueño del Ms B 2r^o, además del de la madre Genoveva, ocupa un lugar esencial en el itinerario de Teresa. Cf. también Ms A 10v^o, y Cta 86. – Teresa ofrece a continuación una preciosa síntesis de sus sueños espontáneos: *bosques, flores, arroyos, el mar, niños, mariposas y pájaros* (ver sus pinturas, precisamente de este período, en DLTH, pp. 198, 199 y 207).

Normalmente sueño con bosques, con flores, con arroyos, con el mar, y casi siempre veo preciosos niños, o cazo mariposas y pájaros que nunca he visto. Ya ves, Madre, que si mis sueños tienen un aspecto poético, están muy lejos de ser místicos...

Una noche, después de la muerte de la madre Genoveva, tuve uno más confortante. Soñé que la Madre estaba haciendo testamento, y que a cada una de las hermanas le dejaba algo de lo que le había pertenecido. Cuando me llegó el turno a mí, pensé que no recibiría nada, pues ya no le quedaba nada. Pero, incorporándose, me dijo por tres veces con acento penetrante: «A ti te dejo mi *corazón*»³⁷⁶.

Un mes después de la partida de nuestra santa Madre, se declaró la gripe en la comunidad³⁷⁷. Sólo otras dos hermanas y yo quedamos en pie. Nunca podré expresar todo lo que vi, y lo que me pareció la vida y todo lo que es pasajero...

El día en que cumplí 19 años, lo festejamos con una muerte, a la que pronto siguieron otras dos³⁷⁸.

En esa época, yo estaba sola en la sacristía, por estar muy gravemente enferma mi primera de oficio. Yo tenía que preparar los entierros, abrir las rejas del coro para la misa, etc. Dios me dio muchas gracias de fortaleza en aquellos momentos. Ahora me pregunto cómo pude hacer todo lo que hice sin sentir miedo. La muerte reinaba por doquier. Las que apenas si podían tenerse en pie cui-

³⁷⁶ El Dr. de Cornière acababa de extraer el corazón de la madre Genoveva, para que las carmelitas pudieran tener una reliquia para venerarla (cf. DLTH, p. 184). Teresa, profundamente impresionada, sueña con él (cf. también CA 2.8.1).

³⁷⁷ En diciembre de 1891 y enero de 1892 (cf. CG, p. 649). Ya se hablaba de ella a finales de 1889. En el invierno de 1889-1890 la epidemia habría causado ya 70 000 víctimas en Francia. Sobre el papel de Teresa, cf. PA, p. 355.

³⁷⁸ Sor San José de Jesús, la más anciana, el 2/1/1892, cumpleaños de Teresa; el 4, sor Febronia, subpriora (cf. 70v^o); y el 7, sor Magdalena del Santísimo Sacramento (ver *infra*).

daban a las más enfermas. En cuanto una hermana exhalaba su último suspiro, había que dejarla sola.

Una mañana, al levantarme, tuve el presentimiento de que sor Magdalena se había muerto. El claustro estaba a oscuras y nadie salía de su celda. Por fin, me decidí [79v^o] a entrar en la celda de la hermana Magdalena, que tenía la puerta abierta. Y la vi, vestida y acostada en su jergón. No sentí el menor miedo. Al ver que no tenía cirio, se lo fui a buscar, y también una corona de rosas.

La noche en que murió la madre subpriora, yo estaba sola con la enfermera³⁷⁹. Es imposible imaginar el triste estado de la comunidad en aquellos días. Sólo las que quedaban de pie pueden hacerse una idea.

Pero en medio de aquel abandono, yo sentía que Dios velaba por nosotras. Las moribundas pasaban sin esfuerzo a mejor vida, y enseguida de morir se extendía sobre sus rostros una expresión de alegría y de paz, como si estuviesen durmiendo un dulce sueño. Y así era en realidad, pues, cuando haya pasado la apariencia de este mundo, se despertarán para gozar eternamente de las delicias reservadas a los elegidos...

1Co 7,31

Durante todo el tiempo que duró esta prueba de la comunidad, yo tuve el inefable consuelo de recibir *todos los días* la sagrada comunión... ¡Qué felicidad...! Jesús me mimó mucho tiempo, mucho más tiempo que a sus fieles esposas, pues permitió que a mí me *lo dieran*, cuando las demás no tenían la dicha de recibirle.

También me sentía enormemente feliz de poder tocar los vasos sagrados y de preparar los *corporales* destinados a recibir a Jesús. Sabía que tenía que ser muy fervorosa y recordaba con frecuencia estas palabras dirigidas a un santo diácono: «Sé santo, tú que tocas los vasos del Señor».

Is 52,11

No puedo decir que haya recibido frecuentes consuelos durante las acciones de gracias; tal vez sean los

³⁷⁹ Sor Amada de Jesús (cf. DLTH, p. 208; Ms A 82v^o; CA 18.9.3).

momentos en que menos los he tenido... Y me parece muy natural, pues me he ofrecido a Jesús, no como quien desea recibir su visita para propio consuelo, sino, al contrario, para complacer al que se entrega a mí.

Me imagino a mi alma como un terreno *libre*, y pido a la Santísima Virgen que quite los *escombros* que pudieran impedirle [80r^o] estar *libre*. Luego le suplico que monte ella una gran tienda digna del *cielo* y que la adorne con *sus propias* galas. Después invito a todos los ángeles y santos a que vengan a dar un magnífico concierto³⁸⁰. Y cuando Jesús baja a mi corazón, me parece que está contento de verse tan bien recibido, y yo estoy contenta también...

Pero todo esto no impide que las distracciones y el sueño vengan a visitarme. Pero al terminar la acción de gracias y ver que la he hecho tan mal, hago el propósito de pasarme todo el resto del día en acción de gracias...

Ya ves, Madre querida, qué lejos estoy de dejarme llevar por el camino del temor³⁸¹. Sé encontrar siempre la forma de ser feliz y de aprovecharme de mis miserias³⁸²... Y seguro que eso no le disgusta a Jesús, pues él mismo parece animarme a seguir por ese camino...

Un día, contra mi costumbre, estaba un poco turbada al ir a comulgar; me parecía que Dios no estaba contento de mí y pensaba en mi interior: «Si hoy sólo recibo la *mitad de una hostia*, me llevaré un gran disgusto, pues creeré que Jesús viene como de mala gana a mi corazón». Me acerco... y, ¡oh, felicidad!, por primera vez en mi vida veo

³⁸⁰ Cf. Cta 165, 2r^o/v^o.

³⁸¹ A lo largo de todo este párrafo, Teresa hace un análisis muy agudo del «estado de su alma» antes y después de haber comulgado, así como de su «*día vivido en continua acción de gracias*». – *Feliz*: para Teresa, Dios «*sólo desea nuestra felicidad*» (52r^o), y el sentido de su Acto de Ofrenda no es otro que el de hacer a Dios «*feliz*» (84r^o). Cf. CA 15.5.2; 5.7.2, etc., y UC, p. 389 al final.

³⁸² Cita implícita de SAN JUAN DE LA CRUZ, Glosa *Sin arrimo y con arrimo*: cf. *Poesías*, II, p. 196; y PN 30.

que el sacerdote ¡toma *dos hostias* bien separadas y me las da...! Comprenderás mi alegría y las dulces lágrimas que derramé ante tan gran misericordia...

Al año siguiente de mi profesión, es decir, dos meses antes de la muerte de la madre Genoveva, recibí grandes gracias durante los ejercicios espirituales³⁸³.

Normalmente, los ejercicios predicados me resultan más dolorosos todavía que los que hago sola. Pero ese año no fue así.

Había hecho con gran fervor una novena de preparación, a pesar del presentimiento íntimo que tenía, pues me parecía que el predicador no iba a poder comprenderme³⁸⁴, ya que se dedicaba sobre todo a ayudar a los grandes pecadores y no [80vº] a las almas religiosas. Pero Dios, que quería demostrarme que sólo él era el director de mi alma, se sirvió precisamente de este Padre, al que nadie más que yo apreció³⁸⁵...

Yo sufría por aquel entonces grandes pruebas interiores de todo tipo (hasta llegar a preguntarme a veces si existía un cielo³⁸⁶). Estaba decidida a no decirle nada acerca de mi estado interior, por no saber cómo explicarme. Pero en cuanto entré en el confesonario, sentí que se dilataba mi alma. Apenas pronuncié unas pocas palabras,

³⁸³ Del 8 al 15 de octubre de 1891, dirigidos por el P. Alejo Prou, franciscano de Caen. Cf. CG, p. 1198; DLTH, pp. 182s; VT, nº 18, p. 108.

³⁸⁴ Teresa había quedado defraudada con varios otros, por ejemplo con el P. Blino (cf. CG, pp. 533-534+h; PA, p. 159). «La Sierva de Dios –añade la madre Inés– buscaba siempre a alguien con autoridad que le dijese: “¡Lánzate a alta mar y echa las redes!”. Y encontró a ese enviado de Dios en la persona del P. Alejo».

³⁸⁵ La madre María de Gonzaga prohibió a Teresa volver a ver al predicador. Y Teresa, mientras tanto, que era sacristana, lo oía ir y venir a la espera de alguna posible penitente (cf. PA, p. 361)... Al final de los ejercicios, pudo confesarse largo y tendido, con gran disgusto de su priora (cf. DLTH, p. 182).

³⁸⁶ Pregunta lacerante para Teresa (Ms B 2vº; Ms C 5vº, 7rº, 7vº; cf. PN 22, nota 1).

me sentí maravillosamente comprendida, incluso *adivina-da*... Mi alma era como un libro, en el que el Padre leía mejor incluso que yo misma... Me lanzó a velas desplegadas por los mares de la *confianza* y del *amor*³⁸⁷, que tan fuertemente me atraían, pero por los que no me atrevía a navegar³⁸⁸... Me dijo que *mis faltas no apenaban* a Dios³⁸⁹, y que, como *representante suyo*, me decía de *su parte* que él estaba muy contento de mí³⁹⁰...

¡Qué feliz me sentí al escuchar esas consoladoras palabras...! Yo nunca había oído decir que pudiera haber faltas que no apenasen a Dios. Esas palabras me llenaron de alegría y me ayudaron a soportar con paciencia el destierro de la vida... En lo hondo del corazón yo sentía que eso era así, pues Dios es más tierno que una madre. ¿Y no estás tú siempre dispuesta, Madre querida, a perdonarme las pequeñas indelicadezas de que te hago objeto sin querer...? ¡Cuántas veces he tenido esa grata experiencia...! Ningún reproche me afectaría tanto como una sola de tus caricias. Soy de tal condición, que el miedo me hace retroceder; con *amor* no sólo avanzo sino que *vuelo*³⁹¹...

³⁸⁷ «A partir de estos ejercicios, se entregó por entero a la confianza en Dios. Buscó en los Libros sagrados una confirmación a su audacia. Repetía feliz las palabras de san Juan de la Cruz: “Esperanza de Dios tanto alcanza cuanto espera”» (Madre Inés, PO, p. 155; cf. N 2, 21, 8 [«porque esperanza del cielo /tanto alcanza cuanto espera», rezan dos versos sanjuanistas de su poema «Tras un amoroso lance»: *Obras Completas*, ed. cit., pp. 61s. N. del T.]; VT, n° 78, p. 151).

³⁸⁸ ¿Cabría ver aquí como al trasluz, tras esta imagen, la de Cristo caminando sobre las olas e invitando a Pedro a ir hasta él (Mt 14,25-31)?

³⁸⁹ Cf. PO, p. 157; Or 2; *Prières*, p. 62,1-2; Cta 114v°.

³⁹⁰ Una preocupación constante de Teresa desde su niñez; cf. Ms A 34v°; LC 120, en CG, p. 512; Ms B 2v°.

³⁹¹ «*El amor da alas*», es el corazón de una poesía compuesta por Teresa por las mismas fechas que el Ms A (*Teatro y Poesías*, Burgos, Monte Carmelo, 1997, introducción a las notas de PN 22; cf. *Poesías*, I, p. 125 y RP 5,4r°).

Y sobre todo, Madre, desde el día bendito de tu elección³⁹², volé por los caminos del amor... Ese día, Paulina se convirtió en mi Jesús viviente..., se convirtió por segunda vez en ¡mi «mamá»³⁹³...!

[81rº] De tres años a esta parte, vengo teniendo la dicha de contemplar las *maravillas* que obra Jesús por medio de mi Madre querida... Veo que *sólo el sufrimiento* puede engendrar almas, y estas sublimes palabras de Jesús se me revelan como nunca en toda su profundidad: «Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».

Jn 12,24-25

¡Y qué cosecha tan abundante has recogido...! Has sembrado entre lágrimas, pero pronto verás el fruto de tus trabajos y volverás llena de alegría trayendo gavillas en tus manos...

Sal 125,5-6

Entre esas gavillas floridas, *Madre*, va oculta ahora la *florequilla blanca*; pero en el cielo tendrá voz para cantar la *dulzura* y las *virtudes* que te ve practicar día tras día en la sombra y en el silencio de esta vida de destierro...

Sí, en estos últimos tres años he comprendido muchos misterios hasta entonces ocultos para mí. Dios me ha mostrado la misma misericordia que mostró al rey Salomón. No ha querido que yo tuviese un sólo deseo que no viese realizado. Y no sólo mis deseos de perfección, sino también aquellos cuya vanidad *comprendía* sin haberla experimentado.

Como siempre te he mirado, Madre querida, como mi *ideal*, deseaba parecerme a ti en todo. Al verte hacer preciosas pinturas y poesías tan encantadoras, pensaba: «¡Cómo me gustaría poder pintar y saber expresar

³⁹² El 20/2/1893. El priorato de su hermana será para Teresa un período de indudable maduración; pero no por ello se dejará dominar por la dependencia familiar, en concreto cuando entre las dos prioras se produzcan choques, a veces violentos (cf. CG, p. 745+g).

³⁹³ Sobre esta última parte de la frase, cf. MS/NEC, Notas de crítica textual.

en versos mi pensamiento, y hacer con ello el bien a las almas...!».

No quería *pedir* estos dones naturales, y mis deseos permanecían *ocultos* en lo hondo de mi *corazón*. Pero *Je-sús, oculto* también él en mi pobre *corazón*, tuvo a bien hacerle ver que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol... Con gran extrañeza de las hermanas, me pusieron a *pintar*³⁹⁴, y Dios permitió que supiese sacar jugo a las lecciones que mi Madre querida me dio... Y quiso también [81v^o] que, a ejemplo suyo, pudiese hacer poesías y componer piezas teatrales que a las hermanas les parecieran bonitas...

Al igual que Salomón, *al volver la mirada hacia las obras de sus manos en las que tan inútilmente trabajó, vio que todo era vanidad*³⁹⁵ y *aflicción de espíritu*, así también yo conocí por EXPERIENCIA que la felicidad sólo consiste en esconderse y en vivir en la ignorancia de las cosas creadas. Comprendí que, sin el *amor*, todas las obras son nada, incluso las más brillantes, como resucitar a los muertos o convertir a los pueblos...

Los dones que Dios me ha prodigado (sin yo pedirse-los), en lugar de hacerme daño y de producirme vanidad, me llevan hacia él. Veo que sólo él es *inmutable* y que sólo él puede colmar mis inmensos deseos...

Hay también deseos de otra índole que Jesús se ha dignado cumplir, deseos infantiles como el de la nieve para mi toma de hábito. Tú sabes bien, Madre querida, cómo me gustan las flores. Al hacerme prisionera a los 15 años, renuncié para siempre a la dicha de correr por los

³⁹⁴ Cuando la elección de su hermana para priora, Teresa dejó la sacristía y le fue encomendado el oficio de la pintura. Entre otras cosas, pintó el fresco del oratorio en junio de 1893 (cf. DLTH, p. 201; CG, pp. 685, 725).

³⁹⁵ Teresa insiste una vez más en una de sus citas favoritas (cf. Ms A 32v^o, 46v^o, 81r^o; Cta 58; 243; Or 8; CA 22.6.1) a propósito de sus cualidades para la pintura y la poesía, lo cual puede parecer extraño, aun cuando 1Co 13 viene a corregir al Eclesiástico... La explicación la ha dado María de la Trinidad (cf. BT, p. 99).

campos esmaltados con los tesoros de la primavera. Pues bien, nunca he tenido tantas flores como desde que entré en el Carmelo³⁹⁶...

Es costumbre que los novios regalen con frecuencia ramos de flores a sus novias. Jesús no lo echó en olvido y me mandó, a montones, gavillas de acianos, margaritas gigantes, amapolas, etc., todas las flores que más me gustan. Hay incluso una florecita, llamada la neguilla de los trigos, que yo no había vuelto a encontrar desde cuando vivíamos en Lisieux; tenía muchas ganas de volver a ver esa flor de *mi niñez* que yo cogía en los campos de Alençon. Pues también ella vino a sonreírme en el Carmelo y a mostrarme que, tanto en las cosas más pequeñas como en las grandes, Dios da el ciento por uno ya en esta vida a las almas que lo han dejado todo por su amor.

Mt 19,29

Pero mi deseo más entrañable, el mayor de todos, el que nunca pensé [82rº] que vería hecho realidad, era la entrada de mi Celina querida³⁹⁷ en el mismo Carmelo que nosotras... Ese *sueño* me parecía inverosímil³⁹⁸: vivir bajo el mismo techo, compartir las alegrías y las penas de la compañera de mi infancia. Por eso, había hecho por completo el sacrificio. Había puesto en manos de Jesús el porvenir de mi hermana querida y estaba dispuesta a verla partir, si era necesario, para el último rincón del mundo.

Lo único que no podía aceptar³⁹⁹ era que no fuese esposa de Jesús, pues, al quererla tanto como a mí misma, se me hacía imposible verla entregar su corazón a un mortal.

³⁹⁶ «Porque fuera sabían que ella era la encargada de adornar la estatua del Niño Jesús del claustro» (Nota de la madre Inés).

³⁹⁷ Cf. CA 16.7.2; UC II, p. 524.

³⁹⁸ Debido a la previsible oposición del Sr. Delatroëtte.

³⁹⁹ En el tema de la virginidad de Celina y su consagración a Cristo Teresa se muestra inflexible. De ahí el acento firme y a la vez suplicante de las cartas que escribe a su hermana en estos años 1891-1894, y en especial en el verano de 1893 (cf. Cta 130; CG, p. 645+b; *Mis armas - Santa Cecilia*, pp. 72-75).

Ya había sufrido mucho sabiendo que en el mundo estaba expuesta a peligros que yo no había conocido⁴⁰⁰. Puedo decir que mi cariño a Celina, desde mi entrada en el Carmelo, era un amor de madre tanto como de hermana...

Un día en que iba a ir a una fiesta nocturna⁴⁰¹, tenía yo un disgusto tan grande que supliqué a Dios que *no la dejase bailar*, y hasta derramé (contra mi costumbre) un torrente de lágrimas. Jesús se dignó escucharme y no permitió que su joven prometida *pudiese bailar* aquella noche (aunque sabía hacerlo con mucho garbo cuando era necesario). La sacaron a bailar sin que pudiera negarse, pero su galán fue absolutamente incapaz de hacerle dar un solo paso de *baile*, y, con gran confusión de su parte, se vio condenado a *caminar* sencillamente a su lado para acompañarla a su sitio; luego se esfumó y no volvió a aparecer por la velada.

Aquella aventura, única en su género, me hizo crecer en confianza y en amor hacia Aquel que, al depositar *su señal* en mi frente, la estampó al mismo tiempo sobre la de mi Celina querida...

Sal 115,16

El 29 de julio del año pasado, cuando Dios rompió la ataduras de su incomparable servidor⁴⁰² y lo llamó a las recompensas eternas, rompió a la vez las que retenían en el mundo a su querida prometida. Ella había cumplido ya

⁴⁰⁰ Teresa no sabe bien hasta qué punto está en lo cierto: cuando escribe esto (en 1895), todavía no sabe lo que ha sufrido su hermana. Durante dos años (1889-1891), pasó por una profunda crisis, «en la hoguera», como ella dice, guardando ante los demás un completo silencio sobre sus luchas.

⁴⁰¹ El 20/4/1892, en la boda de Enrique Maudelonde. Cf. CR, pp. 163-164 y PA, p. 301. Lo que Teresa no dice es que antes, en el locutorio, le había echado una buena filípica a su hermana, poniéndole el ejemplo de los tres jóvenes hebreos en el horno de fuego... Seis días después le escribió a Celina una carta más serena (Cta 134).

⁴⁰² El domingo 29/7/1894. Cf. CG, pp. 780s, y VT, n° 120, pp. 221-238. En Teresa, la alegría prevalece pronto sobre el dolor: «*vuelve a encontrar*» por fin a su padre «*tras seis años de ausencia*» (Cta 169; 170; PN 8).

su primera misión: encargada de *representarnos a todas nosotras* al lado de nuestro padre, al que amábamos con tanta ternura, cumplió esa misión como un ángel... Y los ángeles no se quedan [82v°] en la tierra: una vez que han cumplido la voluntad de Dios, vuelven enseguida hacia él, que para eso tienen alas...

También nuestro ángel batió sus blancas alas. Estaba dispuesto a volar *muy lejos* para encontrarse con Jesús, pero Jesús le hizo volar *muy cerca*... Se conformó con la aceptación del gran sacrificio, que fue extremadamente *doloroso* para Teresita... Durante *dos años* su Celina le había ocultado un secreto⁴⁰³. ¡Y cuánto había sufrido también ella...!

Por fin, desde lo alto del cielo, mi rey querido, al que en la tierra no le gustaban las demoras, se dio prisa en arreglar los asuntos tan embrollados de su Celina, ¡y el 14 de septiembre se reunía con nosotras...!

Un día en que las dificultades parecían insuperables, le dije a Jesús durante la acción de gracias: «Tú sabes, Dios mío, cuánto deseo saber si papá ha ido *derecho* al cielo. No te pido que me hables, sólo dame una señal. Si sor A. de J.⁴⁰⁴ consiente en la entrada de Celina, o al menos no pone obstáculos para ello, será la respuesta de que papá ha ido *derecho a estar contigo*».

⁴⁰³ El P. Pichon contaba con Celina para una fundación misionera en el Canadá, pero le había prohibido hablar de ello (cf. *infra*, Cta 167, n. 1). Cuando, en agosto, desveló el proyecto en el Carmelo, se produjo un clamor general de indignación (Cta 168) y una contraofensiva relámpago; Teresa llora hasta caer enferma, y el P. Pichon se bate en retirada («Está bien, está bien, ofrezco a mi Celina al Carmelo, a santa Teresa, a la Santísima Virgen»). El Sr. Delatroëtte acepta con una facilidad asombrosa la entrada de Celina en el Carmelo de Lisieux, y, gracias a la intercesión del señor Martin, «el 14 de septiembre se reunía con nosotras» (cf. DCL, *Le Père Pichon et la famille Martin*, op. cit.; CG, especialmente pp. 665, 772, 774+e, 784+a,c; Cta 167; 168; 169; VT, n° 120).

⁴⁰⁴ Sor Amada de Jesús, que pensaba que «en la comunidad no se necesitaban artistas». Pero apreciaba sinceramente a Teresa (PO, pp. 572-575 y PA, p. 407).

Pr 21,1 Como tú sabes, Madre querida, esta hermana pensaba que tres éramos ya demasiadas, y por consiguiente no quería admitir otra más. Pero Dios, que tiene en sus manos el corazón de las criaturas y lo inclina hacia donde él quiere, cambió la disposición de ánimo de esa hermana: la primera persona que encontré después de la acción de gracias fue precisamente a ella, que me llamó con amable semblante, me dijo que subiera a tu celda y me habló de *Celina* con lágrimas en los ojos...

¡Cuántas cosas tengo que agradecer a Jesús, que ha sabido colmar todos mis deseos...!

Ahora no tengo ya ningún deseo⁴⁰⁵, a no ser el de amar a Jesús con locura... Mis deseos infantiles han desaparecido. Es cierto que aún me gusta adornar con flores el altar del Niño Jesús. Pero desde que él me dio la *flor* que yo anhelaba, mi *Celina querida*, ya no deseo ninguna más: ella es la que le [83rº] ofrezco como mi más precioso ramillete...

Tampoco deseo ya ni el sufrimiento ni la muerte⁴⁰⁶, aunque los amo a los dos. Lo único⁴⁰⁷ que me atrae es el amor... Durante mucho tiempo los deseé; poseí el sufrimiento y creí estar tocando las riberas del cielo, creí que la florecilla iba a ser cortada en la primavera de su vida... Ahora sólo me guía el abandono, ¡no tengo ya otra brújula...!

Mt 6,10 Ya no puedo pedir nada con pasión, excepto que se cumpla perfectamente la voluntad de Dios sobre mi alma, sin que las criaturas puedan suponer un obstáculo para ello. Puedo repetir aquellas palabras del Cántico Espiritual de nuestro Padre san Juan de la Cruz:

⁴⁰⁵ Cf. 39º, 52º, 83º. Teresa ha llegado a una especie de cima (antes de la kenosis final) en la que ve colmados todos sus deseos.

⁴⁰⁶ Ni temor ni deseo: el amor supera todo deseo. Teresa no dice que está sintiendo ya los primeros ataques de la enfermedad (CG, pp. 774+h, 778+f, 796; Cta 173; PO, p. 399).

⁴⁰⁷ Cf. CA 13.7.17.

«En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía;
y el ganado perdí que antes seguía.

Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal, en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio»⁴⁰⁸.

O aquellas otras:

«Hace tal obra el AMOR,
después que le conocí,
que, si hay bien o mal en mí,
todo lo hace de un sabor,
y al alma transforma en sí»⁴⁰⁹.

¡Qué dulce es, Madre querida, el camino del amor! Es cierto que se puede caer, que se pueden cometer infidelidades; pero el amor, *haciéndolo todo de un sabor*, consume con enorme rapidez todo lo que puede desagradar a Jesús, no dejando más que una humilde y profunda paz en el fondo del corazón...

¡Cuántas luces he sacado de las obras de nuestro Padre san Juan de la Cruz⁴¹⁰...! A la edad de 17 y 18 años, no tenía otro alimento espiritual. Pero más tarde, todos los

⁴⁰⁸ Citas textuales del CE, canc. 26 y 28. – «Ya no guardo ganado»: cf. PN 18,35 y RP 5,26.

⁴⁰⁹ SAN JUAN DE LA CRUZ, Glosa *Sin arrimo y con arrimo*; cf. PN 30; *Poésies*, II, p. 196.

⁴¹⁰ Sobre las lecturas de Teresa, el influjo de san Juan de la Cruz y las citas de que están salpicados sus escritos, cf. MS/NEC, 83r^o,21+. Leyó, sobre todo, el *Cántico Espiritual*, la *Llama de amor viva* y los *Avisos*. Cf., en especial, CA 27.7.5; 31.8.9; *Poésies*, I, pp. 162ss, y II, pp. 195-197 y 201s; VT, n^o 77, pp. 47-52; 78, pp. 146-160; 121, pp. 29-51; UC, pp. 419-422.

libros me dejaban en la aridez, y aún sigo en este estado. Si abro un libro escrito por un autor espiritual (aunque sea el más bello y el más conmovedor), siento inmediatamente que se me encoge el corazón y leo, por así decirlo, sin entender; o si entiendo, mi espíritu se detiene, incapaz de meditar...

En medio de esta impotencia, la Sagrada Escritura y la Imitación de Cristo vienen en mi ayuda. En ellas encuentro un alimento sólido y completamente *puro*. Pero lo que me sustenta durante la oración es, por encima de todo, el *Evangelio*⁴¹¹. En él encuentro todo lo que necesita mi pobrecita alma. Siempre descubro en él luces nuevas y sentidos ocultos y misteriosos...

Comprendo y sé por experiencia que «el reino de Dios está dentro de nosotros»⁴¹². Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. Él, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras⁴¹³... Yo nunca le he oído hablar, pero siento que está dentro de mí, y que momento a momento me guía y me inspira lo que debo decir o hacer. Justo en el momento en que las necesito, descubro luces en las que hasta entonces no me había fijado. Y las más de las veces no es precisamente en la oración donde esas luces más abundan, sino más bien en medio de las ocupaciones de la jornada...

Madre querida, después de tantas gracias, ¿no podré cantar yo con el salmista: «El Señor es bueno, su misericordia es eterna»?

Me parece que si todas las criaturas gozasen de las mismas gracias que yo, nadie le tendría miedo a Dios sino que le amarían con locura; y que ni una sola alma consentiría nunca en disgustarle, pero no por miedo sino por *amor*...

⁴¹¹ Cf. la introducción a la *Bible avec Thérèse de Lisieux*, pp. 9-41.

⁴¹² Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, CE 1, 6-10.

⁴¹³ *Imitación*, III, 43, 3, o más bien III, 2 titulado «Cómo la Verdad habla interiormente sin ruido de palabras».

Comprendo, sin embargo, que no todas las almas se parezcan; tiene que haberlas de diferentes linajes, para honrar de manera especial cada una de las perfecciones divinas.

A mí me ha dado su *Misericordia infinita*, ¡y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas...! Entonces todas se me presentan radiantes de *amor*; incluso la justicia (y quizás más aún que todas las demás) me parece revestida de *amor*...

¡Qué dulce alegría pensar que Dios es *justo*!; es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza. ¿De qué voy, pues, a tener miedo? El Dios infinitamente justo, que se dignó [84r^o] perdonar con tanta bondad todas las culpas del hijo pródigo, ¿no va a ser justo también conmigo, que «estoy siempre con él»...? Lc 15,21-24

Lc 15,31

El 9 de junio de este año, fiesta de la Santísima Trinidad, recibí la gracia de entender mejor que nunca cuánto desea Jesús que le amemos⁴¹⁴.

Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios para desviar y atraer sobre sí mismas los castigos reservados a los culpables. Esta ofrenda me parecía grande y generosa, pero yo estaba lejos de sentirme inclinada a hacerla.

«¡Dios mío!, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿sólo tu justicia podrá aceptar almas que se inmolen como víctimas...? ¿No tendrá también necesidad de ellas tu *Amor Misericordioso*...? En todas partes es desconocido y rechazado. Los corazones a los que tú deseas prodigárselo se vuelven hacia las criaturas, pidiéndoles a ellas con su miserable afecto la felicidad, en vez de arrojarse en tus brazos y aceptar tu *Amor* infinito...

⁴¹⁴ Día en que Teresa hizo su *Ofrenda al Amor misericordioso* (Or 6); análisis y comentario, *infra*, en Or 6 y sus notas, y en *Prières*, pp. 39-41 y 77-102.

»¡Oh, Dios mío!, tu Amor despreciado ¿tendrá que quedarse en tu corazón? Creo que si encontraras almas que se ofreciesen como víctimas de holocausto a tu Amor, las consumirías rápidamente. Creo que te sentirías feliz si no tuvieses que reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en ti...

»Si a tu Justicia, que sólo se extiende a la tierra, le gusta descargarse, ¡cuánto más deseará *abrasar* a las almas tu amor misericordioso, ya que tu Misericordia se eleva hasta el cielo...!

»¡Jesús mío!, que sea yo esa víctima dichosa. ¡Consumeme tu holocausto con el fuego de tu divino Amor...!»

Madre mía querida, tú que me permitiste ofrecerte a Dios de esa manera, tú conoces los ríos, o, mejor, los océanos de gracias que han inundado mi alma⁴¹⁵... Sí, desde aquel día feliz, me parece que el *Amor* me penetra y me cerca, me parece que ese *Amor misericordioso* me renueva a cada instante, purifica mi alma y no deja en ella ni rastro de pecado. Por eso, [84v^o] no puedo temer el purgatorio...

Sé bien que por mí misma ni siquiera merecería entrar en ese lugar de expiación, ya que sólo pueden tener acceso a él las almas santas. Pero sé también que el fuego del amor es más santificador que el del purgatorio. Sé que Jesús no puede desear para nosotros sufrimientos inútiles, y que no me inspiraría estos deseos que siento si no quisiera hacerlos realidad...

⁴¹⁵ Cf. LI 1,6,30 (UC, pp. 419s) y 3,2,16. – Para Teresa, como para san Juan de la Cruz, el fuego es el agua viva del Espíritu (LI 3). En todo este pasaje del Ms A se van alternando las imágenes del agua y del fuego; por eso, se suele interpretar este pasaje como una posible alusión a la «herida de amor» que Teresa sufrió en junio de 1895 al comenzar el viacrucis (CA 7.7.2; PO, p. 175; PA, p. 264). Si Teresa no menciona esa herida de amor en el Ms A, tal vez se deba a que, según una tradición oral, la madre Inés había quedado preocupada por la confidencia de junio de 1895 (cf. UC, p. 386, y también LC 162+b, CG, pp. 809-810).

¡Qué dulce es el camino del Amor...! ¡Cómo deseo dedicarme con la mayor entrega a hacer siempre la voluntad de Dios...!

Mt 6,10

Esto es, Madre querida, todo lo que puedo decirte de la vida de tu Teresita. Tú conoces mucho mejor por ti misma cómo es y lo que Jesús ha hecho por ella. Por eso, me perdonarás que haya resumido mucho la historia de su vida religiosa...

¿Cómo acabará esta «historia de una florecita blanca»...? ¿Será tal vez cortada en plena lozanía, o quizás trasplantada a otras riberas⁴¹⁶...? No lo sé. Pero de lo que sí estoy segura es de que la Misericordia de Dios la acompañará siempre, y de que nunca la florecita dejará de bendecir a la madre querida que la entregó a Jesús. Eternamente se alegrará de ser una de las flores de su corona... Y eternamente cantará con esa madre querida el cántico siempre nuevo del Amor...

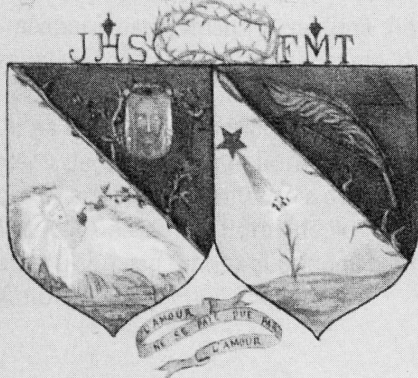
Sal 22,6

Ap 14,3

⁴¹⁶ A uno de los carmelos de Indochina (cf. Ms C 9rº; MS/NEC 84vº,14+; Cta 207; 221,2vº/3rº; UC, pp. 197, 311).

Je chanterai éternellement les Miséricordes du Seigneur !...

Armoiries de Jésus et de Thérèse



Jours de Grâces accordés par le Seigneur à sa petite épouse

Naissance 2 Janvier 1873 — Baptême 4 Janvier 1873 — Sourire de la Sainte Vierge Mai 1883
Première Communion 8 Mai 1884 — Confirmation 14 Juin 1884 — Conversion 25
Décembre 1886 — Audience de Léon XIII 20 Novembre 1887 — Entrée au Carmel 9 Avril 1888
Prise d'habit 10 Janvier 1889 — Notre grande richesse 12 Février 1889 — Grammaire canonique
Benediction de Léon XIII Septembre 1890 — Profession 8 Septembre 1890 — Prise de voile 24
Septembre 1890 — Offrande de moi-même à l'Amour 9 Juin 1895.

[85vº] EXPLICACIÓN DEL ESCUDO DE ARMAS

El blasón JHS es el que Jesús se dignó entregar como dote a su pobre esposa. La huérfana de la Bérésina¹ se ha convertido en Teresa del NIÑO JESÚS, de la SANTA FAZ. Éstos son sus títulos de nobleza, su riqueza y su esperanza.

La vid que divide en dos el blasón es también figura de Aquel que se dignó decirnos: «Yo soy la vid, vosotros Jn 15,5 los sarmientos, quiero que deis mucho fruto».

Las dos ramas que rodean, una a la Santa Faz y la otra al Niño Jesús, son la imagen de Teresa, que no tiene otro deseo aquí en la tierra que el de ofrecerse como un racimito de uvas² para refrescar a Jesús niño, para divertirlo, para dejarse estrujar por él a capricho y poder así apagar la sed ardiente que sintió durante su pasión³. Jn 19,28

El arpa⁴ representa también a Teresa, que quiere cantarle incesantemente a Jesús melodías de amor⁵.

El blasón FMT es el de María Francisca Teresa, la florecita de la Santísima Virgen. Por eso, esa florecita aparece representada recibiendo los rayos bienhechores de la dulce Estrella de la mañana⁶.

¹ Sobrenombre que el señor Martín daba a Teresa, sacado de una novela, *La huérfana de Moscú o la joven institutriz*, de MME. WOJLLIEZ. Aparece cinco veces en las Cartas, y también en la firma de PN 8.

² Esta imagen no aparece en ninguna otra parte de los Manuscritos ni de las Cartas, pero está bien representada en las Poesías (PN 5,9; 5,10; 18,43; 25,7) y en las Recreaciones (RP 2,7vº), especialmente toda una estrofa de RP 5, la misma que compone Teresa en la noche de Navidad de 1895, lo que parece probar que el escudo de armas ha sido realizado después de esta fecha (cf. CA 25.7.10 y 12; 27.7.10).

³ Cf. 45vº y los textos en BT, pp. 257s.

⁴ Frase añadida después.

⁵ Cf. *Poesías*, I, pp. 33-34; UC, p. 632; Cta 140vº; 145rº; 149, 2rº/2vº; Ms A 61vº.

⁶ La Virgen María, que la curó en su niñez (cf. 30vº).

La tierra verde representa a la familia bendita en cuyo seno creció la florecita.

Más a lo lejos se ve una montaña, que representa al Carmelo. Éste es el lugar bendito que Teresa ha escogido para representar en su escudo de armas el dardo inflamado⁷ del amor que ha de merecerle la palma del martirio⁸, en espera de que un día pueda dar verdaderamente su sangre por su Amado. Pues para responder a todo el amor de Jesús, ella quisiera hacer por él lo que él hizo por ella...

Pero Teresa no olvida que ella no es más que una débil caña⁹, y por eso la ha colocado en su blasón.

El triángulo luminoso representa a la adorable Trinidad, que no cesa de derramar sus dones inestimables¹⁰ sobre el alma de la pobre Teresita, que, agradecida, no olvidará jamás esta divisa: «El amor sólo con amor se paga»¹¹.

⁷ Única vez que se usa en los Escritos. Pero Teresa pintó varios «dardos inflamados» en diversos trabajos de pintura. Alusión muy probable a la «herida de amor» de junio de 1895 (nota 415). Cf. DLTH, p. 240 y LI 2,2.

⁸ Cf. 61r°.

⁹ A Teresa le dieron una caña como marca simbólica (para la ropa, etc) el día de su toma de hábito. Pero ya utilizó este símbolo en Cta 49; 54 (n. 3) y 55, en 1888.

¹⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ, CE, canc. 17.

¹¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, CE, canc. 9,7.

PARA LAS FECHAS

* *Escudo de armas*: cf. DLTH, p. 244.

* *Mayo 1883*: el 13 de mayo (Ms B 2r°).

* *Nuestra gran riqueza*: la hospitalización del señor Martin en Caen.

* *Bendición de León XIII*: el 2 de septiembre.